

ANTON MAKARENKO

SU VIDA Y LABOR PEDAGOGICA

.....



“Para trabajar con una sola persona hay que conocerla y cultivarla. Si yo me imagino las personas como granos amontonados, si no las veo en escala de la colectividad, si las abordo sin tener en cuenta que son parte de la colectividad, no estaré en condiciones de trabajar con ellas”.

“La maestría es algo que pueden lograr tanto un buen oficial tornero y un excelente especialista médico como un magnífico pedagogo...”

A. S. Makárenko

ANTON MAKARENKO

**ANTON
MAKARENKO**

**SU VIDA
Y LABOR
PEDAGOGICA**

ANTON MAKARENKO

SU VIDA
Y LABOR
PEDAGOGICA

A45019 659



EDITORIAL PROGRESO
MOSCU

Esbozo biográfico de V. Kumarin

Compilación de A. Kudryashova

Traducido del ruso por Joaquín Rodríguez

Presentación de V. Kuleshov

Impreso en la URSS

A. С. МАКАРЕНКО

ЖИЗНЬ И ПЕДАГОГИЧЕСКАЯ ДЕЯТЕЛЬНОСТЬ

На испанском языке

© Издательство «Прогресс», 1975

© Traducción al español
Editorial Progreso
1975

60300-595
M — 864-74
014(01)-76

**PEDAGOGO,
ESCRITOR,
CIUDADANO.
ESBOZO
BIOGRAFICO**

V. Kumarin

**PEDAGOGO, ESCRITOR,
CIUDADANO**

A cada persona que esté relacionada con la educación le interesará la experiencia del eximio pedagogo soviético **Antón Semiónovich Makárenko**, sus inagotables hallazgos y procedimientos pedagógicos.

Makárenko entregó toda su vida consciente a la educación de la generación creciente. Elaboró un sistema de educación infantil con ayuda de la colectividad, que utilizó con habilidad en su labor práctica.

Su rica experiencia pedagógica ayudó a Makárenko a crear brillantes obras literarias. Sus libros **Poema pedagógico. Banderas en las torres y Libro para los padres** disfrutaron del reconocimiento general en la Unión Soviética y han sido vertidos a muchas lenguas extranjeras.

Las ideas y las imágenes de las obras literarias de Makárenko y sus trabajos pedagógicos prueban una vez más que el arte de la educación tiene un

matiz individual, en el que se percibe diáfananamente la personalidad del pedagogo.

La vida de Makárenko es un trabajo apasionado y encaminado a un fin concreto, el trabajo de un hombre cuyos sentimientos e ideas están orientados al futuro.

* * *

Antón Semiónovich Makárenko nació el 1(13) de marzo de 1888 en la ciudad de Bielopolie de la provincia de Járkov. Su padre Semión Grigórievich era un obrero nato pintor. Antes de pasar a vivir a Bielopolie trabajó en Kriúkov, donde contrajo matrimonio con Tatiana Mijáilovna Dergachova, hija de un soldado, que había servido 25 años en el ejército zarista.

Recordando a su padre, Antón Semiónovich escribió: "Diariamente, durante decenas de años, se levantaba a las cinco de la mañana, por la sirena de la fábrica. Al cabo de quince minutos ya iba andando a lo largo de las vallas grisáceas de nuestra desgraciada calle, llevando en sus manos el hatillo con la comida. Regresaba a casa a las seis de la tarde, cubierto de polvo y serio, depositando cuidadosamente en el taburete de la cocina el pañuelo rojo, en el que hace tanto tiempo llevara su comida"¹.

A diferencia de su esposo, un tanto reservado y poco comunicativo, Tatiana Mijáilovna era una mujer optimista y alegre. Magnífica narradora, con un gran sentido del humor, mantenía en la familia la atmósfera de optimismo vital, que Antón Semiónovich llama con tanto acierto en sus libros "tono mayor".

A pesar de que el empleo en los talleres ferroviarios se consideraba un privilegio, el sueldo

de Semión Grigórievich era bastante modesto. Sólo las extraordinarias aptitudes de Tatiana Mijáilovna como ama de casa permitían alimentar, calzar y vestir a sus cuatro hijos.

Antón era el segundo hijo en la familia. Alexandra era la hermana mayor y los menores, Natalia y Vitali. En su infancia temprana, Antón fue un niño muy débil y enfermizo. Y aunque estaba malo a menudo, se desarrollaba normalmente. A los cinco años Antón ya sabía leer. Leía mucho y con avidez, prefiriendo los libros a los juegos habituales infantiles. Ya en aquellos años se manifestaron en él un carácter observador poco común, el deseo de calar hasta las causas originarias en cada hecho y en cada fenómeno.

En 1895, a los siete años, Antón ingresó en la escuela. Haciéndole al párvulo las últimas advertencias, el padre, a lo obrero, le dijo con sencillez y severidad: "Las escuelas urbanas no las han hecho para nosotros, así es que, demuéstales lo que vales. ¡Si traes un notable... mejor es no aparezcas! Sólo sobresalientes. ¿Entiendes?"

Al chico no le fue difícil cumplir este mandato, pues disponía de excelentes aptitudes y no tardó en ser el primero de la clase. Junto con sus compañeros, trabajaba gustoso en el huerto, cantaba en el coro escolar, dibujaba y aprendía violín.

En 1900 se abrieron en la patria chica de Tatiana Mijáilovna, en Kriúkov, unos grandes talleres ferroviarios, a los que fue trasladado Semión Grigórievich.

Kriúkov, con una población de 10.000 habitantes, era un suburbio de la importante ciudad industrial de Kremenchug, situada a orillas del río ucraniano Dniéper. Unía el arrabal con la ciudad un largo puente de ferrocarril que, para los vecinos de Kriúkov, era al mismo tiempo puente de enlace que les permitía relacionarse con la cultura urbana más desarrollada. A la sazón, Kremenchug tenía teatro de Drama, de Opereta y unos cuantos cines.

¹ A. Makárenko. *Obras*, t. IV, M., 1957, pág. 28.

Venían a esta ciudad artistas destacados. Actuaron ante el sensible público de Kremenchug estrellas del arte como Shaliapin, Anna Pávlova y otros. Se sobreentiende que la familia de Makárenko, que carecía hasta de techo constante sobre sus cabezas, no pudiera acudir al teatro. Sólo Antón, ávido de saber, lograba muy raramente ahorrar dinero para ir al gallinero.

En Kriúkov, a Semión Grigórievich Makárenko le hicieron oficial pintor y, al poco tiempo, contra-maestre del taller de pintura. Antón ingresó en la escuela urbana de Kremenchug, donde se estudiaba seis años. El programa docente de la escuela era muy completo. Se enseñaba ruso, aritmética, geografía, historia, ciencias naturales y física. Además de estas asignaturas, se enseñaba dibujo lineal y dibujo artístico, canto, gimnasia y, naturalmente, el catecismo. Sin embargo, por carecer el plan docente de lenguas extranjeras y por no concordarlo con otras disciplinas, hasta los más talentosos discípulos no podían matricularse en los grados superiores del gimnasio y, por consiguiente, no tenían ningunas perspectivas de recibir instrucción superior.

Antón siguió estudiando con brillantez. Su erudición y conocimientos de los clásicos rusos y extranjeros eran asombrosos para un chico de su edad. Conocía casi con la misma profundidad la filosofía, astronomía y las ciencias naturales. Su pasión por leer y por saber relegaba a segundo plano otros aspectos de la vida infantil, en particular, el deporte o los juegos corrientes movidos. Superando a los chicos de su edad en los estudios y en los conocimientos, Antón se le daba mal cuando jugaban a los tánganos, a la gallinita ciega y al escondite.

En 1904 Antón Makárenko, a la edad de dieciséis años, terminó el gimnasio con sobresaliente en todas las asignaturas. Gran parte de sus compañeros de estudios eligió para seguir su

instrucción las escuelas de peritaje ferroviarias, otros, decidieron ser militares; Antón ingresó en unos cursos pedagógicos de un año, que preparaban maestros para las clases de párvulos.

La primavera de 1905 Makárenko terminó el cursillo de un año y el otoño del mismo año empezó a ejercer de maestro en la escuela ferroviaria primaria, enclavada en el recinto de los talleres ferroviarios, donde trabajaba Semión Grigórievich. El programa era de cinco años. En la primera clase estudiaban tres años, adquiriendo conocimientos equivalentes a los de la escuela primaria de tres años. La segunda clase, estaba calculada para dos años más. Terminando ambas clases, se podía ingresar en la escuela de peritaje ferroviario.

En la clase de Makárenko, como en las de los restantes cuatro maestros, había cerca de cuarenta alumnos, la mayoría aplastante de los cuales eran chicos.

Makárenko enseñaba estupendamente. Teniendo muchos conocimientos, sabía transmitirlos con maestría, enseñaba a pensar y a razonar y, sin embargo, Makárenko no se hizo de golpe y porrazo un buen educador. Especialmente le costo grandes preocupaciones el error cometido cuando ya ejercía el tercer año. Haciendo el balance de uno de los trimestres, Antón Semiónovich decidió hacer un "experimento". Calculó a cada discípulo la puntuación media y, en correspondencia con la escala obtenida, distribuyó los puestos del primero al último. La hoja de notas con el "37º y último" la recibió un chico que, como se supo después, no iba atrasado porque fuera perezoso, sino porque estaba muy enfermo de tuberculosis. La amargura del pequeño fue tan grande, que hasta su dolencia se le agravó.

Este caso conmocionó a Makárenko. El joven pedagogo descubrió con evidencia implacable que para trabajar exitosamente en la escuela no sólo

hacía falta enseñar, sino también saber educar, saber ver la originalidad de cada discípulo, tener en cuenta sus particularidades individuales. Y quien sabe, posiblemente este trágico hecho indujera por primera vez a que Makárenko pensara que la metodología del trabajo educativo no puede reducirse a la metodología de la enseñanza, que la primera es una rama especial de la ciencia pedagógica que tiene su objeto y sus leyes.

En la formación espiritual del novel pedagogo influyeron mucho los agitados acontecimientos políticos de aquellos años. La revolución de 1905 retumbó como un eco temible en todos los rincones de Rusia, excitando a las mentes, despertando la conciencia y llamando a la lucha contra la autocracia zarista, el enemigo eterno de los pueblos de Rusia.

En Kriúkov, Antón Makárenko y sus amigos maestros de la escuela, estaban suscritos al periódico legal bolchevique *Nóvaya zhizn* ("La nueva vida"). Paulatinamente, en torno a Makárenko fue formándose un círculo de representantes de la intelectualidad local. Por las tardes, los miembros del círculo se reunían en el domicilio de cualquiera de ellos, discutían acalorados sobre temas diversos, incluidos los políticos, y cantaban himnos revolucionarios.

En 1911, Makárenko fue destinado a un lugar nuevo de trabajo en la escuela ferroviaria de la estación Dolinskaya.

El nombre del nuevo cargo de Makárenko, inspector, no es que sonara muy bien, que digamos, pero tampoco ofendía. En el léxico pedagógico de entonces, inspeccionar, significaba observar, preceptuar, dirigir. Makárenko se habituó pronto con las nuevas obligaciones, dándolas un carácter creador y haciéndolas interesantes. El joven pedagogo sabía ocupar el tiempo libre de sus educandos con pequeñas distracciones: hacía funciones teatrales, organizaba veladas de máscaras y juegos

diversos. Las medidas educadoras de Antón Semiónovich asombraban ya entonces por su envergadura. Por ejemplo, para el centenario de la expulsión de las hordas napoleónicas de la tierra rusa, Makárenko preparó un espectáculo teatral, que no sólo extasió a la chiquillería del poblado, sino también a los adultos. Toda la noche ardieron en la estepa las llamas de los barriles de alquitrán, hasta el amanecer tronó el "cañoneo" y se oyeron los gritos de victoria. Las "acciones militares" sólo acabaron al despuntar el día, cuando bajo los jubilosos gritos de los vencedores y del público condujeron junto a la escuela a las columnas deprimidas del "enemigo" apresado.

De manera muy interesante daba sus clases Makárenko. Aquí su arma principal era la insuperable compaginación maestra de lo cognoscitivo con lo emocional.

Asistiendo en cierta ocasión a la clase de uno de sus amigos, Lavr Stepánchenko, también excelente pedagogo, que analizaba con todas las reglas de la metodología la fábula de I. Krilov *La libélula y la hormiga*, Antón Semiónovich, escuchaba con mucha atención y con clara aprobación toda la clase y cuando los chicos se disponían a marchar a casa, preguntó, de pronto:

- ¿Me permites retenerlos unos instantes?
- ¡Por favor! —accedió su amigo.
- Escuchad, chicos —se dirigió Makárenko a los pequeños— ¿queréis jugar un poquito?
- ¡Queremos!
- Magnífico. Oye tú, chico, serás la hormiga y tú, nena, la libélula, yo, seré el abuelo Krilov.
- ¡Yo no quiero ser libélula! —protestó en el acto la niña. Makárenko soltó la carcajada y todos los chicos le secundaron alegres.
- Eres una picaresca —dijo a la niña, cuando la clase se tranquilizó—. Sé que no quieres ser libélula porque ésta es una perezosa. Sólo te lo pedí para jugar. Ven aquí.

La "hormiga", la "libélula" y el "abuelo Krilov" se plantaron ante toda la clase y sin el menor ensayo representaron la fábula con personajes. Los chicos no cabían de gozo, toda la clase declamaba a coro: "¡Cantaste y lo hiciste bien, baila, pues también!"².

De estatura un poco mayor que mediana, magro y esbelto, con una cabeza desproporcionadamente grande, rapada a lo cepillo, rostro con rasgos acusados, en el que, destacándose de otros, sobresalía una prominente nariz, siempre con quevedos, tras los cuales, cautivando por su inteligencia, brillaban unos ojos grises semientornados, tal es como hacen sus contemporáneos el retrato del joven Makárenko. A este retrato añaden detalles como una cultura exhaustiva, saber gastar y apreciar una broma, una fidelidad de mosquetero a la amistad y su comunicabilidad.

En Dolínskaya, como antes en Kriúkov, Makárenko encabezó un círculo de tendencia inequívocamente revolucionaria y educativa. Además de los intelectuales, pertenecían también al círculo unos cuantos obreros ferroviarios. Se reunían los domingos en un lugar boscoso, próximo a la estación. Hablando en estas reuniones, Antón Semiónovich condenaba apasionado a la autocracia, hablaba de la necesidad de realizar transformaciones revolucionarias, de la libertad y de la democracia.

En 1914 Antón Semiónovich escribió un pequeño relato que envió para que diera su opinión Alexéi Máximovich Gorki, la mayor autoridad literaria para él. Este respondió: "Por su tema, el relato es interesante, pero está escrito débilmente, el dramatismo de los sufrimientos del pope no está claro, no describe el fondo y el diálogo

no es interesante. Pruebe a escribir alguna otra cosa".

Lo confortador en esta opinión era la franqueza camaraderil con la que Gorki respondía a su corresponsal desconocido. Antón Semiónovich, "sin especial pesar", se despidió a la sazón de sus sueños de literato.

En 1914 se abrió en Poltava el Instituto Pedagógico, que preparaba maestros para las escuelas de segunda enseñanza. Makárenko, a quien nunca abandonaba la pasión por el estudio, envió inmediatamente a Poltava su solicitud y, dando brillantemente los exámenes de ingreso, fue matriculado como estudiante.

Ingresando en el instituto, siendo ya un hombre maduro, Antón Makárenko tenía a la sazón 26 años, empezó en el acto a estudiar profunda y sistemáticamente la pedagogía y la literatura histórica y filosófica. Su ávido interés respecto a los problemas pedagógicos y filosóficos es plenamente comprensible pues este estudiante contaba ya con una experiencia de vida y con muchos años de práctica escolar.

El otoño de 1916 la vida estudiantil de Makárenko se vio de súbito interrumpida. A pesar de su gran miopía, Antón Semiónovich fue llamado al servicio militar y destinado a Kiev. El cuartel, lleno de piojos y chinches, la grosería soldadesca de los jefes, la pérdida inútil y estúpida de tiempo llevaron a Makárenko hasta la desesperación, que dio a conocer por cartas a sus amigos que disfrutaban de "libertad". Estos acudieron presurosos a Kiev, lograron que Makárenko pasara por segunda vez la comisión médica y con la conclusión de inútil para el servicio militar Makárenko marchó a Poltava a continuar sus estudios.

El verano de 1917, después de recuperar velozmente todo lo perdido en el año de estudios, Makárenko terminó el primero, por los buenos resultados, con medalla de oro el instituto y recibió

² Del manuscrito de L. Stepánchenko *Humanismo asombroso*, págs. 44-45.

no sólo el derecho a enseñar, sino a ocupar en las escuelas de segunda enseñanza cargos administrativos de dirección. En la característica entregada por el instituto se decía: "Makárenko Antón —alumno destacado por su capacidad, conocimientos, desarrollo y laboriosidad— mostró especial interés por la pedagogía y las ciencias humanitarias, acerca de las cuales leyó mucho y presentó brillantes composiciones. Será un profesor de sumo valor en todas las asignaturas, particularmente en historia y lengua rusa".

Una nueva etapa en la vida de A. Makárenko, como en la de millones de personas, comenzó con la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Ante los ojos de la humanidad estupefacta se realizó lo que Makárenko y los intelectuales rusos como él soñaron durante muchos años. En la grandiosidad de la envergadura de las realizaciones laborales y en la sucesión de los legendarios quinquenios las personas transformaron también su propia sicología. Limpiaron su conciencia de la servil fe en la todopoderosidad de la riqueza personal, se desembarazaron del miedo por el mañana, la confianza y la ayuda recíprocas se convirtieron en garantía de los futuros logros comunes. A la par de todos, trabajó infatigable para bien de la revolución Antón Semiónovich Makárenko.

A comienzos de 1918, el reciente egresado del Instituto de Poltava regresó a la misma escuela en la que hacía trece años había empezado su labor pedagógica. La escuela ferroviaria de Kriúkov había sido transformada en escuela de segunda enseñanza, nombrándose director de ella a Antón Semiónovich. En el país tenía lugar a la sazón la guerra civil. En los lugares donde trabajaba Makárenko estuvieron también las bandas contrarrevolucionarias, los ocupantes alemanes y los anarquistas. Sólo en las postrimerías de 1919 el Ejército Rojo liberó definitivamente Kremenchug y Kriúkov y

para comienzos de 1920 el Poder soviético fue establecido en toda Ucrania.

En agosto de 1919 Makárenko se trasladó a Poltava, donde se hizo cargo de la dirección de la escuela primaria.

En 1920, por la aguda falta de locales públicos, en la escuela que dirigía Makárenko se alojó la sección provincial de economía nacional. La primera mitad del día trabajaban en la escuela los funcionarios de este departamento y, en la segunda mitad, acudían los niños. Estudiar, y mucho menos hacer experimentos creadores en aquellas condiciones, era muy difícil. En septiembre de 1920 propusieron a Makárenko dirigir una colonia para delincentes menores, recién formada, a lo que él accedió en el acto.

El comienzo de su labor en la colonia fue increíblemente difícil. Cinco edificios cuadrados de ladrillo, en los que hasta la revolución se había alojado una colonia para delincentes menores, recibieron a Antón Makárenko con un vacío repulsivo. En las habitaciones no había absolutamente nada. Ventanas, puertas y estufas, todo habían arrancado hasta el último arbolito. caseríos próximos de los kulaks. Incluso del huerto habían arrancado hasta el último arbolito.

Al cabo de dos meses, cuando uno de los edificios se había reparado como buenamente se pudo, llegaron a la colonia los primeros seis educandos, muchachos de 16 a 17 años. Eran delincentes vestidos a su manera con elegancia, descarados y cínicos, que incluso no ofendían a los pedagogos, sino que, simplemente, no reparaban en su presencia. Uno de estos primeros educandos no tardó en realizar un atraco con asesinato y fue detenido por un agente de investigación en la propia colonia.

Sin saber qué hacer, cómo abordar a los educandos, Makárenko y sus pocos auxiliares recurrieron a los libros de pedagogía. Pero la

llamada teoría pedagógica respondía a las preguntas apremiantes de la vida práctica con una indiferencia y un silencio de ultratumba. Antón Semiónovich vio entonces claro que no necesitaba fórmulas libreras, que, de todas las maneras, no podría adaptar en aquella situación, sino un análisis propio y concreto y actuar sin demora.

El educando Zadórov dio el motivo para que Makárenko emprendiera su última tentativa desesperada de hacerse con la situación. En respuesta a la invitación del director de que fuese a cortar leña, el joven, incluso sin reparar en su desvergüenza provocadora, contestó con despreocupación: "¡Ve a cortarla tú mismo: sois muchos aquí!"... "Era la primera vez que me tuteaban —dice Makárenko en *Poema pedagógico*—. Colérico y ofendido, llevado a la desesperación y al frenesí por todos los meses precedentes, me lancé sobre Zadórov y le abofeteé. Le abofeteé con tanta fuerza, que vaciló y fue a caer contra la estufa. Le golpeé por segunda vez y, agarrándole por el cuello y levantándole, le pegué una vez más"³.

Esto fue, naturalmente, una salida violenta de las emociones, desde el punto de vista de muchos teóricos, "un absurdo pedagógico". Pero el caso es que el influjo emocional, precisamente, venció la indiferencia y el descaro de aquel quinteto flamenco de colonos. Vieron, que para ellos, en aras de la última posibilidad para devolverles la fisonomía humana, el director se había jugado a una carta lo último, la propia vida, que era lo único que le quedaba por jugarse.

Cogidos de improviso por esta explosión, los colonos reaccionaron tal y como se podía esperar de gentes salidas del mundo de la delincuencia, cedieron a la fuerza, sin experimentar humillación, con un respiro de satisfacción. Esta fue una especie

de victoria general, del educador y de los educandos, pero una victoria que aún necesitaba afianzarse, exigiéndose para ellos medidas de otra naturaleza. Pero, ¿cuáles?

El gravísimo caso ocurrido con Zadórov persuadió definitivamente a Makárenko de que con procedimientos semejantes, así como por el método de influencia sucesiva, sobre uno o sobre otro colono, no conseguiría nada. Pero, ¿si este método no valía y no había otro, qué hacer, entonces? La respuesta se imponía por sí misma: él mismo debía crear nuevos métodos de educación, crearlos allí, en la colonia, con aquel mismo conjunto de educandos y pedagogos, tal y como era.

Los contornos de la nueva metodología de educación ya se adivinaban en la experiencia del propio Makárenko y en la de los pedagogos de otros establecimientos.

Para educar a todos a la vez, y no a cada uno por separado, hay que tener la *perspectiva necesaria*, igualmente comprensible a todos. En la situación dada, esta perspectiva podía ser levantar con prontitud la economía de la colonia y satisfacer plenamente las demandas más apremiantes materiales y culturales de los colonos. Debería organizarse la vida de tal manera que los *propios colonos fueran los que respondieran por todo*: por los bienes inmuebles, por el plan de producción, por la distribución de los ingresos, por el orden y la disciplina. Ellos mismos deberían educarse unos a otros: exigir, subordinarse, respetarse, merecer la estima, preocuparse y ayudarse mutuamente. Y, lo último: la colonia no es una suma mecánica de individuos, sino que es un *complejo social único*, de la pertenencia al cual se enorgullecen en igual medida tanto los educandos como los educadores, es lo que se llama colectividad.

Las primeras soluciones teóricas fueron respaldadas por hechos activos prácticos. En primer lugar, se emprendió la ofensiva contra la necesidad.

³ A. Makárenko. *Obras*, t. I, pág. 24.

Para marzo de 1921 en la colonia había hasta treinta muchachos, en su mayoría, vagabundos, cubiertos de harapos, hambrientos y sarnosos. Makárenko sabía que, espoleados por el hambre, sus pupilos, bajo diversos pretextos, iban regularmente a la ciudad, haciendo de las suyas en el mercado local. Mas, comprendiendo que en los primeros momentos hubiera sido igualmente imposible prohibir este procedimiento de llenar el estómago, no preguntaba a los colonos sobre la verdadera procedencia de un jarro con crema o un par de rosquillas.

Para terminar de una vez con el robo se exigían una determinada situación pedagógica y Antón Semiónovich aguardaba el momento propicio.

Entre tanto, comenzaron también los robos en la colonia. En febrero, desapareció del cajón de la mesa de Antón Semiónovich el dinero que constituía el sueldo de seis meses de todos los educadores. En la reunión general, Makárenko rogó devolver el dinero porque le podían acusar de malversación. Después de la reunión, dos educandos, Taraniets y Gud, le comunicaron en secreto que ellos sabían quién había cogido el dinero, pero que no le denunciarían, que probarían a convencerle por las buenas. Por la mañana, el dinero apareció tirado en la cuadra.

Dos días después, alguien descerrajó la puerta de la cueva y se llevó todas las reservas de comestibles guardadas para la fiesta y unas cuantas latas de lubricante para ruedas, que la colonia conservaba como oro en paño.

Antón Semiónovich seguía alerta las conversaciones de los colonos, sus opiniones. Claro está que aún no existía una opinión social, sino solamente un interés puramente deportivo: los colonos se asombraban de la habilidad de los casos, pero que les robaran a ellos, por el momento, eso no lo comprendían.

Durante varios días, el director y dos educandos estuvieron en las instancias de abastos para que les concedieran otra norma de racionamiento. Al fin y a la postre recibieron tocino y hasta caramelos. Trajeron los productos a la colonia y los guardaron en la cueva. Pero aquella misma noche todo lo robaron de nuevo.

Antón Semiónovich hasta se alegró de este descaro hurto, suponiendo, que ahora a la colectividad sí le picaría el interés y los propios colonos se lanzarían contra los ladrones. Mas otra vez se equivocó. Los muchachos, si bien es verdad, se apenaron, pero no se sumaron a la indignación de los pedagogos. Como siempre, pudo más el aliciente deportivo: ¿quién podría obrar con tanta habilidad?

Ya se robaba a diario. Antón Semiónovich probó a hacer guardia por las noches, pero no aguantó más de tres noches. Observando la lucha del director y compadeciéndose de él a escondidas, los muchachos empezaron a decir que estaría bien contratar guardas. En respuesta a estas conversaciones, Antón Semiónovich repuso tranquilo: "A los guardas hay que pagarles, y nosotros ya somos bastante pobres, pero lo principal es que vosotros debéis ser aquí los amos".

Por fin encontraron al ladrón. Era Burún, uno de los primeros seis colonos. Y de pronto se puso en claro que todos los esfuerzos anteriores de Makárenko para reestructurar y orientar la conciencia de los educandos hacia los intereses comunes, no habían sido baldíos. Cuando Burún intentó objetar a los colonos, diciéndoles que ellos no eran quienes para juzgarle —por cierto, éste fue el primer tribunal de camaradas en la historia de la colonia— la opinión social, por fin, anunció su nacimiento:

— ¡¿Cómo, muchachos?! —y Kostya Vetkovski saltó de su asiento—. ¡¿Tenemos que ver con eso nosotros o no?!

— ¡Tenemos que ver! —apoyó a Kostya toda la colonia.

Habiéndole llegado, por fin, el momento favorable y obtenido la primera victoria, y por eso, especialmente importante, Antón Semiónovich siguió metiendo al “combate” cada vez más y nuevas reservas de su pedagogía innovadora. De acuerdo con su idea principal aspiraba a lograr un viraje decisivo en la “batalla”, conseguir que la noción “nuestro” se adueñara definitivamente de la conciencia de los colonos y se convirtiera en base de partida para todo el trabajo educativo posterior.

Bajo la influencia de los razonamientos persuasivos de Antón Semiónovich, los educandos llegaron a interesarse por la economía de la colonia, emprendiendo el trabajo en sus campos, huertas y en el jardín frutal. Ampliando la imaginación que tenían del “nuestro”, los colonos pusieron bajo su protección el bosque estatal adyacente a sus posesiones, colocaron guardas en el camino, donde cada noche se cometían robos y asesinatos, y se lanzaron a una ofensiva contra los kulaks locales y los aguarnderos furtivos.

El trabajo instructivo, especialmente la lectura, desempeñó un enorme papel en la transformación de la conciencia de los colonos. En la colonia se leía mucho. A la luz de los quinqués se organizaban lecturas colectivas en los dormitorios. Ya en el primer invierno se leyeron muchas obras de Pushkin, Korolenko, Mámín-Sibiríak, Veresáev y, en particular, de Gorki. A los muchachos les asombraban más que nada las novelas autobiográficas *Infancia* y *Por el mundo*. Las escuchaban, conteniendo la respiración, olvidándose de todo cuanto les rodeaba. Antón Semiónovich narró a los colonos la historia auténtica de la vida de Máximo Gorki. Al principio no le creyeron, pero luego comprendieron con alegría:

— Entonces, ¿resulta que Gorki es como nosotros? ¡Eso sí que es formidable!

“La vida de Máximo Gorki —escribe Antón Semiónovich en *Poema pedagógico*—, pasó a formar parte de nuestra vida. Algunos de sus episodios llegaron a ser entre nosotros elementos de comparación, fundamentos para los mote, pancartas para las disputas, escalas para la medición de los valores humanos”⁴.

Un gran efecto educativo proporcionaba, en el verdadero sentido de la palabra, la extraordinaria organización innovadora de la colectividad. La célula estructural de partida en la colonia (la clase, en la versión docente se sobreentiende, seguía siendo la unidad estructural fundamental) era el destacamento, que constaba de 10-12 colonos, mandados por un jefe. Además de los destacamentos permanentes, que constituían el armazón de la colectividad, tenían amplia práctica los llamados destacamentos mixtos. Los últimos, se formaban para un plazo no mayor de una semana, se ocupaban del cumplimiento de una tarea temporal y eran disueltos en cuanto ésta se había realizado.

Esta organización de la colectividad, nueva, inventada por Antón Semiónovich, abría horizontes para solucionar tareas de educación muy sutiles y complejas.

El consejo de jefes nombraba responsables de los destacamentos mixtos a todos los educandos, por turno, excepto a los más incapaces. Gracias a los destacamentos mixtos, el papel de jefe de destacamento permanente se limitaba un tanto. Este salía a la tarea como número raso del destacamento mixto, subordinándose durante el cumplimiento de esta misión al jefe del destacamento mixto. Tal estructura organizativa móvil impedía que hasta la individualidad más fuerte se pusiera por encima de la colectividad.

⁴ A. Makárenko. *Obras*, t. I, pág. 85.

El trabajo práctico en la colonia era de tanto contenido y tan aleccionador que en menos de dos años Makárenko presintió la necesidad de hacer una sintetización teórica seria de él.

Sus puntos de vista en cuanto a los problemas cardinales de la teoría pedagógica los expuso en la *Solicitud al Instituto Central de Organizadores de Instrucción Pública* (24 de agosto de 1922). En este documento se decía: "Considero como problemas fundamentales de la ciencia pedagógica los siguientes:

1. Creación de un método científico de investigación pedagógica. En la actualidad, se considera como el abc que el niño es el objeto de la investigación pedagógica. A mí me parece esto incorrecto. Objeto de investigación por parte de la ciencia pedagógica debe considerarse el hecho pedagógico (el fenómeno).

2. Acentuar la atención para con la colectividad infantil como un todo orgánico. Para ello se precisa reestructurar toda la psicología del trabajador escolar.

3. Renunciar por completo a la idea de que para una buena escuela se necesitan, en primer lugar, buenos métodos dentro de la clase. Lo que ante todo se precisa para una buena escuela es un sistema científicamente organizado de todas las influencias.

4. La psicología no debe ser el fundamento de la pedagogía, sino la continuación de ella en el proceso de realización de la ley pedagógica.

5. La escuela rusa de trabajo debe reestructurarse totalmente, puesto que, actualmente, por su idea, es burguesa. El fundamento de la escuela rusa no debe hacerse la ocupación-trabajo, sino el trabajo-preocupación. Sólo la organización de la escuela como una economía la hará socialista"⁵.

⁵ A. Makárenko. *Obras*, t. VII, M., 1958, pág. 402.

Estos puntos de vista Antón Semiónovich decidió ya a la sazón exponerlos bajo el aspecto de monografía teórica, para lo cual fue a estudiar a Moscú al Instituto Central de Organizadores de Instrucción Pública. Sin embargo, permaneció en Moscú poco tiempo. Los colonos le bombardeaban literalmente con cartas, pidiéndole que regresara. Al fin y al cabo, llegó a Moscú una llamada telegráfica urgente del jefe de la Sección de Instrucción Pública de Poltava y Antón Semiónovich, para gran alegría de sus pupilos, regresó a la colonia.

Para el verano de 1925 la colonia Gorki alcanzó, por decirlo así, el cénit de sus éxitos pedagógicos y económicos. Era ya una institución educacional próspera en la que el bienestar material se conjugaba con una vida cultural multifacética de niños y pedagogos. El estudio en la escuela se compaginaba con el trabajo en los campos y en la granja porcina propia. La colonia tenía un teatro de drama aficionado, funcionaban otros círculos y se había creado una magnífica banda de música. La colonia era un vergel florido y asombraba por la limpieza de sus dependencias. Pero lo más bello eran los propios niños. Trajeados con esmero y gusto, amables, optimistas y disciplinados, parecía que no habían tenido nunca nada de común con aquellos sucios vagabundos, que por grupos o individualmente, llegaban periódicamente a la colonia.

La espina dorsal política de la colonia era la organización del Komsomol. Antón Semiónovich y los educandos mayores tuvieron que luchar mucho tiempo antes de que en las instancias, de las que dependía ser o no ser Komsomol en una colonia de delincuentes, dijeran que sí. Sólo en 1925 este importante problema se resolvió positivamente. Fue entonces cuando se envió a la colonia a T. Koval, primer instructor político. Bajo su dirección, la organización del Komsomol de la colonia aumentó en 1928 hasta 250 miembros. Este era el núcleo

en torno al cual se cohesionaba toda la colectividad en un espíritu ideológico, político y cultural.

El otoño de 1925, la colonia conmemoró el quinquenio de su existencia. "Nos han homenajeado como corresponde —escribía Makárenko a M. Gorki—. Hubo invitados de Járkov. A 8 funcionarios que trabajan en la colonia desde su misma fundación los hicieron regalos. El Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública me concedió el título de "héroe rojo del trabajo" y Poltava me envía en comisión "científica" para dos meses a Moscú y Leningrado..."⁶

El movimiento es lo fundamental en la vida de la colectividad, la detención es su muerte. Makárenko descubrió esta ley cardinal pedagógica y social cuando el establecimiento por él dirigido había alcanzado, al parecer, todo, cuando sólo quedaba multiplicar lo acumulado y ampliar la esfera de consumo. Siempre atento al estado de ánimo de la colectividad, a todos los cambios que se operaban en el tono de la vida colectiva, inesperadamente, Antón Semiónovich descubrió para sí que los colonos parecían estar conformes, que habían dejado de mirar al futuro con la anterior avidez e interés. Como estrategia pedagógico de experiencia, Makárenko comprendió en el acto que este síntoma, por el momento desapercibido, podía transformarse en un fenómeno temible. La colectividad necesitaba con toda urgencia otra perspectiva, nueva, atractiva y difícil de alcanzar. Igual que un fornido atleta necesita para mantener sus fuerzas aparatos gimnásticos y un rival serio.

El problema sobre el futuro de la colonia, acerca de los nuevos caminos en la vida, fue planteado en la asamblea general y durante un cierto tiempo tuvo pendiente a la colectividad de la elección de la nueva perspectiva. Lo más atrayente les parecía el

trasladarse a la rica y fértil *Sech Zaporózhskaya*. Se proponían poner allí en cultivo grandes áreas de siembra y ocuparse de la ganadería intensiva. Mas todos los debates terminaron decidiendo trasladarse a Kuriash.

Kuriash se encuentra a seis kilómetros de Járkov, en aquellos años capital de Ucrania. En el recinto de un monasterio, ubicado en esta ciudad suburbana, se descomponía y se extinguía una colonia infantil grande. "Es difícil imaginarse un mayor grado de abandono, administrativo, pedagógico y, simplemente, humano. 200 niños viven aquí sin lavarse, sin saber qué son el jabón y la toalla, hacen sus necesidades en cualquier sitio, porque no hay retretes, se han desacostumbrado a todo lo que se parece al trabajo y a la disciplina"⁷. Así describía Antón Semiónovich esta colonia en una de sus cartas a M. Gorki.

Para la colectividad de Makárenko se hizo perspectiva el transformar este amontonamiento fétido en un establecimiento normal infantil, salvar a los niños que pululan en este montón, liquidar este foco de robo y pillaje, situado en las cercanías de Járkov. Esta fue una decisión que, de por sí misma, evidenciaba hasta qué alturas se había elevado la conciencia de los colonos.

Antón Semiónovich elaboró un plan detallado, pensado hasta sus pormenores más nimios, para la "toma de Kuriash". El 9 de mayo de 1926, junto con cuatro educadores y once educandos llega a Kuriash. En el plazo de una semana, con las fuerzas de este pequeño destacamento fueron reparados algunos locales y realizado un trabajo preparatorio serio, en primer lugar, de carácter psicológico. El 15 de mayo la colonia de Poltava en pleno entró en Kuriash. Ciento veinte gorkianos, cohesionados por complejimos vínculos de organización en un

⁶ A. Makárenko. *Obras*, t. VII, pág. 323.

⁷ A. Makárenko. *Obras*, t. VII, págs. 334-335.

organismo monolítico y encaminado a un fin, reestructuraron con rapidez y sin contemplaciones la vida de los kuriazhanos.

En la "toma de Kuriazh" desempeñó un papel digno de mención la organización gorkiana del Komsomol dirigida por T. Koval, de entre cuyos miembros se formó el destacamento mixto de vanguardia. Ellos se hicieron el núcleo político y organizador, fundiéndose en los destacamentos de la ya ahora nueva y unificada colonia.

¿Cómo pudo suceder que recientes delincuentes, personas de costumbres rapaces y egoístas y una mentalidad anarquista, de pronto, se encontraran en situación de educadores? ¡Y qué educadores! Naturalmente que tuvo trascendencia decisiva la nueva realidad socialista, el énfasis de creación y la aspiración general por un futuro luminoso. Pero, al mismo tiempo, existían también instituciones parecidas a la anterior colonia de Kuriazh. Con la particularidad, de que las condiciones en Kuriazh eran mucho mejores que las condiciones en la colonia de Poltava.

La proximidad de la capital, las dotaciones materiales y la posibilidad de relacionarse con la rica cultura urbana, todo esto, lo habían tenido a su disposición los educadores de Kuriazh. Pero ellos carecían de los métodos pedagógicos con los que A. Makárenko creó la colectividad de la colonia Gorki.

Los éxitos prácticos de Makárenko eran evidentes y, sin embargo, los métodos de su labor, en la mayoría de los casos, se criticaban con dureza. Particularmente eran atacados a menudo los hallazgos de orden organizativo de Antón Semiónovich. ¿Por qué destacamentos, y no clases? ¿Por qué jefes, y no responsables? ¿Por qué Consejo de jefes, y no comité de alumnos? Con estas preguntas se dirigían a Makárenko funcionarios de la Instrucción Pública, pedagogos teóricos e incluso algunos dirigentes del Komsomol. Antón Semiónovich les explicaba

con paciencia las cualidades de sus métodos; a veces, le comprendían, pero, con frecuencia, ocurría lo contrario, que tenía que defenderse de estas incesantes críticas diletantes.

Entre los que comprendieron y valoraron los descubrimientos pedagógicos de Makárenko figuraba Galina Stajíevna Salko, alta funcionaria del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de Ucrania. Ayudó mucho a Antón Semiónovich, defendió con fervor e inteligencia su concepción y le alentó como amiga. En 1927, Galina Stajíevna se hizo esposa de Antón Semiónovich Makárenko.

El brillantísimo éxito de la operación educativa en Kuriazh persuadió definitivamente a Makárenko de que la metodología elaborada por él en la colonia de Poltava es mucho más eficaz que la que le proponían algunas instituciones oficiales. Confian-do hondamente en la pujanza del sistema educativo, por él encontrado, Antón Semiónovich presentó en 1927 un proyecto para la unificación de todas las 18 colonias de trabajo de la región de Járkov en un complejo pedagógico único. Esta fue una idea socio-pedagógica, singular por su envergadura y trascendencia.

Al principio, todo marchó bien, se recibió la conformidad para crear la Dirección de Colonias Infantiles.

Se nombró dirigente de la nueva institución a Galina Stajíevna Salko, su adjunto para el trabajo pedagógico a Antón Semiónovich y adjunto en la esfera de la producción a Nikolái Eduárdovich Feré.

Pero los adversarios de Antón Semiónovich supieron predisponer contra este experimento a funcionarios de mucha influencia y cargos de responsabilidad.

"Verdad es, que también encontramos amigos —escribió posteriormente Makárenko—, pero, en esencia, no disponía ni de un minuto libre para

luchar. Por eso me marché de la Dirección de Colonias Infantiles”⁸.

Ya el verano de 1927, Antón Semiónovich comenzó a dirigir simultáneamente la comuna de trabajo F. Dzerzhinski, acabada de organizarse en Járkov. Su paso definitivo a la comuna Makárenko lo demoraba sólo porque en la colonia aguardaban la visita de Alexéi Máximovich Gorki. Antón Semiónovich no quería ceder a nadie el honor de recibir a tal huésped.

Gorki llegó a la colonia el 8 de junio de 1928. En la vida de los niños y de los pedagogos, de Antón Semiónovich, no hubo fiesta más luminosa que este acontecimiento. Y nadie consiguió narrar mejor esta solemnidad que el autor de *Poema Pedagógico*.

“Nuestros días transcurrían ahora bellos y felices. Nuestra vida cotidiana, como un vergel florido, la embellecían el trabajo y la sonrisa, la diafanidad de nuestros caminos, la palabra ferviente y amistosa. Como arcos iris pendían sobre nosotros las preocupaciones, se hincaban en el cielo los reflectores de nuestra ilusión.

Con la misma alegría y confianza que antes recibimos nuestra fiesta, la fiesta más grande en nuestra historia.

Y, por fin, este día llegó.

Desde por la mañana rodean la colonia gentes de la ciudad, automóviles, altos funcionarios, todo un batallón de periodistas, fotógrafos y operadores de cine. Sobre los edificios ondean banderas y se agitan las guirnalda, en todas nuestras plazoletas hay flores. La formación de rapaces se extiende mucho, a grandes intervalos, por la carretera de Ajtir patrullan educandos montados, en el patio aguarda la guardia de honor.

Con gorra blanca, alto y emocionado, Gorki,

hombre con rostro de sabio y ojos de amigo, salió del automóvil, miró en derredor, se atusó los bigotes con dedos temblorosos, y sonrió:

— Salud... ¿Estos... son tus muchachos?... ¡Bueno!... ¡Está bien, sigamos!... El simbólico saludo de la banda de música, el susurro de las manos de los rapaces, sus ardientes miradas, nuestros corazones abiertos los depositamos, como una alfombra, ante el huésped.

Gorki pasó a lo largo de las filas...”

Gorki estuvo en la colonia tres días, siempre rodeado de los niños. Por las tardes, Alexéi Máximovich y Antón Semiónovich se quedaban a solas y examinaban largo y tendido los problemas que les preocupaban.

Desde el 3 de septiembre de 1928, Makárenko se entregó por completo al trabajo en la comuna F. Dzerzhinski.

El nuevo establecimiento de educación había sido pensado como monumento al ardiente revolucionario Félix Dzerzhinski, el primer jefe de la Cheka e iniciador del gigantesco programa estatal de lucha contra la vagabundería infantil. La comuna ocupaba varios edificios, construidos especialmente para ella en las afueras de Járkov. Clases espaciales y con mucha luz, duchas, parquet, despensas, llenas de todo lo necesario para la vida y estudios de los chicos. Fueron dueños de esta riqueza fabulosa los sesenta colonos gorkianos, que se trasladaron a la comuna con Antón Semiónovich, continuando así, en nuevas condiciones, la vida de la anterior colectividad.

Los creadores de la comuna, que al parecer habían previsto todo para una vida razonable y dichosa de los niños, para asombro de Makárenko se olvidaron de la base productora. Los talleres artesanos para las necesidades del autoservicio eran el único sitio donde los comuneros podían trabajar. Pero también encontraron salida al problema. Antón Semiónovich invitó a la comuna a un

⁸ A. Makárenko. *Obras*, t. VII, págs. 341-342.

administrador de experiencia que pronto organizó en las modestas áreas, aptos talleres, para la producción de mercancías deficitarias. Los éxitos comerciales de esta empresa fueron tan grandes que desde junio de 1930 la comuna pasó a la autogestión económica.

Al cabo de un año más la comuna obtuvo un empréstito bancario y construyó en varios meses una verdadera fábrica para la producción de taladradoras eléctricas. La producción de estos instrumentos, muy complicados para aquel tiempo, que se traían del extranjero, fue asimilada en mes y medio por los comuneros. Manejaban las máquinas-herramienta, en las que se hacían las taladradoras, comuneros de 13 y 14 años de edad.

Cuando pasó otro año, los comuneros montaron otra nueva y gran empresa: una fábrica de cámaras fotográficas de película estrecha FED. El 28 de diciembre de 1932, la misma víspera de su quinquenio, la comuna sacó la primera serie de fotoaparatos.

Con la construcción de las fábricas, la educación laboral se hizo educación productora, es decir, alcanzó el nivel pedagógico más elevado.

Alternando durante el día los estudios en la escuela con el trabajo en la producción—4 horas en la fábrica, más cinco horas en la escuela— los comuneros no sólo estudiaban con provecho y eran obreros de choque, sino que también leían mucho, hacían deporte y se distinguían por sus conocimientos políticos.

El principio de autogestión económica permitía a los comuneros no sólo hacer una vida interesante, sino también acomodada. Su trabajo reportaba al Estado, sólo de ganancia líquida, cinco millones de rublos anuales. Además, resarcía por completo los gastos para la escuela, emolumentos de los maestros, de vivienda comunal, de alimentación, para el pago de becas a los antiguos comuneros, que

estudiaban en los institutos, y para el mantenimiento de la propia fábrica. Los comuneros vestían decentemente, tenían una de las mejores bandas de música de toda Ucrania, invitaban para que dirigieran sus círculos de aficionados al arte a los mejores artistas y se podían permitir el lujo de gastar anualmente en excursiones veraniegas doscientos mil rublos y designar hasta cuarenta mil rublos en comprar billetes para el teatro.

Igual que en la colonia M. Gorki, la organización del Komsomol, creada en la comuna el 15 de enero de 1928, era el núcleo político y educador. Para marzo de 1930, el número de komsomoles ascendió hasta 70. Makárenko dijo que el "Komsomol se hizo en la comuna el verdadero dirigente de la colectividad"⁹.

Los numerosos huéspedes de la comuna, tanto soviéticos como extranjeros, señalaban en el modo de vida de los comuneros rasgos característicos como la autodirección, la habilidad de los educandos para administrar en nombre de la colectividad y el saber subordinarse a estos intereses, la sensación de dignidad propia, orgullo por la colectividad, espíritu de organización, diligencia y optimismo. Por estos y por otros índices del desarrollo social, la comuna aventajaba en mucho a su época, de la misma manera que la aventajaba en muchos decenios la propia pedagogía innovadora de A. Makárenko.

La clave para comprender y apreciar justamente las realizaciones pedagógicas de la colonia M. Gorki y de la comuna F. Dzerzhinski, es indudablemente la teoría científica de la colectividad, que Antón Semiónovich elaboró con particular intensidad durante los años 1927-1935. Merece la pena detenerse en algunos postulados de esta teoría.

⁹ A. Makárenko. *Obras*, t. II, pág. 424.

Ya en los años veinte, Makárenko descubrió una ley social fundamental. Su esencia reside en que en el sistema sociedad-individuo debe existir forzosamente un eslabón vinculador intermedio, las funciones del cual las cumple una célula especialmente creada, la colectividad. En esta célula social están incluidos los componentes principales de la sociedad socialista, en su conjunto. Así pues, la colectividad hace objeto palpable el modo socialista de vida y con ello asegura el que los miembros de la colectividad entiendan los intereses de la sociedad como intereses personales, es decir, garantiza la formación de una mentalidad colectivista.

Desde el punto de vista de A. Makárenko, la colectividad es un fenómeno tan nuevo como lo es la propia sociedad socialista. Mientras no hubo socialismo no hubo, y no podía haber, colectividades. Makárenko llegó a esta conclusión en 1932 sobre la base del análisis minucioso de las diferentes formas de agrupación social de las personas.

El que en la sociedad existan determinadas dependencias entre sus miembros —escribió A. Makárenko— condiciona también el carácter de la educación.

La sociedad socialista está basada en el principio del colectivismo. En ella, el bienestar de cada uno depende directamente del bienestar de todos y el bienestar de todos se determina directamente por el bienestar de cada uno. La preparación para este tipo de relaciones y para tales dependencias se realiza, en primer lugar, en la colectividad.

Conceptuando la colectividad como una microestructura social, en la que se reproduce un tipo de relaciones, característico para todo el conjunto de la sociedad, A. Makárenko diferencia los conceptos sociedad y colectividad. A diferencia de toda una sociedad, la colectividad representa la unidad de contactos: los miembros de la colectividad están ligados mutuamente por relaciones y dependencias directas.

Esta particularidad substancial de la colectividad como célula de la sociedad socialista tiene también no sólo un gran sentido científico, sino asimismo un profundo sentido práctico de Colectividad, los miembros de la cual están ligados por relaciones y dependencias directas, tiene más posibilidades para preocuparse por cada individuo, para aplicar el principio de "llegar hasta cada uno".

Makárenko demostró que la colectividad sólo puede crearse sobre la base de una actividad, que sea claramente útil para la sociedad. Las agrupaciones que surgen para una labor antisocial no pueden conceptuarse como colectividades.

En correspondencia con la tesis marxista de que son las propias personas quienes crean las circunstancias, bajo el influjo de las cuales se educan, A. Makárenko plantea la cuestión de la colectividad como una célula que no surge de motu proprio, de forma espontánea, sino que se crea como resultado de la actividad consciente y concreta de las personas.

También forma parte de las particularidades esenciales de la colectividad su derecho a defender los intereses comunes, a exigir la supeditación de los intereses personales a los sociales. Makárenko llamó a este derecho soberanía de la colectividad. En el proceso realizador de la soberanía de la colectividad se resuelve prácticamente el problema de la personalidad y de la colectividad. El postulado sobre la soberanía de la colectividad se entiende, a veces, no correctamente del todo. Hay pedagogos que estiman que en las exigencias de A. Makárenko de dar preferencia incondicional a los intereses comunes sobre los intereses personales se atenta contra el derecho de una determinada personalidad, contra su libertad.

De por sí se sobreentiende que la verdad es siempre concreta. Si la colectividad deja de respetar y de defender los intereses generales y sólo comienza a repartir bienes, sin obtener nada a cambio, sin exigir nada de los individuos que la

forman, pierde las cualidades de colectividad. Se desintegra y se extingue con todas las consecuencias que de ello se derivan, en primer lugar, para el individuo. Suceden casos en que la colectividad no existe de hecho, en que a la persona sólo se le exige, menoscabando su libertad y su derecho, sin preocuparse de sus intereses, olvidándose de sus necesidades. En eso es en lo que, precisamente, se diferencia la verdadera colectividad de la colectividad aparente, en que presentando al individuo altas exigencias, insistiendo en que dé preferencia a los intereses generales, le propone máximo de condiciones posibles para satisfacer sus demandas.

El destino supremo de la colectividad es la creación de condiciones para el desarrollo armónico y libre del individuo, para la educación de colectivistas. "Para trabajar con una sola persona hay que conocerla y cultivarla. Si yo me imagino las personas como granos amontonados, si no las veo en escala de la colectividad, si las abordo sin tener en cuenta que son parte de la colectividad, no estaré en condiciones de trabajar con ellas"¹⁰.

Perplejidad y preocupación suscitaba en A. Makárenko la organización del proceso educativo, en el cual, a los escolares, como él decía, "se los llevan a diferentes colectividades". En la escuela, el chico vive en una colectividad, en su casa, en otra, en la sección deportiva, en una tercera, en el Palacio de Pioneros en una cuarta colectividad. "Deambula entre colectividades, pudiendo elegir por la mañana una, por la tarde otra y a la hora de la comida una tercera"¹¹. El pequeño no está subordinado por completo a ninguna de estas colectividades y, excepto sus propios intereses, no ve ni reconoce otros. Esto perjudica mucho a la formación de la mentalidad colectivista y a los hábitos de conducta colectivista. Si la persona busca incesantemente

dónde le irá mejor, si carece de una colectividad permanente, fundamental, a esta persona le será difícil aprender a compaginar correctamente los intereses personales con los de la colectividad, y peor aún con los intereses de la sociedad.

En la educación, como en otra cualquiera función de responsabilidad, el derecho a decidir deberá pertenecer a una cierta instancia principal y hay la mayor razón para suponer que este derecho, indiscutiblemente, lo tiene la escuela: en ella están concentrados los cuadros pedagógicos más cualificados y es la que encarna más plenamente la idea de la educación social. La existencia de una colectividad fundamental, que realiza el principio de soberanía, excluye totalmente el peligro de que se impersonalice la educación de los escolares.

Cuando argumentaba la necesidad de ampliar los derechos de la colectividad escolar, A. Makárenko se guiaba por los intereses apremiantes de la educación comunista. Propugnaba que a la escuela se le reconociera el derecho a dirigir la educación familiar, el derecho a sancionar a los padres despreocupados. "Este derecho —decía—, no debe pertenecer a la Milicia, sino a la escuela, precisamente"¹².

La colectividad escolar debe, según A. Makárenko, ayudar a la familia con literatura especial, organizando cursillos pedagógicos para padres, mediante una observancia permanente, con un sistema de estímulos y castigos, montando una organización de padres en función social por las casas, desarrollando una labor instructiva mediante un trabajo conjunto incesante.

Bajo la dirección de la escuela debe realizarse también el trabajo de educación en los Palacios de Pioneros, en los distintos clubes y secciones, en los campamentos de pioneros. Reconocer para la

¹⁰ A. Makárenko. *Obras*, t. V, págs. 173-174.

¹¹ A. Makárenko. *Obras*, t. V, pág. 123.

¹² A. Makárenko. *Obras*, t. VII, pág. 392.

escuela el derecho a dirigir la educación y la aplicación de este derecho en la organización científica del proceso educativo, asegura la lógica única del proceso pedagógico y hace a la educación factible para dirigir tanto en la escuela como fuera de ella.

Creando un modelo óptimo de colectividad, Makárenko arrancaba de que el número y el carácter de las relaciones que se forman entre los niños sobre la base de su estudio en clase no pueden garantizar la solución plena de las tareas (¡no confundirlas con las de enseñanza general! V. K.) de educación que tiene planteadas la escuela soviética.

La búsqueda de formas organizativas, que orgánicamente complementaran las clases y junto con ellas formaran el armazón organizativo para el nuevo tipo de relaciones, A. Makárenko, como ya dijimos, la inició ya en la colonia M. Gorki. Allí adquirirían la forma de destacamentos, permanentes y mixtos, del consejo de jefes. Mas si para la colonia M. Gorki eran características dos circunstancias, una diferencia relativamente pequeña en la edad de los educandos y el modesto papel del trabajo docente, la comuna F. Dzerzhinski tenía ya escuela de diez grados completa con facultad obrera (rabfak), mientras que la composición del alumnado era el mismo que en una escuela media corriente. Estos cambios se reflejaron en la estructura de la colectividad. Las funciones de la colectividad primaria de los destacamentos, existentes en la colonia, pasaron a los destacamentos de edades distintas, nueva creación de las búsquedas organizativas de A. Makárenko.

Por el carácter de vida y principios de organización, el destacamento de distintas edades se parece mucho a una familia bien cohesionada. Los mayores se preocupan de los pequeños, les ayudan a hacer los deberes, les inculcan los hábitos de autoservicio y los defienden de los ofensores. Los

menores aspiran a parecerse a los mayores: con ayuda de éstos amplían el volumen de conocimientos y asimilan las tradiciones de comportamiento.

La reestructuración de la colectividad de la comuna sobre la base de los destacamentos de diversas edades, colectividades primarias, abrió horizontes más extensos para la *metodología de la acción pedagógica paralela*, la particularidad de la cual reside en que la opinión social se forma no en torno a uno u otro educando aislado, sino, en primer lugar, en torno a la colectividad primaria.

A diferencia de otras agrupaciones intercolectivistas, el destacamento de edades diversas no lleva a cabo ningunas medidas conjuntas, en el sentido de la palabra, generalmente aceptado. Ni asistencias al cine, ni excursiones, e incluso ni juegos. Cada miembro del destacamento dispone a su libre albedrío de las horas libres de estudios, pero cada cual debe informar al jefe que los deberes caseros fueron hechos y que todo está preparado para el siguiente día laboral, que todas las tareas fueron cumplidas.

En la comuna F. Dzerzhinski, igual que en la colonia M. Gorki, el consejo de jefes era el órgano ejecutivo principal de autogestión.

Los investigadores explican de manera distinta la autoridad y la influencia de esta invención de A. Makárenko. Unos, afirman que el "secreto" residía en el propio contingente de educandos, otros, estiman que todo eso se debía al romanticismo de la revolución y de la guerra civil; en las asociaciones que suscitaba la palabra "jefe", los terceros, demuestran que para un pedagogo, como era A. Makárenko, cualquier forma de autogestión hubiera tenido la misma eficacia.

La verdad en esta importante polémica científica se esconde mucho más hondo. A diferencia de los comités de alumnos, comités infantiles, consejos

de responsables y otros órganos de autogestión, el consejo de jefes en la comuna F. Dzerzhinski se creaba por el principio de representación de los destacamentos de diversas edades. Y por cuanto al frente de las colectividades primarias se encontraban, como regla, los educandos de mayor edad, de entre ellos se completaba el consejo de jefes, lo que, de una parte, permitía realmente dirigir la colectividad y, de otra, servía de base para una autoridad natural.

La organización de la colectividad empieza con el planteamiento de objetivos comunes colectivos. A. Makárenko decía: "Estoy persuadido de que si la colectividad no tiene planteado un objetivo, no se podrá encontrar el procedimiento para organizarla. Ante cada colectividad debe plantearse un objetivo colectivista común, no plantearse a una clase sola, sino forzosamente a toda la escuela"¹³.

El despliegue del objetivo común colectivo pasa por tres fases, que corresponden a otras tres fases en el desarrollo de la colectividad.

En la etapa inicial de creación de la colectividad la influencia organizadora del objetivo se asegura, principalmente, mediante el planteamiento de diversas tareas, *perspectiva inmediata*. Como perspectiva inmediata, a los escolares se les puede plantear la organización de una excursión, la preparación de una velada de recreo, la asistencia colectiva a una función de cine o teatro, desplegar un sistema de trabajo interesante en los círculos. "Y no obstante, sería un gran error estructurar el futuro inmediato ateniéndose solamente al principio de lo que nos es agradable, incluso si en esto agradable hay elementos de utilidad. Por este camino imbuiremos a los chicos un epicureísmo absolutamente inadmisible"¹⁴. Entre las perspecti-

vas inmediatas debe haber también algunas que exigen determinados esfuerzos laborales, tensión de trabajo.

Cuando la colectividad ya está formada y vigorizada, cuando la opinión social en ella ha madurado y es más exigente, llega el momento de introducir activamente la *perspectiva intermedia*. La colectividad debe prepararse meticulosa y sistemáticamente con miras a los acontecimientos que constituye el contenido de la perspectiva intermedia. Preparándose para una tal perspectiva, se llevan a cabo una serie de medidas complementarias: rendiciones de gestión, exposiciones fotográficas, encuentros con invitados, decorado de locales, etc.

Los preparativos para un acontecimiento solemne (que no deben ser más de dos o tres al año) deben saturar toda la vida de la colectividad escolar, incorporar a una labor creadora intensa a casi todos los alumnos y pedagogos.

El contenido de la *perspectiva lejana* lo determina, principalmente, la preocupación activa de cada escolar sobre el futuro de su colectividad y sobre el futuro de su país. "El futuro de la Unión, su progreso, es el grado supremo en la organización de las miras futuras: no sólo conocer de oídas este porvenir, no sólo hablar y leer de él, sino sentir con todas las fibras internas el movimiento de avance de nuestro país, su trabajo, sus éxitos. Los educandos de una institución infantil soviética deben conocer los peligros, saber quiénes son los amigos y enemigos de su Patria. Deben saber representarse su propia vida, ni más ni menos, que como una parte del presente y futuro de toda nuestra sociedad"¹⁵.

La capacidad de la persona para guiarse en su vida por uno u otro tipo de perspectiva, A. Makárenko la conceptuaba como criterio importantísimo de una educación correcta.

¹³ A. Makárenko. Obras, t. V, pág. 76.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ A. Makárenko. *Problemas de la educación escolar soviética*. ed. en español, M., pág. 218.

“Lo más importante que estamos acostumbrados a valorar en el hombre es su fuerza y su belleza. Una y otra cosa se determinan exclusivamente en cómo ve él las perspectivas. La persona que determina su conducta con arreglo al futuro más inmediato es la más débil. Si sólo se conforma con su propio porvenir, aunque sea lejano, puede parecernos fuerte, pero no suscita en nosotros sensaciones de belleza personal y verdadero valor. Cuanto más amplia es la colectividad, cuyas perspectivas son también para el hombre las suyas personales, tanto más bella y sublime es la persona”¹⁶.

Naturalmente que un tal resultado de la educación no sólo se logra con el propio planteamiento de fines de magnitud social y de gran altura de miras, mediante la distribución táctica de estos fines en varias gradaciones. La educación de las personas en quienes las perspectivas colectiva y personal se compaginan, las personas que son capaces de supeditar, si se precisa, los intereses individuales a los sociales, se asegura con toda la experiencia de la vida en la colectividad, mas para ello, como ya señalamos, la colectividad debe estar organizada adecuadamente, hacer una vida rica en contenido y desarrollarse incesantemente.

Esclareciendo los éxitos de su labor, A. Makárenko decía: “Tengan en cuenta que yo me desenvolvía en condiciones diferentes a las de la escuela, pues mis chicos vivían en una residencia estudiantil, trabajaban en la producción, en su inmensa mayoría no tenían familia, es decir, que carecían de otra colectividad. Es natural, que yo dispusiera de más medios de educación colectiva que en la escuela”¹⁷. Sin embargo, demostraba A. Makárenko, si se organiza correctamente la educa-

ción, una colectividad con pleno valor no sólo puede crearse en condiciones de una colonia o una comuna, sino también en una escuela corriente de instrucción general.

Para hacer una vida normal y que la colectividad pueda desarrollarse, tiene importancia decisiva el riguroso equilibrio dialéctico de la dirección y de la autogestión. La violación de este equilibrio implica consecuencias sumamente desagradables. La subestimación de la autogestión, la ausencia en la colectividad de una opinión social sana y resuelta conduce a un reforzamiento excesivo y, por lo mismo muy perjudicial, del poder administrativo, a transformar a la colectividad en medio de presión sobre el individuo. A su vez, la debilitación del centro de la colectividad, y de su dirección, está ligada a la activación de tendencias anarquistas, lleva a que se destruyan los contactos colectivistas, a que se “pudra” el organismo colectivo.

Makárenko defendía el principio del mando único en la dirección de la colectividad escolar. Señalaba, que sólo el director puede ser quien dirija la escuela con plenitud de derechos, mientras que todos los restantes pedagogos deben desempeñar “funciones iguales y encontrarse en relaciones iguales mutuas”¹⁸.

La concentración de funciones administrativas en manos del director de la escuela y la exención de estas funciones a los maestros, se precisa para que se estimulen, lo más posible la iniciativa y la independencia de los propios alumnos, para que los escolares se incorporen lo antes posible al proceso activo de dirección de la colectividad, al proceso de educación y autoeducación.

La colectividad escolar debe estar “saturada” de juego. Las distracciones en una colectividad infantil no sólo son un medio sutil y delicado de influencia

¹⁶ A. Makárenko. *Obras*, t. V, pág. 74.

¹⁷ A. Makárenko. *Obras*, t. IV, págs. 120-121.

¹⁸ A. Makárenko. *Obras*, t. IV, pág. 491.

pedagógica sobre los niños, sino también un excelente medio para organizar a los alumnos. Todo juego tiene sus reglas, y los niños, mejor que los adultos, saben respetar y observar estas reglas. En la comuna F. Dzerzhinski, una gran parte de estas reglas se refrendaba en forma de tradiciones. No importa lo que hicieran, idearan o ingeniaran los comuneros, a todo esto se le daban formas bonitas y llamativas de distracción. Pero, al mismo tiempo, en el juego dado siempre estaba presente un elemento de verdadera seriedad, de respeto incondicional y de responsabilidad por este juego.

"Nada cohesiona tan fuerte a la colectividad como la tradición"¹⁹. En este aforismo de A. Makárenko está expresado uno de los principios de más importancia en la organización y actividad de la colectividad. En las tradiciones se refrenda la experiencia de las generaciones anteriores, en ellas se inculca el respeto para con el pasado de la colectividad y se educan los hábitos de comportamiento correcto.

Makárenko se dedicó también a las cuestiones de la educación en la nueva familia socialista. Sus puntos de vista los expuso en la obra *Libro para los padres* (1937) y en sus *Conferencias sobre educación infantil* (1938).

Ante todo, A. Makárenko determina con exactitud el papel de la familia en el sistema de educación social soviética. La misión de la familia, su papel como educadora, reside en regular incesantemente y con conocimiento de causa las influencias a las que el niño está sometido en cada momento de su vida y que él mismo va haciendo más complicadas a medida que se desarrolla física y moralmente.

Las funciones educadoras de la familia soviética, A. Makárenko las entiende como la continuación de las funciones educadoras de la sociedad.

Para cumplir su función ante la sociedad, para hacer felices a sus hijos y a sí mismos, en primer lugar, los padres deben aprender a regular correctamente las demandas infantiles. No se puede aceptar como demanda cada deseo del niño. Esto significaría tolerar sus caprichos, cultivar los "accesos individuales", con todas las consecuencias lamentables que de ellos se derivan.

Como regla, el hijo único es víctima de la satisfacción de todas las demandas, incluidas las más elevadas. "En casos semejantes, sólo la debilidad innatural del "cariño" paternal puede disminuir un tanto el peligro"²⁰.

Un factor decisivo de la educación correcta de los hijos en la familia es el ambiente general de la vida familiar. Los medios pedagógicos más justos y más razonables serán impotentes si en las relaciones de los padres falta el respeto mutuo, si hay poca sinceridad, cariño y preocupación mutuos. En la conducta de los padres, en el estilo de la familia, que incluye el trabajo, la mentalidad, costumbres, sentimientos y afanes, se encuentran las raíces también de la autoridad paternal. Para disfrutar de autoridad, los "padres mismos deben hacer una vida plena, consciente, moral de ciudadanos del País de los Soviets. Pero esto significa que también respecto a los hijos ellos deben encontrarse a una cierta mayor altura, pero una altura natural, humana y no creada artificialmente para utilizarla con los hijos"²¹.

Incluso, existiendo todas las demás premisas favorables, es condición imprescindible para educar bien conocer la mentalidad infantil, el mundo de sus pensamientos, de sus preocupaciones. Si la autoridad de los padres es "como un pelele, pintarrajeado e inmóvil que sólo se permanece al

¹⁹ A. Makárenko. *Obras*, t. VII, pág. 125.

²⁰ A. Makárenko. *Obras*, t. IV, pág. 111.

²¹ *Ibidem*, págs. 150-151.

lado de esta vida infantil, si el rostro, mímica, sonrisa, reflexiones y lágrimas infantiles no dejan huella en ustedes, si en el rostro paternal no se refleja el rostro de un ciudadano, de nada valdrá su autoridad, aunque esté pertrechada con la ira o con el cinto"²².

A los niños hay que acostumbrarles desde la infancia más temprana a un orden exacto y razonable. El habituarlos a un régimen establecido una vez, es la costumbre de exigirse a sí mismos. "La hora exacta de levantarse de la cama es una medida valiosísima para entrenar la voluntad, para salvar al niño de la molicie, del juego infructuoso de la imaginación bajo la manta. El acudir con exactitud a la comida significa respeto para su madre, para la familia, para otras personas, para sí mismo. Toda exactitud significa encontrarse en el círculo de la disciplina y de la autoridad paternal y, por consiguiente, educación sexual"²³.

El objetivo rector de toda educación, incluida la familiar, es la formación de ideas morales justas y de elaboración de la conducta, que en todos los casos, debe corresponder a las normas de la moral comunista. Cada familia puede lograr este objetivo si la madre y el padre comprenden hasta el fin la belleza y la responsabilidad de su misión educativa, si en este aspecto se apoyan, en primer lugar, en el conocimiento exacto.

En septiembre de 1935 Makárenko fue destinado a Kíev como ayudante del jefe del Negociado de Comunas de Trabajo del Comisariado del Pueblo del Interior de la República Socialista Soviética de Ucrania. En su nuevo destino, Antón Semiónovich se esfuerza mucho para que la experiencia de la colonia M. Gorki y de la comuna F. Dzerzhinski se haga patrimonio de las instituciones de enseñanza.

Desempeñando este puesto, escribe en calidad de documento instructivo su conocida *Metodología para la organización del proceso educativo*.

Viviendo en Kíev, Antón Semiónovich no interrumpe sus contactos con la comuna F. Dzerzhinski y en la parada en honor de la olimpiada de aficionados al arte de las colonias de trabajo del Ministerio del Interior de toda Ucrania, encabeza la columna de sus comuneros.

Los años de trabajo en la comuna fueron para Antón Semiónovich un período de intensiva creación científica y literaria.

El otoño y el invierno de 1930 escribió *La marcha del año 30*, ciclo de reportajes que hablan de la vida en la comuna F. Dzerzhinski, editado en 1932. Emocionadora fue la opinión que del libro hizo M. Gorki. Desde el lejano Sorrento escribió: "Querido Antón Semiónovich, ayer leí vuestro librito *La marcha del año 30*. Lo leí con emoción y alegría. Ha reflejado usted muy bien en él a la comuna y a los comuneros. En cada página se advierte vuestro cariño para con los muchachos, vuestra preocupación incesante por ellos y una comprensión sutil del alma infantil. Le felicito sinceramente por ese libro"²⁴.

En 1932, Antón Semiónovich terminó la novela *FD-I*, en la que describió una nueva etapa en la vida de la comuna. En 1933, Makárenko escribe la pieza teatral *Tono mayor* y la presenta al certamen nacional de obras dramáticas. El jurado del concurso elogió la pieza y en 1935 fue editada. Todo este tiempo Antón Semiónovich sigue trabajando tesorero en *Poema pedagógico*, su obra principal. En febrero de 1933 recibió de M. Gorki una carta llena de preocupación amistosa, en la que se decía: "Querido Antón Semiónovich, he sabido por vía indirecta que usted empieza a sentirse cansado y

²² A. Makárenko. *Obras*, t. IV, pág. 212.

²³ *Ibidem*, pág. 249.

²⁴ A. Makárenko. *Obras*, t. VII, pág. 353.

que usted necesita reposar. Propiamente dicho, yo mismo debía haberme apercibido ya de que usted necesita descanso, puesto que yo, hasta cierto punto le apadrino, y algunas cosas sencillas debía comprenderlas yo mismo. Doce años lleva usted trabajando y los resultados de vuestra labor no tienen precio. Pero el caso es que nadie los conoce y nadie los conocerá si usted mismo no lo cuenta...

Váyase a cualquier zona templada y escriba su libro, querido amigo" ²⁵.

No limitándose sólo al apoyo moral, Alexéi Máximovich le giró la importante suma de 5.000 rublos, exigiéndole con insistencia que no se distrajera en ningún otro asunto, excepto en este libro.

A finales de 1933 quedó terminada la primera parte de *Poema pedagógico*, siendo publicada ese mismo año en el almanaque *Año diecisiete*, que se editaba redactado por Gorki.

El otoño de 1934 dio por culminado su trabajo en la segunda parte de *Poema pedagógico*, que vio la luz en el almanaque *Año dieciocho*.

La tercera parte del libro, Antón Semiónovich la escribió en ocho meses, de enero a septiembre de 1935. Cuando la leyó Gorki le escribió: "...La tercera parte de *Poema* me parece aún más valiosa que las dos primeras. He leído con gran emoción la escena del encuentro de los gorkianos con los kuriazhanos y, en general, me ha emocionado mucho...

Le felicito por este buen libro, le felicito de todo corazón" ²⁶.

También otros lectores felicitaron a Antón Semiónovich. De todos los confines del país, de adultos y menores, llegaban cartas, expresando al autor del libro los sentimientos más cordiales.

La labor literaria de Makárenko fue reconocida mercedamente por la opinión pública. El 1 de julio de 1934, Antón Semiónovich fue admitido como miembro de la Unión de Escritores Soviéticos.

Los últimos años de su vida, Makárenko los pasó en Moscú, donde recibió, por fin, la posibilidad de concentrarse por entero en el trabajo científico y literario. Trabajó con enorme fervor y mucho fruto. Sus artículos, brillantes y de rico contenido, que muestran el mañana de la escuela y de la pedagogía soviéticas, aparecen uno tras otro en *Pravda* y en *Izvestia*, así como en otros periódicos. Respondiendo a las innumerables peticiones de los lectores, Antón Semiónovich hace frecuentes informes y conferencias. Sólo durante el año 1937 se entrevistó con los alumnos de los grados 8 y 10 de la escuela № 310 de Moscú, con el profesorado y estudiantado del Instituto Pedagógico de la región de Moscú, con lectores, escritores y críticos en la Casa de los literatos moscovita, con estudiantes y colaboradores del Instituto Superior de Instrucción Comunista.

El otoño de 1937, se transmiten por radio ocho conferencias de Makárenko, dedicadas a los problemas de la educación familiar. En enero de 1938, Antón Semiónovich da un ciclo de conferencias para los trabajadores del Comisariado del Rueblo de Instrucción Pública de la Federación Rusa.

En 1937, se publica en la revista *Krásnaya nov* el *Libro para los padres*, que este mismo año salió en edición aparte. En esta obra, original por su género y, como siempre, innovadora, Antón Semiónovich hablaba sobre los problemas de la educación en la nueva familia socialista, mostrando cómo hay que resolver estos problemas.

La novela *Banderas en las torres*, fue otra gran obra de Makárenko en dichos años. En esta continuación sui generis de *Poema pedagógico*, se describe la vida en la comuna F. Dzerzhinski, se

²⁵ A. Makárenko. Obras, t. VII, pág. 355.

²⁶ *Ibidem*, págs. 370-371.

muestra esta colectividad bien organizada y espiritualmente perfecta.

El 31 de enero de 1939, "por los destacados éxitos y realizaciones en el fomento de la literatura soviética" A. Makárenko fue condecorado con la orden de la Bandera Roja del Trabajo.

A la sazón, Antón Semiónovich hace una vida de gran tensión creadora. En un plazo breve escribió varios importantes artículos pedagógicos y literario-críticos, incluidos *Sobre la ética comunista*, *La literatura y la sociedad*, etc. Tenía el propósito de continuar el *Libro para los padres* y terminar la novela *Caminos de una generación*, escribir varios guiones cinematográficos y pensaba dedicar tres años a un trabajo fundamental sobre la educación comunista.

En febrero de 1939, Antón Semiónovich pidió ser admitido en el Partido Comunista. Su solicitud fue incluida en el orden del día de la reunión del partido de la Unión de Escritores Soviéticos, que se planificaba celebrar el 4 de abril de 1939.

A comienzos de marzo de 1939, Makárenko hizo un viaje a Járkov, interviniendo en el Instituto Pedagógico con la conferencia *Mis criterios pedagógicos* y entrevistándose con los antiguos educandos de la comuna F. Dzerzhinski. Esta fue su última intervención pública y su último encuentro. El 1 de abril de 1939, viniendo en el ferrocarril suburbano de Golitsino a Moscú, Antón Semiónovich falleció repentinamente en el vagón de un ataque cardíaco.

Como nunca antes, en nuestros días, cada persona juiciosa siente responsabilidad por la generación que crece. Remitiéndonos a la vida y labor de Makárenko, hojeando las páginas de sus obras, se puede encontrar respuesta a muchas preguntas que hoy nos preocupan.

Con su pensamiento puesto en el futuro vivió y trabajó Makárenko, y los hombres de ese futuro —nuestros contemporáneos—, le rinden tributo de gratitud por su labor inspiradora y bella.

RECUERDOS ACERCA DE MAKARENKO

Máximo Gorki

DEL LIBRO
"POR LA UNION DE LOS SOVIETS" *

Estuve en el Monasterio de Kuriazh el verano del año 91 y platiqué allí con Ioánn Kronshtadski, a la sazón muy famoso. Pero de que estuve alguna vez en el monasterio, lo recordé solamente al tercer día de vivir en él entre los cuatro centenares de sus nuevos dueños, antiguos "vagabundos" y ex "socialmente peligrosos", aun sin conocerlos, amigos míos. Recuerdo que este monasterio existió con los nombres de Rizhovski y Pesóchinski. En el año 91 era muy rico y venerado, el "milagroso" icono de la Virgen atraía a gran número de peregrinos; rodeaba el monasterio un bosquecillo, una parte del cual fue transformada en parque; tras de sus sólidos muros asomaban dos iglesias y otras muchas dependencias de diverso empleo; en el fondo del corte de una loma, detrás del templo de verano, estaba la ermita y, en su interior, sobre el manantial, se erguía la imagen, el imán del monasterio. En los años de la guerra civil, los campesinos talaron el

* El esbozo fue escrito el año 1928.

parque y el bosquecillo, se secó el venero, saquearon la ermita, desmontaron los muros del monasterio, quedando solamente como recuerdo de ellos el sólido y tosco campanario con el portalón de entrada bajo él; a la iglesia de verano le quitaron las cúpulas, transformándose en un edificio de dos plantas, donde se alojan el club, el salón de reuniones, un comedor para doscientas personas y el dormitorio de las chicas de la colonia. En la vetusta iglesia de invierno todavía se dicen misas los días de fiesta, acuden a rezar a ella dos o tres decenas de viejas y viejos de las aldeas y caseríos cercanos. Estorba mucho a los colonos que la miran suspirando:

— Qué lástima no nos la diesen a nosotros, la utilizaríamos como comedor y así no tendríamos que desayunar, comer y cenar en dos turnos de doscientas personas cada uno y perder infinidad de tiempo precioso.

Probaron a hacerse con ella: una noche, víspera de fiesta, quitaron del campanario todas las campanas pequeñas, colgándolas en el ambón de la iglesia; hicieron mil travesuras más, pero las autoridades de la ciudad les prohibieron severamente repetirlas.

Estuve carteándome con los chicos de esta colonia cuatro años, viendo cómo cambiaba gradualmente su ortografía, gramática, cómo crecía su instrucción social, cómo se ampliaba su concepción de la realidad: cómo de pequeños anarquistas, vagabundos y raterillos, cómo de jóvenes prostitutas crecían personas laboriosas de conducta intachable.

La colonia subsiste ya siete años, de los que cuatro estuvo en la provincia de Poltava. En el transcurso de estos siete años salieron de ella varias decenas de personas que ingresaron en facultades fabriles, en escuelas agronómicas y militares y también en otras colonias, pero ya como "educadores" de pequeños. Las plazas vacantes se completan

inmediatamente con los chicos que envían los órganos de Instrucción Criminal, otros, los trae la Milicia, recogidos en las calles, y no son pocos los vagabundos que se presentan voluntariamente; el número global de colonos nunca es menor de cuatrocientos. En octubre del año pasado, N. Denisenko, uno de los colonos, me escribió en nombre de todos los "jefes":

"Si usted supiera cómo ha cambiado aquí todo después de su partida. Muchos de nuestros colonos veteranos han emprendido la vida independiente: en la producción, en las facultades fabriles y en las Escuelas de Oficios. Son muy pocos los chicos viejos que quedan, todos son nuevos. Es más difícil, claro está, organizar la vida con los nuevos que con los que ya se acostumbraron al trabajo y a la actividad social. Con la marcha de los muchachos mayores, la disciplina en la colonia comienza a cojear. Pero los mayores que quedamos no debemos permitirlo y no lo permitiremos. En la actualidad, toda la enseñanza en nuestra colonia ha sido reestructurada, organizándose de nuevo la escuela de siete grados, y para los adolescentes, unos talleres de aprendizaje. No hay gran afición por el estudio y, no obstante, ni uno solo de los cuatrocientos pasa de largo ante las puertas de la escuela".

Actualmente hay en la colonia sesenta y dos komsomoles, algunos estudian en Járkov y uno está ya en el segundo curso de la Facultad de Medicina. Pero todos viven en la colonia y, a pesar de que dista de la ciudad ocho verstas, participan activamente en los trabajos cotidianos de sus camaradas.

Los cuatrocientos educandos están divididos en veinticuatro destacamentos: ebanistas, ajustadores, agricultores y huertanos, pastores, porqueros, tractoristas, sanitarios, guardas, zapateros, etc. La economía de la colonia cuenta, si no me equivoco, con 43 hectáreas de terrenos de labrantío y de huerta, 27 hectáreas de bosque, vacas, caballos, 70 cerdos de raza que tienen gran aceptación entre los

campesinos. Hay también máquinas agrícolas, dos tractores y su propio grupo electrógeno que proporciona luz a la colonia. Los carpinteros están haciendo un pedido de 12.000 cajas para la fábrica de explosivos.

Toda la hacienda de la colonia y su orden interno de vida se encuentran, de hecho, en manos de los veinticuatro jefes elegidos de las brigadas de trabajo. Ellos tienen las llaves de todos los almacenes, son los que establecen el plan de trabajos, ellos mismos los dirigen, participando obligatoriamente y de la forma más activa con todo el destacamento. El consejo de jefes resuelve: aceptar o no a los que acuden voluntariamente a la colonia, juzga a sus camaradas que trabajan negligentes, a los infractores de la disciplina y de la "tradición". Al culpable convicto, el director de la colonia Antón Makárenko le comunica el fallo del consejo de jefes ante la formación de colonos: amonestación o cumplimiento de un trabajo suplementario. Las faltas más serias y repetidas: pereza, eludir reiteradamente el trabajo duro, la ofensa a un camarada y, en general, cualquier menoscabo de los intereses de la colectividad, se castigan expulsando al culpable de la colonia. Pero estos casos son muy raros, cada miembro del consejo de jefes recuerda perfectamente su vida anterior, lo tiene también en cuenta el culpable, sobre el cual se cierne la amenaza de tener que vivir en una casa de niños, institución unánimemente temida por los "vagabundos".

"No entablar amoríos con las chicas propias", es también una de las tradiciones de la colonia. Se observa rigurosamente y en todo el tiempo que existe la colonia sólo ha sido vulnerada una vez, y esto acabó con un drama, la muerte de un niño. La joven madre escondió al recién nacido bajo la cama, asfixiándose éste, siendo condenada por el tribunal a "cuatro años de aislamiento". Pero la colonia la tomó a su cargo y más tarde, creo recordar contrajo matrimonio con el padre de la criatura. O esta otra

tradición: cuando traen de la comisaría a una chica o a un chico, se prohíbe terminantemente preguntarles quiénes son, cómo vivieron, cómo cayeron en manos de la policía. Si el "novato" comienza él mismo a contar su vida, hacen oídos sordos; si se jacta de sus hazañas, no le creen y se mofan de él. Esto siempre influye beneficiosamente en el muchacho. En respuesta le dicen:

— Ya estás viendo que esto no es una cárcel, que los años aquí somos nosotros, unos como tú. Vive, estudia, trabaja con nosotros y si no te gusta te marchas.

El aludido se convence pronto de que todo esto es la pura verdad y arraiga fácilmente en la colectividad. En siete años de vida de la colonia, me parece que no pasaron de diez los que "se marcharon" de ella.

A., uno de los "jefes", llegó a la colonia cuando contaba trece años, ahora tiene diecisiete. Desde los quince manda un destacamento de medio centenar de chicos, la mayoría, de más edad. Me contaron que es un excelente camarada, un jefe muy severo y muy justo. En su autobiografía escribe:

"Siendo komsomol me contaminé de anarquismo, por lo que fui expulsado". "Amo la vida y, más que nada, la música y los libros". "Soy un apasionado de la música".

Por iniciativa de este muchacho, los colonos me hicieron un magnífico obsequio: doscientos ochenta y cuatro personas escribieron y me regalaron sus autobiografías. A. es poeta, compone versos líricos en ucraniano. Entre los colonos hay varios poetas. Se publica una excelente revista ilustrada, *Promin*, redactada por tres colonos. Sus ilustraciones las hace Ch., también "jefe", hombre de indudable talento y seriedad, aunque se muestra desconfiado y cauto respecto a sus aptitudes.

Es un refugiado polaco que empezó su existencia vagabunda a los ocho años. Estuvo en una colonia infantil en Yaroslavl, de donde se escapó.

comenzando a "limpiar" bolsillos en los tranvías. Después se colocó con un protésico dental que le hizo "aficionarse a la lectura y al dibujo". Pero "la calle le atraía" y abandonó al dentista, llevándose de pasada "unas cuantas monedas de oro del tiempo de los zares". Las gastó en libros, papel y pinturas. Navegó por el Mar Blanco como ayudante de fogonero, pero por "debilidad de la vista se vio obligado a desembarcar". Luego trabajó como "instructor recaudador de impuestos en especie", en el Pechora, entre los komisnizhemios, aprendió su lengua y vivió con los nenets; en trineo, tirado por perros, cruzó los Urales por Obdorsk y llegó a Arjánguelsk; allí robó, vivió en un asilo nocturno; después se dedicó a pintar rótulos y decorados. Trabajó en artes plásticas, preparándose de paso para la escuela de siete grados, falsificó sus documentos e ingresó en el Técnico Artístico-Industrial de Viatka. "Fue uno de los primeros en dar los exámenes y, aunque en pintura y dibujo se reconoció su talento, él no lo creyó". Le eligieron para el comité estudiantil, desempeñando la sección de cultura. En invierno, durante las vacaciones, fue detenido. "Descubrieron que sus documentos eran falsos y estuvo encerrado en un correccional hasta la primavera". Pero, incluso allí, no dejó de leer libros, haciendo también trabajo cultural. Después, fue reportero de la *Sévernaya Pravda*.

Todo esto lo cuenta sin jactancia y, naturalmente, sin el menor asomo de despertar compasión. No, lo narra con sencillez, como el que anduvo por un tremedal, después, por un bosque, se desorientó, salió a un camino vecinal, pero como por la arena se anda mal...

Llevaría mucho tiempo contar nuevamente la biografía de Ch. Por el momento, terminó con su presentación voluntaria en la colonia de Kuriazh, allí vive, trabaja provechosamente, estudia y enseña a los pequeños. "Sigo queriendo ser persona, me apasionan el libro y el lápiz" — dice. Es un guapo y

gallardo joven, con gafas y rostro orgulloso, parco en palabras y prudente, asombrosamente atento con los pequeños y afable con los camaradas de su edad. Quizás sea así por este caso ocurrido en su vida: conoció en Arjánguelsk a un mozalbete llamado Vaska, también pintor, y como él, también apasionado por la literatura. No vivieron mucho tiempo juntos, pues Vaska se ahorcó, dejando prendido en su pecho este papel: "Debo a la dueña ocho kopeks, si puedes, dáselos".

No cabe la menor duda de que Ch. es un joven de cualidades valiosas y pienso que ahora ya no se perderá. Su biografía no es una excepción, así son la mayoría de las leídas por mí y de las que me han contado.

¿De dónde proceden los "vagabundos"? Son hijos "evacuados" de las provincias occidentales, a los que dieminó por toda Russia el torbellino de la guerra, huérfanos de los que murieron en los años de la contienda civil, por las epidemias y por el hambre. Los niños con una herencia perniciosa y vacilantes ante el encanto de la calle ya han sucumbido, por lo visto, quedando solamente los que están plenamente capacitados para autodefenderse, preparados para enfrentarse a la vida, chicos fuertes que hacen con agrado cualquier trabajo, que acatan fácilmente la disciplina laboral que se hace con tacto y no ofende a su noción de dignidad personal; son chicos que quieren aprender y que estudian bien. Comprenden el significado del trabajo colectivo y su conveniencia. Yo diría que la vida, aunque severa, pero educadora insuperable de los fuertes, formó también a estos niños, colectivistas "de espíritu". Pero, al propio tiempo, casi todos ellos son una individualidad ya esbozada con trazos más o menos vivos, cada chico de éstos es un individuo con "personalidad propia". Los educandos de la colonia de trabajo de Kuriazh

producen la extraña impresión de "bien educados". Esto se advierte particularmente en sus relaciones con los "pequeños", con los "novatos", que acaban de llegar o que los trajeron. Los pequeños se encuentran de golpe y porrazo en unas condiciones aturdidoras de solicitud por parte de los adolescentes que tanto pavor les causaban en la calle. No hay que olvidar que adolescentes como éstos los maltrataban, los explotaban, les enseñaban a robar, a beber vodka y otras muchas cosas. Uno de los "pequeños", ahora pastorcillo, toca magníficamente la flauta en la banda de música de la colonia, aprendió el instrumento en cinco meses. Es muy divertido ver cómo lleva el tacto con su pie descalzo, oscuro como la herrumbre. Este muchacho me dijo:

— Cuando llegué aquí me aterró; ¡madre mía, pensé, los que hay aquí! ¡Como empiecen a zurrarme acaban conmigo! Y ya ve, nadie me ha puesto un dedo encima.

Yo me sentía entre ellos asombrosamente a gusto y libre y eso que soy un hombre que no sabe hablar con los niños, siempre temeroso de decir algo de más, temor que me hace hablar con dificultad. Pero los niños de Kuriazh no despertaron en mí este temor. Aparte de que no había necesidad de hablar con ellos, pues son unos narradores consumados, y cada cual tiene qué contar.

El sentimiento de camaradería, magníficamente asimilado por ellos, se extiende, naturalmente, también a las "chicas", que en la colonia pasan del medio centenar. Una de ellas, de unos dieciséis años, pelirroja y alegre, y mirada inteligente, hablándome de los libros que había leído, me dijo, de pronto, pensativa:

— Estoy hablando ahora con usted después de haber sido prostituta dos años.

Estas conmovedoras palabras fueron pronunciadas como si la muchacha estuviese recordando

una pesadilla. Yo también, en el primer instante, entendía sus palabras como si no fuesen más que una "frase de introducción" inesperada, encajada innecesariamente en los pasajes vivos del relato.

Al igual que los muchachos, las jóvenes tienen también un aspecto sano, se muestran "bien educadas", ponen toda su fuerza y tanto empeño en el trabajo que hasta el más pesado parece un divertido juego. Son las "dueñas" de la colonia, también divididas en destacamentos con sus respectivos "jefes". Lavan, cosen, remiendan, trabajan en el campo y en la huerta. En el comedor y en los dormitorios de la colonia reina la limpieza y, aunque en ellos no hay "lujo" y son bastante modestos, son acogedores. Las propias muchachas han adornado los rincones y paredes con ramas verdes, ramos de flores campestres, manojos de olorosas hierbas secas. Por doquier se advierte el amor al trabajo y el afán de hacer más bella la vida de esos cuatrocientos pequeños.

¿Quién pudo cambiar de forma tan radical y reeducar a cientos de niños, tan cruel y ofensivamente deformados por la vida? Antón Makárenko es el organizador y director de la colonia. No hay duda que es un pedagogo de talento. Los colonos le adoran sinceramente y hablan de él con tal orgullo que hasta parece que ellos mismos son sus creadores. Es un hombre exteriormente severo, parco en palabras, que representa algo más de cuarenta años, narigudo, mirada inteligente y escudriñadora, tiene algo de militar y de maestro rural de los "que sustentan ideas". Habla con voz enronquecida, bronca o tomada, se mueve con lentitud, pero acude a todas partes, no se le escapa nada, conoce a cada colono, caracterizándole con cinco palabras, como si hiciera una instantánea de su carácter. Al parecer, en él está desarrollada la necesidad de acariciar al pequeño de pasada, desapercibidamente, tener para cada uno de ellos una palabra cariñosa, una sonrisa, acariciarles la cabeza pelada.

En las reuniones de jefes, cuando éstos discuten prácticamente la marcha de los trabajos en la colonia, las cuestiones de la comida, se señalan mutuamente las fallas en el trabajo de los destacados, los diversos descuidos y errores. Antón Makárenko está sentado a un lado y sólo de vez en cuando interviene en la conversación con dos o tres palabras. Casi siempre son palabras de reproche, pero pronunciadas como camarada mayor. Le escuchan con atención y no se recatan de discutir con él como si fuera un vigésimoquinto camarada reconocido por los veinticuatro restantes como más inteligente y con más experiencia que todos ellos.

Introdujo en la colonia algunos rasgos de escuela militar, causa de sus desavenencias con los órganos de Instrucción Pública de Ucrania. A las seis de la mañana el corneta toca diana en el patio de la colonia. A las siete, después del desayuno, otro toque de corneta y los colonos se forman en cuadro en medio del patio con la bandera en el centro y dos camaradas colonos con fusil por ambos costados del abanderado. Frente a la colonia formada, Makárenko les da a conocer en breves palabras a los chicos las tareas laborales de la jornada, y si alguien ha cometido alguna falta, se anuncian las sanciones impuestas por el consejo de jefes. A continuación, estos últimos distribuyen el trabajo entre sus destacamentos. Todo este "ceremonial" agrada a los niños.

Pero con más pompa e incluso solemnidad, entregó la colonia cinco vagones de cajas al representante de la fábrica cliente. La banda de la colonia amenizó el acto, se hicieron discursos sobre la grandiosa significación del trabajo que crea la cultura, acerca de que sólo el trabajo libre y colectivo lleva a las personas hacia una vida justa, de que sólo el aniquilamiento de la propiedad privada hace a los hombres amigos y hermanos, extermina todos los amargores de la vida, todos sus dramas. Era imposible mirar sin sentir la más

honda emoción aquellas filas de caritas agradables y serias, cuatrocientos pares de ojos de diversas tonalidades que llenos de orgullo y sonriendo devoraban con la mirada los carros cargados hasta arriba con las cajas hechas por los colonos carpinteros. Majestuoso y como una sola voz retumbó el orgulloso "hurra" salido de cuatrocientos pechos. Antón Makárenko sabe hablar a los niños sobre el trabajo con esa fuerza serena y latente, más comprensible y elocuente que las más bellas palabras. De él, así lo creo, habla magníficamente este fragmento del pequeño prefacio escrito por él a las biografías de los colonos que educó:

"Cuando escribí a máquina la centésima biografía comprendí que estaba leyendo el libro más conmovedor que había leído en mi vida. Es un dolor infantil concentrado, narrado con las palabras más sencillas y más despiadadas. En cada uno de sus renglones advierto que estos relatos no pretenden despertar en nadie lástima ni quieren alcanzar ninguna clase de efecto, son la narración simple y sincera de la persona de corta edad arrojada a la soledad, desacostumbrada ya a toda clase de conmiseración, habituada solamente al choque con los elementos hostiles, acostumbrada a no turbarse en esta situación. En esto, naturalmente, se encierra la horrorosa tragedia de nuestra época, tragedia que sólo advertimos nosotros; para los gorkianos no existe tragedia, pues esto es la habitual relación entre ellos y el mundo.

Yo, quizás, encuentre en esta tragedia más sufrimientos que cualquier otro. Durante ocho años no sólo tuve que ver el dolor desmedido de estos niños arrojados al arroyo, sino también los deformes desgarros espirituales de estos niños. Yo no tenía derecho a circunscribirme al sentimiento de lástima y conmiseración para con ellos. Ya hacía mucho que había comprendido que si quería salvarlos estaba obligado a ser con ellos un exigente inquebrantable, severo y firme. En lo que a su dolor

se refiere, yo tenía que ser tan filósofo como ellos lo eran en relación a sí mismos.

En esto reside mi tragedia, experimentada especialmente por mí cuando leía estas anotaciones. Esta debe ser una tragedia para todos nosotros que no tenemos derecho a eludir. Aquellos que sólo se preocupan de no sentir más que una conmiseración dulce y el deseo almibarado de procurar algo agradable a estos niños, éstos se limitan simplemente a encubrir su gazmoñería con esta abundancia de dolor infantil y, por lo mismo, trivial para ellos".

Además de la colonia de Kuriazh vi también la colonia Dzerzhinski, próxima a Járkov. En esta última sólo había un centenar o unos ciento veinte chiquillos y era evidente que había sido fundada para demostrar el ideal de una colonia infantil de trabajo para "infractores de la ley que son un peligro para la sociedad". La colonia se aloja en una casa de dos plantas, edificada especialmente para ella, con diecinueve ventanas por fachada. Los tres talleres —el de carpintería, zapatería, de ajuste y mecánica— están equipados con maquinaria novísima y dotados de un rico herramental. La ventilación es inmejorable, anchas ventanas y mucha luz. Los niños visten cómoda ropa de trabajo, los dormitorios son espaciosos, buena ropa de cama, baños, duchas, habitaciones limpias y claras para las clases, salón de reuniones, una rica biblioteca, abundancia de manuales de estudio, por doquier lustre y limpieza, todo es ejemplar, "demostrativo" y hasta los niños tan sanos están que parecen haber sido escogidos "para exponerlos". En esta colonia pueden aprender mucho los organizadores de estas instituciones. Anejo a la colonia hay un rico sovjós en cuyos campos los niños trabajan en verano.

Visité después la colonia de Bakú, para 500 personas. Tiene dos edificios en las afueras de la ciudad, enclavados entre lomas calcinadas por el sol, sobre una tierra gris y reseca. Ha sido fundada recientemente y se encuentra en período de

organización, pero los niños ya sueñan en tener un jardín zoológico. Afanoso y alegre bulle el trabajo de hormigas de estas personillas tostadas por el sol. Dirige la colonia un hombre que ama su trabajo con la misma pasión que Antón Makárenko.

En suma, he visto cerca de 2.500 "vagabundos", dejándome una de las impresiones más hondas para el resto de mi vida. De estos niños briosos, sanos y seducidos por un trabajo serio saldrán singulares ciudadanos y firmes a toda prueba.

DE MIS RECUERDOS*

Vi a Antón Semiónovich Makárenko sólo unos instantes en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de Ucrania en 1922. A la sazón en los medios pedagógicos de la República ya se hablaba mucho y variado acerca de la colonia Máximo Gorki de Poltava.

Acompañada por un inspector del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de Ucrania fui por primera vez a la colonia Gorki en la primavera de 1927, cuando ya se encontraba en Kuriash, en las cercanías de Járkov.

En medio de una ventisca de aguanieve entramos en el recinto de la colonia.

El patio estaba rodeado por grandes árboles y, entre ellos, guardando perfecta armonía, había

* Galina Stajíevna Makárenko, viuda del escritor, fue también pedagogo y coautora del *Libro para los padres*. Redactadas por ella vieron la luz las obras completas de Antón Makárenko en 7 tomos. Durante muchos años, Galina Makárenko dirigió el trabajo del laboratorio para el estudio de la herencia de Antón Makárenko del Instituto de Teoría e Historia de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR.

blancas casitas con acogedoras marquesinas. Las vallitas ante las casitas dividían macizos para flores. En el centro del patio se erguía la mole de la iglesia principal del monasterio. El patio y la iglesia eran tan grandes que tres coches de turismo, arrimados uno a otro, parecían juguetes. Nuestro automóvil se detuvo junto a este improvisado aparcadero y salimos a la apisonada grava del patio.

Sentía curiosidad por ver a los organizadores, guardianes y jefes de esta vida marcadamente ordenada. Debo decir que marché a la colonia Gorki invadida por un sentimiento de frialdad y escepticismo, pensando amargamente en que me aguardaban varias horas de oficial aburrimiento, tan frecuentes cuando se visita por poco tiempo un establecimiento infantil.

Yo misma había visto ya unos dos centenares de casas infantiles y había regido varios años una casa con 150 niños, conocía, por lo tanto, la mecánica de esta labor, sus dificultades increíbles, su enorme trabajo y el relativamente modesto estándar, el máximo y el mínimo, alcanzado en aquella época en la mayoría de las instituciones gracias a nuestros esfuerzos pedagógicos.

Hoy ya está completamente claro que los éxitos y las posibilidades pedagógicas se determinan por la calidad, es decir, por el contenido ideológico de todo el sistema de educación, por el nivel alcanzado en la elaboración de la metodología y la técnica. En los últimos años, el pensamiento pedagógico, práctico y científico, trabaja intensamente en este terreno, abriendo nuevas y grandes perspectivas.

En aquel tiempo era difícil encontrar respuesta a por qué en algunas casas infantiles, incluso buenas, sus empleados, después de un éxito más o menos duradero, llegaban a topar con una especie de Rubicón poco menos que infranqueable. Seguían sin resolverse problemas a primera vista secundarios. En general, eran cuestiones de organización: conservación de todos los tipos y nomenclatura

turas de bienes adquiridos y su cuido, mantenimiento del orden y de la limpieza en los edificios y en todo el recinto de la institución infantil.

Y, por último, problemas como el régimen de orden interno, concreto y diario, los delegados, responsabilidad por la tarea encomendada y por la comprobación oportuna de su cumplimiento. Todas estas exigencias imperiosas de la vida, grandes y pequeñas, multiplicadas y fraccionadas por el número de pedagogos, educandos y empleados técnicos, esto es, complicadas 200 ó 500 veces más, estaban vinculadas en un arduo e indisoluble complejo que hacía difícil determinar qué dependía, de qué y dónde estaba lo principal y dónde lo secundario.

Resultado de ello era que se alargaba desmesuradamente el período de organización, quedando poco tiempo para el propio trabajo educador.

Desconozco por qué no se nos ocurría la idea sencilla de que la buena y mala organización educan también. La desorganización es, asimismo, una forma especial de educación, anárquica. En este caso, desde el primer día de vida de un establecimiento infantil se necesita dar a los niños una educación comunista activa y políticamente perfilada, lo único que posibilita mejorar incesantemente su estructuración y hacer una vida organizada.

En las instituciones infantiles que por entonces tuve ocasión de visitar, no encontré respuesta a los problemas que me preocupaban. De aquí que me pareciese que no tenía importancia ver una casa más o menos.

De todas formas, mi estado de ánimo en aquella época garantizaba una actitud más que objetiva para con lo que debía ver. Pero el orden que reinaba en el extenso recinto de la colonia Gorki era bastante significativo. Vivían a la sazón en la colonia 500 educandos y no menos de 30 empleados, contando sus familias. Sabía perfectamente, por

propia experiencia, que en un establecimiento infantil no se puede preparar nada de antemano como ostentación, aunque no sea más que por unas horas, si no existe un auténtico trabajo, sólido, orgánico.

Nos acercamos al edificio principal. La puerta de entrada cedió fácil a nuestro empuje y se cerró suavemente a nuestras espaldas. No estaba accionada por esos muelles que dan portazos como truenos. Esta fue también una sorpresa agradable.

En un pequeño y modesto vestíbulo nos recibió un joven con un brazalete de seda rojo. Esbozando una sonrisa nos saludó, diciéndonos que los gorkianos sentían gran satisfacción por nuestra visita, que nos habíamos retrasado un poco y la comida ya había comenzado, pero que el duodécimo destacamento, a cuya mesa estábamos invitados, nos esperaba. Cuando nos quitábamos los abrigos me dijeron que este joven komsomol era el responsable del servicio de guardia en la colonia, se apellidaba Krúpov¹. Dirigía todas las actividades del día y respondía del orden. Nuevamente se acercó a nosotros el joven, poniéndonos a disposición de una muchachita de unos catorce años, miembro de la comisión introductora de invitados. En el vestíbulo no había ningún adulto, estos jóvenes eran los dueños y señores.

La jovencita, muy atenta, incluso amable, nos dio la bienvenida y, mientras nos conducía al comedor, se interesó por el estado del camino a través del prado, nos dijo que a nuestro chófer se le había reservado su puesto en la mesa y que no nos intranquilizáramos. Nos abrió la puerta y entramos en una enorme sala con dos filas de ventanas y ocupada totalmente por largas mesas, todas ellas cubiertas con blancos manteles, muchas flores, una

¹ El camarada Krúpov terminó en 1939 el Instituto de Minas y llegó a ser ingeniero principal de una gran mina.

cantidad luculesca de dorados bollos ucranianos y otros manjares, botellas de vino y limonada. Con este ceremonial gastronómico anual, todos los educandos y empleados de la colonia celebraban solemnemente el 28 de marzo, cumpleaños de su amado padrino e inspirador Alexéi Máximovich Gorki. En este día sólo se invitaba a los amigos de la colonia. (Aquel día me encontré casualmente entre los amigos.)

Por lo visto, Antón Makárenko había sido advertido de nuestra visita, pues se adelantó a recibirnos. Cuando juntos nos aproximábamos a la mesa del duodécimo destacamento, dijo: "Camaradas colonos, les presento a nuestros huéspedes". Todos nos saludaron. El director de la colonia comía en esta misma mesa. Nuestros cubiertos estaban en su sitio, nos sentaron y comenzaron a agasajarnos con la cordialidad y atención que constituían uno de los elementos del estilo de la colonia y, después, también de la comuna Dzerzhinski. Nuestros anfitriones, el duodécimo destacamento, eran muchachas y muchachos de distintas edades. El director de la colonia era un hombre todavía joven, bien educado, incluso refinado en el trato, retraído y un tanto frío.

La conversación era general, participando en ella los muchachos mayores y, aunque se veía en seguida que ante el director mantenían una actitud, yo diría, de cierta estimación respetuosa, ni en su comportamiento ni en sus palabras se notaba la menor afectación. Se advertía que eran personas unidas por intereses comunes y que juntos llevaban adelante una gran empresa común de la que respondían todos.

El animado ágape duró bastante, pechando los colonos con toda la responsabilidad del complicado ceremonial de esta gran recepción. Lo hicieron con soltura y deseos. Los adultos ocupaban tranquilamente sus sitios en las mesas, sirviéndoseles con especial amabilidad.

Después de la comida, Makárenko propuso a los huéspedes recorrer la colonia. Eramos muchos y lo hicimos en un grupo compacto. Entramos en el invernadero donde el húmedo ambiente estaba saturado del penetrante aroma de los alhelíes amarillos; en el secadero de maderas, con un fuerte olor a pino y roble; en el establo y en las caballerizas. En un edificio grande, de nueva planta, destinado para los dormitorios, vimos en un largo pasillo muchas estufas en las que chisporroteaban alegremente las llamas. Visitamos el edificio de la escuela y la habitación del Buró del Komsomol, pieza bien amueblada, sede de la activa junta directiva juvenil. Luego entramos al rincón rojo de los pioneros, lleno de los más diversos modelos y juegos hechos por los propios chicos, al círculo de artes plásticas y, sobre una larga mesa, vimos el último número del compendio de tareas. Toda la actividad de este rincón rojo la organizaba Víktor Nikoláevich Terski, dirigente del club. También pasamos a la biblioteca, cuyo fondo era de 5.000 volúmenes, y recorrimos las aulas de estudio. A pesar de su crecido número, los invernáculos se cubrían durante la noche con esterillas de paja que los preservaban del frío. Aquí fue el único sitio donde encontramos un adulto, el agrónomo Nikolái Eduárdovich Sheré.

Todos los demás lugares los regentaban niños de buena presencia, alegres y laboriosos, adolescentes y jóvenes, chicas y chicos que nos hacían el saludo en respuesta a nuestras palabras de cortesía, continuando a renglón seguido su trabajo. No vimos en ellos fisonomías adustas, descontentas, trabajaban con rapidez y habilidad envidiables.

A la entrada de algunos edificios aparecían silenciosos, y, sin saber por dónde, sus responsables, siempre colonos, abrían y cerraban los cerrojos de puertas y armarios con agradable sonido. Dejé de asombrarme, me sentía sencillamente como Alicia en el país de las maravillas, pareciéndome el

director de la colonia un mago poseedor de un secreto extraordinario.

Quedó grabado especialmente en mi memoria el secadero de maderas. Se encontraba bastante alejado de las viviendas y anduvimos bastante rato por un estrecho sendero hasta llegar a él. Era uno de esos atardeceres primaverales en que todo tiene una tonalidad verdosa. Entramos en un largo local sin ventanas. En la semioscuridad, destacaban su blancura las pilas de tablas. Un sistema invisible termo-dsecador calentaba el local. Un reloj de pesas esparcía su sonoro tictac. Sobre una de las pilas estaban sentados dos fornidos adolescentes con un perrazo de pelaje claro tumbado a sus pies que en los primeros momentos se mostró un tanto agresivo, tranquilizándose en cuanto conoció al amo. Los chicos saltaron ligeros de las tablas y nos hicieron el saludo. Más tarde los llegué a conocer bien. Se llamaban Mitia Chevili y Vitia Górkovski².

Con un tono oficial amistoso particular, que escuché entonces por vez primera, Makárenko se dirigió a ellos con palabras que podían tomarse como semipregunta y semidisposición: "¿Se aburren hoy?" Uno de los chicos contestó: "El secado dura hasta las diez. Tendremos tiempo de asistir a la segunda sección y al baile". Makárenko les repuso cariñoso y alentador, pero muy conciso: "Perfectamente". Y nos marchamos.

Regresamos a la colonia ya cerrada la noche. Makárenko no daba ninguna explicación, no demostraba ni persuadía, como hacían otros directores. Su actitud no denotaba que considerase todo este bienestar como una realización especial. Se advertía que este orden claro y exacto era para él vida y situación acostumbradas. Nos hablaba de la

próxima promoción y de la colocación de los muchachos. Una parte iría a estudiar a institutos, otra a trabajar en fábricas. La colonia ya estaba en contacto con estas organizaciones. Saltaba a la vista la arraigada tradición de la colonia respecto a los cuadros que salían de ella. Estos jóvenes sin familia tenían garantizada una ligazón eficiente con su amada colectividad, su ayuda material y moral.

Cuando nos acercábamos al edificio principal, resonaron alegremente en el ambiente primaveral los floreados toques de corneta, llamando a los jefes de los destacamentos a dar el parte de novedades.

La espaciosa sala estaba desconocida: las mesas habían sido llevadas al comedor permanente, sustituyéndolas el modesto mueblaje del club. Había mucha luz, tocaba a pleno pulmón la banda de música, muchachas y muchachos bien vestidos mostraban esa animación propia de los días de fiesta, a esa edad se puede, sin pensarlo, prometer la mitad e incluso más, la vida. Acudieron a mi mente las dos muchachitas que mantenían en el invernadero una temperatura constante, recordé a Vitia y Mitia en el apartado y oscuro secadero de maderas y a otros muchos que en sus puestos coadyuvaban a la empresa común con tanta energía y satisfacción.

Hablamos con Makárenko acerca de la regla que seguía para distribuir las obligaciones. Nos dijo que como el invernadero no puede descuidarse ni una sola hora cuando hace frío, el servicio de guardia se hace por turnos, durante la noche, cada dos horas. A los que correspondía relevar a sus camaradas, abandonarían esta sala de distracción cuando les llegase su hora. Un tanto asombrado me preguntó: "¿Es que acaso puede ser de otra manera? No es cosa fácil saberse dominar; sin un buen entrenamiento desde niño nadie sabe cómo se comportará la persona cuando crezca y tenga más independencia y audacia: le da la ventolera y abandona la guardia. ¿Es que son pocos los que así lo hacen? Y

² D. Chevili terminó la Escuela Marítima de oficiales de derrota en Odesa y navegó por el Artico. V. Górkovski trabajó en la fábrica de tractores de Járkov.

cuando se pregunta quién tiene la culpa vemos que han sido mal educados”.

En aquel tiempo yo adolecía aún de bastantes prejuicios a este respecto, por lo que escuché con simpatía la réplica de uno de los invitados: “Pero tenga en cuenta que los muchachos se encuentran allí muy aburridos. Esto no puede usted negarlo”. Makárenko sonrió: “Camaradas, hay que sentir más respeto por las personas. ¿Por qué aburridos? Al hombre le es muy propio el anhelo de proeza y de abnegación. Y en esta noción de la propia fuerza hay mucha más alegría que en la simple distracción estandarizada. A nuestra juventud le basta con experimentar unas cuantas veces esta sensación para que después ya no haya manera de contenerla. Hay que inculcarles esta alegría. Durante decenas de años los pedagogos enseñamos a leer y escribir a nuestros discípulos, confiando en que la educación se adquirirá por sí sola. Y sin embargo, ésta es la base de todo”.

Se entabló discusión en torno a este tema, a pesar de que no teníamos nada que objetar. Makárenko callaba hasta que contestó exactamente a sus pensamientos: En *Almas muertas* figura este magnífico pasaje —y lo citó de memoria—: “Disponiéndolos a emprender el camino de la vida, partiendo de los fáciles años juveniles para entrar en el duro camino del hombre hecho y derecho, llevaos consigo todas las formas humanas de actuar, no las perdáis por el camino, después será difícil recuperarlas”. Recordé en aquellos momentos las palabras de Pushkin: “Aprende, hijo mío, las ciencias nos reducen las experiencias de esta vida tan fugaz”. “Y esto también —corroboró Makárenko—, pero con la salvedad de que aquí hay que incluir nuestra corrección soviética: al joven hay que darle un surtido exacto de los movimientos humanos necesarios para evitar que, por inexperiencia, arrastre una carga excesiva. Estos son pocos, la mayoría arrambla con lo que es más fácil.

El peligro de recargarlos es insignificante. Por el contrario, obligarles a tomar para el camino aquello que les es necesario, de forma que no lo puedan perder en su marcha, esto ya entra de lleno en nuestra preocupación como pedagogos”.

De pronto, se dirigió a un colono que durante todo el tiempo no perdía palabra de nuestra conversación. “¿Cierto, Aliosha? Ya estás viendo qué cosa tan útil es la literatura. Tú, en cambio, lees poco, según he podido deducir por el abono de la biblioteca. Veo que sigues pensando que las novelas son una invención. Sin embargo, en ellas se puede aprender mucho”.

Aliosha no se inmutó, antes bien, su rostro se arreboló con vergonzosa alegría por la atención de que había sido objeto. “Y usted ¿estudia?” —preguntó como respuesta. Makárenko le miró atenta y seriamente a los ojos: “Se sobreentiende que estudio, a ver que te piensas”. La réplica de Aliosha tuvo un acento de perplejidad tan ingenuo que provocó la hilaridad general: “¿Para qué, Antón Semiónovich, necesita usted estudiar, si de todas formas lo sabe todo?” Makárenko rió con alegres y francas carcajadas. Desaparecieron ciertas barreras como la fuerza de voluntad, el deber, advirtiéndose su grande y profundo cariño por las personas. Se transformó en un hombre sencillo y asequible. Pensé que en semejantes minutos, también los colonos sentían por él particular afinidad. De ordinario, Makárenko mantenía barreras infranqueables entre él y los colonos. Terminó contestándole a Aliosha: “Ja-ja, tontuelo, ¿y la avidez humana de que cuanto más sabes más quieres saber?” Detrás de las ventanas se dejaron oír los floridos y claros toques de la corneta llamando a reunión general.

Después de la reunión solemne, muy breve, por cierto, y del espectáculo artístico, comenzó el baile, un auténtico baile amenizado con la banda de música. Los adultos —invitados y pedagogos—,

sentados, nos recreábamos viendo a los jóvenes, como siempre ocurre en tales casos. Makárenko se unió a nosotros. Me preguntó: "¿Le gusta la música? Tenemos una buena orquesta, ¿cierto? Cincuenta instrumentos, pero seguimos aumentándola". Se advertía que la banda de música era su orgullo. "Yo no puedo trabajar sin músicos —siguió diciendo—. ¡No concibo una colectividad sin banda de música! Ya sabe usted que no vivimos desahogados, que nos ha costado mucho trabajo reunir una banda de música, pero en este aspecto, nos privamos de lo que sea necesario para tenerla. Una buena orquesta significa cultura, orgullo de colectividad y una buena expresión material de unidad".

A los acordes de la última marcha salimos a la oscuridad de la noche. Aunque la colonia tenía su propia centralilla eléctrica, su potencia era poca y no alcanzaba para alumbrar todo el patio. Makárenko nos acompañó al grupo de mujeres invitadas hasta el local destinado para pernoctar. La obscuridad era tan densa que no podía pensarse en regresar a la ciudad.

Cuando llegamos a la altura de la iglesia, nos detuvo un grito: "¿Quién va?" El breve fogonazo de una linterna de bolsillo abrió en la oscuridad un pequeño óvalo iluminado y, en él, el rostro magro de un joven de pequeña estatura con fusil colgado al hombro y dos juguetones perros. El director nos lo presentó: "Misha Charski, jefe de la guardia". De nuevo se encendió la linterna y Misha dijo: "No sabía quién se acercaba. Los perros, en cambio, le han conocido. Hoy, Antón Semiónovich, han ahuyentado de aquí a un sospechoso. Con esta obscuridad no sabes con quién te las entiendes. Por ello he reforzado la guardia allí donde es necesario y he resuelto yo mismo comprobar los puestos. Así estaré más tranquilo". A la pregunta si hacía mucho que vigilaba, Misha contestó: "Unas dos horas. Ya falta poco para que amanezca. La nochecita es a

propósito para cualquier cosa". "¿No te dormirás mañana? Ya sabes que debes ir a la ciudad". "Antón Semiónovich, ¿cuándo se me han pegado a mí las sábanas? Usted sabe que nunca me ha ocurrido eso". Le deseamos una guardia tranquila que, por lo visto, era lo que menos entraba en los planes de Misha. Misha Charski ¿qué habrá sido de él? Le vi por última vez cuando marchó a servir en el Ejército del Lejano Oriente. Después de cumplir el plazo de servicio se reenganchó. Más tarde supe que había sido herido en los combates del lago Jasán³. Misha no poseía aptitudes descolantes, mas su alma era de una pureza algo singular. Podía marchar a la empresa más difícil sin pensarlo, con que le dijeran solamente: "Misha hay que hacer esto". Era uno de esos héroes desapercibidos que hasta ellos mismos no creen que realizan proezas.

Seguimos nuestro camino, oyendo cómo Makárenko rezongaba bondadoso: "Han traído tantos perros que no hay manera de verse libre de ellos. Y si fueran canes auténticos, pero el caso es que son chuchos ordinarios de aldea. Pero si les oyen hablar de ellos, creerán que son verdaderos dogos. Y ni que decir tiene las hazañas que les adjudican... Hoy no se ha observado ningún tipo sospechoso por las cercanías. Todo es producto de la fantasía. Misha y su guardia se sienten héroes de verdad y ruegan al destino que les envíe una aventura".

Uno del grupo preguntó: "¿Y usted ha felicitado a Misha por estas fantasías?"

Makárenko rompió a reír: "¿Pues qué cree usted? Merece que se le felicite. ¿Es que cumplen mal su cometido? Gracias a su preocupación podrá dormir tranquila.

Nos hemos hecho con una pomarada, transplantando árboles ya crecidos. Los pedagogos aprovechan todavía mal un material educativo tan

³ Combates librados contra los intervencionistas japoneses en 1939 en el lago Jasán.

magnífico. En la colonia, en cambio, sólo se oye hablar ahora del huerto. Es infinitamente más agradable y útil guardar el huerto que andar subiéndose a los árboles ajenos para robar manzanas. En esencia, el motivo es, en realidad, uno solo. El quid no reside en las manzanas. Hace falta vivir, sacar impresiones, ejercitarse en la vida. Y si no existen peligros hay que jugar al peligro. El hombre ama el riesgo, esto es una actitud noble. Pero hay que enseñarle a que se arriesgue juiciosamente, en provecho de la causa común.

Cuando nos despedíamos, Makárenko nos invitó: "Visítennos en verano. Tendremos una buena rosaleda que ocupará un cuarto de hectárea. Organizaremos iluminaciones amenizadas por la banda de música, un verdadero festejo. Vengan, nos darán una satisfacción. No nadamos en la abundancia, pero vivimos satisfechos. Los chicos necesitan mucho los amigos, la sociedad. Nuestros huéspedes serán siempre bien recibidos".

Y realmente nos sentimos huéspedes deseados dentro de esta unidad compleja y variada, cuyo nombre es colectividad soviética.

Semión Kalabalin

I

COMO NOS EDUCABA ANTON MAKARENKO*

Me encontré con Antón Semiónovich Makárenko en diciembre de 1920, en situación un tanto insólita, en la cárcel, donde cumplía condena por errores cometidos en mi amarga infancia. Y aunque desde entonces han pasado muchos años, recuerdo perfectamente todos los pormenores de este encuentro.

La cosa sucedió así. Cierta día me anunciaron que el jefe de la prisión quería verme. Cuando entré en su despacho vi, además del director, a un desconocido. Estaba sentado en el sillón, junto a la mesa, con una pierna sobre otra y vestía un raído capote con la capucha sobre los hombros. Su cabeza era grande, de frente alta y despejada. Lo que más me llamó la atención fue su gran nariz, con lentes, tras los cuales brillaban unos ojos inteligentes, vivaces, de bondad socarrona que atraían. Era Antón Semiónovich.

* El autor de estas memorias figura en *Poema pedagógico* con el nombre de Semión Karabánov.

Se dirigió a mí:

— ¿Tú eres Semión Kalabalin?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

— ¿No querías venirte conmigo?

Le miré interrogante y, después, al director de la cárcel, pues mi "aceptación" dependía del último. Antón Semiónovich prosiguió:

— Te comprendo, con el camarada director yo mismo me pondré de acuerdo. Ahora, discúlpame, por favor, pero es necesario que salgas, Semión, un minutito del despacho... ¿Se puede, camarada jefe?

— Sí, sí, se puede. Sal —dijo el director.

Y salí del despacho.

Cierto que, encontrándome al otro lado de la puerta con el celador, meditaba irónico: "sal, por favor", "perdona, Semión", sin entender una palabra de esta endiablada jerigonza. Eran unas palabras para mí poco menos que desconocidas. Qué hombre más extraño era éste.

Luego me llamaron nuevamente al despacho. Antón Semiónovich ya estaba en pie.

— Bueno, Semión, ¿tienes algunas prendas u objetos?

— No tengo nada.

— Pues tanto mejor —dijo Antón Semiónovich y, dirigiéndose al jefe de la cárcel—: Entonces, ¿podemos despedirnos de usted?

— Sí, pueden marchar —confirmó el jefe—. Kalabalin, mira lo que haces, pues si no...

— No hace falta, todo marchará bien —interrumpió Makárenko al director de la cárcel—. ¡Hasta más ver!... Vamos, Semión, vamos.

Las puertas de la prisión se abrieron ante mí de par en par. En compañía de Antón Semiónovich emprendí la parte más dichosa del camino de mi vida.

Sólo al cabo de diez años, cuando ya era un auxiliar de Antón Semiónovich, éste me contó:

— Yo te pedí salir del despacho del jefe de la cárcel para que no vieras que entregaba por ti un

recibo: esta formalidad podía ofender tu dignidad humana.

Makárenko supo encontrar en mí cualidades personales de las que yo entonces no tenía ni idea. Este fue su primer contacto humanamente cariñoso para mí.

Mientras íbamos de la cárcel a la Inspección Provincial del Comisariado de Instrucción Pública, me las apañé para marchar todo el tiempo delante de Antón Semiónovich, para que no me perdiera de vista y se convenciese de que no tenía propósito de escapar. El, en cambio, iba todo el tiempo a mi lado, distrayéndome con relatos de la colonia, acerca de lo difícil que era organizarla y de otras muchas cosas, hablaba de todo, menos de la cárcel, de mí ni de mi pasado.

Cuando entramos en el patio de la Inspección Provincial del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, Antón Semiónovich puso en mis manos las riendas de un caballo de la colonia, apodado Malish, dejándome pasmado con el encargo que me dio:

— ¿Sabes leer y escribir, Semión?

— Sí.

— Perfectamente.

Sacó un papel del bolsillo y me lo entregó, diciéndome:

— Recibe, por favor, los productos: pan, mantecas y azúcar. Yo no tengo tiempo, pues hoy tendré que andar de una oficina a otra. Debo confesar que no me gusta entendérmelas con almacenistas y pesadores, pues unos y otros, como regla, me engañan desvergonzadamente en el peso y en la cuenta. Tú, en cambio, lo harás bien.

Y sin darme tiempo a pensar u objetar algo, aunque no fuera más que para cubrir el expediente, se alejó de mí rápido. ¡Vaya una faena! ¿Cómo terminaría todo aquello? Me rasqué el cogote, donde, por lo visto, germinan las respuestas a los problemas más difíciles de la vida, sin dejar de

cavilar: ¿cómo es posible? Acabo de salir de la cárcel y me confieren nada menos que recibir pan y azúcar. ¿No será que me ponen a prueba? ¿Quizás una mala jugada? Estuve largo rato a solas con mis pensamientos hasta llegar a la conclusión de que Antón Semiónovich era un hombre puramente anormal. De lo contrario, ¿cómo podía, y a quién, confiar cosas tan preciadas?

Cuando entré en el almacén me preguntaron de la manera más meliflua:

— ¿Es usted quien va a recibir los productos? ¿Y quién es usted?

— Después lo sabrá —y le presenté los documentos.

Recibí todo lo que correspondía y lo cargué en un carromato sustentado en ballestas de un vagón de mercancías. No tardó en llegar Antón Semiónovich. Cerciorado de que había cumplido el encargo, me propuso enganchar el caballo y marcharnos.

Con ayuda de las riendas, del látigo, gritos y chasquidos de lengua, arrancó aquel jamelgo con una experiencia perezosa de 36 años. No nos habíamos alejado más de doscientos metros de la Inspección Provincial del Comisariado de Instrucción Pública, cuando Antón Semiónovich pidió que nos detuviéramos, diciéndome:

— Se me había olvidado. En el almacén ha ocurrido cierta confusión al entregar los productos. Nos han dado dos hogazas más de pan. Devuélveselas por favor, de lo contrario, los gritos de estos almacenistas se oirán en toda Rusia. Yo te espero aquí.

Sentí que me ardían de vergüenza las orejas y el rostro. ¿Cómo podía ser? Antes no me había ocurrido cosa semejante. Salté del carro y saqué de debajo del heno las dos hogazas de pan y me dirigí al almacén sin dejar de pensar qué clase de hombre era éste. Como me había dicho que le engañaban en el peso, pensé, ¿qué hacer yo para vengarle de los almacenistas? Y cuando decidí llevarme, aunque

no sean más que dos hogazas de pan, me dice: "devuélvelas, haz el favor".

— ¡Oy! Muchas gracias, joven camarada —con estas palabras me recibieron los almacenistas—. Ya sabíamos que se trataba de una confusión y que todo se aclararía. Hasta la vista. Mucho gusto en conocerle.

Les fulminé con una mirada de odio y salí disparado.

— ¿Quieres entretenerme partiendo piñones? —me propuso Antón Semiónovich cuando me subía al carro—. A mí me gustan mucho.

Como si no hubiera ocurrido nada con el pan. Y el caso es que Antón Semiónovich podía haber juzgado así: he confiado en tí, he arriesgado mi bienestar, te he sacado de la cárcel y te ha tentado el pan, me has avergonzado. Vaya un muchacho...

Pero no hizo nada parecido. Tuvo tacto para no rechazarme temiendo, por lo visto, ofenderme y para que yo mismo pudiera recapacitar en mi falta, que yo creía un acto de justa venganza. Si me hubiera regañado es poco probable que hubiera llegado con él a la colonia.

La misma actitud observaba Antón Semiónovich en otros casos: con extraordinario cuidado, tacto y franqueza, bien con un humor incomparable que desvanecía la aureola del "héroe", bien expresando su severa protesta y su censura implacable, o bien explotando en ira y exhortando a la vida si el adolescente carecía aún de conciencia, metiéndole por primera vez aunque no fuese más que miedo. En cada caso actuaba de manera distinta, persuasivamente y con absoluta sinceridad sin la menor vacilación.

Ahora recuerdo que en la brigada de lucha contra los destiladores fraudulentos de alcohol se incluía precisamente a los muchachos que les gustaba empuñar el codo y, además, reincidentes. El destacamento nocturno especial de lucha contra los salteadores de caminos lo formaban educandos que

habían sido traídos a la colonia por participar en robos. Estas misiones nos dejaban pasmados. Sólo al cabo de muchos años comprendimos que ésta era una gran confianza dispensada a nosotros por este hombre inteligente y solícito, que con esta confianza Antón Semiónovich reavivaba las mejores cualidades humanas, hasta entonces dormidas. Olvidando nuestros pasados delitos, incluso sin que exteriormente se advirtiese que nos íbamos corrigiendo, no sólo adoptábamos una posición de simple crítica respecto a los delitos cometidos por otros, sino que también protestábamos y luchábamos activamente contra ellos, encabezando esta lucha nuestro amigo mayor y maestro. Junto con nosotros se apostaba por las noches, arriesgando, en muchos casos, su propia vida. Nos avergonzaba presentarnos en el papel de infractor, frente a la mesa de Antón Semiónovich, nuestro compañero de lucha y maestro, aunque no fuese más que por una pequeña falta, después de que juntos, posiblemente a su lado, habíamos estado tumbados en la cuneta, acechando a los bandidos.

Antón Semiónovich Makárenko aplicaba múltiples y variados métodos de influencia educadora.

Recuerdo que una mañana entraron corriendo en el despacho de Antón Semiónovich unas chicas, diciendo a porfía que por nada del mundo saldrían al patio.

— Estaremos todo el tiempo en el dormitorio y no iremos al comedor.

— ¿Por qué? — preguntó Antón Semiónovich.

— Pues porque Vasia Gud blasfema como un zapatero. (Y en verdad era zapatero.)

— ¿Es posible que todavía blasfeme, muchachas?

— ¿Qué interés podemos tener en calumniarle?

Presenciando esta escena me sentía molesto. Cuántas veces había oído a Gud proferir palabras groseras sin pararle nunca los pies.

— Está bien, chicas, márchense —y dirigiendo-

se a mí, Antón Semiónovich dijo—: Lo que hace falta es meter miedo a Vasili y verás cómo deja de blasfemar. Llámale...

Vasia Gud atravesó tímido el umbral del despacho. Por cierto que existía un detalle interesante: si al que llamaban le decían “preséntate a Antón”, esto significaba que se trataba de algo general, pero si le decían “preséntate al despacho”, aquí se trataba de pasarlas moradas

Avisando a Gud le dije:

— ¡Preséntate al despacho!

— ¿Qué he hecho yo? —preguntó Gud.

— Allí lo sabrás...

Antón Semiónovich recibió al erizado Gud con una voz silbante que no denotaba nada bueno:

— ¿Quiere decir que aún no has dejado de vejar el glorioso idioma ruso? Has llegado hasta la desvergüenza de blasfemar delante de las chicas. ¿Qué ocurrirá en adelante?! De seguir así, pronto vas a ladrarme incluso a mí. ¡No! ¡De ninguna manera! ¡No te lo permitiré! ¿Qué manera es ésa de estar ante mí?! ¡Vamos! ¡Ven conmigo al bosque que te voy a enseñar cómo hay que blasfemar! ¡Te vas a acordar para siempre, marrano! ¡Vamos!

— ¿A dónde, Antón Semiónovich? —gimió Vasia Gud.

— ¡Al bosque! ¡Al bosque!

Y fueron al bosque. Antón Semiónovich delante. Vasia detrás. Cuando se alejaron de la colonia medio kilómetro, aproximadamente, Antón Semiónovich se detuvo en un pequeño calvero:

— ¡Venga, blasfema aquí! ¡Despotrica cuanto te venga en gana!

— Antón Semiónovich, le prometo que no lo haré más, impóngame cualquier otro castigo.

— Yo no te castigo, sino que te creo condiciones. ¡Blasfema! Aquí tienes mi reloj. Ahora son las doce. Hasta las seis de la tarde, ¿tienes tiempo bastante para blasfemar a placer?... ¡Blasfema!

Y Antón Semiónovich se marchó.

Es difícil decir si Vasia estuvo blasfemando o no. Quizás Vasia se hubiese arriesgado a escapar, pero se lo impidió el reloj, era como si le tuviese atado.

A las seis en punto de la tarde, Vasia entró en el despacho:

— Presente. Aquí tiene usted su reloj.

— ¿Para cuántos años te has desahogado?

— preguntó Antón Semiónovich.

— ¡Para cincuenta! —desebuchó Gud.

Y cosa asombrosa: no sólo Gud dejó de blasfemar...

El despacho de Antón Semiónovich estaba siempre muy concurrido. Los colonos no sólo acudían para aconsejarse sobre problemas relacionados con la vida de la colectividad, sino también para tratar cuestiones estrictamente personales. Antón Semiónovich encontraba tiempo para atender a todos. Unas veces hablaba serio, cariñoso, otras, le bastaba decir una broma para convencer instantáneamente de cualquier problema a su interlocutor. Conmigo, por ejemplo, sucedió así. En 1922 me enamoré perdidamente de una jovencita llamada Olga. Acudí con mi palpitante secreto a Antón Semiónovich, como a un padre, antes que a nadie. Me escuchó, luego salió de detrás de la mesa, me echó el brazo por el hombro, diciéndome quedo, afectuoso:

— Gracias, Semión. Qué alegría tan inmensa me has proporcionado. ¡Gracias!

— ¿De qué, Antón Semiónovich?

— En primer lugar, por tu confianza para conmigo, pues tu amor sólo a ti te pertenece. Hay personas para todo: ocurre a veces que confías a uno tu secreto y se ríe en tus barbas o comienza a difundirlo a diestro y siniestro. Yo no haré esto. Yo guardaré tu secreto como si mío fuera. (Aquí le envolví con una mirada de agradecimiento, pero él siguió.) En segundo lugar, porque me has ayudado a convencerme de que vosotros no sois nada especial, que sois personas iguales que las demás. El

amor no tiene edad y todos se rinden a él, hasta mis chavales. Esto quiere decir que eres todo un hombre. Y ahora acerca de tu propio sentimiento: no lo derrames, no lo derroches en mentiras ni lascivias. Ama con belleza, honradamente, cuidándolo, a lo caballero... Chico, este acontecimiento me ha quitado las ganas de trabajar, te invito a cenar...

Antón Semiónovich no me asustó ni me hizo ocultar mis sentimientos. No lo vulgarizó con monsergas ni censuras, no lo ofendió con su indiferencia o con un interés fingido.

Hasta que en 1924, cuando vine a la colonia de vacaciones, el pequeño Antón Soloviov me dijo que Olga me había traicionado y que se casaba con otro. Corriendo salvé los tres kilómetros que había hasta la aldea donde vivía Olga. Resultó que era verdad.

Volví a la colonia a últimas horas de la tarde y fui a ver a Antón Semiónovich. Mi aspecto no podía ser más lastimoso.

— ¿Qué te pasa, Semión? ¿Estás enfermo?

— No lo sé, seguramente.

— Vete al dormitorio y mandaré que te vea Elizaveta Fiódorovna.

— No hace falta. Elizaveta Fiódorovna no me ayudará en nada. Olga me ha dejado. Se casa con otro. El domingo es la boda... No nos creen a los colonos.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Es posible que sea verdad?

— Como lo oye, todo ha acabado. Yo pensé que era para toda la vida y, ya ve...

Y rompí a llorar.

— Perdona, pero no comprendo, Semión. Hace unos tres meses que hablé con Olga. Ella te quiere. Aquí hay alguna confusión.

— ¿Qué confusión puede haber cuando el domingo es la boda? Antón Semiónovich, le ruego no enfadarse ni pensar que yo... ¡Pero me ahorco!

— ¡Atiza! Pero, ¿te has vuelto loco, Semión?

— No, estoy en mis cabales, pero la vida ha perdido para mí todo aliciente.

— ¡Bueno, cuélgate, que el diablo te lleve! ¡Trapo! Sólo te pido una cosa: que te ahorques lo más lejos posible de la colonia para que no apeste mucho tu cadáver enamorado.

Y Antón Semiónovich, irritado, cambió de sitio algo en la mesa. Pero me lo dijo de tal forma que se me pasaron inmediatamente las ganas de colgarme. Se sentó a mi lado en el diván, llenando mi corazón y mi febril cerebro de cariño y amistad. Después, me propuso que saliera al patio a contemplar el estrellado firmamento y soñar con un futuro mejor, soñar con personas mejores, fieles...

Antón Semiónovich poseía magníficas cualidades humanas, era un hombre de grandeza de alma del que se podía aprender mucho. En su libro *Poema pedagógico* no se muestran personas inexistentes. Todos los protagonistas de este libro vivieron realmente en la colonia Gorki. El autor no hizo más que cambiar algunos nombres. Al final del libro, Antón Semiónovich habla del destino posterior de sus educandos. Todos ellos, antiguos vagabundos e infractores de la ley, emprendieron el buen camino. Se hicieron obreros, ingenieros, agrónomos, médicos, aviadores, pedagogos. Muchos de ellos, ya unos hombres, comunistas, lucharon valientemente contra el enemigo en los años de la Gran Guerra Patria y ahora trabajan para bien de la Patria, cada cual en su puesto. Iván Grigórievich Kolos, por ejemplo, llamado en *Poema pedagógico* Iván Golos, trabaja de ingeniero en Monchegorsk; Nikolái Frólovich Shershniov (Vershniiov) es hoy médico en Komsomolsk del Amur; Pável Petróvich Arjánguelski (Zadórov) es teniente coronel de Ingenieros, y Vasili Ilariónovich Kliúshnik (Kliúshnev) es también oficial del Ejército Soviético. Muchos murieron en la guerra. El teniente coronel Grigori Ivánovich Suprún (Buriún) falleció en 1954 a consecuencia de las heridas sufridas en la guerra.

Antón Semiónovich decía: "El hombre debe tener como especialidad única ser un gran hombre, un hombre de verdad". El propio Makárenko dominaba a la perfección esta "especialidad" y hacía todo lo que estaba de su parte para que la dominaran también sus educandos.

II

LA DISCIPLINA

¡Primavera, qué temporada tan bella! Fue especialmente hermosa para nuestra colonia Gorki la primavera de 1922, pues la colectividad de los gorkianos era primaveralmente joven y sana. Todos, desde el más pequeño Antón Semiónovich Soloviov y hasta el más mayor, nuestro afectuoso y querido Antón Semiónovich Makárenko, sentíamos con la agudeza primaveral de la juventud que ante nosotros se abría un nuevo camino en la vida, que nuestras fuerzas y posibilidades eran inagotables.

Cuando terminamos las faenas primaverales, el consejo de jefes dispuso conceder a todos los colonos una semana de descanso. En esta misma reunión del consejo se eligió un grupo de colonos, de los mayores, para mandarlos a estudiar a las facultades fabriles de diversas ciudades. Después de la semana de descanso, este grupo debería estudiar seis horas diarias. Entre los afortunados me encontraba yo. En mis sueños ya me veía estudiante, el pecho se me ensanchaba de emoción.

¡El vagabundo de ayer, estudiante mañana! ¿Podía yo olvidar los tristes días de mi infancia? El trillado sendero del bracero de ocho años asfixiándose en el polvo de los campos de remolacha del rey del azúcar Durnovo. Por nueve kopeks diarios tenía que trabajar de sol a sol. Luego, los años de vida vagabunda acosado como una alimaña que tiene que conseguir el cuscurreo de pan a fuerza de

ingeniosidad y habilidad de rateruelo. Hambre, sin techo donde cobijarme, el sueño inquieto en los tugurios.

Año 1917. Comenzaron los días de la Gran Revolución Socialista de Octubre. La guerra civil, años de heroísmo. Como otros muchos niños de mi edad, pobres, recorrí el camino de bisonio combatiente del Ejército Rojo. Duros encuentros con los haydamakos, con los petliurianos, contra las bandas de todos los matices y nombres, combates contra los polacos. Después mi herida. El hospital. Las cariñosas enfermeras de batas níveas sacaban, no sé de dónde, caramelos para obsequiarme como al más pequeño combatiente herido. Y después del hospital, en una primavera tan florida como ésta, medio vivo y pálido como la cera, errabundo por las calles de Poltava. ¿Sería posible que tuviese que vivir de nuevo la existencia del vagabundo solitario? En aquel tiempo desconocía aún cómo había transformado por completo la vida la revolución por la que luché, ni cómo el Partido se preocupaba de los niños. Y heme aquí hecho un gorkiano, un feliz residente, un educando de la colonia Gorki.

En medio de la dicha de aquellos días primaverales y en la corona de espinas de los amargos recuerdos de mi infancia, la palabra ¡madre! me punzaba dolorosamente el corazón. Se me apareció, de pronto, el rostro querido y bondadoso de mi madre, demacrado por el trabajo de braceramadre. ¿Cómo estaría ahora? Hacía cinco años que no la veía... ¡Iré a verla, hablaré con Antón!

— ¡Antón Semiónovich, déjeme ir a casa!

— Bueno, se puede. ¿Te has acordado de tu madre? ¡Eso está bien! ¡Pero que muy bien!

— ¡Qué va! ¿De dónde ha sacado usted que pienso en mi madre? Me acuerdo más de mi padre... Y claro está, quisiera pasar unos días en casa.

— ¡Semión! —y Antón Semiónovich me miró de manera que todo mi ser se estremeció al

instante. Sentía deseos de echarle mis brazos, abrazarle y llorar en su pecho. Por la madre, por la que me dio el ser, derramar lágrimas de gratitud.

— No te avergüences, Semión, de tu amor filial. A la madre sólo la puede querer una persona de verdad, un hombre. Un hombre fuerte. Yo también quiero a mi madre. Pero el permiso hay que legalizarlo con todas las reglas. Tú eres jefe y sin el consentimiento del consejo de jefes yo no puedo hacerlo. ¡Pero lo apoyaré!

— ¡Gracias!

En el consejo de jefes, Kolia Shershnirov, desarrugando mi solicitud sobre su rodilla desnuda, dio a conocer verbalmente su contenido.

— Se os pone en conocimiento, jefes, que Semión pide se le conceda permiso hasta el sábado para ir a su pueblo, a Storozhevoe. Quiere ver a su padre y a su madre. ¿Quién quiere hablar el primero?

— Me parece que no hay que hablar nada —apuntó Grisha Suprún—. Semión es el primer jefe, colono y ha sido designado, además, para ingresar en la facultad fabril... Opino que debe concedérsele el permiso.

Los jefes expresaron, atropelladamente, a gritos su aprobación, palmoteando sobre sus rodillas desnudas.

— ¿Quién más quiere hablar? ¿Nadie? ¡Esto quiere decir que la cosa está clara! Lo someto a votación.

Votaron todos y recibí este papel:

Certificado

El presente certificado se ha extendido al colono Semión Kalabalin de la colonia Gorki como justificante de que a tenor de la resolución del consejo de jefes se le concede un permiso desde el lunes 22 de mayo de 1922 hasta el sábado 27 de mayo de 1922, en que cesará su vigencia a las 12 de la mañana,

para desplazarse a la aldea Storozhevoe del distrito Chutovski.

El Director de la Colonia A. Makárenko
El secretario del Consejo de Jefes N. Shershnirov

Los muchachos me acompañaron dos verstas, me desearon unas vacaciones felices y salieron corriendo de vuelta para la colonia.

A eso de las seis de la tarde había recorrido ya treinta verstas y me encontraba en mi pueblo natal, poco menos que olvidado por mí. Los perros parecían saludarme de manera especial, aspiraba los familiares aromas vespertinos de la aldea, llegaban a mis oídos los chirridos de las telegas, el metálico tintineo de los arados y las exclamaciones de los labradores que regresaban del campo. Gemían chirriantes los "cigoñales", inclinando sobre los brocales de los pozos sus largos pescuezos con un gran cubo en el extremo.

Crucé el puente. Pasé frente a la iglesia. Alguien me reconoció, pues detrás de un seto oí una voz:
— Si es el menor de los Kalabalin, al que daban por muerto.

¡Por fin mi casa! ¡Y mi madre!... Fija su mirada en mí. ¡Me conoces!

— ¡Mamá!

La abrazo sorbiendo con mis labios las lágrimas de felicidad maternal, de alegría, que resbalan por sus mejillas.

¡Los días parecían haberse desbocado! Por la mañana era martes y por la tarde ya era miércoles. Yo no olvidaba ni un instante que me encontraba de permiso, que pertenecía a la colonia, a la colectividad. Pero en mi casa, entre los míos, entre la juventud de mi aldea, también encontraba cariño. Me invitaron a las reuniones del Komsomol, a los ensayos del círculo dramático.

Me sentía bien y dichoso en casa. Especialmente alegre porque se nos acercaba una boda. Se casaba el hermano mayor. Los preparativos para las

nupcias adquirieron en los tres últimos días particular encanto. Se confeccionaban prendas, se engrasaba algo, todo se ponía a punto. Había trabajo para todos, deferencias para todos y todos eran figuras de primera magnitud. El trabajo hervía en mis manos, mi madre se derretía de felicidad y, no deseando turbarme, me señalaba con la cabeza a las vecinas, como diciendo: ¡ahí le tienen, hecho un águila!

Por la noche, tumbado perezosamente en una telega con heno, recordé, de pronto, que mañana era sábado y tenía que presentarme en la colonia. Sí, mañana y no más tarde de las 12 del día. De lo contrario ¡sería una vergüenza para mí! ¡Ha llegado tarde del permiso! —dirían—. Pero ¿y la boda? ¡Con el holgorio que habría el domingo! Juventud, baile, banda de música. Y pensar que nadie bailaba mejor que yo. Salté del carro y corrí a la casa. El padre ya dormía y la madre amasaba.

— ¡Mamá! Mañana muy temprano debo ya marcharme.

— ¿A dónde? ¿Qué locura es ésta?

— A la colonia. Estoy disfrutando solamente un permiso, debo marcharme.

Dejó la cama el padre, se levantaron también mi hermano y los camaradas. Todos trataron de disuadirme a gritos.

— No te apures, Semión, no te ocurrirá nada. Se trata de la boda de tu hermano. No es que trates de simular nada.

— ¡Y yo que pensaba verlos juntos a todos, aunque no fuera más que en este día! ¡Las demás familias están todas reunidas, todos presentes, mientras que yo he perdido a los míos, cada cual por su lado! —se lamentaba mi madre, llorando encima de los pucheros.

— Dices ¿que no se puede? —preguntó mi padre—. Qué le vamos a hacer... Si no se puede, pues se puede. ¡Ya veo que los colonos sois de valer! ¡Eso es tener disciplina! Vete a dormir antes de

ponerte en camino, pues no es poco lo que tienes que andar.

A las cinco de la mañana ya estaba en pie. Mi madre no cesaba de llorar y de rogarme que me quedara, mientras envolvía en un pañuelo manjares de los destinados para la boda. Mi padre me dio un fajo de hojas de aromático tabaco:

— Toma. Dáselo en mi nombre a Antón Semiónovich. Está visto que es un hombre de gran talento y corazón. Cuidarle... En cuanto al tabaco, dile que es de cultivo propio.

— Puede ser que te quedes ¿eh, Semión? — preguntó mi hermano, poco esperanzado.

— No, Andréi, me es imposible. Así está establecido. Yo mismo voté por ello. ¡Ofenderé a Antón y a todos los demás! ¡Hasta la vista!

Eran las once de la mañana cuando entré a toda carrera en el cuadrilátero del patio de la colonia.

— ¡Semión! ¡Semión! — gritaban los colonos, acudiendo a mí de todos los rincones de la colonia.

— ¡Formidable! ¿Has visto a Antón? Cuenta cómo te ha ido.

— ¡Tomar, deleitaros!

Entregué a uno de ellos el macuto y corrí hacia el despacho del director.

— ¡Buenos días, Antón Semiónovich!

— ¡Oh, Semión! ¡Salud!

Antón Semiónovich se puso en pie y nos abrazamos como si hiciera varios años que no nos veíamos. Le entregué el regalo de mi padre, las hojas de tabaco.

— Siéntate y cuenta.

— Qué le voy a contar de allí...

— ¡Cuéntame todo! ¿Cómo viven en casa? ¿Cómo marchan las cosas en la aldea? ¿Qué hacen los aldeanos?

— ¿Que cómo viven? Pues bien. A mi padre le han dado una casa y cinco desiatinas de tierra... ¡A todos les han dado tierra! La que pertenecía al terrateniente, y además un caballo y una vaca.

— Sí... no está mal. ¡Vaya un tabaco bueno!

— Ya le estoy diciendo que viven bien. Los trigales parecen un mar. La gente está satisfecha. Casi toda la juventud pertenece al Komsomol. Han organizado una sala de lectura. Hacen teatro. ¡Estupendo!

— ¡Muy bien! ¿Cómo están tus viejos?

— Hasta se han rejuvenecido. Ayer se pusieron tercios y no me querían dejar marchar de ningún modo.

— ¿Por qué? ¿Te propusieron hacerte labrador?

— Qué va. Ni mucho menos. Querían que me quedase a la boda.

— ¿A la boda? ¿Querían casarte, o qué?

— ¡No faltaba más! Mi hermano es el que se casa. Mañana es la boda.

— Tu hermano se casa ¿y tú no has querido quedarte?

— Antón Semiónovich, ¿cómo podía quedarme?

— ¡Ah, Semión! ¡Salud! — dijo Kolja Shershniov, asomando su festivo rostro por la puerta— devuélveme el certificado, pues, de lo contrario, te apuntaré como que has llegado tarde.

Entregué a Kolja el papelito del permiso, cuidadosamente doblado en cuatro.

— ¡Kolja! — se dirigió Antón Semiónovich a Shershniov—. ¡Convoca al consejo de jefes!

— ¡Entendido, convocar al consejo de jefes!

Al cabo de tres minutos el consejo de jefes estaba reunido en pleno.

— Camaradas jefes — empezó Antón Semiónovich—. Perdonen que les haya distraído de sus trabajos. Pero lo que voy a decirles es también importante. Les ruego prorrogar el permiso a Semión hasta el lunes. Su hermano se casa mañana.

— Esto es importante — corroboró Marusia Teréschenko.

— ¡Antón Semiónovich! ¡Jefes! —imploraba yo—. ¿Qué necesidad hay de ello? Sin mí pueden pasarse. Estoy contra...

— Déjate de cuentos, Semión, lo estás deseando —repusieron a coro los jefes.

— ¡Basta de alborotar! —y Antón Semiónovich golpeó con el lápiz en la mesa—. Esto no lo hacemos por ti, Semión, sino por dar una satisfacción a tu madre. Es muy posible que esto constituya para ella la mayor felicidad... Yo tengo madre y también todos los demás —dijo Antón Semiónovich abarcando con la mano a los reunidos.

— ¡Proponer a Semión que reanude obligatoriamente su permiso! —concluyó Shershnirov.

— ¡Justo! —aprobaron todos los jefes.

— ¡Aceptado! —respondí yo—. Pero ruego que se elija otro jefe más, como invitado de mi familia.

— ¿Y no podemos ir todos? —apuntó Toska Soloviov.

— ¿Y no se podría hacer la boda en la colonia? —añadió Frosia Kravtsova.

— No os apuréis, que pronto tendremos que casar a nuestras muchachas y muchachos —dijo Antón Semiónovich, dando palmadas cariñosas en el hombro a Frosia.

Nos extendieron los certificados a Suprún y a mí y un tropel bullicioso de colonos salió a despedirnos a nuestro camino de regreso.

Un sordo patear de caballo nos hizo volver la cabeza.

— ¡Mira, Grisha! Pero si es nuestra tartana. ¡Y Meri!

— Me parece... Pero no veo a nadie en el pescante.

Meri acortó su amplio braceo y se detuvo. De pronto, salió del coche Antón Semiónovich.

— ¿Va usted muy lejos, Antón Semiónovich? ¿Por qué no conduce Bratkévich? —pregunté.

— ¡Tomar asiento! Tú, Semión, al pescante. He decidido divertirme yo también en vuestra boda.

— ¡Cómo! ¿Viene con nosotros? ¿A mi casa, en Storozhevoe?

— ¿Qué hay de particular en ello? Vosotros andáis por donde os da la gana, mientras que yo no salgo del bosque, como un monje. Subir al coche. ¿Qué me miráis como pasmados?

— Sin embargo, no entiendo ni jota —dije.

— ¿Qué? ¿Es que te da lástima de que me beba una copa de vodka o me coma un bollo con nata? ¿Verdad?

— ¡Antón Semiónovich! —y estreché con toda mi alma sus manos, empujé a Suprún al asiento de la tartana, subiendo de un brinco, como tenía por costumbre, al pescante.

Meri, sintiendo que las riendas estaban en manos conocidas, arrancó como una flecha, pero con suavidad.

¡Mi emoción no tenía límites! El mundo circundante parecía haber cambiado por completo, como en un cuento. Qué festivas tonalidades azuladas y anaranjadas recreaban mi vista.

El aire tenía sonidos de plata, parecía entrar en mi corazón colmándolo de felicidad, alegría y orgullo extraordinarios, de un nuevo orgullo colectivista. Y todo esto se lo debía a él, a Antón Semiónovich. El era la cristalización de aquellas tonalidades primaverales. ¿Por qué se había decidido a acompañarnos? ¿Podría ser que realmente estuviera cansado y nosotros no lo sospecháramos? ¿O quizás habría organizado todo esto para llevarme en la tartana, teniendo en cuenta que hoy yo había andado ya 35 verstas? ¿Qué bailarín iba yo a ser en la boda después de una marcha de setenta verstas? ¿Qué hombre tan formidable, está en todo!

Los dos años vividos en la colonia desfilaban en mi mente como una película. Por una correría a un sandiar me destituyeron de la jefatura del primer destacamento, por exigencia de Antón Semiónovich. Por haber sacado de una isba en llamas a un anciano durante un incendio en la aldea vecina,

Antón Semiónovich se limitó a decirme:

— ¡Así deben comportarse todos!

Recuerdo las horas inolvidables en que marchábamos en tropel al bosque con Antón Semiónovich, hablando de la luminosa vida de nuestro pueblo, de la cultura, del comunismo, pláticas encantadoras, mis primeras letras en política.

¡Y sólo ahora, hoy, cuando ya no está entre nosotros, comprendo cuán lejos sabía ver en la vida este hombre fuerte, cariñoso y audaz!

Efim Roitenberg

LA TABLA DE MULTIPLICAR

Conocí a Antón Semiónovich en 1933. En el primer momento me pareció un hombre adusto, pero en cuanto empezó a hablarme, e inició la conversación preguntándome cuántas serían siete por ocho, y pasó después a contarme en breves palabras las grandes tareas que tenía planteada la comuna, la felicidad de la vida y trabajo colectivos, advertí inmediatamente el cariño que irradiaba de este hombre, percibí que sabía ver el fondo de las personas y comprenderlas.

La comuna de trabajo Dzerzhinski, en la que me educué, fue fundada el año 1927. Antón Semiónovich tomó los primeros 50 educandos de la colonia Gorki, completando después este núcleo fundamental con los chicos recogidos en la calle, traídos de otras colonias o enviados por sus familias.

En los primeros tiempos, la comuna vivía del dinero que los funcionarios de la Dirección Principal Política descontaban de sus emolumentos para mantener a los comuneros. Cuando nuestra producción aumentó, Antón Semiónovich nos propuso prescindir de esta ayuda, pasar a la autogestión financiera, y no sólo subsistir por cuenta propia,

sino proporcionar también ingresos al Estado. Posteriormente, la comuna aportaba anualmente 4 millones de rublos de ingresos. Claro está que, debido a esto, creció también el salario de los comuneros, al que Antón Semiónovich concedía gran importancia educadora. El dinero no sólo era un estímulo para elevar la productividad laboral, sino que tenía también un significado educativo. El peculio acrece las posibilidades culturales y las exigencias del individuo. Le enseña a gastar y a calcular su caudal juiciosamente. Para lograr tal hábito y dirigirlo, Antón Semiónovich distribuía él mismo los salarios: confeccionaba la nómina y establecía cuánto se debía apuntar a cada persona y cuánto entregarle para sus gastos diarios. A los novatos, denominados "educandos", Antón Semiónovich les entregaba solamente una pequeña cantidad de dinero para llevar en el bolsillo, obligándoles a rendir cuentas de cómo lo gastaban. El dinero restante por ellos ganado, se depositaba a nombre suyo en la Caja de Ahorros y, cuando se hacían mayores y recibían el título de "comuneros", sólo entonces, obtenían el derecho a recibir más peculios. Muchos comuneros, los de más edad, ganaban hasta mil rublos mensuales. Para su manutención se les descontaba 120 rublos. También eran obligatorias las cuotas destinadas a la manutención de los pequeños, para el fondo del consejo de jefes, se especificaba la suma mensual para gastos diarios, yendo a parar el dinero restante a un fondo intocable de cada comunero en la Caja de Ahorros. Así pues, cuando los comuneros abandonaban la comuna tenían acumuladas sumas bastante cuantiosas de dinero que les aseguraban la vida y los primeros años de estudio en los institutos. Aprendíamos, pues, a ser buenos administradores de lo que ganábamos con el trabajo.

La trascendencia educadora del trabajo productivo y rentable en la comuna era enorme. Pero no sólo el trabajo educaba, sino también el estudio y el

género de vida, firme y juiciosamente organizados. El modo de vida, el trabajo y el estudio eran el fundamento de la educación. La escuela de diez grados que terminábamos nos abría acceso a las instituciones de enseñanza superior, por esto, la mayoría de los comuneros son actualmente estudiantes, como yo lo soy.

Antón Semiónovich sentía un respeto tan grande para con las personas y tal confianza hacia los chicos que era hasta vergonzoso pretender engañarle. Debo decir que todos los años, con el dinero ganado, la comuna entera pasaba las vacaciones en el Cáucaso, Crimea y en otros sitios. En 1933 fuimos a Novorossiisk. El fondo para los gastos de las vacaciones eran 300.000 rublos que llevábamos consigo constantemente en una maleta, guardando en otra las nóminas de salarios. Antón Semiónovich encomendó el cuidado de estas maletas con dinero y nóminas a los comuneros mayores, por turno. Todos comprendíamos que se trataba de una gran confianza hacia nosotros, como también la responsabilidad que esto entrañaba. A los que llevaban las maletas Antón Semiónovich les entregó un revólver para defenderse de posibles robos. Yendo en el tren, por la noche se apagó la luz, circunstancia que aprovecharon unos salteadores para subir al tren en marcha y llevarse una de las maletas. Los muchachos empezaron a saltar sin la menor vacilación de los estribos del vagón (y el tren iba a gran velocidad, cuesta abajo) en persecución de los ladrones. Por desgracia, éstos no pudieron ser capturados. Averiguamos después que se habían llevado la maleta con las nóminas y no la del dinero. Y aunque el mal era menor, sin embargo, no podíamos determinar quién y cuánto dinero debía percibir. Antón Semiónovich propuso que cada cual apuntase en un papelito el dinero ya recibido y lo que le quedaba por recibir. Dudábamos de que todos los muchachos apuntasen honradamente la suma exacta, pero Antón Semiónovich

se nos adelantó, diciendo: "Yo sé que todos los comuneros apuntarán la cifra exacta y podremos restablecer toda la nómina". Se consultó al consejo de jefes y todos estuvieron de acuerdo con la propuesta de Antón Semiónovich. Nos preocupaba mucho que alguien apuntase equivocadamente y las sumas no coincidiesen. Pueden imaginarse nuestro asombro cuando todo coincidió kopek por kopek. Antón Semiónovich nos dijo: "Como verán, les conozco mejor que ustedes mismos".

Antón Semiónovich abordaba de manera distinta a cada educando y cada caso. Recuerdo que en cierta ocasión le robaron el reloj de su mesa. Se encontró al ratero. Era un educando que tenía padres, pero su educación había sido muy mala. Debo decir que el hurto en la comuna era un fenómeno muy raro. Con Antón Semiónovich ni los educandos nuevos robaban. El ladronzuelo fue llevado a que "sudara la gota gorda" ante el consejo de jefes. Estos exigieron que se le expulsara sin más miramientos de la comuna. Antón Semiónovich se opuso a ello, alegando que este chico no tenía nada de común con los rateros y que no tenía culpa de haberse visto deslumbrado, desgraciadamente, por el reloj.

— ¿Cómo que no tiene culpa? ¡El reloj lo ha robado él!

Bueno, la cuestión es que Antón Semiónovich supo convencernos a todos y el chico no fue expulsado de la colonia. Cuando preguntamos después a Antón Semiónovich por qué le había defendido así, nos dijo:

— ¡Yo me olvidé el reloj en la mesa y él tenía grandes deseos de tener reloj, pero él no es un ladrón y hay que persuadirle de que no es ladrón! Si después de esto roba otra vez, a mí es a quien hay que expulsar de la colonia.

Y así fue. Este chico permaneció en la comuna cinco años y nunca supimos que hubiese reincidido en hurto.

O este otro hecho. Trajeron a la comuna un chico recogido en la calle. No tardó en participar en el círculo dramático, ocurriéndosele, ni más ni menos, que cortar las cortinas de la habitación en que ensayábamos. Tuvo, naturalmente, que "sudar la gota gorda" ante la asamblea general. Esta medida era todavía más terrible, pues los comuneros odiaban a los borrachos, a los ladrones y a los aficionados a los naipes. Antón Semiónovich habló indignado, llamando ladrón al chico. Todos quedamos perplejos. ¿Cómo hablar así de un chico que acababa de llegar? Pero cuando vimos la influencia que ejercieron estas palabras sobre el chico, comprendimos que Antón Semiónovich tenía razón: a este chico había que hablarle y gritarle, precisamente, como lo hizo Antón Semiónovich, para que comprendiera en el acto que en la colonia no se permitía el hurto. Y, en efecto, el muchacho no volvió a cometer ningún robo. He aquí dos enfoques distintos. En estas cuestiones de difícil solución, Antón Semiónovich salía siempre vencedor. Su magistral maestría pedagógica y sus conocimientos hacían que le respetásemos y amásemos, que creyéramos en su experiencia.

Antón Semiónovich exigía que tuviésemos limpieza e hiciésemos una vida ordenada y culta. En la comuna éste era uno de los problemas principales en el sistema de exigencias. Recuerdo que en cierta ocasión me dijo una mujer de casa ya entrada en años: "El libro de Makárenko *Banderas en las torres* es una utopía del comienzo al fin, es imposible que la vivienda de los vagabundos estuviera tan limpia. Incluso la asistenta que viene a mi casa no tiene tanta limpieza. Lo que se describe en este libro es una utopía completa".

Debo decir que el piso de parqué de la comuna brillaba como un espejo y que por doquier había una pulcritud impecable. Cuando Antón Semiónovich comprobaba con el comunero de servicio el estado de la limpieza, siempre llevaba en sus manos

un pañuelo limpio y un palito muy delgado. Con el pañuelo comprobaba cómo se había recogido el polvo en el local y con el palito cómo se habían sacudido las mantas de las camas. Esta inspección nos obligaba a ser limpios, llegando a ser para nosotros una necesidad perentoria.

Raro era el día que no visitaban la comuna delegaciones extranjeras. Referiré una de estas visitas. Esperábamos con toda solemnidad la llegada de un diplomático importante. Cuando vino, lo primero que hizo fue dirigirse al patio trasero de la colonia. Buscaba los calabozos, no creyendo que se podía educar a los muchachos sin recurrir al encierro. Calabozos no encontró, pero sí le dejaron boquiabierto la limpieza y el orden reinantes en los locales y dependencias de la hacienda.

Antón Semiónovich no sólo nos enseñaba a ser limpios y nos obligaba a llevar siempre camisa limpia para causar buena impresión, sino también a tener "aseado el cuerpo", llevando la cultura y la pulcritud a todos los aspectos de la vida de los comuneros: limpieza en todas partes, tanto en los hechos como en los pensamientos. El hombre soviético no puede tener revés ni trastiendas sucias, en todas partes deben imperar la pulcritud, la sinceridad y la franqueza. Y Makárenko supo inculcarnos esto.

Se nos exigía una amabilidad exquisita en nuestro trato mutuo, pero, particularmente, con los mayores, con todos los ciudadanos, con todos los visitantes y con las personas ajenas a la colonia. Antón Semiónovich nos decía: "Los soviéticos debemos descollar por nuestra educación y caballerosidad refinadas. Esto lo tendremos sin adulaciones ni humillaciones, somos iguales entre los iguales. El mundo entero debe envidiar nuestra educación".

En cierta ocasión, Antón Semiónovich propuso en el consejo de jefes que todos los comuneros cediesen el asiento en el tranvía a las mujeres. Al

cabo de unos días, uno de los comuneros dijo que, en efecto, los muchachos cedían el asiento, pero, mirando después en derredor para cerciorarse si su "buena acción" había sido advertida o no. Antón Semiónovich se limitó a decirnos: "Ustedes no son caballeros, sino unos jactanciosos. Cuando cedan su asiento en el tranvía no miren si se advierte o no".

Gran escritor, autor de magníficos libros y fino valorador del arte, Antón Semiónovich nos dio a conocer ampliamente la literatura, nos aficionó al teatro, a la música y a la pintura. Concedía enorme trascendencia a la estética en la vida y, en este aspecto, el teatro desempeñó un gran papel.

El Teatro de Drama Ruso y el Teatro de la Opera de Járkov organizaron para los comuneros el estudio de *Evgueni Oneguín*. Resultó ser una especie de "Conferencia oneguiniiana" que duró mucho tiempo. Todos los comuneros nos reuníamos en nuestro *Club silencioso* (teníamos dos clubs: "silencioso" y "ruidoso") al que acudían artistas y críticos literarios que nos explicaban el contenido de *Evgueni Oneguín*. Después de este ciclo, la colonia en pleno fue a la Opera de Járkov, y cuando vino a representar a esta ciudad el Teatro Stanislavski, nuevamente acudimos todos a escuchar *Oneguín*. Nuestra magnífica orquesta comunera ejecutó Chaikovski con gran gusto y maestría. El estrecho contacto con los artistas del Teatro de Drama Ruso de Járkov nos ayudó mucho a conocer el arte. Los comuneros recuerdan con gran agradecimiento y cariño por la atención y esfuerzos que pusieron en su labor a N. Petrov, Emérito del Arte, a los artistas L. Skópina, A. Yankevski, N. Fislótskaya y al director artístico de este teatro, A. Krámov, que tanto trabajó con los comuneros. En el Teatro de Drama Ruso se nos consideraba como gente de casa, destinándose nos diariamente un palco para 10 personas que siempre ocupábamos. Frecuentábamos también todos los demás teatros

de Járkov. El teatro desempeñó un gran papel en la formación de la conciencia de los comuneros, de su concepción del mundo; inculcándonos un gran amor por el arte.

Nuestra amistad y epistolario con el gran escritor Máximo Gorki tuvieron enorme trascendencia para nuestro desarrollo cultural y noción concreta del vínculo que existe entre la vida y la literatura.

El 10 de septiembre de 1934 tuve la dicha de acompañar a Antón Semiónovich en su visita a Gorki en Moscú. Le llevábamos un álbum con obras en prosa y verso escritas por nuestros comuneros. Esto fue después del Congreso de Escritores. Pero Antón Semiónovich llevaba también otro fin: acababa de terminar la segunda parte de *Poema pedagógico* y quería enseñársela a Gorki. En la calle Nikítskaya nos dijeron que Alexéi Maxímovich se encontraba en su dacha, en Gorki. Nos dirigimos a este punto, siendo cariñosamente recibidos por él. Le llamó mucho la atención el álbum, enviándonos después una carta criticando a fondo nuestros trabajos.

Durante esta visita, Antón Semiónovich habló a Gorki de sus planes literarios, de que había comenzado a trabajar en la novela histórica *Vladímir Monomaj*, tema que le atraía extraordinariamente como historiador.

Antón Semiónovich tropezaba en su trabajo con grandes dificultades por culpa de los críticos de pacotilla, quienes sin comprender sus procedimientos pedagógicos, afirmaban: "Pero, ¿cómo se puede hacer esto? ¡Makárenko implanta el amaestramiento! ¡Esto no es un pedagogo!" Pero Antón Semiónovich triunfó. Su labor literaria y pedagógica fue reconocida, siendo condecorado con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo que Antón Semiónovich calificó de recompensa por toda su vida de trabajo.

...El 4 de abril de 1939, a la hora que dábamos sepultura a Antón Semiónovich, debía discutirse su

admisión al Partido por la organización de los comunistas de la Unión de Escritores Soviéticos, no llevándose a efecto por el inesperado y prematuro fallecimiento. La muerte impidió a Antón Semiónovich llevar a cabo los colosales pensamientos que abrigaba.

Nikolái Feré

MI MAESTRO

E Pishnova, conocida mía, que trabajaba de contable en la colonia, me dijo en cierta ocasión que Antón Semiónovich buscaba un especialista que le ayudase en los problemas del campo.

Nos entrevistamos a comienzos de abril de 1924. Atardecía cuando Antón Semiónovich me recibió en la penumbra de su despacho, cansado de las discusiones con los funcionarios de la Inspección Provincial del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y, por lo tanto, no muy afable que digamos. Sin preguntarme nada, de buenas a primeras, empezó a explicarme el estado en que se encontraba la hacienda de la colonia.

La colonia Gorki, situada aún en los pequeños Tribi, debía poner en explotación una gran economía agrícola recibida en Kovaliovka, al otro lado del río Kolomak. La colonia pasaba serios apuros en productos. En Tribi había poca tierra, cerca de doce hectáreas, pero de terreno arenoso. La cosecha que se recogía a veces no resarcía incluso los gastos de semillas. En Tribi era imposible

organizar adecuadamente el trabajo de los colonos, base del trabajo educativo y pedagógico que se realizaba con ellos. En Kovaliovka, en cambio, ya eran 80 hectáreas de fértiles tierras negras, sin contar los prados y un huerto frutal. Allí, a la segunda colonia, había sido designado director Iván Petróvich Rakóvich (Goróvich) y ya se había trasladado a aquella hacienda un destacamento de colonos.

La economía agrícola debe estructurarse sobre una base científica y realizarse de manera ejemplar. Esta es la razón —dijo Antón Semiónovich—, por la que ha resuelto invitar como auxiliar suyo a un agrónomo.

Subrayó que no había ni que pensar en incluir en los trabajos agrícolas ninguna clase de mano de obra asalariada, excepto un número reducido de especialistas dirigentes. No importaba que en los primeros tiempos los chicos hicieran este u otro trabajo peor que los trabajadores de experiencia, de lo que se trataba era de que se sintiesen plenamente responsables por su hacienda y de que no viviesen a expensas del Estado. Tampoco estaba descartado que no todos los colonos quisiesen desde el primer momento trabajar como es debido, había que saber abordarles, hacerles el trabajo interesante, fomentar en ellos el sentimiento de orgullo por los éxitos económicos de la colonia.

Por esto —dijo Antón Semiónovich—, él quería que su auxiliar agrícola no fuese sólo un agrónomo que dominase su profesión, sino que fuese también en igual grado un pedagogo educador con sensibilidad.

Antón Semiónovich no ocultó las dificultades que encontraría en mi trabajo ni sus dudas respecto a mis fuerzas: yo era todavía joven, no hacía más que tres años, en 1921, que había terminado el instituto y nunca me había ocupado de la labor pedagógica. Pero como la primavera se venía encima —dijo—, si estaba de acuerdo en trabajar,

no más tarde de mediados de abril debería empezar mi labor en Kovaliovka.

La cosa era para pensarla. Por muy joven que fuese tenía la suficiente experiencia de vida para imaginarme nítidamente el duro camino que me aguardaba. Por otra parte, el tono desabrido de Antón Semiónovich me hacía temer que no llegásemos a entendernos. Me asaltó la idea de cortar las conversaciones, pero la juventud pudo más: me aconsejó que renunciar a un trabajo interesante bajo la dirección de un hombre de talento, sólo por que el trabajo era difícil, esto era indicio de una debilidad imperdonable.

El día señalado, el 14 de abril de 1924, se paró a la puerta de mi casa un carricoche de dos ruedas conducido por un muchachuelo de unos doce a trece años.

Y aunque debía marchar, un enjambre de pensamientos contradictorios se apoderó nuevamente de mí.

— Y, éste ¿viene con nosotros? — preguntó confiadamente el pequeño cocher, señalando con la mano a mi perro Trubach, que no cesaba de dar vueltas en torno al carricoche.

¿Qué podía contestarle? ¿Decirle que Trubach iba cuando el propio dueño no sabía qué hacer? Es muy posible que esta ingenua pregunta del muchacho decidiese mi destino.

Desechando toda indecisión, dije alegre:

— ¡Naturalmente que se va con su amo!

Cargamos mi pequeño bagaje en el coche y salimos para Kovaliovka, sin pasar por Tribi, donde a la sazón se encontraba Antón Semiónovich.

Por el camino, el chaval me entregó las riendas, poniéndose a jugar con Trubach, unas veces corriendo delante y otras quedándose atrás, subiendo al coche cuando se cansaba.

Al final de la tarde, después de recorrer los embarrados caminos primaverales, llegamos, por

fin, a Kovaliovka. Comenzó mi trabajo en la colonia.

La primavera estaba en su apogeo. Nuestros vecinos habían comenzado ya la labranza y el rastrilleo de los campos y, en algunos sitios, hasta la siembra. También nosotros teníamos que empezar las faenas campestres sin más demora...

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se reunieron frente a las caballerizas colonos y educadores. Como desconocía aún dónde se encontraban las parcelas de terreno, la mano de obra y los aperos disponibles, tuve que empezar en seguida a ordenar, indicando a cada cual qué hacer, dónde y cómo... Estaba claro que era imposible pensar en cualquier forma especial de abordar a los muchachos. Había que acudir a todas partes: en un sitio poner a punto un arado, en otro, regular la sembradora, en un tercero, mostrar cómo había que limpiar las semillas, más allá, avivar la carga de sacos con semillas, en otro lugar, medir una parcela para plantar cucurbitáceas, no faltando donde había que ayudar a uncir un caballo...

Desde el primer día establecí sanas relaciones de trabajo con los muchachos. Pudiera ser que esto se debiese a que, enfrascado en mi labor, no me preocupaba de ninguna clase de conversaciones "pedagógicas" especiales, trabajando yo mismo y exigiendo que los chicos trabajasen en interés de la colonia.

Como el volumen de los trabajos agrícolas en la segunda colonia aumentaba sin cesar, había que trasladar diariamente a Kovaliovka buena parte de los colonos de Tribi. Esto nos traía grandes complicaciones, pérdida de tiempo y fuerzas, amén de que por el camino, los muchachos se sentían tentados por los huertos, melonares y huertas de los caseríos. No tardaron en llovernos las quejas. Los propietarios de las "tentaciones" comenzaron a organizar emboscadas a las horas en que pasaban los destacamentos. Los colonos, por su parte,

entendieron esto como acciones hostiles abiertas contra ellos y empezó la "guerra". Antón Semiónovich tuvo que inmiscuirse enérgicamente en este conflicto, prohibiendo trabajar durante cierto tiempo en la segunda colonia a los aficionados a las sandías, manzanas y demás dones terrenales ajenos y, por consiguiente, privarlos del placer de bañarse en el río Kolomak que los colonos tenían que cruzar dos veces en su camino de ida y vuelta a Kovaliovka.

La "guerra" con los moradores de los caseríos aceleró la unificación de las dos colonias, ya hacía mucho planeada por Antón Semiónovich, en una sola colectividad. Sin esta medida era imposible organizar debidamente toda la labor educativa. En el transcurso de agosto-septiembre de 1924, fue liquidada la hacienda en Tribi, congregándose toda la colectividad de colonos y educadores en Kovaliovka.

...En el nuevo sitio prosperó la economía de la colonia. Mejoró también nuestra propia hacienda, no sólo en sentido figurado, sino en el literal de la palabra.

En los invernaderos, utilizados para criar pimientos de col y tomate, destiné una parte para semillero de flores. Más tarde, los tallos fueron plantados en arriates delante del edificio principal de la colonia. Los muchachos cuidaban cariñosamente las flores y a pesar de que faltaban brazos cuando las faenas campestres se encontraban en pleno apogeo, el consejo de jefes, con la aprobación plena de Antón Semiónovich, siempre destinó el número necesario de colonos para cuidar los arriates. Pero además de este trabajo planificado, siempre había buen número de voluntarios que dedicaban su tiempo libre al cuidado de las flores. Sólo algunos muchachos mostraban indiferencia o desprecio hacia nuestra rosaleda. A estos últimos pertenecía Galatenko. Durante largo tiempo había trabajado como aguador, pero después fue "destituido" por grosero, siendo enviado por el consejo

de jefes a trabajar en el invernadero. Este nuevo destino tenía un sentido educador: el que Galatenko fuese a parar a la compenetrada colectividad de floricultores, ocupados de un trabajo "fino"...

Un día, Antón Semiónovich entró en el invernadero y quedó estupefacto al ver con qué atención y primor Galatenko transplantaba con una pequeña horquilla de pelo una begonia cuyos tallos no eran más gruesos que la crin de un caballo. Llevándome aparte, Antón Semiónovich confesó que había estado esperando todo el tiempo que yo le pidiese retirar del invernadero a Galatenko, por su incapacidad plena para desempeñar una profesión tan delicada. Le informé de la afición que mostraba Galatenko en su trabajo, de cómo se había acostumbrado al régimen funcional del invernadero y el celo con que lo apoyaba.

— Es cierto que tiene una manía —añadí—. Ha puesto a todas las flores el nombre que mejor le ha parecido y no quiere reconocer los generalmente usuales.

— ¿Cómo las llama, pues? —preguntó intrigado Antón Semiónovich.

— Para Galatenko, la rosa es "jovencita", el alhelí "chaval", la reseda "perfume", la begonia "codorniz", la boca de dragón "conejillos", la lobelia "crucecitas", el flox paniculado "mamita", el verdolaga "niños", el agave "león"... —le enumeré.

Antón Semiónovich comenzó a pensar en el origen de estos nombres, no tardando en establecer con bastante exactitud en qué se basaban las ideas de Galatenko, quedándonos solamente inclaro por qué había elegido para el agave el nombre de "león". Tuvimos que preguntárselo al propio Galatenko. Este nos dijo que en una crestomatía había visto una estampa el *León en el desierto*, en la que, junto a la fiera, se veían unas plantas parecidas al agave...

La metamorfosis operada en Galatenko llenó de alegría a Antón Semiónovich. Se sentó en un banquillo junto al invernadero, estuvo un rato pensativo, comunicándose después lo que pensaba. Si en Galatenko se desarrollaba con tal rapidez la noción de la belleza y su afición por ella, esto quería decir que también era necesario inculcar y fomentar por todos medios el sentido de la hermosura en otros colonos. Y allí mismo, a renglón seguido, Antón Semiónovich propuso ampliar el cultivo de flores para que al próximo año la colonia fuera un paraíso.

Procurando no dar un resbalón y ser realmente útil a la colonia, centré mi atención a todo lo relacionado con el sistema de educación de los chicos y, particularmente, a las medidas de influencia sobre los que cometían faltas. Me esforcé por captar no sólo algunos de los procedimientos pedagógicos de Antón Semiónovich, sino también su relación mutua, por descubrir en ellos rasgos de inmutabilidad y de regularidad interna.

En los primeros tiempos llegué a creer que Antón Semiónovich se valía con toda seguridad de algún cuaderno de apuntes en el que figuraban los correctivos que había que imponer, según la falta, a los colonos.

Mas no tardé en cerciorarme que Makárenko sólo mantenía relativamente inmutables las formas organizativas de la educación, mientras que las medidas de influencia no estaban sujetas a ningún patrón. Era muy frecuente que, por una misma falta, Antón Semiónovich aplicase castigos distintos o incluso no impusiese ninguno. Pero esta "irregularidad" ni asombraba ni indignaba lo más mínimo a los muchachos; comprendían perfectamente, por lo visto, por qué Antón Semiónovich enfocaba de manera distinta, según los casos, las mismas faltas.

Tuvo que pasar aún cierto tiempo para que llegase a comprender que, en el sistema educativo creado por Makárenko, los castigos no eran ni mucho menos la piedra angular, sino las medidas para evitar que el chico cometiese un acto reprochable.

Antón Semiónovich analizaba brillantemente la esencia de las faltas infantiles. Su maestría no sólo me asombraba a mí, sino también a educadores de experiencia y, más que a nadie, a los propios chicos que creían a pies juntillas que "a Antón no se le escapaba nada".

...En los últimos días de agosto, en nuestro sandiar sucedió algo que Antón Semiónovich no consiguió desentrañar en seguida.

Había sido un año cosechero de sandías como ninguno. Cada colono recibía a la hora de la comida una sandía entera y lo mismo a la cena. Pero, a pesar de esto, no faltaban los amigos de probar las sandías sobre el terreno.

El sandiar lo guardaba un destacamento especial encabezado por Lopotetski (Lápot), uno de los colonos mayores. Sin embargo, los guardas resultaron ser poco sagaces: cierta mañana descubrieron que el sandiar había sido visitado de noche por un ladrón y, por cierto, la mar de ingenioso: cortó en unas veinte sandías, de las de mayor tamaño, una raja respetable a cada una, colocando después meticulosamente la cáscara en su sitio con tal arte que hacía difícil descubrir a primera vista la jugarreta.

En el consejo de jefes celebrado por la tarde, Lopotetski amenazó "con degollar al canalla" que había estropeado tantas buenas sandías. No se logró encontrar al merodeador a pesar de que como prueba irrefutable de que era uno de los colonos servía la desaparición de un cuchillo de la cocina, ocurrida la víspera... A la mañana siguiente llegaron hasta mis oídos gritos y lloros provenientes del sandiar. Creyendo que los chicos habían capturado

al "canalla" y que Lopotetski llevaría a cabo su amenaza, corrí hacia el sitio del escándalo. Un minuto después me tranquilizaba cuando vi que todo el jaleo era obra de Lopotetski que regañaba indignado, por su descuido, a dos de sus ayudantes.

— ¡Mire, Nikolái Eduárdovich!, ¡vea lo que ha hecho este triple miserable! — y me señalaba con la mano hacia donde estaba su choza de guarda.

Junto a ésta maduraba una descomunal sandía que los chicos tenían el propósito de regalar a Antón Semiónovich. Habían tallado en su verde corteza una estrella de cinco puntas y, al pie, la dedicatoria: "A Antón S. Makárenko", y debajo como firma: "De los col. col. Gorki". Por lo visto, los muchachos grabaron primero "A Antón Makárenko", pero comprendiendo que esto era irrespetuoso, metieron en medio la letra "S" — "Semiónovich". El último renglón quería decir: "de los colonos de la colonia Gorki". Se llamó a la sandía "Comisario" y bajo el cuido insomne de los chicos creció y era conocida por todos los colonos que esperaban impacientes el momento en que podrían llevar su obsequio a Antón Semiónovich. Y para que cualquier "verde", es decir, un novato, no se dejase seducir por este ejemplar, Lopotetski puso su choza cerca de la sandía "Comisario". Ahora yo también veía que el ladrón había estado aquí: cortó una raja en esta sandía, ajustando maestramente la corteza al corte.

La desesperación de Lopotetski no tenía límites, amenazando con "degollarle" al "triple canalla". Los chicos que hicieron la guardia nocturna declararon que habían escuchado un rumor en la obscuridad como si cerca de ellos reptase una víbora. Lopotetski los regañó justamente por babcas.

La noticia de la profanación de la sandía "Comisario" se difundió como un reguero de pólvora por la colonia. No se hablaba de otra cosa. La indignación de los muchachos subía de punto.

Lopotetski y algunos otros colonos de los mayores comenzaron ya a hacer interrogatorios por cuenta propia. Antón Semiónovich tuvo que llamarlos seriamente al orden, proponiendo a estos investigadores "honoris causa" que se ocuparan de su trabajo. El, por su parte, el resto del día no quitó ojo de los colonos.

Llegó la noche, pero la excitación de los muchachos no se apaciguaba. Lopotetski hizo en la fragua algo parecido a cepos que se disponía distribuir alrededor del sandiari.

Cuando sonó, por fin, el toque de "reunión general", los chicos, nerviosos por la impaciente espera, se lanzaron a toda carrera hacia el club.

En primer lugar, Antón Semiónovich pidió a todos los jefes que le dieran la lista de los miembros de sus destacamentos que no asistían a la reunión, indicando las causas que se lo impedían. Después habló Lopotetski, describiendo con todo lujo de detalles lo ocurrido en el sandiari; se preguntó a los chicos que les había parecido oír que "reptaba una víbora"; expusieron sus sospechas todos los jefes de los destacamentos. Mas nada se puso en claro. Antón Semiónovich bajó la mirada, quedó pensativo, haciéndose por unos momentos un silencio impresionante en la sala.

— Bueno, empecemos por saber a qué muchachos les gustan más las sandías — propuso, de pronto, Antón Semiónovich.

Fueron citados cinco o seis colonos. Habló la última Mújina (Lévchenko), jefe del destacamento de chicas. Dijo que en su destacamento Valia era a quien más le gustaban las sandías...

Valia era una muchachita rebajuela, delgadita, que hacía unos meses había llegado a la colonia procedente de Járkov. Se comportaba bien, sin destacarse en nada del resto de las chicas. Pero en una carta especial de los órganos de Instrucción Pública de Járkov, que se adjuntó con Valia, se decía que había sido guía de una importante banda

que saqueaba pisos. Durante un robo desafortunado, la banda consiguió escapar avisada por Valia, siendo la chica detenida. Como no se le pudieron encontrar pruebas directas, fue entregada al punto de recogida de Instrucción Pública... Pero los rufianes no la perdieron un momento de vista. A las pocas horas de encontrarse allí se la llevaron. No se tardó en detener a Valia por segunda vez, enviándola a Poltava. En la carta se advertía que debía vigilarla especialmente, pues el intento de raptarla podía repetirse...

Cuando Mújina citó a Valia, Antón Semiónovich se incorporó, movido por la sorpresa. Nos pareció que le había asaltado una conjetura inesperada. Pero unos instantes después, nos decía con su voz ordinaria y tranquila:

— Valia, acércate a la mesa...

El rostro de Valia, mientras avanzaba entre los bancos y, después, cuando se plantó frente a Antón Semiónovich, sólo expresaba perplejidad: ¿para qué le habrían llamado? Y en verdad, era sencillamente imposible sospechar que esta formalita chica tuviera que ver con el asunto de las sandías.

— ¿Por qué te has llevado sin permiso un cuchillo de la cocina? —la preguntó Antón Semiónovich con el mismo tono tranquilo de voz.

— Yo no he cogido el cuchillo —contestó, quizás con cierto apresuramiento, Valia.

Este apresuramiento lo captó al vuelo Antón Semiónovich, lanzándose a la ofensiva.

— Sí, Valia, tú te has llevado el cuchillo y la cosa no va a estar muy bien que digamos si envío ahora al de guardia y lo encuentra entre tus cosas. ¿Dónde lo escondiste?

Valia calló unos momentos, contestando luego en voz baja:

— En el colchón, lo he metido por un agujero...

A los pocos minutos, el de guardia colocó el maldito cuchillo sobre la mesa, delante de Antón Semiónovich. Los chicos hablaban unos con otros

en voz baja, el tumulto arreciaba en el club, pero las palabras de los colonos expresaban más asombro que indignación.

— Valia, ¿te gustan mucho las sandías? —siguió interrogándola Antón Semiónovich.

— Mucho. Antes no las había comido nunca.

— ¿Por qué colocabas de nuevo en su sitio las cortezas de las rajas que antes habías cortado?

— Pensaba que volverían a unirse —respondió seriamente Valia.

Ahora fue cuando estallaron todos a una: para los chicos y para todos nosotros había sido una sorpresa completa que el "triple canalla", que el "hombre-fiera que se había fingido víbora" fuera nada menos que esta pequeña y enjuta muchachita. Lopotetski, olvidado ya de que había jurado "degollar al canalla", comenzó a incitar a los muchachos para que después de la reunión arrancaran cuantas más ortigas, mejor...

Antón Semiónovich posó en él su mirada severa y Lopotetski enmudeció en el acto.

— Valia, ¿prometes ante la asamblea general que nunca más volverás a entrar sin permiso al sandiar ni estropearás más sandías?

— Sí, jamás lo volveré a hacer —contestó muy bajito ella.

Antón Semiónovich sometió a votación la propuesta de perdonar a Valia y los muchachos la aprobaron con bastante unanimidad. Sólo Lopotetski, los chicos de su destacamento y algunos más "se abstuvieron". Valia ocupó su sitio y Antón Semiónovich puso a discusión de la asamblea algunos problemas, puramente cotidianos, de la vida de la colonia.

Cuando cada cual se marchaba por su lado, Antón Semiónovich retuvo a Lopotetski. Después de hablar con él de cuestiones relativas a la hacienda, al despedirse, le dijo:

— Como me entere que has ofendido en algo a Valia, más vale que te marches de la colonia por

cuenta propia. De lo contrario, yo mismo te expulsaré. Y adviértelo también a los chicos.

Estas palabras dichas como de pasada, Lopotetski las interpretó así: ¡con Antón Semiónovich no se juega!

Cuando regresaba a casa después de la reunión, impresionado por todo lo que había visto y oído en el club, me pareció infantil, por no llamarlo sencillamente absurdo, lo que yo creía acerca del libro de apuntes de Antón Semiónovich en el que, según yo, él tenía sistematizados todos los correctivos para unas u otras faltas de los colonos.

Cada acontecimiento extraordinario en la vida de los chicos o incluso un simple cambio en su estado de ánimo o conducta, con frecuencia inadvertido para todos, Antón Semiónovich, en cambio, lo aprovechaba como pretexto de peso para buscar otra solución a un problema anteriormente ya resuelto y encontrar nuevas formas de influencia pedagógica sobre los colonos. Precisamente así, en su práctica diaria, era como Antón Semiónovich elaboraba su sistema educativo, piedra angular del cual eran la atención hacia la "persona niño", la flexibilidad y ausencia de un patrón único en la manera de abordar a los muchachos.

Al día siguiente nadie recordaba ya lo ocurrido con la sandía. Sólo los "cepos" de Lopotetski tirados junto a la choza, como inservibles, recordaron aún cierto tiempo aquel ramalazo de pasiones infantiles que tan magistralmente supo apagar Antón Semiónovich.

Entre los castigos aplicados por Antón Semiónovich figuraba la amonestación, enunciada en la orden el día de la fiesta de la Primera Gavilla, el día del cumpleaños de Máximo Gorki o en la fecha más próxima de cualquier fiesta en la colonia.

Al principio no pude comprender el sentido de esta medida educadora. Me parecía que un castigo,

cuya aplicación se aplazaba mucho, perdía su significado. Tenía la impresión, además, de que ¿cómo era posible aguarle la fiesta a uno de los colonos en un día de júbilo general? Esto yo lo encontraba antipedagógico.

No tardé en cerciorarme que, prácticamente, nunca se llegaba a hacer pública la sanción, pues el infractor, advertido de la vergüenza que le esperaba, se corregía rápidamente, dando lugar a que el consejo de jefes anulara el correctivo antes de que llegara la fiesta.

...En la primavera de 1927 nuestra hacienda recibió, por fin, el tan esperado tractor y, un poco más tarde, nuestros amigos de la Dirección Política del Estado nos regalaron otro.

La aparición de estas máquinas despertó un entusiasmo inenarrable entre los chicos. Muchos de nuestros educandos se aficionaron a la técnica y no tardaron en hacerse mecánicos plenamente calificados.

...Una tarde de noviembre, durante la cena, se apagó inesperadamente la luz. Se averió nuestro grupo electrógeno de 75 HP. Cuando se preguntó al mecánico, dijo que la reparación no llevaría menos de un mes, agregando que si se pagaba un suplemento a cierta persona, es decir, si se le untaba la mano, el plazo podría quedar reducido a veinte días... Nuestra situación no podía ser más apurada. La avería del grupo electrógeno dejaba, además, inactivo el elevador de agua. Cuatrocientos educandos y empleados de la colonia quedaron sin agua y a oscuras, aparte de que la avería ocurrió en una época del año en que amanecía tarde y anochecía pronto...

A la mañana siguiente, Antón Semiónovich convocó una reunión extraordinaria del consejo de jefes.

El administrador de la colonia, Semión Lukich Rogdanóvich, leyó la relación de objetos que debían adquirirse mientras no hubiese luz ni funcionase la

bomba elevadora de agua: ¡doscientos quinqués, tubos de repuesto para ellos, bidones, mechas, cubos nuevos, en total, cerca de un centenar de objetos diversos! El importe de estos gastos inesperados resultó ser tan elevado que los muchachos quedaron perplejos y hasta Antón Semiónovich preguntó de nuevo:

— Perdone, Semión Lukich, ¿a cuánto ha dicho usted que asciende?

Además, el administrador exigió que se organizase una brigada especial que repostase los quinqués y los atendiese. El mecánico del grupo electrógeno, que habló después, apuntó de nuevo que si "se untaba a cierta persona", la reparación podría durar menos de un mes...

De pronto, pidió la palabra el colono Bélenki. — Yo tengo una proposición distinta —dijo con firmeza—. Ni hay que comprar nada ni untar a nadie, sino acoplar el generador a nuestro tractor y que el mecánico arregle su motor cuanto tiempo le venga en gana...

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras de nuestro tractorista. Después hablaron todos a la vez y, con más excitación que todos, el mecánico del grupo electrógeno, quien indignado trataba de demostrar que la propuesta de Bélenki era totalmente absurda.

— ¡Basta ya de tonterías: no olvidéis que los setenta y cinco caballos de fuerza de mi motor son casi el cuádruple de los veinte que desarrolla nuestro tractor!...

A esto no se podía objetar nada. Sin embargo, Bélenki y sus ayudantes tenían ya todo calculado e incluso supieron demostrar, de manera bastante convincente, que nuestro grupo electrógeno nunca había trabajado a plena potencia. Antón Semiónovich debía decidir. El, siempre tan resuelto, esta vez lo pensó mucho antes de decir "sí" o "no".

La ocurrencia de los muchachos era imposible traducirla a cifras, pues realmente, setenta y cinco

eran casi cuatro veces más que veinte. Y no obstante, Antón Semiónovich y todos nosotros sabíamos, en el ejemplo de cómo se puso en pie Kuriash, que veinte podían vencer a setenta y cinco.

— ¿Se compromete usted a poner en práctica este proyecto? —me preguntó Antón Semiónovich.

— Lo intentaré —respondí—. Pienso que cuando comience a oscurecer, a eso de las cinco de la tarde, podrán estar terminados los trabajos preliminares y, después veremos...

A las cinco de la tarde, cuando llegó Antón Semiónovich, todo estaba dispuesto para poner en marcha el generador. Había llegado el momento decisivo: el motor funcionaba, ya caliente, y la correa montada en las poleas del tractor y del generador. Bélenki embragó gradualmente el acoplamiento y el generador comenzó a girar suavemente.

GORKI ENTRE LOS GORKIANOS

A comienzos del año 1928 Alexéi Máximovich Gorki regresó de Italia. No dudábamos de que aceptaría nuestra invitación de visitar la colonia. En la asamblea general, Antón Semiónovich propuso emprender inmediatamente los preparativos para recibir como correspondía a tan querido huésped. La asamblea aprobó clamorosamente la idea de Antón Semiónovich de regalar a Gorki un libro sobre la vida de los colonos, escrito por ellos mismos y que incluyera las biografías de todos los gorkianos.

Desde este momento, nuestra colectividad vivió con un solo pensamiento, con la única finalidad de recibir dignamente a su gran amigo y protector. Ahora todo se apreciaba desde el supuesto punto de vista de Alexéi Máximovich: si lo aprobaría o no, si le interesaría el viaje, si le agradaría o le sería indiferente...

Cuando por culpa del frío se retrasaron unos días los brotes de la remolacha forrajera, me llovían toda clase de propuestas para ver la forma de acelerar la germinación de las semillas. ¡Hubo

incluso quien exigió encender hogueras en los sembrados! A los muchachos les aterraba la sola idea de que, recorriendo los campos, a Alexéi Máximovich se le ocurriese ver esta parcela. Los cultivadores comunicaron al consejo de jefes, como acontecimiento de mucha importancia, la aparición de los brotes, retrasados, pero sanos.

Los chicos limpiaron una gran explanada y plantaron un hermoso parterre. Nuestros floricultores hicieron un artístico monograma florido con las iniciales "M. G.". En el club y en las paredes del edificio principal aparecieron citas cuidadosamente seleccionadas por los colonos de las obras literarias de Alexéi Máximovich.

Hasta los pequeñines estaban afanadísimos. Cazaban toda clase de bichos: erizos, ratones, conejillos y pajarillos —azores, tórtolas y abudillas— que cuidaban cariñosamente con la intención de regalar todo este parque zoológico a Alexéi Máximovich.

A mediados de junio de 1928 una delegación nuestra fue a Moscú para visitar a Gorki. Cuando regresó y nos comunicó que Alexéi Máximovich había aceptado pasar unos días con nosotros, revolucionó a todos y a todo. En el consejo de jefes convocado extraordinariamente se reunieron tantos colonos que hubo necesidad de trasladar la sesión a nuestro club.

No hubo discusión en cuanto al proyecto de engalanar Kuriash ni en torno a la propuesta de confeccionar ropa de verano para los colonos y comprar nueva vajilla para el comedor. Los apuros empezaron cuando comenzó a tratarse de cómo viviría en la colonia Alexéi Máximovich. ¿Cómo amueblar las habitaciones para él destinadas? ¿Haría falta espejo y de qué clase: para verse la figura completa o el busto? ¿Cómo resolver el problema de la cama: le bastaría a Alexéi Máximovich un lecho ordinario o habría que hacérselo con arreglo a su estatura? ¿Qué comida preparar para

Alexéi Maxímovich? ¿Habría necesidad de enseñar a nuestra cocinera a preparar algunos platos especiales? El encargado de la brigada de zapateros propuso que se examinase si se le debían hacer unas botas altas a Alexéi Maxímovich para el caso de que lloviera...

Se acordó que nuestro taller de ebanistería se encargaría de hacer todos los muebles necesarios y, en primer término, la mesa de escritorio y el sillón de trabajo. En cuanto a la cama, se estableció comprar una nueva, sirviendo de "medida" Kalabalin, considerado entre nosotros como el colono más alto. La cuestión del espejo suscitó discusión aunque, al fin y a la postre, se llegó a la conclusión unánime de que un espejo de talla completa sólo lo necesitaba una artista y no Alexéi Maxímovich, por lo que el consejo de jefes resolvió colgar en el dormitorio un espejo redondo no muy grande, y sobre la consola de aseo, otro de tres hojas.

Lo que más se debatió fue el problema de la comida. Los muchachos propusieron que se cocinaran para Alexéi Maxímovich los platos que más les gustaban a ellos: para el desayuno, alforfón cocido y rehogado con tocino, sopa de col ucraniana y carne de cerdo al vapor para la comida del mediodía y patatas fritas y compota de frutas para la cena. Nuestra jefe de cocina y las educadoras protestaron ruidosamente contra este menú, no teniendo más remedio los muchachos que conformarse y estar de acuerdo en que realmente, debía prepararse una alimentación más frugal. Fue elegida una comisión encargada de pensar detenidamente este problema.

Se aprobó por unanimidad la propuesta del responsable de la brigada de zapateros, pero dejando para más tarde la preparación de las botas, pues no se sabía qué número calzaba Alexéi Maxímovich ni qué hacer para tomar la medida, pues en este caso, Kalabalin no servía...

Desde aquel momento se veía diariamente cómo en todos los rincones de Kuriash los chicos lavaban, componían, restauraban, pintaban, blanqueaban y limpiaban de polvo algo. Cuando se recibió el telegrama de Alexéi Maxímovich, comunicando que el 8 de julio llegaría a Járkov, todo se encontraba ya en el orden más perfecto.

Cuando terminó la parada de los colonos, durante la cual no cesaron de oírse en el recinto del viejo monasterio delirantes "hurras" y alegres gritos de los chicos, Antón Semiónovich propuso a Alexéi Maxímovich que se retirara a descansar del viaje.

El acompañante de Gorki, cuyo nombre ya he olvidado, al parecer, muy sociable, se quedó en el patio con los chicos, siendo abordado en el acto por la excitada colonista Tasia, miembro de la comisión encargada de recibir a Alexéi Maxímovich, decidida a poner inmediatamente en claro todos los complejos problemas relacionados con la hospitalidad.

— Dígame, por favor, ¿cuáles son los platos preferidos de Alexéi Maxímovich? ¿Se retira temprano a dormir? ¿No habrá necesidad de cubrir la cama de Alexéi Maxímovich con un edredón? ¿Y almohadas, cree usted que bastará con tres?

Cuando supo que tres almohadas quizás fueran demasiado, pero que después de la cena Alexéi Maxímovich tomaba té con limón y que, en general, los doctores le recomendaban comer el mayor número posible de limones, Tasia quedó anonadada, pues sabía que excepto fresas y cerezas, la colonia no disponía en aquellos momentos de ningunas otras bayas y frutas. Como alma que lleva el diablo llegó corriendo a Elizaveta Fiódorovna, quien al verla de aquella traza creyó que había ocurrido alguna desgracia irreparable.

— ¡Ay! ¿Qué vamos a hacer? ¡Alexéi Maxímovich sólo se alimenta de limones! ¡Y nosotros no

tenemos ni uno solo!... —informó atropelladamente, llorando, Tasia.

Elizaveta Fiódorovna la apaciguó como buena-mente pudo, tratando de convencerla de que exageraba la necesidad de Alexéi Máximovich en limones. Pero ella misma se intranquilizó: "¡La verdad es que había que hacer algo!" Mientras tenía lugar esta escena, el despacho de Antón Semiónovich, donde ocurría, se llenó de chicos enterados de la dificultad surgida.

— ¿Qué haremos? —les preguntó Elizaveta Fiódorovna—. ¿Quién se atreve a desplazarse a Járkov y conseguir limones?

Los chicos callaron. En aquella época del año no era cosa fácil cumplir esta misión. Hubo quien tímidamente apuntó enviar propios en avión a Moscú o al Cáucaso.

Hasta que habló Nóvikov el mayor, Zhora, conocido en toda la colonia por su inventiva y habilidad, verdad es que no siempre encauzadas hacia una finalidad provechosa.

— ¡Yo voy! —declaró.

— ¿Tienes algún plan concreto?

— ¡Eh, Elizaveta Fiódorovna, como si para este asunto hiciese falta confeccionarlo de antemano! Cifro todas mis esperanzas en aprovechar la situación y en el contenido de este sitio —contestó sonriente Zhora, golpeándose la frente con el dedo.

— De todas maneras, por si acaso, pienso que debe ir alguien más a Járkov —dijo Elizaveta Fiódorovna—. ¿Puede ser que vayas tú, Denis?

No se admitía que un verdadero colono se negase a cumplir un cometido, por insólito y difícil que fuera; Denis Gorgul, que cumplía las funciones de ayudante del administrador de la colonia, se separó del grupo de chicos sin pronunciar una palabra.

Quince o veinte minutos después, el delgado y larguirucho Zhora y el rebajuelo y rechoncho Denis

se pusieron en camino hacia Járkov. Viéndolos, hubo quien les gritó, chancero:

— ¡Eh! Don Quijote, ¿a dónde vas con tu Sancho? ¡Ten cuidado no entretenerte con los muchos molinos de viento que por el camino hay!

Ni el uno ni el otro se dignaron siquiera volver la cabeza, absorbidos por la idea de cómo cumplir un encargo de tanta responsabilidad del que todos los chicos estaban convencidos dependía, ni más ni menos, el propio honor de la colonia, albergando a tan insigne huésped.

Después de un breve descanso, Alexéi Máximovich pidió a los muchachos que le enseñasen la hacienda de la colonia.

Los chicos estimaban, justamente, que a Gorki le interesaría, indudablemente, todo lo que había en la colonia, mostrándole a Alexéi Máximovich todo, hasta los rincones más distantes de Kuriazh. Le enseñaron llenos de orgullo nuestros parterres, el invernadero, el huerto, la granja lechera, la caballeriza y la porqueriza... haciéndole a cada paso infinidad de preguntas a las que Alexéi Máximovich respondía incansablemente, acariciando a los chicos con su sonrisa tranquila, cariñosa y sabia.

— ¡Aquí tiene a nuestro "Molodiets"! ¿Verdad que es un descendiente de los trotones de Orlov? —preguntaban los pequeños a Gorki cuando entraron en la cuadra.

Alexéi Máximovich no hizo ninguna objeción, encontrando incluso ciertos rasgos que confirmaban la raza del cuadrúpedo. Le enseñaron los demás caballos. Luego salieron al patio, donde junto al pesebre, con la cabeza baja, estaba el caballo "Malish", que vivía su vejez tranquila en la colonia. Los chicos quisieron que Alexéi Máximovich lo viera.

Con aspecto ingenuo preguntaron a Gorki cuántos años le daba a "Malish".

Alexéi Máximovich respondió:

— Creo que tendrá unos quince años.

Toda la patulea infantil prorrumpió en alborozados gritos:

— ¡Qué va, qué va, muchos más! —y corrieron en busca de Silanti Grischenko (Otchenash, mote tomado del Padre Nuestro), nuestro caballerizo mayor.

Silanti, que hablaba a todo el mundo de "tú", independientemente del género y de la edad del interlocutor, se presentó inmediatamente.

— Mira, Alexéi Máximovich —dijo, separando las quijadas a "Malish"—, tiene los dientes completamente desgastados, lisos... Lo menos que tiene es treinta años. ¡Tócalos tú mismo, no temas! ¡Mientras le tenga agarrada la lengua no te morderá!

Y Alexéi Máximovich, para gran júbilo de los chicos, se vio obligado a mirar la boca de "Malish" y a "palpar los dientes" para cerciorarse de la ancianidad de nuestro aguador. Ni que decir tiene que todo esto proporcionaba a Gorki visible satisfacción, le alegraban en igual medida el jaleo de los pequeños y las discusiones con ellos, su desmesurado interés por todo lo relacionado con la colonia y su afán de saber qué le parecían todos los pormenores de la vida en la colonia.

Cuando miraba el invernadero, Alexéi Máximovich confesó sin rodeos que los alhelies tenían un aroma delicioso y las rosas mejor todavía, que el tabaco y la matiola, aunque florecillas feas, tenían, en cambio, un perfume atrayente y que en vano se llamaba boca de dragón a la flor de este nombre, pues no tenía nada parecido a éste.

Durante su visita a la porqueriza, Alexéi Máximovich reconoció sonriente que "Akulka" era una belleza y que "Máshenka", a pesar de todo, era más linda. Después, señalándole a la siempre refunfuñante "Zaznaika", los chicos se quejaron a Gorki de que "Zaznaika" era la escandalosa mayor, se despertaba antes de la hora normal exigiendo pienso y, si por un casual, se retrasaban cinco o diez

minutos en darle de comer, armaba tales berridos que hasta Antón Semiónovich tenía que mandar al de guardia a saber si había ocurrido algo en la porqueriza. ¡Ah, pero en cuanto la echaban a pasear, "Zaznaika" se colaba obligatoriamente en la huerta! Alexéi Máximovich compadeció a los chicos que tenían que tratar con una marrana tan mal educada, pero la pregunta que le hicieron a renglón seguido le puso en un aprieto.

— ¿Por qué "Zaznaika" pare nada más que cinco lechones, mientras que las restantes cerdas dan ocho y más cada una? ¿Se debe esto, seguramente, a que berrea tanto? —preguntaban con toda seriedad los chicos.

Alexéi Máximovich quedó pensativo. ¿Qué contestarles para no quedar mal?

— Me parece, muchachos —dijo con toda seriedad—, que no queréis y cuidáis mal a "Zaznaika", seguramente por lo gruñona que es. ¡Esto no está bien! Hay que tener la misma actitud con todos los puercos.

Los chicos reconocieron a renglón seguido que, efectivamente, por sus gruñidos, "Zaznaika" salía perdiendo, pero dieron palabra a Alexéi Máximovich de que a partir de aquel momento mirarían por ella como correspondía.

En el prado ribereño, ya segado, los chiquillos contaron a Alexéi Máximovich cuánto les gustaba trabajar allí, segar la hierba, rastrillarla y amontonarla en henares, bañarse en el río en los ratos de descanso.

Los segadores se jactaban de su labor y el mejor de ellos dijo que en ocho horas había segado una hectárea de prado "¡y quizás más!" El asombro hizo pararse a Alexéi Máximovich, luego esbozó una sonrisa y dijo jovial:

— ¡Tú, amiguito, no has tenido en cuenta mi edad, me has exagerado y no poco! ¡Repara en mis hombros y brazos, fíjate lo que puedo abarcar con la hoz!... —Y acompañó sus palabras con un

movimiento de brazos, como si en realidad segara—. Así, con esta amplitud de movimiento y solo en la estepa, con hierba menos espesa, y trabajando de sol a sol, yo he segado una desiatina, es decir, algo más de una hectárea. Pero en este prado, con hierba tan espesa y alta, según veo por los almiarés, yo no segaría más de media desiatina...

Los chicos apoyaron a Alexéi Máximovich y nuestro segador tuvo que confesar que, efectivamente, había "exagerado un poco".

Por la tarde, Alexéi Máximovich asistió a la asamblea general de colonos, recibiendo el parte de novedad de los jefes de los destacamentos.

Mientras tanto, en la cocina se hacían los preparativos para la cena. Tasia ya había corrido unas diez veces al patio a ver si Zhora y Denis volvían con los limones. Se presentó también en la cocina Elizaveta Fiódorovna para comprobar si estaba todo preparado para nuestro querido huésped. Con los ojos preñados de lágrimas, Tasia empezó a quejarse de la nulidad de Nóvikov y Gorgul, no sólo para encontrar limones, sino hasta para sonarse sin niñera... Pero la preocupación de Tasia era infundada. De pronto, se abrió la puerta de par en par, y en el dintel apareció Zhora lleno de polvo; sus ojos brillaban placenteros, el gorro apenas sostenido en la nuca y respirando agitadamente.

— ¡Aquí los tiene, Elizaveta Fiódorovna, los limoncitos! ¡Diez piezas que ni pintiparadas! — Zhora querido ¿dónde los has conseguido? — exclamó emocionada Tasia.

— ¿Es posible, que también usted, Elizaveta Fiódorovna, haya podido pensar que yo sería incapaz de cumplir su encargo? — respondió orgulloso Nóvikov, sin prestar atención a Tasia—. Escuche cómo lo hice... — Y cuando su respiración se atemperó algo, Zhora comenzó a referir cómo después de recorrer infructuosamente todas las tiendas de Járkov, milagrosamente y sólo gracias a

su extraordinaria diplomacia, consiguió estos limones por medio de la directora de uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

— ¿Pueden imaginarse? Me cuelo allí y ¿qué veo? Entre los veladores anda nuestra antigua colonista Klava con su delantalito blanco. ¿Recuerdan que el año pasado Antón Semiónovich la colocó a trabajar en una fábrica de productos alimenticios? ... Corrí hacia ella: "¡Klavdia, ayúdame!" Ella, dichosa de poder hacer algo por la colonia, me presentó a la directora. Allí, claro está, puse en juego todos mis resortes y la directora no tuvo más remedio que acceder. Y aquí tienen los limoncitos... Al despedirme, le besé la mano con toda cortesía y la invité a que viniera a Kuriazh, a ver nuestra colonia...

— ¡Y Denis, dónde está? — preguntó Elizaveta Fiódorovna.

— No lo sé, nos separamos — contestó Zhora—. ¡Ya verán cómo regresa con las manos vacías! ¡Su cabeza no da para más!

Guiñando alegremente un ojo a la sonriente Tasia, Zhora salió con aire triunfante de la cocina.

Cuando después del toque de silencio, el educador de guardia recorrió los dormitorios, vio que la cama de Denis Gorgul estaba vacía. Pero Antón Semiónovich recibió tranquilo esta noticia: conocía perfectamente el tesón de Denis y que éste no regresaría hasta que no hubiera cumplido el encargo.

A la mañana siguiente, cubierto de polvo, cansado, arrastrando con trabajo los pies, Denis entró en el despacho de Antón Semiónovich cuando se encontraban allí, ya seriamente alarmados, Elizaveta Fiódorovna, Zhora y otros chicos. Sin proferir una palabra, Denis colocó sobre la mesa una pequeña cestita.

— ¿Limones? — preguntó Antón Semiónovich.

— No digo que sean precisamente limones, pero casi lo son... Véanlos, ustedes mismos — contestó con voz apenas perceptible Gorgul.

Elizaveta Fiódorovna abrió en un santiamén la cesta y sacó de ella dos magníficos frutos de color amarillento.

Denís refirió cómo había logrado estos "casi limones".

Por un hortelano de Járkov supo que no muy lejos de la estación Kazachia Lopan, en un sovjós, trabajaba un viejo genetista que cultivaba y obtenía limones en invernadero. Denís, ni corto ni perezoso, marchó a la estación y tomó un tren de veraneantes. Pero en Kazachia Lopan había varios sovjoses y sólo a eso de las once de la noche las pesquisas de Denís se vieron coronadas por el éxito. Encontró al viejo genetista a unos diez kilómetros de la estación, en un caserío sin nombre. Le costó gran trabajo despertarle y cuando el horticultor se espabiló, Denís supo que en aquellos momentos sólo tenía tres híbridos de limón que reservaba especialmente para una exposición.

Gorgul, de ordinario tan parco en palabras, desplegó tal elocuencia en aquella ocasión que el horticultor no tardó en disponerse a ceder un par de sus híbridos para Gorki si, naturalmente, el director del sovjós daba para ello su consentimiento. No le quedó más remedio a Denís que levantar de la cama también al director. Este exigió al intempestivo huésped que le presentara los documentos acreditativos de su personalidad. Cuál no sería el estupor de Denís cuando se dio cuenta de que, con las prisas, no sólo se había olvidado de que le dieran una carta de recomendación en la colonia, sino hasta de su carnet de colono. El rostro de Denís reflejaba en aquellos momentos una desesperación y un dolor tan inconsolables que el director del sovjós no pudo por menos de compadecerse: "¡Basta, llévase gratis las muestras dejando un recibo, que estos frutos sean nuestro obsequio a Alexéi Maxímovich!" El horticultor empaquetó cuidadosamente los frutos, resultado de su trabajo experimental de muchos años, pidiendo solamente

que se le comunicara obligatoriamente qué opinaba Gorki de su sabor... Sin perder un minuto más, Denís se encaminó a la estación, llegando a Járkov en el primer tren de la mañana.

Zhora hubiera querido mofarse de los "casi limones" de Denís, pero la mirada severa de Antón Semiónovich le obligó a cerrar el picó. Antón Semiónovich expresó su agradecimiento a Gorgul, le ordenó que se fuese a dormir sin más dilación. Y fue a ver a Alexéi Maxímovich quien, según le informaron los chicos, ya se había levantado y paseaba.

Alexéi Maxímovich mostró deseos de recorrer nuestros campos.

Precisamente acabábamos de preparar el tractor con dos segadoras a remolque para emprender la recolección de los sembrados mixtos de algarroba y avena.

Bélenki, tractorista principal, empuñó el volante. Alexéi Maxímovich se acomodó en el guardabarros del tractor, aconsejando a Antón Semiónovich que hiciera lo mismo en la otra aleta. Yo me coloqué de pie detrás sobre la anilla de enganche, y emprendimos la marcha.

Alexéi Maxímovich miraba con interés reconcentrado nuestros prados.

Ya desde lejos, en cuanto vieron a Alexéi Maxímovich, los chicos de las brigadas mixtas que trabajaban en los campos, haciendo bocinas con las manos, comenzaron a llamarle a grito pelado para que fuera a donde ellos. Sonriendo emocionado, él los saludaba con movimientos de cabeza, sujetándose con ambas manos a la aleta del tractor.

— ¡Esto es magnífico! —decía Alexéi Maxímovich con voz más fuerte que el ruido del motor, dirigiéndose a Makárenko—. Me he rejuvenecido entre los chicos. ¡Con qué cohesión trabajan, cómo se divierten todos unidos! Aquí brota a pleno

raudal una vida nueva, precisamente nueva, auténticamente soviética...

Al ver unos colonos que segaban a brazo las esquinas de un prado, Alexéi Máximovich pidió a Bélenki que parara el tractor, saltó de la aleta, tomó una guadaña y se unió a los muchachos que trabajaban. Segaba con habilidad y asombrosa facilidad, sin ningún esfuerzo.

— ¿Qué, Antón Semiónovich, me admite como colono? — preguntaba bromista mientras manejaba la guadaña—. Lo único que temo es que en el consejo de jefes me vapuleen por cualquier falta, que no me perdonen ni un solo pecado...

Regresamos por un sendero que serpenteaba a lo largo de la inclinada ladera de un amplio valle cruzado por los ferrocarriles del Donetz Septentrional y Meridional. A nuestra vista se abría un panorama encantador: hasta el mismo horizonte llegaban por una ladera del valle, muy poblada, los huertos, campos y prados de un intenso verdor, contrastando con los oscuros bosques que cubrían la vertiente opuesta.

— ¡Qué bien se respira aquí!... Esta vista me recuerda algo conocido, algo que no puedo precisar... —dijo en voz baja, como para sí, Alexéi Máximovich.

Anduvo cierto tiempo sin proferir palabra, después comenzó a relatar su vida en el extranjero, de cómo hasta en las capas más distintas de la sociedad europea se despertaba el deseo de saber la verdad acerca de los hombres soviéticos y la enorme impresión que ejercía en las personas honradas del mundo entero la innovación revolucionadora del hombre soviético en todas las esferas de la vida.

— También su experimento pedagógico con sus brillantes resultados tiene, se lo aseguro a usted, trascendencia mundial... —le decía a Antón Semiónovich—. Usted debe, está obligado, a hacerlo patrimonio de los pedagogos progresistas del mundo entero y, cuanto antes, mejor...

Emocionado por estas palabras de Gorki, Antón Semiónovich intentó demostrar que él había hecho aún muy poco en la elaboración científica de los nuevos problemas de la pedagogía soviética, pero Alexéi Máximovich le contestó, riendo:

— ¡No sea tan modesto, Antón Semiónovich, no hace falta, hay que conocer el valor auténtico de su trabajo!

...Aquel mismo día, Alexéi Máximovich presentó la entrega al representante de una fábrica militar del Donbáss de un vagón de producción, hecha por pedido especial en nuestro taller de ebanistería mecánica.

Para destacar el buen trabajo de los colonos, que en plazo tan breve habían dominado el manejo de máquinas bastante complicadas, se había previsto hacer coincidir con la visita de Alexéi Máximovich la entrega solemne del pedido.

A la hora fijada, la columna de carros con nuestros artículos fabricados, engalanada con ramas verdes y cintas multicolores, aguardaba la señal para comenzar el desfile. La banda de música tocó una marcha cuando Alexéi Máximovich y Antón Semiónovich aparecieron ante los colonos formados. Una vez recibido el encargo, el representante de la fábrica dirigió unas palabras de saludo a Gorki, señalando que la colonia de su nombre cumplía ejemplarmente todos los compromisos del contrato. Sin embargo, cuando la colonia presentó la cuenta de pago, entregada y firmada por el propio Gorki, y el representante de la fábrica nos entregó solemnemente una letra de cambio, Alexéi Máximovich, bajo las exclamaciones de aprobación de los chicos, dijo con tono ni mucho menos solemne:

— ¡Así no se hace, camaradas de la fábrica! Ustedes deben darnos dinero por nuestra mercancía. ¿Para qué queremos su letra de cambio?...

Alexéi Maximovich y, tras él, Antón Semiónovich, felicitaron a los muchachos por esta gran victoria laboral. Luego habló Steblovski, jefe del destacamento que trabajaba en la ebanistería. Describió cómo sus muchachos habían llegado a dominar las máquinas, cuánta producción defectuosa hacían al principio y las dificultades que tuvieron que vencer hasta que los muchachos adquirieron hábitos profesionales. Concluyó prometiendo a Alexéi Maximovich que sólo trabajarían al estilo gorkiano, con índices productivos inmejorables.

Al día siguiente Gorki abandonó la colonia. Por la tarde dimos una cena camaraderil de despedida. Alexéi Maximovich estuvo muy alegre, bromeó y advertía a todas luces que se encontraba verdaderamente bien entre nosotros.

En la habitación no se oían más que carcajadas escuchando cómo Antón Semiónovich, con la maestría que le caracterizaba y con pormenores humorísticos que hacían morir de risa contaba las aventuras de Zhora Nóvikov y de Denis Gorgul, los héroes de la epopeya de los limones, todavía desconocida para Alexéi Maximovich. El propio narrador no podía contener la carcajada y tenía que sujetarse los lentes con una mano para que no se le cayeran, cuando mostraba cómo Denis, sin documentación, estaba ante el somnoliento director del sovjós, rogándole lloroso que le cediera las limas. Alexéi Maximovich reía a más y mejor.

— ¡Cómo podía yo imaginarme que por culpa mía perdiese su sueño hombre tan honorable! —decía, sin cesar de reír—. Enséñeme quiénes son los héroes.

Alexéi Maximovich estrechó largo tiempo las manos a Denis y Zhora, agradeciéndoles de todo corazón su emocionante solicitud. Luego se volvió hacia Antón Semiónovich:

— ¡Usted, usted es sencillamente un hombre extraordinario! Ha sabido educar excelentes muchachos. ¡Para ellos no hay nada imposible!

Alexéi Maximovich pidió a Denis que escribiera al horticultor-seleccionista de Kazachia Lopan, diciéndole que sus limas eran muy gustosas y casi tan exquisitas como los verdaderos limones, rogando al mismo tiempo que se expresara también su gratitud al director del sovjós por la atención.

Al día siguiente, 10 de julio, despedimos a Alexéi Maximovich que se dirigía a descansar al Cáucaso. Marcharon con él al sur, en calidad de invitados, tres de nuestros colonos: Kalabalin, Shershniov y Arjánguelski. El tren ya había salido de la estación, pero los chicos, Antón Semiónovich y los numerosos jarkovianos que habían acudido a acompañar a Gorki, seguían saludando a éste que, asomado a una ventanilla del vagón, se despedía de nosotros agitando su gorra blanca. Instantes después, el tren se ocultó tras otros convoyes aparcados en las vías de la estación.

Alexei Zemlianski

¿QUIEN ES ALIOSHA ZIRIANSKI?

Cuando hablo de Makárenko ante el público de Járkov, a menudo me hacen esta misma pregunta:

— ¿Quién es Aliosha Zirianski?

Respondo a ella fácilmente. En sus notas a la novela *Banderas en las torres*, *FD-I* y a la pieza teatral *Mayor*, Antón Makárenko cita los nombres auténticos de muchos comuneros que sirvieron de protagonistas para sus libros. En este mismo libro me menciona también a mí. En casi todas sus obras Makárenko me llama Aliosha Zirianski, pero en la novela *FD-I* yo figuro con mi nombre verdadero.

Todos nosotros sabíamos que Antón Semiónovich escribía libros sobre la vida en la colonia y en la comuna, mas lo que nadie suponía es que Makárenko analizaba con tanta minuciosidad nuestra vida cotidiana, nuestros actos y con qué atención estudiaba a cada uno de nosotros...

Adivino perfectamente en Zirianski a mi persona. Makárenko lo describió todo con exactitud meridiana. Habla justamente de los episodios en que participé. Sólo una cosa no he podido com-

prender: ¿cómo supo escudriñar tan hondo en nuestro interior?

En la novela *Banderas en las torres* figura el capítulo *La muchacha del parque*, en el que Antón Semiónovich hace referencia a un episodio ocurrido efectivamente conmigo.

Cuando yo era responsable de la brigada me distinguía por ser muy severo y exigente. Debido a mi carácter, los chicos me pusieron el apodo de *Robespierre*, con el que viví mucho tiempo en la comuna. En realidad, yo era implacable cuando veía suciedad o desorden.

Antón Semiónovich escribe: "Hoy estaba de jefe de guardia, el que era de la cuarta brigada, Aliosha Zirianski, célebre en la colonia con el sobrenombre de *Robespierre*. Los muchachos que estaban de guardia en cada brigada se agitaban hoy "como liebres sorprendidas"... Nesterenko tomó un trapo y se lanzó a limpiar los cristales... reconviniendo: —¿Te has olvidado de quién es hoy el jefe de guardia?"

Makárenko cuenta cómo los muchachos revisaban preocupados las mesillas de noche y los colchones. Cuando se alinearon para la revista, Nesterenko inquirió:

— ¿Y las uñas? ¿Todos tenéis bien cortadas las uñas? —Cuando iba a empezar la revista encontraron las tijeras y se cortaron las uñas.

En este momento entré yo en el dormitorio. Lo que ocurrió después, Antón Semiónovich lo cuenta como si hubiese estado allí:

"En el momento mismo en que saludaba a la brigada captó Zirianski todo, aunque aparentaba no fijarse en nada. Mientras escuchaba el parte estuvo mirando jovialmente a Nesterenko. No escudriñó por el aposento ni buscó nada, pero, al salir, dijo a su compañera de guardia, una modesta y callada chica:

— Indícalo en el parte: suciedad en el dormitorio de la octava brigada.

— ¿Qué suciedad hay aquí, Aliosha?
— ¿Y esto qué es? ¿Habéis lustrado el piso para después tirar las uñas? ¿A tu modo de ver, eso no es suciedad?

Nesterenko no supo qué contestar. Aliosha dijo desde la puerta:

— Tú sabes muy bien, Vasia, que no hay que asearse únicamente para el jefe de guardia...”

Releyendo *Banderas en las torres*, encuentro en muchas de sus páginas la descripción de casos verídicos ocurridos conmigo y pienso: “¿Cuándo tenía tiempo Antón Semiónovich para advertir todo esto? ¿Cuándo pudo escribir palabra por palabra nuestras conversaciones?”

Recuerdo que en cierta ocasión se debatía en el consejo de jefes la conducta de un vago que se resistía tenazmente a trabajar. La habitación estaba llena de gente, unas cuarenta personas. Se discutía apasionadamente. Tomó la palabra Gontar:

— El demonio que lo entienda. ¡Cuántos habrá todavía como él! Va para cinco años que estoy en la colonia y ya he visto en esta misma habitación lo menos treinta señoritos como éste. Cada uno de estos tipos tiene la misma cantinela. Ya me tienen hartos. No quiero ser montador. Pero, ¿qué es lo que sabe hacer, pregúntele? Comer, dormir y nada más... Adivinen lo que será. Un parásito, ya lo están viendo. Mientras nosotros no hacemos otra cosa que tratar una y otra vez de convencerle. Lo que yo propongo es lo siguiente: ¡quitarle la ropa de la colonia, darle sus andrajos y que se vaya! Si ponemos a uno en la puerta, servirá de escarmiento a los demás.

No pude contenerme y grité:

— ¡De acuerdo!

Alguien me detuvo:

— No interrumpas. Después pides la palabra.

Mas yo continué:

— No necesito ninguna palabra. ¿Acaso se merece él que hable alguien más? Todos somos

ebanistas y él no quiere serlo. ¿A santo de qué tenemos que darle de comer? Hay que ponerlo de patitas en la calle... mostrarle la puerta...

Hasta que por fin tomó la palabra el secretario de la célula del Komsomol:

— ¿Cuántas veces se ha dicho aquí —y Antón Semiónovich lo ha subrayado—, que no debemos expulsar a nadie? ¿A dónde vamos a echarlos? ¿A la calle? ¿Quién nos da ese derecho? ¡No tenemos derecho a ello!

El secretario fijó sus grandes ojos negros en mí. Le contesté con una mirada maliciosa, dando a entender que comprendía la mucha bondad del orador, pero la desaprobaba.

— Sí, Aliosha, no tenemos derecho. Hay una ley soviética que debemos acatar. Esa ley dice que no se puede echar a nadie. Y vosotros, camaradas jefes de brigada, no hacéis más que gritar: ¡A la calle!

Una réplica mía, mi sola palabra de “expulsar” fue el origen de la discusión incluida por Antón Semiónovich en *Banderas en las torres*, que tiene como base el episodio descrito en los capítulos *Después de la lluvia* y *Todo lo que queráis...*

Antón Semiónovich decía y escribía a menudo que los niños son vidas vivas, vidas hermosas y que por ello hay que tratarlos como camaradas y ciudadanos, saber ver y respetar sus derechos y deberes: el derecho a la dicha y el deber de la responsabilidad.

Así era, precisamente, la actitud que tenía Makárenko.

Cuando la comuna Dzerzhinski estaba ya en plena prosperidad, Makárenko presentó a los muchachos su última reivindicación: “Ni un solo fracaso, ni un solo día de relajamiento, ni un instante de desconcierto”. Makárenko decía que los chicos recibieron con sonrisas su severa mirada: en sus cálculos tampoco entraba el relajamiento. Llegó una época en que Antón Semiónovich ya no tenía

que ponerse nervioso ni despertarse alarmado por las mañanas.

En la comuna desapareció el miedo a los recién llegados. Una vez, en verano, Makárenko realizó un experimento de cuyo éxito no dudaba. En el curso de dos días recogió en la comuna a cincuenta muchachos nuevos. Los trajeron directamente de la estación, los hicieron bajar de los techos de los vagones, los atraparon entre los trenes de mercancías. Al principio, los vagabundos protestaban, vomitando palabras que no pueden imprimirse, pero un "Estado Mayor" especial, compuesto por viejos colonos, los redujo al orden y les obligó a esperar con calma los acontecimientos.

En esta "operación" me correspondió tomar la parte más activa. Antón Semiónovich me entregaba diariamente dos cajetillas de cigarrillos, dirigiendo mis pasos a la estación y al cine donde se cobijaban los vagabundos, o como decía Makárenko, "las clásicas figuras enchaquetadas". Me convertí en una especie de propagandista de la comuna. Agasajaba a los golfillos con cigarrillos, contándoles la vida de nuestros chicos en la colonia, su estudio y trabajo, descanso y distracciones. Los había que creían lo que les contaba y venían a nosotros con agrado, otros, recelosos, recibían medrosos mi propuesta de incorporarse a nuestra colectividad. Cuando los nuevos llegaron a la comuna, en la plazoleta de asfalto situada entre los arriates de flores se hizo un gran montón con sus "ropas de viaje". Rociados con una botella de petróleo, aquellos trapos ardieron en viva y humeante hoguera. El educando Misha Gontar barrió las cenizas espesas y grasientas, y dijo, haciendo un guiño al más inmediato de los nuevos:

— ¡Aquí ha ardido toda tu autobiografía!

Este episodio lo recordamos durante mucho tiempo.

En mis memorias, Antón Semiónovich aparece una y otra vez como hombre que respe-

teatros, museos, monumentos históricos... Aparte, de que el viaje es fácil... Mientras que aquí, en el Cáucaso, ya hemos estado...

Y aunque en las palabras de Antón Semiónovich había mucho sentido común, nosotros no podíamos acordar el viaje a Leningrado, conociendo cómo atraía el sur a los comuneros.

A fin de cuentas decidimos regresar a Járkov y someter la propuesta a discusión de la asamblea general de educandos. Así lo hicimos.

En la reunión, puede decirse que Antón Semiónovich "pintó" a Leningrado. Se advertía claramente que Makárenko quería visitar a todo trance esta ciudad y, para ello, no escatimaba elogios. Una y otra vez repetía: "Museos, monumentos, palacios, el Neva..."

Los comuneros le escuchaban, esperando qué diría yo. Y he aquí que, por primera y única vez, me "opuse" a Makárenko.

— Recordemos nuestro viaje a Moscú —dije—, vayamos donde vayamos siempre hay que ir formados. ¡Todo lo contrario del Cáucaso! ¿Recuerdan Sochi? Espacio, libertad de movimientos...

Yo sabía que había puesto el dedo en la llaga. Los chicos querían ir al sur y por lo mismo gritaron como un sólo hombre:

— ¡¡¡A Sochi!!!

Antón Semiónovich "se entregó". No insistió más en su variante y aceptó la opinión de la colectividad. Poco tiempo después la comuna en pleno salía para Sochi.

Ni en aquel verano ni en años sucesivos, Antón Semiónovich mencionó mi intervención en la asamblea general, cuando "rechacé" la variante leningradense. Makárenko comprendía perfectamente que yo no había hecho más que expresar el sentir de los chicos, y este respeto suyo para con la colectividad nos conmovió profundamente a todos.

Así era precisamente cómo Antón Semiónovich nos enseñaba a contar con la opinión de la mayoría.

taba a la colectividad y que contaba con su opinión.

En cierta ocasión, antes de las vacaciones veraniegas de los comuneros, el consejo de jefes decidió emprender una "exploración" para determinar el sitio de nuestro viaje al Cáucaso. Para ello, se acordó equipar una "expedición" al sur. Salimos en avión para Sochi, Makárenko, Didorenko, su adjunto, el director de la banda de música Levshakov y yo, por el consejo de jefes.

Fue un viaje alegre y agradable en todos los aspectos. Durante la comida que hicimos en Rostov del Don, Antón Semiónovich bromeó y rió a placer. Por cierto que aquí, por primera y única vez en la vida, vi cómo apuré, con cortedad y sin deseo, una copita de vodka. Me causó extrañeza ver esto, pero al propio tiempo, precisamente, en aquel momento, vi en Makárenko a un hombre asombrosamente sencillo.

Aunque habíamos estado en Sochi, en aquella ocasión no elegimos allí sitio de descanso y continuamos a Gagra. En esta ciudad nos reconoció el director del Parque Marítimo, un alegre georgiano que recordaba a los comuneros por nuestro viaje anterior a la costa caucásica del Mar Negro.

— ¡Bienvenidos! —exclamó alegremente—. Puedo destinar para los comuneros aunque sea la mitad del parque. Vengan aquí, alójense y levanten su campamento. Por la tarde les invito a beber vino...

Y no obstante, a pesar de tan halagüeña acogida, no podíamos adoptar la firme decisión de que la comuna fuese a Gagra. A nosotros y a Antón Semiónovich, en particular, nos preocupaba un viaje con dos transbordos, circunstancia bastante difícil si se tiene en cuenta que iríamos recargados con infinidad de objetos necesarios para nuestra vida.

— Hay que ir a Leningrado —afirmaba Antón Semiónovich—. Es una ciudad maravillosa con

Infinidad de casos me convencieron del insólito humanismo que anidaba en Makárenko, de su humano amor y, particularmente, de su cariño por los niños. Raramente podremos encontrar un hombre de aspecto externo tan severo, de mirada fría, como decía él de sí mismo, pero con sentimientos tan grandes y tiernos... Así era Makárenko.

Tuve ocasión de ver a Makárenko en el apogeo del duro trabajo pro liquidación del vagabundeo. Acontecía esto en los primeros años de la joven República Soviética. Un día vinieron a vernos los chekistas, pidiéndonos el concurso de los comuneros para recoger unos cuantos centenares de chiquillos vagabundos que se refugiaban en uno de los arrabales de Járkov, en el mismo sitio donde actualmente se encuentra la barriada Saltovo.

Antón Semiónovich organizó esta operación con rapidez y habilidad. Muchos de los chicos los trajimos a la comuna, los restantes, una vez bañados, vestidos con ropa nueva y alimentados, los enviamos a las colonias infantiles y asilos de Poltava, Bogodújov y Ajtirka. Trabajaban conmigo en la comisión de lucha contra el vagabundeo los comuneros Fedia Shataév y Elena Pijótskaya.

En la barriada Saltovo encontramos un cuadro aterrador. Había allí unos ochocientos niños de las edades más diversas, algunos muy extenuados.

Antón Semiónovich se alarmó mucho por el estado de su salud y ordenó que de ningún modo se les diese de comer mucho de una vez.

— Cada dos horas, dos cucharas soperas de agua hervida. Lo contrario será fatal para ellos.

Y así lo hicimos, incluyendo paulatinamente en la ración azúcar, pan tostado y sémolas.

Antón Semiónovich vigilaba con cien ojos el cumplimiento de esta indicación. Y la verdad es que salvamos a todos los chicos, ninguno falleció.

Entre aquella muchedumbre infantil se encontraba Natasha, una vivaracha niña de seis años. La chica agradó a todos los comuneros y pedimos a

Antón Semiónovich que no la destinara a otra colonia y la dejara con nosotros. Makárenko accedió gustoso. No tardó en prohijarla una empleada de la comuna. Años más tarde, supe que Natasha había terminado un instituto y trabajaba en Kíev.

Algunos de los pequeños llegados a la comuna desconocían sus apellidos y, a veces, hasta sus nombres. Bajo la dirección de Antón Semiónovich los comuneros los "bautizaron" con nombres y apellidos. En la comuna se les extendieron los documentos correspondientes con los que el hombre emprendía más tarde el camino de la vida con un nuevo apellido.

Durante la "epopeya de Saltovo" los comuneros salvaron a muchos chicos. Trabajamos días enteros sin dormir, sin descansar, ni comer. Los comuneros bañaron, pelaron, vistieron con ropa nueva a todos aquellos niños y cada uno de nosotros sintió orgullo y alegría por participar en empresa tan noble.

Pero el que más disfrutó por el éxito de esta campaña, naturalmente, fue Antón Semiónovich.

Klavdia Borískina

"¡AQUI TIENE A MARIANA!"

De la comuna Dzerzhinski salieron personas de las más distintas profesiones. Yo misma llegué a ser artista del teatro de drama.

¿Cómo pude lograrlo? ¿Cómo yo, bobinadora calificada de inducidos eléctricos, elegí en la vida un camino tan difícil y espinoso?

Algunas personas, incluso mis amigos más íntimos, consideran erróneamente que fue el propio Antón Makárenko quien me inculcó personalmente la idea de dedicarme al teatro, por cuanto Antón Semiónovich era un gran aficionado teatral, dramaturgo, director de escena y actor en nuestro círculo dramático de la comuna.

Mi entrada en la vida teatral fue algo muy complicado que debo narrar, pues decidiendo mi destino en la vida, Antón Semiónovich demostró ser un pedagogo sumamente previsor.

Igual que otros muchos comuneros, yo también participaba en el círculo dramático, pero jamás se me había pasado por la imaginación que el escenario llegara a constituir mi profesión.

Un día vinieron a la comuna nuestros padrinos

del Teatro de Drama Ruso. Nos visitaban con frecuencia A. Krámov, L. Skópina, N. Petrov y otros muchos. En aquella ocasión, los artistas decidieron representar la obra *Tartufo*, interpretada por los propios comuneros.

Me encontraba en el *Club silencioso* leyendo un libro. De pronto se acercó a mí Antón Semiónovich, me puso la mano en el hombro y, dirigiéndose al artista Nikolái Vasilievich Petrov, dijo:

— ¡Aquí tiene a Mariana!

Al día siguiente comenzaron los ensayos, empujando a prepararme con gran entusiasmo para el papel de Mariana.

Recuerdo que Antón Semiónovich acudió a uno de los ensayos. Petrov no podía lograr ni a la de tres que yo interpretara el personaje como correspondía. Toda confusa me encontraba en el proscenio, a la vista de todos los presentes. Hombre comprensivo y sagaz, Antón Semiónovich captó mi estado de ánimo y dijo a Petrov:

— Colóquela allí, más al fondo, tras la mesa, allí no se ruborizará.

Petrov así lo hizo. Cuando me vi en el fondo de la escena, tras la mesa, me sentí un tanto más desenvuelta, haciendo ya con soltura mi papel. ¡*Tartufo* nos salió como las rosas! En la obra trabajaban también Shura Siromiátnikova, Iván Tkachuk y Dmitri Terentiuk.

Un fragmento de esta obra lo representamos con éxito en la Olimpiáda Teatral de Kíev.

El teatro me tenía loca.

En la comuna siempre había localidades para todos los teatros de Járkov a los que yo acudía con frecuencia. Al principio me atraía la ópera, estaba subyugada por *Evgueni Oneguín*. En aquella época, "emulando" con Antón Semiónovich, me aprendí de memoria el *Oneguín* de Pushkin. No tardé en hacerme una asidua del Teatro de Drama Ruso. La

pieza *La razón daña*, por ejemplo, ¡la presencié 13 veces en este teatro!

Antón Semiónovich distribuía personalmente las entradas para el teatro entre los comuneros. Cuantas veces me dirigí a él para que me diese billete, nunca me lo negó. Casi todas las tardes iba al teatro.

Ya he dicho que algunos artistas principales del Teatro de Drama Ruso visitaban a menudo la comuna. Especialmente hizo gran amistad con los comuneros la artista Liudmila Alexándrovna Skópina, quería de verdad a la comuna, le encantaban nuestro género de vida, nuestras leyes y costumbres. Liudmila Alexándrovna pasó, incluso, un verano con nosotros en Sviatogorsk.

Skópina, Krámov y Petrov me infundieron fe en que yo podía ser artista. Esta idea arraigó tan profundamente en mi cerebro que cuando Antón Semiónovich probaba a hablar seriamente conmigo acerca de mi futuro, yo no tenía más palabras que para el teatro.

Recuerdo una tarde en que estábamos sentados un grupo numeroso a orillas del Donets, en Sviatogorsk. Makárenko me habló entonces acerca de cuál debía ser mi profesión. Yo estudiaba a la sazón en el noveno grado escolar.

— Dime, ¿qué profesión vas a elegir? — me preguntó.

— Quiero ingresar en el teatro — respondí sin vacilar.

A pesar de todo su cariño por el teatro, Antón Semiónovich me advirtió seriamente de las dificultades que podría encontrar en mi camino... Su voz denotaba cierta alarma por mi suerte. Me daba cuenta que tanto mi destino, como el de centenares de otros comuneros, no le era ni mucho menos indiferente. Sombrio y serio, como un padre, Makárenko me describió con todo lujo de detalles cuán complicada era la profesión de actriz, me recordó que debía una y otra vez cerciorarme de lo

que quería antes de dar un paso de tanta responsabilidad. Percibía que Antón Semiónovich, en general, no aprobaba mi decisión, pero yo insistí en mi propósito.

Escuchaba todos sus argumentos, pensando al mismo tiempo: "Ya es tarde, tarde... No tengo otro camino..." Y, clavando mis ojos en los de Makárenko, pensaba: "Usted mismo, Antón Semiónovich, mostrándome a Petrov, dijo: '¡Aquí tiene a Mariana!', ¿cómo ahora pretende disuadirme?"

Y en voz alta seguí afirmando machaconamente:

— Sólo al teatro...

Antón Semiónovich me propuso con voz tranquila:

— Verás, cuando esté en la dacha, durante las vacaciones, podré ayudarte para los exámenes de ingreso en la facultad de historia. ¿Quieres? Piénsalo bien. Tú no sabes todavía qué es el teatro...

Mas yo me negué categóricamente a prepararme para ingresar en la facultad de historia.

Un año más tarde, cuando Antón Semiónovich pasó a trabajar a Kíev, sin contar con él, ingresé en el estudio del Teatro de Drama Ruso de Járkov.

Jamás escuché después a Antón Semiónovich una palabra de reproche por mi elección; aunque había motivos para ello.

Encontrándome aún en la escuela teatral, Makárenko vino a Járkov. Fui a verle a su habitación del hotel *Krásnaya* y le conté cómo iban mis estudios. Pero la vida es siempre vida y cuando tuve que pechar con ella resultó que no todo en el teatro era tan fácil, luminoso y feliz como me lo imaginaba cuando era alumna del noveno grado escolar. Tropecé con dificultades y la vida me enfrentó con personas malas que me causaron grandes contratiempos, sin que me faltaran otras amarguras y preocupaciones...

De todo esto, sin ocultar nada, hablé sencilla y honradamente con Antón Semiónovich. Posible-

mente otro hombre me hubiera contestado: "Ya lo estás viendo, por no querer escucharme, a pesar de que te lo advertí..." pero también en esta ocasión Antón Semiónovich resultó ser un pedagogo sabio y reflexivo. Después de oírme atentamente, respondió:

— Klava, ¿crees que yo no tengo también enemigos? ¡Cuántos quieras! Pero la vida es eso, lucha. Hay que ser firme e impertérrito. No puede uno amilanarse...

Me estuvo asesorando largo rato acerca de cómo hacer frente a las dificultades y de cómo sobrellevar con entereza las amarguras de la vida. Makárenko se mostró ante mí como un hombre fuerte, muy fuerte.

La misma actitud cariñosa y cordial tuvo hacia mí cuando supo que a consecuencia de algunos cambios en la dirección de la colonia, a mí y a otros comuneros estudiantes se nos habían retirado las becas. Antón Semiónovich me giraba mensualmente cierta cantidad. Cada giro postal suyo era para mí una animadora noticia, un aliento de la casa querida...

Cuando en cierta ocasión dije a Antón Semiónovich que me era violento recibir dinero de él, Makárenko tomó a broma la conversación.

— Cuando llegue a viejo y tenga que andar con un báculo, iré a verte algún día para que me socorras...

Ya era una mujer hecha y derecha, cuando poco antes de su muerte recibí una carta de Antón Semiónovich en la que me decía: "Siempre fuiste mi hija más querida..."

Mientras permanecí en la comuna, Antón Semiónovich jamás me expresó estos sentimientos. Mil veces leí y releí estos renglones de la carta, sintiéndome invadida cada vez por una hondísima emoción interna, un sentimiento de cariño infinito para con este hombre, padre, amigo y protector...

Kornéi Chukovski *

ENCUENTROS CON MAKARENKO

Esto tuvo lugar en 1936 en Irpén, cerca de Kiev. El deseo de comer manzanas me llevó al huerto del abuelo Prokópich. Durante la conversación me hizo saber, que a menudo venía a comprarle fruta un escritor, de "aquella casa blanquita" —decía.

— ¿Cómo se llama? ¿Cuál es su apellido?

— No puedo decirlo. Me parece que es escritor... o comisario.

Pagué al abuelo y ya me dirigía a la cancela, cuando una niña subida a un manzano (de unos siete años o quizá menos), cuya presencia no había advertido hasta aquel momento, me dijo a gritos que el escritor se llamaba "Antón Semiónovich".

¿Makárenko?... A lo mejor no era él. Como si en el mundo hubiera pocos Antón Semiónovich. Sin tenerlas todas conmigo eché a andar bajo un calor sofocante hacia aquella bajita casa blanca en compañía de la niña.

* Kornéi Chukovski (1882-1969), conocido escritor soviético.

La casa era sencilla, parecida a las de la aldea ucraniana. Subí al sobradillo, recalentado por el sol, y encontré la puerta cerrada. No me atreví a llamar y esperé. En aquel momento me vieron unos cuantos jóvenes que jugaban a la pelota o a los bolos a unos cuantos pasos de mí. Eran unos cinco o seis. Dos de ellos se me acercaron presurosos y con una amabilidad extraordinaria, que en el primer momento hasta me asombró, me rogaron que esperara a la sombra de la casa, "pues Antón Semiónovich descansaba y no tardaría en despertarse, dentro de un cuarto de hora, a lo más tardar".

"No —dije para mis adentros—, éste no puede ser Makárenko".

Pero el bolso de las manzanas pesaba tanto y en la sombra corría un fresco tan acariciador, que me senté con agrado en el banco. Los jóvenes quedaron conmigo y, como si nos encontrásemos en un recibimiento ordinario, empezaron a distraerme, de manera extraordinaria (por decirlo así, a cuatro manos), con una conversación cortés: si hacía mucho que había llegado a Irpén, si había estado en estos lugares en alguna otra ocasión, si me gustaba Ucrania.

No me había dado tiempo a deleitarme con su exquisita educación, que les hizo abandonar el juego para distraer a un desconocido, cuando en el umbral de la casa apareció Antón Semiónovich con una panoja de maíz en la mano. Inmediatamente reconocí en él a Makárenko.

El abuelo tenía razón: en efecto, Antón Semiónovich tenía un aspecto muy parecido al de un comisario de la época de la guerra civil: parco en palabras, sobrio, un hombre seguro de sí mismo, sin gestos superfluos, ni sonrisas fútiles. Saludándome con la cordialidad más sincera, no perdió, sin embargo, su gravedad digna. En este primer minuto de nuestro encuentro me pareció ser un hombre inflexible, inquebrantable, imperioso...

Con movimiento enérgico y certero partió la

mazorca y dio la mitad a la niña, por lo visto acostumbrada a recibir de él estos obsequios.

Los amables jóvenes corrieron a reunirse a sus camaradas, entre los que había varias muchachas. Sólo entonces me percaté del aburrimiento que habían soportado a mi lado y de cómo habían estado deseando todo el tiempo reanudar su interrumpido juego.

Antón Semiónovich, amable y cariñoso, tomó mi pesado bolso, me condujo a una fresca habitación, me presentó a sus familiares y me agasajó con un melón exquisito. Y no obstante, desde los primeros momentos, advertí en él cierto carácter de mando que me coartaba. Por el contrario, la niña que me acompañó no sentía la menor timidez: cuando le dieron una gran raja de melón, se sentó sin el menor reparo en el sofá, al lado de Antón Semiónovich.

Durante el diálogo dije qué agradables me habían parecido los jóvenes que, al mismo tiempo que velaban su sueño, tan atentamente me habían distraído. Makárenko esbozó una sonrisa y, sin proferir palabra, tomándome del brazo me llevó al patio, a la plazoleta donde se jugaba. Su paso era militar, marcado, como anda un jefe ante la formación.

Estuve largo rato entretenido viendo a los jugadores. No sabía en qué me recordaban a los estudiantes de Oxford y así se lo dije a Antón Semiónovich.

— Tiene usted razón —corroboró, con ese acento de buen humor ucraniano—. Aquel rizado que ve allí ha sido el mejor ladrón de maletas de la estación Lozovaya, cercana a Járkov. Entre todos los rateros más conocidos que operaban siempre en Lozovaya, él era el más famoso. Aquel otro de pantalón blanco, no era más que carterista, pero también de los más finos.

Me decía esto como la cosa más normal del mundo, como si no sospechara que me podría

causar asombro. Después de un mutismo prolongado, siguió diciéndome tranquilo, con el mismo tono:

— Aquel es ahora médico y llegará a ser un buen cirujano. Y el de los pantalones blancos, le aseguro que llegará un día en que si usted quiere asistir a su concierto tendrá que hacer cola para los billetes.

Los dos eran educandos de Antón Semiónovich. Por lo visto, habían venido a visitarle, pues ya hacía varios años que él ya no regentaba las colonias de trabajo. A los dos los salvó en otro tiempo de ser unos bandidos. Nunca, ni antes ni después, vi personas que con tanta gratitud y fidelidad amaran a su educador. Posteriormente pude convencerme más de una vez del cariño de esta juventud para con Makárenko. Pero entonces, en nuestro primer encuentro, repito, lo que más me saltó a la vista fue la delicadeza que les había inculcado Antón Semiónovich. Para mí estuvo claro que él no sólo les había exigido disciplina laboral, sino también urbanidad exquisita y sincera.

Cuando llegó la hora de despedirme, Antón Semiónovich salió a acompañarme, contándome por el camino sus esperanzas y planes literarios. Y aunque se denominaba "literato novel", "bisoño" (es sabido que se hizo escritor siendo ya un hombre maduro), en sus pensamientos creadores no se advertían ningunas dudas, confusiones ni vacilaciones. Se adivinaba que había pensado su camino de escritor hasta el fin, con varios años por delante, y que cualesquiera que fueran los obstáculos marcharía con paso seguro por la senda emprendida.

Tengo una confusión de fechas y por más que lo intento no puedo acordarme si lo que quiero contar sucedió aquel mismo año o en el siguiente. Sólo recuerdo que el hecho ocurrió en Kíev en la sesión extraordinaria de la Unión de Escritores.

Hacía un verano calurosísimo. A consecuencia del bochorno, del humo del tabaco en el local y de

los exaltados debates, me desmayé, recobrando el conocimiento al cabo de una o dos horas en el hotel *Continental*, en mi apartamento.

Al primero que vi cuando abrí los ojos fue a Makárenko, sombrío y silencioso. Asistía también a aquella sesión de la Unión de Escritores y cuando advirtió que me mareaba me llevó al hotel, no apartándose un minuto de mi cabecera, como si se tratase de una enfermera.

Mi estado de lucidez no era permanente y, por desgracia, lo que me decía Makárenko mi cerebro lo recogía a retazos. Más que nada me habló de Gorki, que era para él la encarnación de todo lo más noble que hay en el mundo. Hasta la voz se le cambiaba a Antón Semiónovich, haciéndosele lírica cantarina, cuando pronunciaba la palabra Gorki...

Más tarde supe que en los días de mi indisposición Antón Semiónovich estaba recargadísimo de trabajo, lo que no fue óbice para que destinara muchas horas a mi cuidado. Sus discípulos, los antiguos comuneros Kliúshnik, Salkó y Terentiuk también me atendieron y me devolvieron la salud en unos cuantos días.

Una dolencia obligó a Antón Semiónovich a marchar al año siguiente a Kislovodsk, al sanatorio en el monte Krestóvaya.

A la sazón, yo también me curaba allí. Nuestras habitaciones, casualmente, estaban en un mismo pasillo. Desde el primer día de su estancia en el sanatorio, sentía como Antón Semiónovich tecleaba incansable en su máquina escribiendo su novela, con gran disgusto de los médicos.

Le rogamos que vaya a verle —me pidió el médico principal—, hágale dejar la máquina y lléveselo a pasear, pues de lo contrario es inconcebible ningún tratamiento.

Mas Antón Semiónovich, como se dice, le había hincado el diente al trabajo y la menor separación de él equivalía a un golpe espiritual. Ni oír quería que le hablasen de aminorar el ritmo de su

"quinquenio". En aquella época escribía la novela *Caminos de una generación*. Cuando lograba llevarmelo al parque, en cuanto pasaba un cuarto de hora, volvía presuroso a continuar su manuscrito.

...La ascensión al monte Krestóvaya nos llevaba más de una hora. Durante el camino hacíamos una parada en un banco colocado en el tramo más empinado de la subida. De por sí, el descanso en este banco incitaba a la plática. Hablábamos de literatura, de Gorki, Fadéiev, de Alexéi Tolstói, leyéndonos mutuamente, extasiados, poesías. Para mí constituyó una sorpresa ver que Antón Semiónovich conocía bien y le gustaba la poesía, que le encantaba Tiútchev y podía declamar cuanto quisiera a Pushkin, Shevchenko, Krilov, así como a Bagritski y Tijonov.

Claro está que también surgían discrepancias entre nosotros: por más que me esforzaba no podían gustarme algunos de los libros altamente apreciados por él. Makárenko, por su parte, sentía la indiferencia más exhaustiva respecto a muchos versos que me encantaban.

Y no obstante, había un tema que nos cohesionaba más que ningún otro: los niños soviéticos, su vida espiritual y su futuro. En torno a esto, Antón Semiónovich podía estar hablando hasta por la mañana, pues incluso después de hacerse escritor profesional, en él no había desaparecido el pedagogo, pedagogo por naturaleza, por vocación, por apasionamiento.

También quería ver en mí a un pedagogo. Después de leer mi libro *Desde dos hasta cinco*, allí mismo, en el monte Krestóvaya, me aconsejaba que en la nueva edición del libro intentase, en lo posible, subrayar con más fuerza sus misiones y fines educativos.

— Toda su pedagogía la deja bajo el tapete, oculta en el texto, parece que le avergüenza decir que es pedagogo —me decía con acento de reproche y me exigía que, exponiendo mis observa-

ciones acerca de la mentalidad de los niños pequeños, destacase de estas observaciones los "es preciso" y "no se puede" pedagógicos.

Yo rechacé sus aseveraciones, mas cuando mi librito estaba a punto de ser reeditado, recordé la voz reprochadora de Antón Semiónovich y, en todas partes, donde esto fue posible, intenté hacer descollar el sentido pedagógico del folleto.

Mi librito debe este contenido, en gran medida, a Antón Semiónovich.

Cuando terminaba nuestra estancia en Kislovodsk, Makárenko menudeó sus visitas vespertinas a mí y a mi esposa con el único objeto de hablarnos de una persona para él afín, de su esposa Galina Stajíevna, a quien echaba mucho de menos. No pudo acompañarle al balneario y se quedó en Moscú. Lejos de ella se sentía huérfano por lo que ansiaba acortar su orfandad hablando mucho de ella, diciéndole, aunque en ausencia, los nobles sentimientos que invadían todo su ser. Le escuchábamos respetuosamente, asombrándonos constantemente del lirismo y cariño que este hombre austero encerraba.

Cuando abandoné con mi esposa el sanatorio, Antón Semiónovich fue a despedirnos a la estación. Nos parecía, como sucede siempre en estas despedidas, que nos aguardaban largos años de encuentros y pláticas amistosos.

Pero todo sucedió de manera distinta.

En cuanto llegué a Moscú me enfrasqué en infinidad de problemas y preocupaciones, y sólo una vez, con gran retraso, pude verme con Antón Semiónovich. El momento no podía ser más inoportuno. Encontrándome en el recibimiento de su nuevo piso (en la travesía Lavrúshinski) llegó hasta mis oídos el familiar tecleo de la máquina de escribir: con su apasionada tenacidad propia, Antón Semiónovich se apresuraba a terminar su lección diaria. Y aunque se encontraba en el apogeo de su labor, él, Galina Stajíevna y su hijo, un

chiquillo encantador, me recibieron cordialmente, me llevaron al balcón y me enseñaron su nuevo apartamento. Toda la vivienda, así me pareció, la llenaban los pensamientos creadores de Antón Semiónovich. Me decía que ahora en Moscú, con libertad, podría escribir alguna pieza, un guión teatral, cualquier novela, me habló de sus futuras conferencias, películas, artículos periodísticos. Su rostro reflejaba un cansancio mortal y Galina Stajíevna, a hurtadillas, clavaba en él su mirada intranquila.

Apenas se cerró a mi espalda la puerta, oí de nuevo el veloz tecleo de la máquina de escribir.

Aún no hacía dos meses de nuestra entrevista, cuando llevaba a los estudios cinematográficos su nuevo guión (o, me parece, reformado). Antón Semiónovich falleció repentinamente en un vagón del ferrocarril. Aconteció esto el 1 de abril de 1939, cuando contaba cincuenta y un años de edad.

FELICIDAD INQUIETANTE

Makárenko se hizo famoso en cuanto vio la luz su *Poeta pedagógico*. Mas ésta no era una gloria literaria ordinaria. Solamente cuando conocí a Antón Semiónovich y fui testigo de su vida habitual, es cuando pude cerciorarme de que esta fama era una carga muy difícil y compleja.

Se dirigían a él infinidad de personas, por una u otra causa deprimidas moralmente. Le escribían, le visitaban o venían a verle desde muy lejos para contarle sus cuitas y pedirle consejo. Al lector no sólo le subyugaba la brillantez de las páginas leídas. Emocionaban la propia personalidad del autor, la hazaña de su vida y la sabiduría perceptible de su corazón.

Vi por primera vez a Antón Semiónovich en febrero de 1937, en Moscú, el día en que comenzó a ocuparse la nueva casa de los escritores en la travesía Lavrushinski. Vestía capote de soldado y gorra de visera de cuero. Por su aspecto podía dársele una cincuentena. Rasgos faciales enérgicos, nariz grande, tras los lentes unos ojos de mirada severa, la cabeza rapada.

Resultamos ser vecinos. En cuanto le conocí me sentí atraído por él. Poseía una diafanidad asombrosa para enjuiciar las cosas. La sensación de lo nuevo estaba en él desarrollada al máximo. Semejaba al oído absoluto de los músicos.

En otoño de 1937 vio la luz su artículo literario *La felicidad*. El autor llamaba a toda la literatura mundial "contaduría del dolor humano". Llamaba la atención al hecho, a primera vista por nadie observado, de que ninguno de los grandes maestros de la palabra había descrito la felicidad. Y no porque el dolor en esta tierra pecadora abundase más que la dicha. El quid residía en las propiedades tecnológicas del material. Makárenko decía que la felicidad humana nunca fue aprovechable para literatura porque era enteca. Por lo común, no era más que una dicha particular y además casual, como ganar a los naipes. No podía servir como material literario porque a nadie atañía y a nadie se refería. Sólo el dolor, por ser un fenómeno general, daba derecho al protagonista a entrar en la literatura. Como conclusión, Makárenko expresaba la idea de que la felicidad personal sólo entraría en la literatura cuando no fuese algo fortuito y cuando no se le contrapusiera la injusticia social, cuando se tratara de una sociedad libre, sin clases.

Leí este artículo encontrándome en París. Se lo traduje oralmente a un francés, viejo camarada mío de la Universidad parisina.

— ¡Qué pueblo más intranquilo son ustedes, el diablo que los lleve! — me repuso mi amigo—. ¿Qué les estorba que el mundo esté donde está? ¿Para qué necesitan que se tambalee todo, hasta los pilares de la literatura?

Cuando empecé a defender el punto de vista de Makárenko, él me interrumpió:

— ¡No insistas! ¡No hace falta demostrarlo! ¡El tiene razón! ¡Y más que sobrada! Yo mismo lo comprendo. Y, no obstante... ¡Recapacita! Estamos acostumbrados a considerar que nuestros dioses

están hechos de mármol, que son eternos y llega tu Makárenko y... zas, el dios eterno se desmenuza como si fuese de barro seco.

— No se trata de eso —dije, intentando consolarle—. Los dioses fueron hechos, realmente, de mármol. ¡Pero el tiempo, el tiempo, querido! Hizo que el mármol empezara a desconcharse...

Mi interlocutor no dio su brazo a torcer.

— ¡Habrían perdurado aún miles de años de no haber sido por ustedes! —gritaba—. ¡Lo que os hacía falta era una nueva Dalila! Ya veríais cómo os cortaba las melenas en un santiamén...

Cuando regresé a Moscú patenté a Antón Semiónovich mi entusiasmo por su artículo. Como siempre, no hizo el menor caso a mis sentimientos expansivos y, entornando maliciosamente los ojos, pasó a los comentarios.

— ¡Atienda, yo estoy en lo cierto! —comenzó—. Cíteme aunque no sea más que una obra de la literatura mundial que describa eso que conocemos por felicidad personal. ¿Lo está viendo, calla? Porque es así. Porque no existen tales obras. ¿Acaso cree que Pushkin no cantó el amor dichoso por el solo hecho de que Lenski muriese prematuramente en un duelo y el propio Oneguín perdiese a Tatiana por estupidez? ¿O es que Pushkin no vio en su vida un matrimonio feliz? ¡Qué necedad!... Lo que pasa es que el artista no tiene nada que hacer con una felicidad tan limitada... Tomemos a Tolstói, por ejemplo. Mientras Pier Bezújov estuvo casado con la bella Elén y no era feliz con ella, Tolstói lo mostró desde todos los ángulos. Pero en cuanto Pier encuentra la felicidad en su matrimonio con Natasha Rostova, León Tolstói los abandona inmediatamente: ¿qué puede hacer con esta dicha? Nada, porque se trata de la ignominiosa felicidad de los esclavistas...

Se hizo un corto silencio en nuestra conversación. Creí advertir que una sombra había pasado fugaz por el rostro de Antón Semiónovich. Por lo

visto, la dolencia cardíaca hacía acto de presencia. Queriendo distraerle, le hablé de mi camarada parisino que nos había amenazado con Dalila.

Makárenko rompió a reír con toda el alma:

— ¡Dalila! ¡Debía de haberle dicho que ya hace mucho está afiliada a nuestro sindicato! Que trabaja en una peluquería en la calle Piátnitskaya y que se pasa el día pelando y afeitando sin que nadie la tenga miedo.

En este aspecto, era un maestro incomparable: terminar una conversación seria con una alegre broma.

En cierta ocasión dio una conferencia en la Universidad de Moscú sobre el tema: *¿Para qué necesita el hombre los defectos?*

Su esencia residía en lo siguiente: las personas tienen infinidad de pequeños vicios, pero repugnantes, por los cuales ¡ay! no son castigadas. Y no importa que cualquier camarada muy estimado mienta, se jacte, sea un acaparador o un trivial, grosero o altanero con sus subordinados. No importa, siempre escuchará usted la misma cantinela:

“¡Es un trabajador excelente! Respecto a sus defectos, ¿quién está libre de ellos? Cada cual tiene sus faltas”.

Y en este punto, Makárenko preguntó inesperadamente:

“¿Para qué, propiamente dicho, necesita el hombre sus defectos? ¿Es que no puede trabajar perfectamente si deja de ser fanfarrón o banal?”

Después, nuestra conversación giró en torno a esta conferencia.

— Resumiendo, Antón Semiónovich, que usted lucha contra el espíritu pequeñoburgués. ¿Ha reparado con qué pujanza florece, pongamos por ejemplo, en nuestro propio medio literario?

Aporté un par de hechos y añadí:

— Y el caso es que esta hediondez pequeñoburguesa no la soportaba incluso la vieja burguesía...

Antón Semiónovich saltó como un basilisco:

— No me hable de la vieja burguesía; ella no tenía porqué escapar de la fetidez pequenoburguesa por razón de que ésta era su propio hedor orgánico, natural. Por el contrario, nuestro contemporáneo puede muy bien limpiarse de él. Lo que pasa es que todavía usa viejos prejuicios ajenos. ¡No olvide esta diferencia, maestro!...

— ¡Pues sí que estoy apañado con mi Kolial —me dijo cuando uno de sus educandos, antiguo vagabundo que trabajaba ahora de médico, se lamentaba en una carta de que en derredor había muchos memos.

— ¡En mi vida he visto cosa igual, que hay muchos tontos! —refunfuñaba Makárenko—. Dígame, ¿qué habría sido de mi Kolial sin la revolución?

— ¡No sé qué decirle!

— ¡Pues muy sencillo! Que Kolial habría vegetado en cualquier provincia, chupándose el dedo, viviendo él mismo como un tonto, incluso sin darse cuenta, pues le habría faltado inteligencia para sentirlo e indignarse por ello. Y lo más probable es que se sentiría dichoso... Lo que interesaría saber es si ahora le satisfaría tal felicidad.

— ¿Quiere decir, según usted —pregunté cauto—, que hay felicidad de varias clases?

Makárenko esbozó una sonrisa.

— ¿Pues qué creía usted? Claro que sí. Existe la felicidad del trabajo, de la lucha contra la naturaleza, contra el pernicioso orden social, contra los malvados. Es una felicidad atareada, ardua, inquietante, siempre llena de cardenales y chichones, pero, dese cuenta, en ella, precisamente, se sustenta el mundo... También existe la felicidad tranquila del hombre, contento con todo y que nada ambiciona.

— Quizá sea así —dije—, probablemente cada cual pueda ser dichoso a su manera.

Makárenko me miró con cierta extrañeza. Por lo

visto, le había parecido que yo defendía la felicidad tranquila de la persona que nada quiere. Esta sola sospecha le hizo aburrida nuestra plática y, desviando la mirada de mí, dijo ya con desgana:

— ¡S-sí, naturalmente!

Y con el acusado acento ucraniano que le asaltaba en los momentos de irritación, agregó:

— ¡Sólo que ésta es una basura de felicidad! ¡Anda y que se la coman los cerdos!...

Makárenko era un hombre de insaciable laboriosidad. Al principio, me pareció que era sencillamente un rasgo de su carácter. Más tarde, el cariño al trabajo de Antón Semiónovich tuvo para mí otra explicación: este hombre tenía aún mucho que hacer, mas conociendo su débil estado de salud, se apresuraba para adelantarse a la muerte.

El no temía a la parca, la consideraba sólo como un estorbo para su trabajo y la despreciaba.

En una de las cartas de este período, saturada de amargos presentimientos, escribía así:

“La naturaleza ha inventado la muerte, pero el hombre se ha enseñado a no hacerla caso...”

Me lo imaginaba como si lo estuviera viendo.

Es de noche. Makárenko trabaja en su mesa. Algo se contrae y se ensancha en su pecho, son las muecas de la parca. Pero un fulgor malicioso brilla en sus ojos, mira sin pestañear la tétrica faz de la muerte y, allí mismo, en su presencia, escribe con gruesos caracteres que ella le importa un bledo y continúa impassible su trabajo.

Así era este hombre.

Frida Vígorova

EL DESTINO DE LOS EDUCANDOS DE ANTON MAKARENKO

Cada libro tiene su propio sino. Los hay que se olvidan en cuanto se leen. Otros gustan, incluso preocupan, lo que no es óbice para que al cabo de algunos años, releýéndolos, sintamos ya indiferencia por ellos, resultan ser poco profundos, pasajeros. En cambio, hay libros que no envejecen.

El *Poema pedagógico* de Antón Makárenko pertenece a estos libros afortunados, de interés eterno. Es una obra que apasiona a todos, que no admite indiferentes. Desde los primeros renglones se hace con el corazón del lector y ya no lo suelta, éste queda subyugado por un modesto maestro de escuela al que en el otoño de 1920 le encomendaron fundar una colonia para menores. Su alarma la siente también el lector, comparte con él sus cavilaciones, sus preocupaciones y temores.

En el libro se describen muchos acontecimientos, cada uno de los cuales queda grabado profundamente en nuestra memoria. Las muchas reflexiones que inserta engendran en el lector nuevos y nuevos pensamientos y cuando terminamos su lectura parece que nos hemos separado de una

persona viva con la que tenemos la firme esperanza de encontrarnos de nuevo...

Pero hay otro fenómeno extraordinario en el destino de este libro: que la vida va terminando de escribirlo, pues sus héroes siguen viviendo al margen de sus páginas, ya que todos son auténticos, no imaginarios. Viven y trabajan entre nosotros los que conocimos a través del *Poema pedagógico* y los que no figuraron entre sus protagonistas, pero que crecieron y se educaron en las colonias Gorki y Dzerzhinski. Ahora, después de la guerra, es difícil saber el paradero de todos: muchos son los cambios operados en estos años y no menos las personas que pasaron a vivir a nuevos lugares, desperdigadas por los sitios más lejanos de nuestro extenso país. Y no obstante, por las cartas que recibía Galina Stajíevna, la viuda del escritor, y por las palabras de los comuneros que a su paso por Moscú la visitaban indefectiblemente en la travesía Lavrúshinski, donde vivió Antón Semiónovich Makárenko, se pueden ir reuniendo grano a grano datos de muchos de ellos. Y el que vivan y trabajen los educandos de Makárenko es una nueva y bella página de su biografía y de su *Poema pedagógico*.

En el archivo de Antón Semiónovich se han conservado las características que dio a un grupo de comuneros que terminaron sus estudios escolares a comienzos de la década del 30.

Makárenko escribe invariablemente acerca de cada uno de estos antiguos vagabundos: "totalmente honrado", "persona muy honrada", "de condición muy honesta, honrada y noble", "culto y de honradez acrisolada, en el que no han quedado ningunos vestigios de vagabundo". Casi en cada referencia, como uno de los rasgos más importantes y esenciales del carácter, se dice: "colectivista", "excelente camarada", "recto", "sin ningún síntoma de egoísmo". En boca de Antón Semiónovich éste es el encomio mayor que puede hacerse, pues en la palabra "colectivista" él incluía muchas cosas.

Ser buen miembro de la colectividad significaba ser un trabajador disciplinado e inteligente, hábil organizador y verdadero constructor del comunismo. Para Makárenko, el egoísmo equivalía a todo lo caduco, viejo, a lo más repugnante que puede existir en la persona.

Bajo cada renglón de estas referencias asoma la imagen de quien las escribía, se advierte en cada línea su actitud reflexiva, apasionada, interesada y sincera para con las personas. Le es sencillamente imposible hablar a secas y con parquedad de sus educandos, como lo haría un pedagogo oficial para el que aquéllos no significan otra cosa que alumnos que han terminado sus estudios. No, para Makárenko eran personas queridas y afines a las que había dado una partícula de su alma —y no pequeña—, de su talento y corazón. En estas escuetas características se pulsa el sentido observador del maestro y educador. Y, posiblemente, lo más destacable en ellas es que se han visto justificadas por la vida.

De Leonid Konisévich, que cuando terminó la escuela quería hacerse ingeniero del transporte fluvial, Antón Semiónovich escribió: "Disciplinado, honrado, magnífico camarada, ardientemente entregado a la comuna... La afición por el transporte acuático dimana de su naturaleza romántica. Quiere vivir en un barco, en el río, entre sus orillas". En estas últimas palabras, tras un humor sutil, se advierte algo más serio: la duda de que la profesión elegida sea una vocación verdadera del "romántico". Y Antón Semiónovich no se equivocó. En 1937 Konisévich estaba ya en España, donde se había desencadenado una lucha al margen de la cual él no podía estar. No tardó en ser condecorado por el salvamento de niños españoles en Bilbao. Mas después, su carácter inquieto le llevó a Kamchatka, a la lejana factoría Paratunka. Y allí está trabajando en una casa de niños que encontró en un estado deplorable. Pero todo esto no asustó a Konisévich,

no en vano había sido discípulo de Makárenko. Y siguiendo el estilo de éste puso manos a la obra. Al cabo de año y medio, escribió que los chiquillos del internado se habían hecho otros. Los había transformado el trabajo colectivo, considerado por Makárenko como la fuerza más grandiosa y segura en la educación. En las proximidades del establecimiento infantil abundaban lugares ricos en pesca, no explotados por nadie. Las tierras que rodeaban a la finca nadie las cultivaba. Ahora, todo había cambiado: la casa tenía su huerta, su pescado, muebles buenos y sólidos hechos por ellos mismos. Por su ayuda al koljós vecino, la casa infantil fue felicitada varias veces. "Así, pues —termina su carta Konisévich—, Antón Semiónovich tiene ya nietos".

O esta otra característica y un destino más de uno de los comuneros, Lev Salkó, del que Makárenko escribió: "Culto, honrado a carta cabal, muy capaz, enérgico. Será un magnífico ingeniero. Es disciplinado, colectivista, excelente camarada, franco. En sus manos, el trabajo resulta siempre mejor que en el cuaderno".

Desde entonces han transcurrido casi veinte años. Hoy podemos leer el atestado extendido al ingeniero probador de aviones y planeadores Lev Mijáilovich Salkó. No puede ser mejor: a Lev Mijáilovich se le califica en el documento de excelente ingeniero "con inclinaciones por el trabajo de diseño y de investigación". La referencia dada en otro tiempo por Antón Semiónovich a un adolescente, está confirmada por cada palabra del atestado: "Además de su preparación teórica dispone de buenos hábitos prácticos en lo que a pruebas de aviones y planeadores se refiere (en sus manos, el trabajo siempre marcha bien...). Se distingue por su rectitud y honradez (es un excelente camarada, franco...)" Y no se trata de una simple coincidencia, sino de una demostración palmaria de cómo Antón Makárenko sabía ver todo

lo mejor que encierra el hombre y prever con veinte años de antelación cómo se desarrollaría esta buena cualidad y cómo sería la persona.

“Naturaleza de acrisolada rectitud, honrada y noble —escribió del comunero Bogdanóvich—. Siempre fue un buen comunero, por todos estimado. Políticamente intachable y disciplinado”. Víktor Bogdanóvich participó en la Guerra Patria desde los primeros días. El jefe de Transmisiones del Regimiento escribió así de él, a Galina Stajévná: “Gracias al buen enlace con tierra y entre ellos, en el aire, los aviadores del regimiento consiguieron brillantes victorias, en las que un gran mérito pertenece al camarada Bogdanóvich, el cual disfruta de profundo cariño por parte de sus camaradas”. Actualmente, Víktor Bogdanóvich es profesor en una escuela de transmisiones militares.

La guerra fue para cada persona una dura prueba de sus fuerzas, de su serenidad y valor. También los discípulos de Antón Makárenko soportaron con honor esta prueba. Muchos de ellos estuvieron aquellos años en el frente, luchando como buenos, con arrojo y maestría.

Los lectores de *Poema pedagógico* recordarán a Burún: al principio, uno de los héroes de las primeras páginas, las más difíciles del libro y, más tarde, el apoyo seguro de Antón Semiónovich, el protagonista principal en la fiesta de la primera gavilla. Las páginas dedicadas a esta fiesta es posible que sean las más impresionantes y brillantes en el *Poema*, auténtico himno al trabajo triunfante. Recuerden: “Delante marcha el destacamento de Burún... sobre sus fuertes hombros destaca en alto la refulgente y afilada guadaña con los rastrillos, engalanada con grandes margaritas. Burún está majestuosamente hermoso hoy, especialmente atractivo para mí, pues yo sé que no sólo se trata de un colono al que vale la pena de mirar, sino en primer lugar porque es un jefe auténtico que sabe a

quiénes lleva tras él y a dónde los lleva”. En aquellos lejanos días, Burún dirigió la maravillosa fiesta de la primera gavilla. En el duro año de 1941, él —en realidad Grigori Ivánovich Suprún—, mandaba ya otros combatientes, conduciéndolos a otras batallas: luchó en el Volga, participó en el asalto a Koenigsberg y hoy es coronel de la Guardia. Todas sus proezas combativas confirmaron la apreciación que de él hizo Antón Semiónovich: siempre y por doquier fue un jefe auténtico, consciente de que conducía a sus soldados a victorias en aras de la Patria.

Pues, ¿y los hermanos Zheveli, Dmitri y Alexandr?

Dmitri Zheveli fue el primer auxiliar de Antón Semiónovich cuando se restauraba Kuriash. Es indudable que a cada lector de *Poema pedagógico* le encante este joven, como si lo viera con sus propios ojos entre la muchedumbre de vagabundos, alegre, tranquilo, inquebrantablemente seguro de que el sucio y abandonado Kuriash no resistiría a lo luminoso, razonable y bello que trajeron consigo los gorkianos.

Su hermano pequeño, Shura Zheveli, vivaracho y emprendedor rapaz que hizo amistad enternecedora con la anciana madre de Antón Semiónovich, también se recuerda por los lectores del *Poema*.

Ambos hermanos (cuyo apellido verdadero es *Cheveli*) lucharon contra los fascistas en el aire. En los años de la guerra Alexandr pilotó aviones. Dmitri fue observador y sucumbió combatiendo por la Patria sobre las costas de Múrmansk.

Alexandr Yavlinski llegó a la comuna Dzerzhinski cuando era un mozalbete de catorce años. En las primeras jornadas tan difíciles de la guerra escribió desde el frente: “no pasa día sin que recuerde una y otra vez lo que debo a Antón Semiónovich. Hoy he recogido en el bosque a un soldado extraviado, un mozalbete muerto de hambre y de frío. A mi pregunta de “¿por qué no has

hecho una hoguera?" Me responde: "No sé cómo hacerlo". "¿Por qué no has cavado de la tierra helada nabos, al lado hay una huerta y los hubieras podido cocer?" Y de nuevo la misma respuesta: "No sé cómo se hace". En cambio nada de esto me afecta a mí. La marcha no me cansa, el frío no me hace mella y no me abandona el convencimiento de que siempre saldré adelante. Y todo se lo debo a la comuna..."

A todas estas personas, tan diferentes y distintas, las emparentan unos rasgos comunes. Todas pertenecieron a una colectividad que comprendió perfectamente el gran significado de la palabra "camarada". Todas ellas son personas esclavas del deber, que tienen en gran estima al trabajo y a la grandiosa fuerza de la actividad humana. Conocen a fondo la satisfacción del trabajo mancomunado, saben que no hay nada imposible e irrealizable para tal clase de trabajo. Y con destreza, alegría, sin mirar atrás, aportan su energía, pensamientos y pasión a esta magna empresa creadora. Y una cosa más: todos ellos creen profunda y sagradamente en la fuerza ilimitada que tiene la educación.

No es casual que como Leonid Konisévich, Semión Karabánov, el más impulsivo y rebelde de los educandos de Antón Semiónovich, quizá el protagonista más descolante del *Poema*, haya también consagrado su vida a la educación de los niños. Llegó a ser maestro de escuela y director de una casa infantil. Cuando estalló la guerra marchó al frente, fue gravemente herido y ahora se ha reintegrado a su labor querida.

Cada cual de los que estudió bajo la dirección de Makárenko se siente en cierta medida pedagogo-educador. Cada uno de ellos asimiló la honda e inquebrantable fe de que toda persona puede hacerse más fuerte y perfecta y que se puede y se debe ayudar a que todos lo sean.

Quien haya leído *Poema pedagógico*, recordará a Alexandr Zadórov. Este llegó a la colonia con la

primera partida de "infractores de la ley, menores de edad". Su desprecio por la colonia, por los educadores, por toda clase de trabajo y por cuanto existe en el mundo, no tenía límites. Y, no obstante, llegó a ser el mejor amigo y auxiliar de Antón Semiónovich, gloria y orgullo de la colonia, el primero que fue a estudiar a la facultad obrera. Zadórov (cuyo nombre verdadero es Pável Petróvich Arjánguelski) se hizo ingeniero hidrólogo y trabajó en el Canal de Moscú. En 1942, en su carta a Galina Makárenko escribió así: "Tengo la impresión de que los problemas de la educación de los niños y adultos no han adquirido nunca la crudeza de ahora. Jamás ha sido tan trascendental inculcar el sentimiento del deber, del honor, de la camaradería y del amor a la Patria. Esto era lo fundamental de Antón Semiónovich en su trabajo con nosotros. Todo esto lo llevo en la sangre, esforzándome en la medida de mis fuerzas y capacidad por inculcárselo a mis subordinados".

Iván Tkachuk, que también fue colono, es hoy actor. En una carta escrita a Galina Stajíevna, decía: "¡Adoro mi profesión! Puedo asegurarle que ni los éxitos me elevan al séptimo cielo ni los reveses me desalientan... Me siento dichoso de haber sido un educando de Antón Semiónovich, sirvo en la noble profesión teatral y en la medida de mis posibilidades rindo provecho a la causa (a la educación del hombre soviético) a la que consagró su preciosa vida Antón Semiónovich!"

Poco antes de su muerte, Makárenko escribía a su educando Vasili Lariónovich Kliúshnik, en la actualidad teniente coronel del Ejército Soviético, diciéndole que le visitaban a menudo los antiguos comuneros. "Todos son muchachos intachables y mi conciencia está tranquila" —decía al final de la carta. Saber que sus discípulos eran personas "rectas" de verdad, reconocer que su conciencia no le reprochaba nada, fue la gran recompensa por los

largos años de trabajo entregados a la comuna, a los niños.

Antón Semiónovich Makárenko nos ha legado infinidad de personas "rectas", hábiles e inteligentes trabajadores, continuadores de su labor, herederos de su actividad creadora...

**MAKARENKO
ACERCA
DE LA EDUCACION
CHARLAS
Y ARTICULOS**



A. Makárenko en sus años escolares.



A. Makárenko, estudiante del Instituto Pedagógico de Poltava.
1914.



A. Makárenko. Poltava, 1920.



A. Makárenko, director de la colonia M. Gorki.



Los colonos formados.



Orquesta de los colonos.



M. Gorki y A. Makárenko entre los colonos.



A. Makárenko entre los miembros de la comuna F. Dzerzhinski.



Los comuneros estudian.

CONFERENCIAS SOBRE EDUCACION INFANTIL

(EXTRACTADAS)

CONDICIONES GENERALES DE LA EDUCACION FAMILIAR

¡Queridos padres, ciudadanos de la Unión Soviética!
La educación de los niños es la esfera trascendental de nuestra vida. Nuestros niños son los futuros ciudadanos de nuestro país y del mundo. Son los llamados a hacer la historia. Nuestros niños son los padres y madres del mañana que también tendrán que educar a sus hijos. Nuestros niños deben hacerse magníficos ciudadanos, llegar a ser buenos padres y madres. Pero esto no es todo: nuestros hijos son la esperanza de nuestra ancianidad. Su buena educación equivale a que disfrutemos de una vejez feliz, su mala educación es dolor para el futuro, nos costará lágrimas, es nuestra culpa ante otras personas, ante todo el país.

Queridos padres, siempre deberán tener presente, ante todo, la grandiosa importancia de esta tarea, la gran responsabilidad que contraen por ella.

Hoy comenzamos una serie de charlas en torno a los problemas de la educación familiar. Después, nos extenderemos sobre determinados detalles del trabajo educativo: acerca de la disciplina y de la

autoridad paternal, del juego, de la comida y del atuendo, de las reglas de urbanidad, etc. Todos ellos son apartados muy importantes que tratan de métodos útiles del trabajo educativo. Pero antes de empezar a desglosarlos quiero llamar su atención en torno a ciertos problemas de importancia general que atañen a todos los apartados y a todos los detalles de la educación y que siempre debemos tenerlos en cuenta.

En primer lugar, prestemos atención a lo siguiente: es infinitamente más fácil educar a un niño correcta y normalmente que reeducarle. La educación adecuada desde la más tierna infancia no es en modo alguno una labor tan ardua como muchos creen. Las dificultades que ofrece no constituyen un obstáculo imposible de superar por cada madre y cada padre. Cualquier persona, que realmente se lo proponga, puede educar bien a su hijo, aparte de que la tarea es agradable, alegre, feliz. Una cosa completamente distinta es la reeducación. Si su hijo no ha recibido una educación adecuada, si ustedes han olvidado algo, si se han preocupado poco de él y, a veces, también ocurre, sintieron desgana, descuidaron al niño, en este caso, se necesita rehacer, corregir muchas cosas. Pues bien, esta labor de enmendar, de reeducar, ya no es un trabajo tan fácil. La reeducación exige más esfuerzos y más conocimientos, más paciencia, cualidades que no todos los padres poseen. Son muy frecuentes los casos en que la familia ya no puede hacer carrera del hijo o de la hija, teniendo que enviarlos a reeducarse a una colonia de trabajo. Pero también ocurre que la colonia tampoco puede enderezarlos, haciendo acto de presencia en la vida una persona con bastantes defectos. Supongamos que la reeducación ayudó y la persona ha emprendido la senda de la vida y trabaja. Todos le miran y todos están satisfechos de ella, incluidos los padres. Pero lo que nadie quiere calcular es cuánto se perdió con esto. Si a esta persona se la hubiera

educado como es debido, desde el principio, ella habría sacado más fruto de la vida, habría emprendido ésta con más fuerzas, mejor preparada y, por consiguiente, hubiera sido también más feliz. Pero, además, el trabajo de reeducar, de rehacer no es sólo más difícil, sino también más amargo. Esta labor, aún suponiendo que termine con el éxito más completo, acarrea a los padres constantes disgustos, destroza sus nervios y, a menudo, estropea el carácter paternal.

Aconsejamos a los padres recordar siempre esto, esforzarse constantemente por educar así para que después no tengan que rehacer nada y para que desde el mismo comienzo todo sea hecho como corresponde.

...Sabemos que esta labor no es igualmente fácil para todos. Esto depende de muchos factores y, en primer término, de la aplicación de métodos educativos adecuados. Pero una circunstancia muy importante es la propia organización de la familia, su estructura. En cierta medida, esta estructura depende de nosotros mismos. Se puede, por ejemplo, afirmar resueltamente que la educación de un hijo único o de una sola hija es mucho más difícil que la educación de varios hijos. Incluso cuando la familia atraviesa ciertas dificultades de orden material, tampoco puede limitarse a tener un solo hijo. El hijo único se transforma muy pronto en el epicentro de la familia. Los cuidados del padre y de la madre concentrados en este niño exceden, comúnmente, de lo normal. El cariño paternal, en este caso, se distingue por un determinado nerviosismo. La enfermedad o el fallecimiento de esta criatura produce un dolor inconsolable a dicha familia y el miedo de que pueda ocurrirles tanta desgracia atenaza siempre a los padres, privándoles de la tranquilidad necesaria. Es muy frecuente que el hijo único se acostumbre a disfrutar de su situación privilegiada y se convierta en un verdadero déspota de la familia. A los padres

les es a menudo muy difícil dominar su cariño y sus cuidados para con él y de grado o por fuerza educan un egoísta.

La solicitud paternal sólo puede revestir un carácter normal en la familia que tiene varios hijos, pues se reparte equitativamente entre todos ellos. En una familia de prole numerosa, el niño se habitúa desde su más tierna infancia al espíritu de colectividad y adquiere experiencia de relaciones mutuas. Si en la familia hay hijos mayores y menores, entre ellos se establece experiencia de cariño y de amistad, en las más diversas formas. La vida de una tal familia brinda al niño la posibilidad de ejercitarse en los distintos aspectos de las relaciones humanas. La vida les plantea tareas que son inasequibles para el hijo único: su pasión por el hermano mayor y el cariño para con el hermanito pequeño, sentimientos totalmente distintos, el saber sincerarse con su hermano o hermana, la costumbre de sentir ternura hacia ellos. Y, ni que decir tiene, que en una familia numerosa, a cada paso, hasta en el juego, el niño se acostumbra a vivir en colectivo. Precisamente todo esto tiene mucha importancia para la educación soviética. En la familia burguesa esta cuestión no es tan trascendental por razón de que allí toda la sociedad está formada sobre la base del principio egoísta.

Hay otros casos también de familia incompleta. El que los padres no vivan juntos, el que se hayan divorciado, se refleja muy perniciosamente en la educación del niño. A menudo, los hijos son objeto de las discrepancias entre los padres, quienes muestran abiertamente su odio recíproco ante los propios hijos.

A estos padres, que por cualquier causa se separan, debe recomendárseles que cuando riñen o disputan piensen más en sus hijos. Cualesquiera que sean las divergencias, éstas pueden solucionarse con más delicadeza. A los hijos se les puede ocultar la antipatía y el odio respecto al que fue su

cónyuge. Se sobrentiende que al marido que abandonó su familia le sea difícil continuar de algún modo la educación de sus hijos. Mas si él no puede influir beneficiosamente en su antigua familia, debe tratar por todos los medios de que ésta le olvide totalmente, pues esto será más honrado. Pese, claro está, a que sus obligaciones materiales para con sus hijos abandonados deba seguir las cumpliendo.

La cuestión de la estructura de la familia es un problema de mucha importancia que debe abordarse con plena conciencia.

Si los padres aman de verdad a sus hijos y quieren educarlos lo mejor posible, deberán esforzarse por que sus desavenencias mutuas no lleguen hasta la ruptura a fin de no colocar a sus hijos en situación extremadamente difícil.

El siguiente problema, al que debe prestarse la más seria atención, es el relacionado con la finalidad de la educación. Hay familias en las que reina la más completa pasividad en torno a esta cuestión: se limitan a vivir juntos padres e hijos, pensando, los primeros, que las cosas marcharán por sí mismas. Estos padres no tienen un fin concreto ni un programa determinado. Ni que decir tiene que en tales casos los resultados serán siempre casuales, aunque, a menudo, estos padres se asombran después de que sus hijos les hayan salido malos. No hay nada que pueda hacerse bien si no se sabe lo que se quiere lograr.

Cada madre y cada padre deben conocer perfectamente qué es lo que quieren inculcar en su hijo. Hay que tener una representación diáfana de sus propios anhelos paternos. ¿Desean educar un auténtico ciudadano del País Soviético, un hombre de conocimientos, enérgico, honrado, fiel a su pueblo y a la revolución, laborioso, jovial y educado? O, por el contrario, ¿quieren que de su hijo salga un aburguesado, ambicioso, cobarde, o un traficante mezquino y astuto cualquiera? Dense

el trabajo de recapacitar a fondo sobre este problema, piénsenlo aunque sea para sus adentros y verán inmediatamente cuántos errores han cometido y cuántos caminos acertados hay por delante...

...Su propia conducta es el factor más decisivo. No vayan a creer que ustedes educan al niño sólo cuando hablan con él, le reprenden o le mandan. Ustedes le educan en todos los momentos de su vida, hasta cuando no están en casa. Cómo se atavían ustedes, cómo hablan con otras personas y de otras gentes, cómo se alegran o se entristecen, su forma de tratar a amigos y a enemigos, cómo se ríen, cómo leen la prensa son detalles que todos tienen para el niño suma importancia. El cambio más insignificante de tono, el niño lo ve o lo percibe, todos los giros del pensamiento de ustedes llegan hasta él por caminos invisibles, desapercibidos para ustedes. Y si en su hogar son ustedes groseros, o fanfarrones, o aficionados a la bebida y, peor aún, si ofenden a la madre, la educación estará para ustedes de más: ustedes están ya educando a sus hijos, pero educándolos mal y ni los mejores consejos y métodos les valdrán de nada.

¡Exigencia de padre para consigo mismo, respeto paternal para con su familia, control de cada paso como padre, tal es el primero y más principal método de educación!

Por cierto que a veces encontramos padres que consideran que lo que hace falta es encontrar una receta especial para educar a los niños y lo demás huelga. En opinión suya, si esta receta se utiliza por un vago redomado, con su ayuda sacará un hombre laborioso; si se aplica por un pillo, esto no será óbice para que la receta le ayude a educar a un ciudadano honrado; en manos de un embustero, la receta hará también el milagro de educar a un niño que siempre diga verdad.

Milagros como éstos no existen, ni hay recetas que ayuden si la propia personalidad del educador adolece de grandes defectos.

A estas imperfecciones es a las primeras que debe prestarse atención. En lo que a los trucos se refiere, hay que recordar de una vez y para siempre que no existen trucos pedagógicos. Es lamentable que a veces tropecemos con gentes que creen en los artificios: uno inventa un castigo especial, otro pone en juego cualquier premio, el tercero se esfuerza a toda costa por payasear en casa y distraer así a los hijos, sin faltar un cuarto que se valga de las promesas como medio educativo.

La educación de los niños exige el tono más serio, más sencillo y sincero. En estas tres cualidades debe encerrarse la suma verdad de la vida de ustedes. El más ínfimo aditamento de falsedad, de artificio, de burla o de imprudencia condena el trabajo educativo al fracaso. Esto no quiere decir en modo alguno que siempre debemos tener aspecto enojado o enfático, nada de eso, sean simplemente sinceros, que su estado de ánimo corresponda al momento y a la esencia de lo que ocurre en su familia. Los trucos ocultan a las personas las verdaderas tareas que se les plantean. Los artificios entretienen, en primer lugar, a los propios padres; les hacen perder tiempo.

¡Y cuántos son los padres que les gusta lamentarse de la falta de tiempo!

Claro está que es mejor si los padres pasan más tiempo con los hijos y está muy requetemal si los padres no los ven nunca. De todas formas hay que decir que la educación justa no exige en absoluto que los padres no quiten ojo de los hijos. Lo único que puede hacer esta educación es perjudicar, ya que fomenta la pasividad de carácter, pues estos niños se acostumbran demasiado a estar entre los mayores, desarrollándose con excesiva rapidez su crecimiento espiritual. Los padres gustan vanagloriarse de ello, teniendo que convencerse después de que cometieron un error.

Ustedes deben saber ce por be lo que hace, con quién anda y dónde se encuentra su hijo, pero

dejándole la libertad necesaria para que no se encuentre solamente sometido a su influencia personal, sino que también accionen sobre él los muchos y diversos ascendientes de la propia vida. Y no piensen medrosos, al hacerlo, que deben protegerle de influencias negativas e incluso dañinas. No olviden que, de una u otra forma, en la vida, el niño tendrá que chocar con distintas tentaciones, con personas y circunstancias extrañas y perniciosas. Ustedes deben acostumbrarle a que sepa discernirlas, luchar contra ellas y adivinarlas oportunamente. Esto no se lo podrán inculcar encerrándole en un fanal, aislándole del mundo exterior. Por esto es completamente natural el que permitan a sus hijos rodearse de las personas más diversas, pero sin perderles jamás de vista.

Los niños necesitan que se les ayude a tiempo, que se les frene y oriente oportunamente. Así, pues, de ustedes no se exige más que corregir incesantemente la vida del niño, pero sin que esto signifique, ni por lo más remoto, que deban llevarlo de la mano. Esta cuestión la trataremos con más detalle cuando llegue la ocasión, ahora la hemos mencionado por la simple razón de que estamos hablando del tiempo. Para la educación no se necesita mucho tiempo, sino poco, pero empleado juiciosamente. Repito una vez más que la educación se efectúa en todo momento, incluso cuando ustedes no están en su casa.

El verdadero meollo del trabajo educativo, probablemente ya lo habrán adivinado, no reside en modo alguno en sus pláticas con el niño ni en el influjo directo sobre él, sino en la organización de su familia, de su vida privada y social y de la propia vida del niño. La labor educadora es, ante todo, un trabajo del organizador. Por eso no existen minucias en esta función. Ustedes no tienen derecho a calificar nada de insignificante ni a darlo de lado. Sería un error espantoso pensar que en su vida o en la de su hijo se puede colocar algo en primer plano

y prestar toda su atención a esto que consideran más importante, relegando el resto. En el trabajo de educación no existen nimiedades. Cualquier lazo con el que sujetan los cabellos de la niña, este u otro sombrerito, cualquier juguete, todos estos objetos son cosas que pueden tener en la vida del niño la más grande importancia. La buena organización reside, precisamente, en que no pierde de vista los detalles y casos más ínfimos. Las pequeñeces actúan de manera regular, diariamente, a cada hora y de ellas se compone la vida. La tarea de más responsabilidad que les incumbe a ustedes es la de dirigir y organizar esta vida.

En charlas posteriores examinaremos más detalladamente los distintos métodos del trabajo de educación en la familia. Mi plática de hoy considerémosla a manera de introducción.

EN TORNO A LA AUTORIDAD DE LOS PADRES

...¿De dónde proviene la autoridad paternal, cómo se organiza?

Los padres cuyos hijos son "desobedientes" se inclinan, a veces, a pensar que la autoridad es un don natural, un talento especial. Si no hay talento no hay nada que hacer, sólo resta envidiar al que lo tiene. Los padres que así piensan se equivocan. Esta autoridad puede lograrse en cada familia y, por cierto, sin grandes dificultades.

Por desgracia, hay padres que organizan esta autoridad sobre bases falsas, esforzándose por que los hijos les obedezcan, que es lo único que les interesa. En la práctica, esto es un error. La autoridad y la obediencia no pueden ser una finalidad. El fin sólo puede ser uno: una educación justa. Sólo debe tenderse a lograr este objetivo único. La obediencia filial no puede ser más que

uno de los caminos para lograrlo. Los padres que no se preocupan de los verdaderos fines de la educación son precisamente los que luchan por la obediencia en aras de la propia obediencia. Si los hijos son respetuosos, los padres viven más tranquilos. Resulta que esta tranquilidad es el verdadero fin por ellos buscado. Pero la comprobación práctica demuestra siempre que ni la tranquilidad ni la obediencia duran mucho tiempo. La autoridad cimentada sobre bases falsas sólo ayuda durante un lapso muy corto, no tardando en venirse todo abajo sin dejar rastro ni de autoridad ni de obediencia. Ocurre también que los padres consiguen que se les acate, olvidándose de todos los demás fines de la educación: sacan hijos obedientes, es cierto, pero débiles de carácter.

Esta autoridad ficticia es de muchas clases. Examinemos con más o menos detalle una decena de ellas con la esperanza de que, una vez desglosadas, tendremos más claro cómo debe ser la verdadera autoridad paternal. Comencemos.

Autoridad por el aplastamiento. Esta es la clase más horrible de autoridad, pese a que no es la más dañina. Los padres son los que más hacen uso de esta autoridad. Si el padre refunfuña siempre en casa, siempre está malhumorado, si por cada nimiedad arma un escándalo, si en cada caso, corresponda o no, echa mano al palo o a la correa, si a cada pregunta responde con una grosería y a cada falta cometida por el hijo reacciona con el castigo, ésta es precisamente la autoridad por el aplastamiento. Este terror paternal mantiene cohibida a toda la familia, y no sólo a los hijos, sino también a la madre. No sólo es pernicioso porque acobarda a los hijos, sino también porque hace de la madre un cero a la izquierda, capacitada solamente para ser sirvienta. No precisa demostrarse cuán nociva es esta autoridad; no educa a nada, excepto a que los hijos se acostumbren a mantenerse alejados de un papá tan terrible, a engendrar la

mentira infantil y la cobardía personal, inculcando paralelamente en el niño la crueldad. De estos niños acobardados y faltos de voluntad crecen después personas abúlicas o inútiles déspotas que pasan toda su vida vengándose de su infancia oprimida. Esta clase de autoridad, la más salvaje, no la profesan más que los padres incultos, aunque en los últimos tiempos, por fortuna, se va extinguiendo.

Autoridad de la distancia. Hay padres, y también madres, que están firmemente convencidos de lo siguiente: para que los hijos sean obedientes hay que hablar menos con ellos, guardar las distancias e inmiscuirse de vez en cuando, pero sólo en tono de mando. Esta variante estaba especialmente difundida entre algunas familias de la vieja intelectualidad. En todas ellas, el padre disponía de cualquier gabinete aparte, del que sólo salía raramente con aire de pontífice. Comía y se distraía por separado, hasta sus disposiciones, tocantes a la familia por él regentada, las transmitía a través de la madre. También hay madres que tienen su vida particular, sus propios intereses y pensamientos, dejando los niños al cuidado de la abuela e incluso de la criada.

Ni que decir tiene que esta autoridad no reporta ningún provecho y la familia que así vive no puede llamarse familia soviética.

Autoridad por la altanería. Esta es una modalidad especial de la autoridad a distancia, pero, posiblemente, más perniciosa. Cada ciudadano del Estado soviético tiene sus propios méritos. Pero hay personas que se consideran las más meritorias, las más importantes, demostrándolo a cada paso, jactándose ante sus propios hijos. En casa presumen y se pavonean más que incluso en el trabajo, no hacen otra cosa que hablar de sus cualidades y miran por encima del hombro a los demás. Ocurre con mucha frecuencia que, atacados por esta debilidad del padre, los hijos comienzan también a enorgullecerse. En sus conversaciones con los

camaradas las palabras vanidosas son, a cada paso, las únicas: mi papá es jefe, mi papá es escritor, mi papá es mandó militar, mi papá es una celebridad. En esta atmósfera de altanería, el ensoberbecido papaito ya no está en condiciones de discernir a dónde irán a parar sus hijos y a quién educa. Hay madres que también adolecen de esta clase de autoridad: cualquier vestido especial, amistades de abolengo, vacaciones en un balneario... Todo esto les da fundamento para presumir, para alejarse del resto de las personas y hasta de sus propios hijos.

Autoridad por la pedantería. En este caso, los padres prestan más atención a los hijos, trabajan más con ellos, pero como burócratas. Están persuadidos de que cada palabra paternal es escuchada por los hijos temblando, que sus palabras son sagradas. Ordenan con tono de frialdad, como queriendo advertir que lo dicho por ellos hay que aceptarlo a rajatabla, como ley. Los padres de esta naturaleza temen más que nada que los hijos puedan pensar que su papá se equivoca, que su papá es un hombre indeciso. Y si este papá dijo: "Mañana lloverá y no se puede pasear", aunque mañana hiciese buen tiempo, es lo mismo, pese a todo, se considera que no se podrá pasear. Si a papá no le ha gustado una película, prohibirá a sus hijos que vayan a cualquier cine, aunque se trate de buenas cintas. Si este padre ha castigado a su hijo y después se ve que el niño no tiene tanta culpa, como en un principio se creía, papá no renuncia por nada del mundo a la sanción, pues si él la impuso, así debe ser. Estos papás encuentran cada día motivos suficientes para ver en cada movimiento del niño una infracción del orden y de lo estatuido, acosándole con nuevas leyes y disposiciones. La vida del niño, sus intereses y su desarrollo pasan desapercibidos para este papá; excepto su orden y mando burocrático, en la familia no ve otra cosa.

Autoridad por disquisiciones continuas y fastidiosas. En este caso, los padres roen literalmente la vida

infantil con interminables advertencias y pláticas edificantes y aleccionadoras. En vez de decir al niño unas cuantas palabras, que bien pueden ser en tono de broma, el progenitor sienta al hijo frente a él y comienza a soltarle un rollo aburrido y hastiador. Estos padres están convencidos de que en las máximas aleccionadoras reside la principal sabiduría pedagógica. En esta familia siempre habrá poca alegría y risas. Los padres se esfuerzan a toda costa por ser bondadosos, por que sus hijos vean en ellos personas intachables, olvidándose de que sus hijos no son personas adultas, que los niños tienen su propia vida y que esta vida hay que respetarla. El niño vive más emocionalmente, más apasionadamente que el adulto y lo que menos sabe es razonar. La costumbre de recapacitar le llegará paulatinamente y con bastante lentitud, mientras que las peroratas continuas de sus progenitores, sus sermones incesantes y su verborrea, apenas dejan huella en su conciencia. En las monsergas aburridas de sus padres, los hijos no pueden encontrar ninguna autoridad.

Autoridad por el cariño. Este es el aspecto más difundido en nuestro medio de falsa autoridad paternal. Muchos padres están convencidos de que para que los hijos les obedezcan se precisa que éstos amen a sus padres y, para merecer este cariño, es necesario mostrarles a cada paso su afecto paternal. Palabras cariñosas, besuqueos, caricias y franqueamientos incesantes y excesivos llueven sobre los niños. Si el niño se rebela le preguntan sin más: "¿Resulta que no quieres a papá?" Los padres siguen celosamente la expresión de las miradas infantiles, exigiendo dulzura y cariño. Es frecuente que la madre, aun en presencia de los niños, diga a sus amistades, "Ama con locura a su papá y delira por mí, es una criatura tan cariñosa..."

Una familia de tal naturaleza se sumerge tanto en el mar del sentimentalismo y de la ternura que llega a no ver otra cosa. Escapan a la atención de los

padres muchas pequeneces de importancia para la educación familiar. Todos los actos del niño deben presidirlos el cariño para con sus padres.

En esta línea de conducta existen muchos puntos peligrosos. Ella es un vivero de egoísmo familiar. A los hijos, naturalmente, les faltan fuerzas para un tal cariño. No tardan en percatarse de que a papá y a mamá se les puede engañar con la mayor facilidad, basta para ello hacerlo con expresión meliflua. Hasta se les puede atemorizar, siendo suficiente mostrar enfado y hacer ver que el cariño comienza a desaparecer. Desde su más tierna infancia, el niño comienza a comprender que a las personas se las puede camelar. Y puesto que no puede querer con la misma intensidad a otros, procura serles simpático, pero sin el menor cariño, con un cálculo frío y cínico. Ocurre a veces que el amor por los padres dura mucho, mirando a los demás como extraños y ajenos, sin simpatía, sin sentimientos de camaradería.

Este es un aspecto muy peligroso de la autoridad paternal, pues cultiva personas insinceras y farsantes egoístas. Y muy a menudo encontramos que los padres son las primeras víctimas de este egoísmo.

Autoridad por la bondad. Este es el tipo de autoridad paternal menos inteligente. También aquí se organiza la obediencia filial mediante el cariño infantil, pero no suscitándolo con besuqueos y expansión de sentimientos, sino a través de concesiones, atemperación y bondad por parte de los padres. El papá o la mamá se presentan ante el niño como ángeles de la bondad. Le permiten hacer cuanto le viene en gana, le conceden todo, no son avaros, en una palabra, son unos excelentes padres. Les aterra cualquier clase de conflictos, prefieren la paz familiar, están dispuestos a sacrificar no importa qué con tal de que reine la armonía. En esta familia, los hijos comienzan en seguida a

mandar en los padres, la conformidad paternal abre los más amplios horizontes para los deseos, caprichos y exigencias infantiles. En algunos casos, los padres se permiten una pequeña resistencia, pero ya tardía, pues en la familia se ha formado ya una experiencia perniciosa.

Autoridad por la amistad. Se da también con mucha frecuencia el caso de que los niños todavía no han nacido y entre los padres se ha establecido ya un convenio: nuestros hijos serán nuestros amigos. En general, naturalmente, esto no está mal. Padre e hijo, madre e hija pueden y deben ser amigos, mas pese a todo, los padres deben seguir siendo las cabezas dirigentes de la colectividad familiar y los hijos continuar siendo los educandos. Si la amistad llega a límites extremos, la educación cesa o comienza un proceso contrario: los hijos son los que empiezan a educar a los padres. Estas familias suelen darse entre la intelectualidad y, en ellas, los hijos llaman a los padres Perico o Maruja, se burlan de ellos, les interrumpen groseramente, les enmiendan a cada paso y, claro está, aquí no puede existir la menor obediencia filial. Pero el caso es que tampoco hay amistad, pues sin el respeto mutuo no puede haber ninguna clase de amistad.

Autoridad por el soborno. El aspecto más inmoral de autoridad paternal es cuando la obediencia se compra, simplemente, con regalos y promesas. Los padres, sin el menor decoro, suelen hablar así: si eres obediente te compraré un caballito, si no eres rebelde iremos al circo.

Se sobreentiende que en la familia también es posible cierto estímulo, algo parecido al premio; pero lo que no se puede permitir, de ninguna manera, es premiar a los hijos por ser obedientes, por ser respetuosos para con sus padres. Puede premiarse por estudiar bien o por cumplir un trabajo realmente difícil. Pero, incluso en este caso, jamás debe anunciarse a priori la recompensa y estimular el interés de los niños por su trabajo

escolar o de otra naturaleza mediante seductoras promesas.

Hemos examinado varios aspectos de falsa autoridad paternal. Además de ellos existen todavía otras muchas modalidades. Conocemos la autoridad por la alegría, la autoridad por la sabiduría, la autoridad del hombre francote y la autoridad por la belleza. Pero también se da con frecuencia que los padres no piensan en ninguna clase de autoridad, que viven como se terciá, de cualquier manera y educan a los hijos a trancas y barrancas. Hoy el padre ha escandalizado, castigado al hijo por una nimiedad, mañana le hará patente su cariño, pasado mañana le prometerá cualquier cosa para ganárselo y al día siguiente le castigará de nuevo, echándole en cara, además, todos sus buenos actos. Estos padres andan siempre alocados, como gatos escaldados, en plena impotencia y absoluta incompreensión de sus actos. Ocurre también que el padre mantiene un tipo de autoridad y la madre otro. En este caso, los hijos tienen que ser, primero que nada, diplomáticos y aprender a maniobrar entre la madre y el padre. Y, finalmente, es también corriente que los padres no se preocupen lo más mínimo de los hijos y piensen sólo en vivir ellos tranquilos.

¿En qué debe consistir la verdadera autoridad paternal en la familia soviética?

La base fundamental de la autoridad paternal sólo puede serlo la vida y trabajo de los padres, su personalidad ciudadana, su conducta. La familia es algo muy grande y de mucha responsabilidad, la gobiernan los padres que son quienes responden de ella ante la sociedad, en aras de su felicidad y de la vida de sus hijos. Si los padres llevan adelante esta empresa con honradez y con cabeza, si se plantean fines hermosos y grandes, si ellos mismos tienen siempre conciencia de sus actos y manera de proceder, esto significa que disponen también de autoridad paternal y no necesitan buscar ningunos

otros fundamentos y, menos aún, invehtarse nada artificioso.

En cuanto los hijos empiezan a ser mayores, siempre se interesan por saber dónde trabajan el padre o la madre, cuál es su posición social. Deben conocer lo antes posible de qué viven, qué les interesa, con quién amigan sus padres. La ocupación del padre o de la madre debe ser algo importante a los ojos del hijo, una labor merecedora de respeto. Los méritos de los padres han de ser para los hijos, en primer lugar, méritos contraídos ante la sociedad, realmente valiosos y no sólo de brillo exterior. Tiene mucha significación que los hijos no vean estos méritos en forma aislada, sino sobre el fondo de las realizaciones de nuestro país. No pedantería, sino sano orgullo soviético deben sentir los hijos, y no solamente orgullo por su padre o madre, sino conocer también a los grandes y eximios hombres de nuestra Patria, que en su noción de hijos, el padre o la madre figuren como partícipes de esta gran pléyade de personalidades.

Además, siempre debe tenerse presente que en cada actividad humana existen sus momentos de tensión y su propia dignidad. Los padres no deben en modo alguno presentarse ante sus hijos como los mejores en su esfera laboral ni como genios que no admiten comparación. Los hijos deben también conocer los méritos de otras personas y, obligatoriamente, los méritos de los camaradas más afines del padre y de la madre. La autoridad ciudadana de los padres sólo estará a la verdadera altura si no es la autoridad del advenedizo o del jactancioso, sino la autoridad del miembro de la colectividad. Si ustedes logran educar a su hijo de forma que se enorgullezca por toda la fábrica en la que trabaja el padre, que sienta alegría por los éxitos de esta fábrica, esto querrá decir que le han educado bien.

Pero los padres no deben aparecer exclusivamente como personalidades del estrecho frente de su colectividad. Nuestra vida es la vida de la

sociedad socialista. Ante sus hijos, el padre y la madre deben mostrarse también como partícipes de esta vida. Los acontecimientos internacionales, las conquistas de la literatura, todo esto debe reflejarse en las ideas del padre, en sus sentimientos y afanes. Sólo estos padres que viven una vida plétórica, ciudadanos de nuestro país, disfrutarán ante sus hijos de auténtica autoridad. Pero no vayan a creer, por favor, que ustedes deben hacer esta vida "adrede", para que los hijos la vean, para asombrarlos con sus cualidades. Este es un planteamiento nocivo. Ustedes deben vivir esta vida con sinceridad, realmente, sin tratar de hacer una demostración especial de ella ante sus hijos. Pueden estar seguros de que ellos mismos verán todo lo que es necesario.

Ustedes no son meros ciudadanos, son, además, padres. Y su papel como tales deben cumplirlo lo mejor posible, pues aquí reside la clave de su autoridad. Lo primero que deben saber es qué anhela, qué le interesa, qué le gusta o le desagrada, qué quiere o qué no desea su hijo. Deben saber con quién amiga, con quién y a qué juega, qué lee y cómo entiende lo leído. Cuando estudia en la escuela, ustedes deben saber cómo se comporta en ella y su actitud para con los maestros, qué dificultades tiene y cómo atiende en las clases. Todo esto deben conocerlo siempre, desde los primeros años de su hijito. No deben sorprenderles tales o cuales disgustos y conflictos, sino que deben preverlos y adelantarse a ellos.

De todo esto deben estar enterados, pero sin que quiera decir, en modo alguno, que ustedes pueden perseguir a su hijo con preguntas incesantes y fastidiosas, con un espionaje burdo y pegajoso. Desde los primeros años, ustedes deben organizar las relaciones de forma que sean los mismos niños quienes les cuenten lo que hacen, que sientan el deseo de hacérselas saber, que estén interesados en que ustedes lo conozcan. En ocasiones, ustedes

pueden invitar a sus domicilios a los camaradas del hijo, incluso convidarles con algo, otras veces, ustedes mismos deberán ir a ver a la familia de estos amiguitos, a la primera oportunidad entablar relaciones con esta familia.

Para todo esto no se necesita mucho tiempo, sólo hace falta preocuparse de los niños y de su vida.

Y si están al corriente de todo y prestan la atención debida, esto no pasará inadvertido para sus hijos. A los hijos les gusta que los padres lo conozcan todo, y esto acrecenta su respeto por ellos.

La autoridad por el conocimiento de lo que compete al niño, lleva, necesariamente, a la autoridad por la ayuda. En cada vida infantil se dan infinidad de casos en los que el niño no sabe cómo salir del paso, en los que necesita consejo y ayuda. Puede ser que no les pida su ayuda porque no sepa hacerlo, pero ustedes son los llamados a prestársela.

A menudo, esta ayuda puede hacerse en forma de consejo directo, a veces como una broma, otras, bajo el aspecto de disposición y no está excluido que lo hagan en forma de ordeno y mando. Si ustedes conocen la vida de su hijo, ustedes mismos verán cuál es la mejor forma de hacerlo. Ocurre, con frecuencia, que esta ayuda hay que prestarla por un procedimiento especial. En ocasiones se precisa tomar parte en el juego infantil, entablar conocimiento con los amigos de los hijos o acudir a la escuela para hablar con el maestro. Si su familia consta de varios hijos, y ésta es la circunstancia más feliz, los hermanos y hermanas mayores pueden prestar su concurso a esta ayuda.

La ayuda de los padres no debe ser pegajosa, fastidiosa y cansina. En algunos casos es completamente necesario dejar que el propio niño solviente sus dificultades a fin de que se acostumbre a vencer los obstáculos y a resolver los problemas más complicados, pero, observando siempre cómo el niño realiza esta operación, no dejándole que se embrolle y se desespere. A veces, se requiere,

incluso, que el niño advierta que ustedes están alertas, atentos y que confían en sus fuerzas.

La autoridad por la ayuda, mediante una dirección prudente y solícita, se complementa felizmente con la autoridad que da estar al tanto de las cosas. El niño percibirá que sus padres están siempre a su lado, su solicitud razonable para con él, sus medidas de precaución, pero, sintiendo simultáneamente que exigen algo de él, que no están dispuestos a hacer todo por él, a descargarle de responsabilidad.

Precisamente esta línea de responsabilidad es la que sigue en importancia a la autoridad paternal. El niño no debe creer, ni por lo más remoto, que la dirección de la familia y de él mismo, constituye para ustedes una satisfacción o distracción. Debe saber que ustedes no responden sólo de sí mismos, sino también por él ante la sociedad soviética. No hay que temer en decir franca y crudamente al hijo o a la hija que se están educando, que precisan aprender mucho todavía, que de ellos deben salir buenos ciudadanos y personas honradas, que los padres responden de que así sea y de que no temen esta responsabilidad. Esta línea de responsabilidad comprende, no sólo los principios de la ayuda, sino también de la exigencia. En algunos casos, esta exigencia deberá ser expuesta de forma tan severa que no admita objeciones. Debo decir, por cierto, que esta exigencia sólo puede hacerse con provecho si la autoridad paternal por la responsabilidad ya ha arraigado en la imaginación infantil. Hasta en la edad más temprana, el niño debe sentir que no vive con sus padres en una isla deshabitada.

LA DISCIPLINA

La palabra "disciplina" tiene varios significados. Hay personas que entienden por disciplina el conjunto de reglas de conducta. Otros, llaman

disciplina a los hábitos ya existentes, inculcados en la persona y, los terceros, entienden la disciplina sólo como obediencia. Todas estas opiniones dispares se aproximan en mayor o menor grado a la realidad. Mas para que su labor sea acertada, el educador necesita tener una noción más exacta del propio concepto "disciplina".

A veces, califican de persona disciplinada a la que se distingue por su obediencia. Claro está que en la mayoría aplastante de los casos se exige de cada persona el cumplimiento exacto y rápido de las órdenes y disposiciones que parten de los órganos y personas superiores. Y no obstante, en la sociedad soviética, la llamada obediencia es un rasgo que no basta en absoluto para calificar de disciplinada a una persona, el simple acatamiento no puede satisfacernos y, menos aún, la obediencia ciega que ordinariamente se exigía en la vieja escuela, anterior a la revolución.

Del ciudadano soviético exigimos un sentido de la disciplina mucho más complejo. Exigimos que no sólo comprenda para qué y por qué hay que cumplir esta u otra orden, sino que él mismo se esfuerce activamente por realizarla lo mejor posible. Pero esto no es todo. De nuestro ciudadano exigimos que en cada minuto de su vida esté dispuesto a cumplir con su deber, sin esperar a que se lo indiquen u ordenen, que tenga iniciativa y voluntad creadoras, con la esperanza de que sólo hará aquello que realmente sea necesario y útil para nuestra sociedad, para nuestro país y que no se detendrá ante ninguna dificultad ni obstáculo para llevar adelante la empresa. Es más, al hombre soviético le exigimos que se abstenga de realizar actos o acciones que sólo a él beneficien o satisfagan, pero que puedan ser nocivos a otras personas o a toda la sociedad. También exigimos siempre a nuestro ciudadano que jamás se circunscriba al estrecho círculo de su misión, de su sector de actividad, de su máquina, de su familia que, por

el contrario, sepa ver también qué hacen las personas que le rodean, su vida, su conducta, que sepa acudir en su ayuda, no sólo de palabra, sino también con sus hechos, aunque para ello tenga que sacrificar una parte de su tranquilidad personal. Pero cuando se trata de nuestros enemigos comunes, exigimos de cada persona una réplica resuelta, vigilancia insomne. Aunque esto implique pesadumbre o peligro.

Resumiendo. En la sociedad soviética sólo tenemos derecho a llamar persona disciplinada a la que siempre y en cualesquiera condiciones sabe adoptar una conducta adecuada, la más provechosa para la sociedad, y que encuentra en sí firmeza para llevar hasta el fin esta línea de conducta, no importan los contratiempos y dificultades que tenga que salvar.

Cae de su peso que no puede educarse una persona disciplinada sobre la base de la sola disciplina, es decir, ejercitándola en la obediencia. Al ciudadano soviético sólo se le puede educar en un espíritu de disciplina si se emplea toda la gama de influencias justas, entre las que deben ocupar el lugar más destacado: la amplia educación política, la instrucción general, los libros, el periódico, el trabajo, la labor social e incluso factores, al parecer tan secundarios, como el juego, las distracciones y el descanso. Sólo en la acción conjunta de todas estas influencias puede realizarse una educación justa y sólo como resultado de ella es como puede obtenerse un ciudadano de la sociedad socialista auténticamente disciplinado.

Recomendamos especialmente a los padres recordar siempre este precepto: la disciplina no se crea por determinadas medidas "disciplinarias", sino por todo un sistema educativo, por toda la situación de la vida, por todas las influencias circundantes que afectan a los niños. La disciplina no hay que entenderla como causa, ni método o procedimiento de educación correcta, sino como su

resultado. La disciplina justa es el fin acertado al que debe aspirar el educador con todas sus fuerzas y medios a su alcance. Cada padre debe saber que cuando entrega a su hijo o a su hija un libro de lectura, cuando les presenta un nuevo camarada o platica con ellos acerca de la situación internacional, en torno a los asuntos de su fábrica o de sus éxitos, además de otros fines, trata también de conseguir un espíritu de disciplina mayor o menor.

Así, pues, debemos entender por disciplina el amplio resultado general de todo el trabajo educativo.

Pero existe también un apartado más estrecho del trabajo educativo que es el que más se aproxima a la labor disciplinadora y que, a menudo, lo confunden con la propia disciplina: me refiero al régimen familiar. Si la disciplina es el resultado de toda la labor educativa, el régimen no es más que el medio, sólo el procedimiento empleado para la educación. Las diferencias entre el régimen y la disciplina son de mucha importancia y los padres deben distinguirlas nítidamente. La disciplina, por ejemplo, está relacionada con aquellos fenómenos de los que siempre exigimos perfección. Siempre deseamos que en nuestra familia y en nuestro trabajo exista la disciplina mejor y más rigurosa. Y no puede ser de otro modo, pues la disciplina es el resultado, y en toda empresa estamos acostumbrados a luchar por obtener los mejores resultados. Es difícil imaginarse una persona que dijese: "Nuestra disciplina no es todo lo que debiera de ser, pero no necesitamos otra mejor..."

La persona que así se expresase, o sería un memo o un verdadero enemigo. Toda persona normal debe esforzarse por lograr la más alta disciplina, es decir, el mejor resultado.

Otra cosa completamente distinta es el régimen. Ya hemos dicho que éste no es más que el medio, pero, en general, sabemos que cualquiera que sea la esfera de la vida que tomemos, todo medio debe

utilizarse solamente en correspondencia al fin, cuando es oportuno. Por esto podemos hacernos la idea de cuál debe ser la mejor disciplina, y a lograrla siempre tendemos, no pudiendo, en cambio, imaginarnos cualquier régimen como el ideal y mejor. Para unos casos adaptaremos un régimen más adecuado que será distinto para otros.

El régimen familiar ni puede ni debe ser idéntico en condiciones distintas. La edad de los hijos, sus aptitudes, la situación circundante, los vecinos, las dimensiones del apartamento y su confort, el camino a la escuela, la circulación en las calles y otras muchas circunstancias determinan y cambian el carácter del régimen. En una familia grande, con muchos hijos, habrá un régimen, siendo completamente distinto en la familia que no tiene más que un niño. Un régimen beneficioso para los niños de corta edad puede causar gran daño si se aplica a niños mayores. Sus particularidades propias tiene el régimen empleado para las niñas, especialmente para las de mayor edad.

Así, pues, por régimen familiar no puede entenderse algo permanente, inmutable. Hay familias que cometen a menudo el error de creer a pies juntillas en las propiedades saludables del régimen elegido una vez, defendiendo su inmutabilidad en menoscabo de los intereses de los hijos y de los suyos propios. Este régimen estático no tarda en convertirse en un dispositivo inerte que no puede reportar provecho y sí solamente daño.

Precisamente, porque no es más que un medio de educación, el régimen no puede revestir un carácter constante. Cada educación persigue determinados fines, con la particularidad de que éstos se complican y cambian incesantemente. En la infancia temprana, por ejemplo, a los padres se les plantea la seria misión de acostumbrar a sus hijos a ser pulcros. Para conseguirlo, los padres establecen un régimen especial para los niños, esto es, reglas para lavarse, para utilizar el cuarto de aseo, la

ducha o el baño, reglas de limpieza, reglas para mantener recogidas las habitaciones, las camas, la mesa. Este régimen debe mantenerse regularmente, los padres no deben nunca olvidarlo, velar por que se cumpla, ayudar a sus hijos en los casos en que no pueden hacer algo, pero, exigiéndoles buena calidad del trabajo. Si todo este orden está bien organizado, será de gran provecho hasta que los niños estén ya habituados a la limpieza, cuando el propio niño no pueda ya sentarse a la mesa con las manos sucias. Esto significará que el fin ya ha sido logrado. El régimen que fue necesario para lograr este objetivo, se hace ahora innecesario. Claro que esto tampoco quiere decir que pueda sustituirse el régimen en el transcurso de un día. Este orden de cosas deberá cambiarse gradualmente por otro que tenga como objeto arraigar definitivamente el hábito por la limpieza y, cuando tal costumbre sea ya un hecho, ante los padres surgirán nuevos fines, más complejos y más importantes. Seguir en el nuevo período luchando por la limpieza no sólo sería un gasto inútil de energía por parte de los padres, sino también un dispendio pernicioso: así es, precisamente, cómo se educa a ciertos pulcros indecentes sin más obsesión que la de ser aseados, y a veces, hasta capaces de hacer de cualquier manera un trabajo con tal de no ensuciar-se las manos.

En este ejemplo con el orden de limpieza vemos que la justeza del régimen es un fenómeno temporal y pasajero; lo mismo ocurre con cualquier otro medio, y sabemos que el régimen no es más que un medio.

Por consiguiente, a los padres no puede recomendárseles sólo un régimen cualquiera. Estos son muchos y lo que hace falta es elegir entre ellos uno, el más conveniente en la situación dada.

A pesar de tal diversidad de posibles regímenes, hay que decir, sin embargo, que el orden interno en la familia soviética debe distinguirse siempre por

unas determinadas propiedades, obligatorias en cualquier situación. En esta conferencia debemos poner en claro cuáles son estas propiedades comunes.

En primer lugar, llamamos la atención de los padres a lo siguiente: cualquiera que fuere el régimen por ustedes elegido para su familia, ante todo, debe ser el más racional. Toda regla de vida puede ser introducida en la familia, no porque otro la haya implantado en la suya, ni tampoco porque sea más agradable vivir con estas reglas, sino exclusivamente porque así es necesario para el logro del fin razonable que ustedes se han planteado. Ustedes mismos deben conocer a fondo este objetivo y, en la inmensa mayoría de los casos, también deben conocerlo los hijos. De cualquier manera, para ustedes y para sus hijos, el régimen debe revestir el carácter de regla razonable. Si ustedes exigen que sus hijos acudan para la comida a una hora determinada y que se sienten a la mesa con los demás, los niños deben comprender que este orden se necesita para aliviar el trabajo de la madre o de la doméstica y para que varias veces al día se reúna toda la familia y poder así comunicarse sus ideas y sentimientos. Si exigen que sus hijos no dejen restos de comida en los platos, los niños deben comprenderlo como muestra de respeto hacia el trabajo de los que producen nuestros comestibles, como señal de estima para con el trabajo de los padres y por consideraciones de economía doméstica. Sabemos también el caso de unos padres que exigieron que sus hijos no hablasen a la hora de comer. Los hijos, como es natural, acataron esta exigencia, pero ni ellos ni sus padres sabían para qué se había impuesto esta regla. Cuando se preguntó a los padres acerca de esto, dieron como explicación que si hablaban, mientras comían, podían atragantarse. Este precepto, naturalmente, es absurdo, ya que todas las personas tienen como costumbre hablar durante la

comida sin que por ello ocurra ninguna desgracia.

Recomendando a los padres que se esfuercen por que el régimen familiar tenga un carácter juicioso y racional, debemos prevenirlos también de que para nada debe explicarse a cada paso a los hijos el significado de esta u otra regla, que no se les puede cansar con estas aclaraciones e interpretaciones. En la medida de lo posible hay que tender a que los propios hijos comprendan para qué se necesita esto. Sólo en caso extremo puede apuntárseles su idea acertada. En general, hay que procurar que arraiguen en los hijos buenas costumbres, siendo lo más importante para ello el ejercicio constante del comportamiento correcto. Las disquisiciones y las charlatanerías incesantes sobre la buena conducta pueden echar a perder cualquier buena experiencia.

La segunda propiedad trascendental de cada régimen familiar es su carácter determinado. Si hoy hay que limpiarse los dientes, lo mismo habrá que hacerlo mañana; si hoy hay que hacer la cama después de levantarse, también hay que hacerla mañana. Lo impropio es que la madre exija hoy recoger la cama y mañana lo haga ella misma. Tal inconstancia priva al régimen de todo significado, mezclándolo en un conjunto de disposiciones casuales y desarticuladas. El orden familiar justo debe distinguirse por su fin determinado, por su exactitud y no permitir excepciones, salvo en los casos en que éstas sean realmente necesarias y se deban a circunstancias de peso. Como regla, en cada familia debe existir un orden que permita advertir obligatoriamente cualquier infracción del régimen por pequeña que sea. Esto hay que hacerlo desde la más tierna infancia del niño y con cuanta mayor rigurosidad velen los padres por la observancia del régimen, tanto más raras serán las infracciones y con menos frecuencia habrá que recurrir después a las reprimendas.

Llamamos especialmente la atención de los padres a la siguiente circunstancia. Hay muchos que suponen, erróneamente, que si el chico no hizo su cama por la mañana, no hay motivo para armar un escándalo. Ante todo, porque es la primera vez que lo hace, y, segundo, porque el lecho revuelto es, en general, una nimiedad que no puede dar pábulo para poner nervioso al pequeño. Esta manera de pensar es completamente injusta. En la educación no existen nimiedades. La cama revuelta no sólo demuestra que germina la incuria, sino que surge también un desprecio para con el régimen establecido, el comienzo de una experiencia que posteriormente puede adquirir forma de aversión directa para con los padres.

Esta determinación concreta del régimen, su exactitud y obligatoriedad atraviesan un gran peligro si los propios padres son insinceros respecto a las reglas establecidas y si, exigiendo su observancia por los hijos, ellos mismos viven en el más completo desorden sin atenerse a ningún régimen de vida. Es completamente natural que el régimen para los padres se diferenciará del establecido para los hijos, mas estas diferencias no deberán ser de principio. Si ustedes exigen que sus hijos no lean libros durante la comida, tampoco deben hacerlo ustedes. Insistiendo por que los hijos se laven las manos antes de la comida, no se olviden de hacerlos lo propio. Traten de arreglar ustedes mismos su lecho, pues este trabajo no es nada difícil ni deshonoroso. Todas estas minucias tienen mucha más importancia de la que muchos piensan de ordinario.

El régimen establecido en la familia, en el hogar, debe concernir obligatoriamente a las siguientes particularidades: hora exacta de levantarse por la mañana y de acostarse por la noche, la misma para los días laborales que para los festivos; normas de aseo y limpieza, los plazos y reglas para mudarse de ropa interior, de atuendo externo, normas para su

uso y limpieza; debe acostumbrarse a los hijos a que todas las cosas tienen su sitio, dejándolas colocadas como es debido después del juego o del trabajo; desde sus primeros años, los niños deben saber utilizar el excusado, el lavabo y el cuarto de aseo; acostumbrarse a encender y a apagar la luz cuando es necesario. Debe existir un régimen especial para las horas de comer. Cada niño debe saber cuál es su sitio en la mesa, no retrasarse a la comida, guardar el orden debido durante la comida, utilizar correctamente el cubierto, no ensuciar el mantel, no esparcir restos de comida por la mesa, comer todo lo que hay en el plato y, por lo mismo, no pedir exceso de comida.

La distribución del tiempo destinado al trabajo del niño debe estar subordinada a un régimen estricto, cosa de especial importancia cuando comienza a estudiar en la escuela. Pero, incluso antes, es deseable que se distribuyan exactamente las horas de comida, de juego, de paseo, etc. Debe dedicarse gran atención a todo lo relacionado con los movimientos del niño. Algunos piensan que los niños deben correr y gritar mucho y, en general, manifestar impetuosamente su energía. Que los niños necesitan más movimiento que los adultos es algo que no ofrece dudas, lo que no quiere decir que se siga ciegamente esta necesidad. Hay que inculcar en los pequeños el movimiento racional, acostumbrarles a refrenarse cuando así se requiere. De cualquier manera, hay que prohibirles que corran y salten en las habitaciones, enseñándoles a que lo hagan en la explanada del patio, en el jardín, etc. De la misma manera debe acostumbrarse a los niños a que dominen su voz: gritos, chillidos y llosos ruidosos, pues todo esto no son más que fenómenos de un mismo orden; más bien evidencian que los nervios del pequeño están mal y no la existencia de cualquier necesidad real. Los propios padres tienen a veces la culpa del griterío nervioso de sus hijos. Ellos mismos, en muchos casos, gritan y se ponen

nerviosos en lugar de sentar en la familia un ambiente de tranquilidad estable.

...Tal es la metodología general que atañe a la organización del régimen en la familia. Guiándose por estas indicaciones generales, cada padre puede estructurar el régimen de vida familiar que más corresponda a las particularidades de su hogar. Extraordinaria importancia tiene la forma que ha de revestir este régimen de relaciones entre padres e hijos. En este terreno podemos encontrarnos con los excesos y transgresiones más diversos, muy nocivos para la educación. Algunas personas utilizan en demasía la persuasión; otros, diversidad de pláticas aclaratorias; los terceros, abusan de las caricias; los cuartos, del tono de mando; los quintos, la estimulación material; los sextos, los castigos; los séptimos, la condescendencia, y, los octavos, son inmovibles. Es natural que durante la vida familiar se den casos en que convengan más la caricia, la conversación, la firmeza y hasta la condescendencia. Pero donde se trate del régimen familiar, todas estas formas deben ceder su puesto a la disposición, la forma principal, única y la mejor.

La familia es algo de mucha trascendencia y de mucha responsabilidad para la persona. La familia reporta plenitud de vida, felicidad, pero cada familia, y particularmente en la vida de la sociedad socialista, es, ante todo, algo grande de significación estatal. Por esta misma razón, el régimen familiar debe construirse, desarrollarse y actuar, en primer lugar, como una institución práctica. Los padres no deben rehusar el tono práctico, no pensar que éste contradice al sentimiento de cariño del padre o de la madre, que puede llevar a la sequedad de relaciones, a su frialdad. Nosotros afirmamos que sólo el tono práctico, verdadero y serio puede crear la atmósfera de tranquilidad en el hogar necesaria para la educación adecuada de los hijos y para el desarrollo del respeto y del cariño mutuos entre los miembros de la familia.

Los padres deben adquirir, cuanto antes mejor, un tono tranquilo, ponderado, amable, pero siempre resuelto en su mando práctico. Los niños, por su parte, deben acostumbrarse desde los primeros años a este tono, a acatar la disposición y a cumplirla con agrado. Con el niño se puede ser tan cariñoso como se quiera, bromear y jugar con él, pero cuando surge la necesidad, hay que saber ordenar con pocas palabras, de una sola vez, mantener una actitud y tono que ni a ustedes ni al niño les quede la menor duda de que sus disposiciones son justas y de que deben ser ejecutadas al pie de la letra.

Los padres deben habituarse a dar tales disposiciones desde los primeros tiempos, cuando el bebé tiene año y medio o dos. Esto no es nada difícil. Lo único que hace falta es cuidar de que lo ordenado por ustedes armonice con las siguientes exigencias:

1. Su disposición no debe hacerse con dureza, a gritos, ni con irritación, pero tampoco debe parecerse a un ruego.

2. Encontrarse dentro de las posibilidades del niño, mas sin exigir de él una tensión excesiva.

3. No exceder de los límites de lo razonable, es decir, no contradecir al sentido común.

4. No debe estar en pugna a otra disposición suya o a la de otro padre.

Una vez que se ha ordenado una cosa, ésta debe cumplirse a rajatabla. Estará muy mal si ustedes ordenan hacer algo y después se olvidan de lo que han dispuesto. En la familia, como en cualquier otra empresa, se necesitan control y comprobación permanentes y continuos. Los padres, claro está, deben esforzarse por que la mayor parte de este control pase desapercibido para el niño; este último no debe dudar un momento de que la disposición hay que cumplirla. Mas, a veces, cuando al pequeño se le encomienda una cosa más complicada en la que la calidad de su realización es lo trascendental, el control abierto también tiene razón de ser.

¿Qué hacer cuando el niño no cumplió lo que se le encomendó? Tratar, en primer lugar, por que esto no ocurra. Empero, si sucede que el niño les desobedece por primera vez, repitan su disposición, pero ahora en tono más oficial y con más frialdad, aproximadamente así:

— Te dije que hicieras esto y no lo has hecho. Hazlo ahora mismo y que no vuelva a suceder.

Dando por segunda vez esta disposición y tratando a toda costa de que se realice, deben al propio tiempo recapacitar y saber por qué en este caso se hizo resistencia a lo ordenado por ustedes. Verán obligatoriamente que ustedes mismos son culpables de algo, que en determinado momento no han estado acertados, que no han tenido en cuenta cualquier circunstancia. Traten de evitar tamaños errores.

Lo más importante en este aspecto es velar por que los niños no se acostumbren a la desobediencia, que no se infrinja el régimen familiar. Estaría muy mal que ustedes permitiesen esta experiencia, si dejasen que los hijos entendiesen sus disposiciones como algo no obligatorio.

Si desde el mismo comienzo no caen en esta debilidad, jamás tendrán que recurrir posteriormente a los correctivos.

Si el régimen familiar transcurre como es debido, desde un principio, si los padres no pierden de vista su desenvolvimiento, los castigos serán innecesarios. En una buena familia nunca hay sanciones y ésta es la mejor forma de educación familiar.

Pero hay familias donde la educación está tan descuidada que los castigos son ineludibles. En este caso, los padres recurren, de ordinario, a sanciones desacertadas y, con frecuencia, estropean más que favorecen a la educación.

El castigo es una cosa muy difícil; exige del educador gran tacto y precaución. Por esto recomendamos a los progenitores evitar, en la medida

de lo posible, los correctivos esforzándose, en primer término, por restablecer el régimen familiar adecuado. Para esto, naturalmente, se necesita mucho tiempo, mas hay que ser pacientes y esperar tranquilos los resultados.

En casos muy extremos pueden permitirse ciertos tipos de castigo: aplazar una satisfacción o distracción (si se habló de ir al cine o al circo, demorarlo); suspender la entrega de pecunios, si es que los dan; prohibir salir con los camaradas.

Llamamos una vez más la atención de los padres acerca de que los castigos no reportarán por sí mismos ningún provecho si no hay un régimen familiar justo. Si éste existe, podrán pasarse perfectamente sin correctivos, pues lo único que hace falta es tener más paciencia. De cualquier manera, en la vida familiar es mucho más importante y útil estructurar una experiencia justa que corregir malas costumbres.

La misma precaución hay que observar con los estímulos. Nunca deben prometer de antemano ningún premio ni recompensa. Lo mejor es limitarse al elogio y aprobación simples. La alegría, la satisfacción y la distracción infantiles no deben concederse a los niños en calidad de premio por sus buenas acciones, sino como la forma más natural de satisfacer sus justas exigencias. Lo que el pequeño precisa debe dársele en cualesquiera que sean las condiciones, independientemente de sus merecimientos y, por el contrario, aquello que no necesita o que le es perjudicial, no hay que concedérselo bajo el aspecto de recompensa.

EL JUEGO

El juego tiene un significado trascendental en la vida del niño, la misma importancia que la actividad, el trabajo y el servicio tienen para el adulto. La actitud del niño, respecto al juego, sembrará en

muchos aspectos a su comportamiento en el futuro trabajo, cuando sea mayor. De aquí que la educación de la futura personalidad se perfila, en primer lugar, durante el juego.

Para dirigir los pasatiempos del niño y educarle en los juegos, los padres deben pensar muy bien qué es el juego y en qué se diferencia del trabajo. Si los padres no se toman la molestia de pensar en ello, si no lo entienden como corresponde, mal podrán dirigir al pequeño, se confundirán en cada caso y, más que educar al niño, lo que harán es estropearlo.

Debo decir, ante todo, que no existe una gran diferencia entre el juego y el trabajo, como piensan muchos. Un buen pasatiempo se parece mucho a un buen trabajo, como el juego inadecuado semeja al mal trabajo. Esta similitud es tan grande que puede decirse sin ambages: un mal trabajo se asemeja más al mal juego que al buen trabajo.

En cada buen juego hay, ante todo, esfuerzo de trabajo y esfuerzo mental. Si ustedes compran al niño un osito mecánico, se pasarán todo el día dándole cuerda y poniéndolo en movimiento, mientras el pequeño estará toda la jornada mirando alegre al osito, en esta distracción no habrá nada de bueno. En este juego, el niño será un elemento pasivo, pues toda su participación quedará reducida a mirar. Si todos los juegos de su hijito van a ser así, de él saldrá un hombre pasivo, habituado a contemplar el trabajo de otros, carente de iniciativa, desacostumbrado a la creación laboral e incapacitado para superar las dificultades. El juego sin esfuerzo y sin labor activa es siempre un mal juego. Como verán, en este punto, el juego se parece mucho al trabajo.

El juego proporciona contento al niño. La dicha de crear, de vencer, la alegría de la estética, el sentirse satisfecho de la calidad del juego. La misma satisfacción reporta un buen trabajo. Y aquí se da también un parecido pleno.

Algunos piensan que el trabajo se diferencia del juego en que en el primero existe responsabilidad, mientras que en el segundo no la hay. No están en lo cierto puesto que en el juego existe la misma gran responsabilidad que en el trabajo, claro está, cuando se trate de un buen juego, adecuado, acerca del cual nos detendremos con más detalle después.

¿En qué, pues, se diferencia el juego del trabajo? En una sola cosa: en que el trabajo es participación del hombre en la producción social o en la dirección de esta producción, en la creación de valores materiales y culturales, o dicho con otras palabras, en la creación de valores sociales. El juego, en cambio, no tiene estos fines, no está relacionado directamente con fines sociales, pero sí está vinculado a ellos indirectamente: habitúa a la persona a los esfuerzos físicos y síquicos necesarios para su actividad laboral.

Ahora ya tenemos claro qué debemos exigir a los padres para dirigir el juego de los niños. Primero, cuidar de que el juego no se transforme en el único afán del pequeño, que no le aparte totalmente de los fines sociales. Segundo, que en el juego se inculquen los hábitos síquicos y físicos que le han de ser necesarios en el trabajo.

El primer objetivo se consigue, como ya hemos dicho, atrayendo paulatinamente al niño a la esfera del trabajo que, lenta, pero consecuentemente, va sustituyendo al juego. El segundo objetivo se logra con una dirección acertada del propio juego: eligiendo el pasatiempo y ayudando al niño en el juego.

En esta charla no hablaremos más que del segundo fin. El problema referente a la educación laboral lo trataremos en una charla especial.

Es frecuente observar cómo los padres dirigen desacertadamente los pasatiempos infantiles. Estos errores son de tres tipos. Hay padres que simplemente no se interesan por el juego de sus hijos, pensando que éstos saben cómo mejor hacerlo. Los

hijos de tales padres juegan cuando y como quieren, ellos mismos eligen sus juguetes y se organizan la distracción. Otros padres prestan mucho atención a los juegos, incluso excesiva, se inmiscuyen continuamente en el juego de los niños, les muestran y les describen cómo jugar, les plantean rompecabezas que, con frecuencia, resuelven ellos antes que el hijo, para regocijo propio. Con estos padres, al niño no le queda más que atender a lo que les indican aquéllos y remedarlos; en tales casos, de hecho, los padres juegan más que el hijo. Si este niño construye algo y tiene dificultades en ello, el padre o la madre se sientan junto al pequeño y le dicen:

— Así no se hace, mira cómo hay que hacerlo.

Si el niño recorta figuras de papel, el padre o la madre observan durante cierto tiempo sus esfuerzos, terminando por quitarle las tijeras y decirle:

— Dame, yo te lo recortaré. ¿Ves qué bien ha salido?

El niño observa y ve que, efectivamente, el padre lo ha hecho mejor y, claro está, le alarga la segunda hoja de papel, pidiéndole que le recorte otra figura, cosa que el padre realiza con agrado, contento de su éxito. Estos niños no hacen más que imitar a sus progenitores, no se acostumbran a vencer las dificultades, a lograr por sí mismos una mejor calidad, habituándose desde muy temprano a la idea de que sólo los mayores saben hacerlo bien. En estos niños se fomenta la inseguridad en sus fuerzas, el miedo al fracaso.

Hay un tercer grupo de padres que consideran que lo más principal reside en la abundancia de juguetes. Gastan mucho dinero en ello, proporcionando a sus hijitos toda clase de juegos, enorgulliciéndose de ello. La pieza destinada para los niños de estos padres, más bien parece una juguetería. A estos padres les encantan, precisamente, los juguetes mecánicos difíciles, llenando con ello la vida del pequeño. En el mejor de los casos, los hijos de tales

padres se convierten en coleccionistas de juguetes y, en el peor de los casos, el más frecuente, pasan de un juguete a otro sin el menor interés, juegan sin afición, los estropean y rompen, exigiendo que les compren otros.

La dirección adecuada del pasatiempo infantil exige de los padres una actitud más reflexiva y más precavida respecto al juego de sus hijos.

La distracción infantil atraviesa varias fases de desarrollo, para cada una de las cuales se precisa un método especial de dirección. La primera fase corresponde al pasatiempo en una habitación, a la época de los juguetes. Esta comienza a pasar a la segunda fase cuando el niño tiene cinco o seis años. La primera fase se caracteriza en que el bebé prefiere jugar solo, permitiendo raramente que con él participen uno o dos amiguitos. En esta edad, el pequeño prefiere utilizar sus propios juguetes, sintiendo desgana por los ajenos. En esta fase es precisamente cuando se desarrollan las aptitudes personales del niño. No debe temerse que si el niño juega solo saldrá un egoísta, hay que facilitarle que se distraiga solitariamente, pero velando por que esta primera fase no se alargue y pase a su debido tiempo a la segunda fase. En la primera fase, el niño no está capacitado para jugar en grupo, riñe a menudo con sus amiguitos, no sabe encontrar en su compañía el interés colectivo. Hay que darle libertad en este pasatiempo individual, no hay que atarle a compañeros, pues esta imposición solamente conduce a destruir el ánimo de juego y a que se acostumbre a ponerse nervioso y a escandalizar. Puede afirmarse rotundamente que cuanto mejor juegue el niño solo, en sus primeros años, mejor camarada será en el futuro. En esta edad, el pequeño se distingue por su acentuada agresividad y es, en determinado sentido, un "propietario". El mejor antídoto para estas inclinaciones es evitar que el niño ejercite esta agresividad y que se fomenten en él instintos de "propiedad". Si el niño

juega solo, desarrollará sus aptitudes: imaginación, hábitos constructivos y de organización material. Todo ello muy útil. Si contra su voluntad le obligan a jugar en grupo, no le curarán de su carácter discoló ni de su amor propio.

En unos niños antes y en otros después, esta preferencia por el juego solitario comienza a transformarse en interés por tener camaradas, por el juego en grupo. Hay que ayudar al pequeño a realizar con el mayor provecho esta transición, bastante difícil. Que la ampliación del círculo de amigos se opere en la situación más conveniente.

La segunda fase de los pasatiempos infantiles es más ardua de dirigir, por razón de que en esta fase los niños ya no juegan a la vista de los padres, haciéndolo en un ambiente social más vasto. La segunda fase dura hasta los 11 ó 12 años, abarcando parte de la edad escolar.

La escuela proporciona una compañía camaraderil más amplia, un círculo más extenso de intereses y un campo de actividad más difícil, particularmente para los juegos, reportando a cambio una organización más precisa y acabada, un régimen determinado y más conciso y, lo principal, la ayuda de pedagogos calificados. En la segunda fase, el niño actúa ya como miembro de la sociedad, pero de una sociedad todavía infantil, sin disciplina rigurosa ni control social. La escuela proporciona ambas cosas y sirve de forma para el paso a la tercera fase del juego.

En ésta, el pequeño actúa ya como miembro de una colectividad en la que no sólo juega, sino en la que ya tiene una actividad práctica, de estudio. Por esto, el juego en esta edad, adquiere formas colectivistas más acusadas, transformándose paulatinamente en juego deportivo, es decir, vinculado a determinados fines y reglas de la educación física y, principalmente, a los conceptos del interés y de la disciplina colectivos.

La influencia de los padres tiene enorme trascendencia para las tres fases de desarrollo del juego. Claro está que, por su importancia, esta influencia hay que anteponerla a la primera fase, cuando el niño no es aún miembro de otra colectividad, excepto de la familiar, cuando, excepto los padres, a menudo, no tiene otros mentores. Pero también en las demás fases el ascendiente de los padres puede ser muy grande y provechoso.

En las tres fases del juego infantil ustedes deben educar el afán por lograr satisfacciones más valiosas que la simple contemplación, la simple satisfacción, inculcar la decidida superación de las dificultades, educar la imaginación y la amplitud de pensamientos. En la segunda y tercera fases, siempre deben tener en cuenta que su hijo ha entrado ya en la sociedad, que de él ya no sólo se exige el que sepa jugar, sino saber también comportarse correctamente con otras personas.

EDUCACION POR EL TRABAJO

...Lo primero que deben recordar, especialmente, los padres es lo siguiente: su hijo ha de pertenecer a una sociedad de trabajadores y, por consiguiente, lo que él significará en esta sociedad y su valiosidad como ciudadano dependerán exclusivamente del estado en que se encuentra para tomar parte en el trabajo social y de su grado de preparación para esta labor. Mas el caso es que de esto dependerán asimismo su bienestar, su nivel material de vida, pues en nuestra Constitución también se dice: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según su trabajo".

Sabemos perfectamente que por naturaleza, todas las personas están capacitadas, aproximadamente igual, para el trabajo, pero, en la vida, unos trabajan mejor que otros, que unos sólo pueden realizar el trabajo más sencillo y otros un trabajo

más complicado y, por lo tanto, más valioso. Estas cualidades laborales distintas, al hombre no le son inherentes por naturaleza, sino que se le inculcan en lo largo de su vida, especialmente en su juventud.

Por consiguiente, la preparación para el trabajo, la educación de la aptitud laboral de la persona no sólo implican preparación y educación de un futuro ciudadano bueno o malo, sino también la educación para su futuro nivel de vida, de su bienestar.

Claro está que en el marco de la familia es difícil proporcionar al niño esta educación laboral, llamada ordinariamente calificación. La familia no está adaptada para formar una buena calificación especial; el chico o la chica la adquirirán en cualquier organización social: escuela, fábrica, institución o cursillos. La familia no debe ir en ningún modo a la caza de la calificación en esta u otra especialidad. En el pasado era un fenómeno común que si el padre era zapatero, el hijo debía aprender su oficio; si era ebanista, al hijo se le "acostumbraba" a la ebanistería. Sabemos, por el contrario, que a las chicas se las enseñaba siempre a ser amas de casa, a otra cosa no podían aspirar. En la época soviética, el Estado se preocupa de dar calificación a los futuros ciudadanos, pues tiene a su disposición muchos y grandes institutos bien equipados.

Pero los padres nunca deben pensar que la educación familiar no tiene nada que ver con el logro de una calificación. Precisamente la preparación para el trabajo en el seno de la familia tiene gran importancia para la futura especialización de la persona. Al niño que ha recibido una buena educación laboral en la familia, posteriormente le será más fácil adquirir su preparación especial. Los niños que no se habituaron en la familia a la laboriosidad, tampoco podrán recibir buena calificación, sufrirán tropiezos diversos, saldrán malos trabajadores pese a todos los esfuerzos de las instituciones estatales.

...En la educación familiar para el trabajo es trascendental este aspecto del método a seguir. Al niño debe plantearse una tarea que él mismo pueda resolver, utilizando para ello uno u otro medio laboral. Esta tarea no debe ser obligatoriamente para un plazo breve, para uno o dos días. Puede tener un carácter prolongado, durar incluso meses y años. Lo importante es que se conceda al niño cierta libertad en la elección de medios y que sienta cierta responsabilidad por el trabajo a realizar y por su calidad. Precisamente será menos provechoso si le dicen al pequeño:

— Aquí tienes la escoba, barre esta habitación de esta y esta forma.

Y mejor aún si encomiendan al niño, sin fijarle plazo, mantener limpia y ordenada determinada habitación, dejándole en libertad de hacerlo a su antojo. En el primer caso, sólo habrán planteado al pequeño una tarea muscular, en el segundo, ya se trata de una labor organizadora, más elevada y útil. Por ello, cuanto más compleja e independiente sea la misión laboral, tanto mejor será en el sentido pedagógico. Muchos son los padres que no tienen en cuenta esta circunstancia, encomendando a sus hijos hacer esto o lo otro, dispersando su atención en pequeñas ocupaciones: mandan al chico o a la chica a comprar cualquier cosa al almacén, siendo infinitamente mejor que le encomienden un deber constante y determinado, por ejemplo, velar por que la familia tenga siempre jabón o polvos para limpiar los dientes.

La participación laboral de los hijos en la vida de la familia debe comenzarse muy temprano, iniciarse en el juego. Al niño hay que indicarle que responde de la integridad de los juguetes, de la limpieza y del orden del sitio en que se guardan y donde él juega. Esta ocupación hay que plantearse la en líneas muy generales: que haya limpieza, que no esté todo manga por hombró ni haya agua desparramada en el suelo, que los juguetes no

tengan polvo. Claro, habrá que mostrarle algunos procedimientos de cómo hacer la limpieza, pero, en general, mejor será si él mismo se da cuenta de que para fregar el suelo hay que tener una bayeta limpia, si se la pide a la madre, si la cuida y exige que sea buena, etc. Exactamente igual debe dejarse a iniciativa suya el arreglo de los juguetes rotos, en la medida, naturalmente, en que pueda hacerlo él mismo, poniéndose a su disposición determinados materiales.

Según vaya creciendo, las encomiendas laborales deben ser más complicadas y desligadas del juego. Enumeraremos algunos aspectos de trabajo infantil, calculando que cada familia, en dependencia de sus condiciones de vida y edad de los hijos, pueda enmendar y completar esta lista.

1. Regar los tiestos de la habitación o de todo el apartamento.

2. Limpiar el polvo de los antepechos de las ventanas.

3. Servir la mesa para comer.

4. Velar por que los saleros y pimenteros estén llenos.

5. Tener ordenado el escritorio del padre.

6. Cuidar de la estantería o del armario de libros.

7. Recibir los periódicos y depositarlos en un sitio determinado, separando los nuevos de los leídos.

8. Dar de comer al gato o al perrito.

9. Tener ordenado el lavabo y comprar jabón, polvos para dientes y hojas de afeitar para el padre.

10. Hacer la limpieza total de una habitación o parte de ella.

11. Coser los botones que falten en su ropa y tener siempre en debido orden el costurero.

12. Tener bien colocada la vajilla en el aparador.

13. Limpiar su ropa, la del hermano pequeño o la de uno de sus padres.

14. Adornar la habitación con retratos, tarjetas postales y reproducciones.

15. Si la familia tiene huerta o parterre, responder de una determinada parcela, tanto en lo concerniente a la siembra como al cuidado y recolección de frutos.

16. Preocuparse de que en el apartamento haya flores, aunque tenga que desplazarse de la ciudad cuando así sea necesario (para los chicos de mayor edad).

17. Si en el piso hay teléfono, acudir el primero a la llamada y tener en orden la guía de abonados.

18. Llevar apuntados los itinerarios de líneas de tranvías, destacando los sitios más frecuentados por los miembros de la familia.

19. Los muchachos de mayor edad pueden organizar independientemente y procurar la asistencia de su familia al teatro y al cine, conocer sus programas, comprar las localidades, guardarlas, etc.

20. Mantener en completo orden el botiquín casero, reponiéndolo oportunamente.

21. Vigilar por que en el apartamento no haya parásitos: chinches, pulgas, etc., y adoptar medidas energéticas para su exterminio.

22. Ayudar a la madre o a la hermana a realizar determinadas funciones domésticas.

Cada familia puede encontrar en su seno infinidad de trabajos parecidos, más o menos interesantes, factibles de hacer por los niños. Está claro que no se les debe recargar con un trabajo excesivo, pero, cuidando de todos modos, que no salte a la vista la diferencia de trabajo realizado por los padres y el ejecutado por los hijos. Si al padre o la madre les son muy pesados los quehaceres domésticos, hay que lograr que los hijos les ayuden. A veces ocurre lo contrario: cuando la familia tiene doméstica, los hijos se acostumbran por completo a que ésta les haga todo el trabajo, a pesar de que pueden servirse ellos mismos. Los padres deben

comprobar bien este aspecto, consiguiendo que, en lo posible, la doméstica no ejecute aquellas labores que pueden y deben realizar los hijos.

En este aspecto debe tenerse siempre presente que cuando los niños van a la escuela, ésta los recarga bastante con estudios para casa. Se sobrentiende que este último trabajo debe considerarse el principal y el que debe hacerse en primer lugar. Los niños deben estar persuadidos de que en la labor escolar no sólo cumplen una función personal, sino también social de cuyo éxito no sólo responden ante sus padres, sino también ante el Estado. Por otro lado sería injusto si el trabajo de la escuela fuese el único estimado, dándose de lado a las demás tareas laborales domiciliarias. Tal aislamiento de la labor escolar es muy peligroso, pues suscita en los niños el más completo desprecio por la vida y trabajos de su colectividad familiar. En la familia debe reinar siempre una atmósfera de colectivismo, manifestarse lo más frecuentemente posible la ayuda mutua entre sus miembros.

Cabe preguntar, ¿qué medidas pueden y deben suscitar en el niño el deseo de realizar este u otro esfuerzo laboral? Las más diversas. En sus primeros años, al niño, naturalmente, hay que mostrarle y sugerirle muchas cosas, pero, en general, debe considerarse como la forma ideal el que el propio niño sienta la necesidad de realizar este u otro trabajo cuando ve que la madre o el padre no tienen tiempo de hacerlo y por iniciativa propia acude en ayuda de su familia. Inculcar esta disposición al trabajo, esta atención respecto a las necesidades de su colectividad significa educar un verdadero ciudadano soviético.

Ocorre, muy a menudo, que por su inexperiencia y por no saber discernir el niño mismo no percibe la necesidad de realizar este u otro trabajo. En estos casos, los padres deben sugerírselo con cautela, ayudarlo a encontrar su actitud para con esta tarea y a participar en su solución. Por lo

común, esto es mejor hacerlo despertando su simple interés técnico por el trabajo, pero sin hacer abuso de este procedimiento. El pequeño debe saber realizar también aquellos trabajos por los que no siente especial interés y que, en el primer momento, le parecen aburridos. En líneas generales, debe educársele de forma que en su esfuerzo de trabajo el pasatiempo no sea el momento decisivo, sino su provecho, su necesidad. Los padres deben educar en el niño la disposición a realizar con paciencia y sin lloriqueos trabajos desagradables. Posteriormente, a medida que crece el niño, hasta la labor más fastidiosa le producirá alegría si advierte palpablemente el valor social del trabajo.

Cuando la necesidad o el interés no bastan para despertar en el niño el deseo de trabajar, puede recurrirse al procedimiento del ruego. Este se diferencia de los demás aspectos de trato en que concede al pequeño la más completa libertad de elección. La petición debe hacerse, precisamente, teniendo esto en cuenta. Hay que exponerla de forma que al niño le parezca que ejecuta el ruego por propia voluntad, no incitado a ello por ninguna clase de coerción. Puede decirse así:

— Te quisiera pedir un favor. Aunque es difícil, pues te ocupan otros muchos trabajos...

El ruego es el procedimiento mejor y más suave de dirigirse al niño, mas no prodigarlo. La mejor forma de hacer la petición es cuando saben a ciencia cierta que el niño cumplirá con alegría su ruego. Si, por el contrario, tienen cualquier duda de que no será así, empleen la forma de encomienda corriente, tranquila, segura y práctica. Si desde la edad más temprana de su hijo ustedes alternan acertadamente el ruego y el encargo y, en particular, si se preocupan de despertar la iniciativa personal del pequeño y de enseñarle a que él mismo vea la necesidad de trabajar y de que lo haga por iniciativa propia, en sus encomiendas no habrá ya ninguna clase de alteraciones. Sólo si han

descuidado la educación tendrán que recurrir, a veces, a la coerción.

Esta última medida puede ser muy diversa: desde la simple repetición de la encomienda hasta la repetición hecha en tono severo y exigente. En cualquiera de los casos no hay que recurrir nunca a la coerción física, pues es la que menos provecho reporta y suscita en el niño aversión por la tarea laboral.

Lo más difícil para los padres es la forma de dirigirse a los niños perezosos. Respecto a esto debo decir que la haraganería, es decir, la aversión por el esfuerzo laborioso, sólo en casos muy raros se explica por el mal estado de salud, debilidad física o espíritu abúlico. Si así es, ni que decir tiene que lo mejor es acudir a la ayuda del médico. En la mayoría de los casos, la vaguería en el niño la fomenta la mala educación, cuando los padres no le enseñan desde sus primeros años a ser enérgico, no le acostumbran a vencer los obstáculos, no avivan su interés por la economía hogareña, no le inculcan hábitos de trabajo ni le acostumbran a que experimente las satisfacciones que reporta el trabajo. No hay más que un procedimiento de luchar contra la pereza: atraer paulatinamente al niño al trabajo y excitar gradualmente en él su interés laboral.

...Sólo nos queda decir unas cuantas palabras acerca de la calidad del trabajo. Esta debe tener la importancia más decisiva: siempre hay que exigir, y muy seriamente, la más alta calidad. Claro está que el pequeño es todavía inexperto, a menudo incapacitado físicamente para realizar una labor, en todos los aspectos ideal. Por esto hay que exigirle aquella calidad de trabajo para la que está completamente capacitado, que es factible a sus fuerzas y comprensión.

Tampoco se debe injuriar al niño por su mal trabajo, avergonzarle y reconvénirle. Hay que decirle sensilla y tranquilamente que su trabajo es insatisfactorio, que lo tiene que rehacer, enmendar

o emprender de nuevo. Mas tampoco en este caso los propios padres deben hacer el trabajo en lugar del hijo, sólo en circunstancias muy especiales pueden realizar aquella parte de la labor que claramente no corresponde a las fuerzas del niño, corrigiendo de paso el error cometido en la propia designación del trabajo.

En lo que a la esfera del trabajo se refiere, nos oponemos categóricamente a que se utilicen ninguna clase de estímulos ni de castigos. La tarea laboral y su solución deben de por sí proporcionar al niño satisfacción, que sienta alegría realizándola. El reconocimiento de que su trabajo es bueno debe constituir la mejor recompensa por su labor. El mismo valor tendrá la aprobación por ustedes de la inventiva, la ingeniosidad y procedimientos de trabajo del pequeño. Pero incluso esta aprobación oral no debe nunca exagerarse. Especialmente no debe encomiarse al niño por su trabajo en presencia de los conocidos y amigos de ustedes. Y menos aún se precisa castigarle por un mal trabajo o por no cumplirlo. Lo más importante es conseguir que, a pesar de todo, el niño realice el trabajo.

EDUCACION SEXUAL

El problema de la educación sexual se considera como uno de los problemas pedagógicos más difíciles. Y la realidad es que en ningún otro se han expresado tantas opiniones confusas y desacertadas. Y, sin embargo, en la práctica, este problema no es tan arduo y en muchas familias se resuelve muy sencillamente y sin vacilaciones dolorosas. Únicamente se hace difícil cuando lo tratan por separado y le dan demasiada importancia, destacándolo de la masa general de cuestiones pedagógicas.

El problema de la educación sexual en la familia sólo puede resolverse adecuadamente cuando los

padres tienen una representación exacta de qué quieren lograr con la educación sexual de sus hijos. Si este objetivo está claro para los padres, también tendrán claros los caminos para conseguirlo.

...¿Qué exige la moral social en los problemas de la vida sexual? Exige que la vida sexual de la persona, de cada hombre y de cada mujer, se encuentre en constante relación armónica respecto a dos esferas de la vida: en cuanto a la familia y al amor. La moral social reconoce exclusivamente como normal y justificada la vida sexual que se basa en el cariño mutuo y que se manifiesta en la familia, es decir, en la unión ciudadana abierta del hombre y de la mujer, unión que persigue dos fines: la felicidad humana y el nacimiento y educación de los hijos.

De aquí que estén claros también los objetivos de la educación sexual. Debemos educar a nuestros hijos de manera que sólo por amor puedan gozar de la vida sexual y para que su deleite, su amor y su dicha la realicen en el seno de la familia.

Cuando hablamos de educar el futuro sentimiento sexual, propiamente dicho, de nuestro niño, debemos hablar acerca de la educación para su futuro amor y como futuro hombre de familia. Cualquier otra educación sexual será obligatoriamente pernicioso y antisocial. Cada progenitor, cada padre y cada madre deben plantearse como objetivo que el futuro ciudadano o la futura ciudadana que ellos educan, puedan ser dichosos nada más que en el amor familiar y que sólo en esta forma puedan buscar las satisfacciones de la vida sexual. Si los padres no se plantean esta finalidad, si no la consiguen, sus hijos vivirán la vida desordenada de su sexo y, por consiguiente, llena de toda clase de dramas, desdichas, maldades y perjuicio social.

...En las cuestiones del amor y de la vida familiar siempre serán decisivas las aptitudes generales de la persona, su fisonomía política y moral, su desarro-

llo, su capacidad de trabajo, su honradez, la fidelidad a su país y su amor a la sociedad. Por eso es completamente justa la afirmación de que la vida sexual de la futura persona se educa incesantemente, a cada paso, incluso cuando los padres y los educadores no piensan en la educación sexual. El viejo adagio de "la pereza es la madre de todos los vicios", refleja justamente esta ley general, pese a que los vicios no tienen un solo origen. No sólo la pereza, sino cualquier desviación de la conducta social justa llevará inexorablemente a la persona a una conducta viciosa en la sociedad, incluida también la vida sexual desordenada.

De aquí se sobreentiende que determinados procedimientos, designados especialmente para la educación sexual, no sean los decisivos, sino todo el aspecto general de la labor educadora, el cuadro en su conjunto.

Pero existen asimismo ciertos métodos y procedimientos educativos que parecen estar designados a propio intento para ser útiles en las cuestiones de la educación sexual. También hay personas que cifran esperanzas especiales en estos procedimientos y métodos, considerándolos como la expresión más sabia de la creación pedagógica.

Debemos señalar que en estos consejos, estrictamente especiales, residen precisamente las vías más dañinas para la educación sexual, razón por la que deben utilizarse con extraordinario miramiento.

Antes de la revolución se prestaba muchísima atención a la educación sexual. Muchos eran a la sazón los que pensaban que el problema sexual era el cardinal, la esfera decisiva en la constitución física y síquica del hombre, toda la conducta del cual dependía de la contextura sexual. Los partidarios de tales preceptos "teóricos" se esforzaban por demostrar que toda la educación del muchacho o de la muchacha era, en esencia, educación sexual.

Buen número de estas "teorías" quedaron sepultadas en los libros sin llegar hasta el gran

público, pero otras muchas se filtraron en los amplios medios sociales, engendrando las opiniones más nocivas y peligrosas.

Les preocupaba más que nada que el niño llegase, de cierta manera especial, juiciosamente preparado para la vida sexual de forma que no encontrase en ella nada "vergonzoso", nada enigmático. Para lograr esto, trataban de que el pequeño conociese, cuanto antes mejor, todos los secretos de la vida sexual, explicarle el misterio del nacimiento de los niños. Se sobreentiende que señalaran con verdadero "horror" a los "simplo-nes" que engañaban a los niños con cuentos acerca de las cigüeñas y de otros culpables ficticios de que los niños vengan al mundo. Obrando así suponían que si al niño se le explicaba y se le aclaraba todo y si en su imaginación del amor sexual no quedaba nada indecoroso, habrían logrado también con ello una educación sexual justa.

Estos consejos hay que tomarlos con suma prudencia. Los problemas de la educación sexual hay que abordarlos con mucha más tranquilidad, sin hacer de ello trucos irreparables. Es cierto que en ocasiones el niño pregunta de dónde provienen los bebés, pero porque el pequeño se interese por esto no debe deducirse que en sus primeros años haya que aclararle todo hasta el fin. Hay que comprender que el niño no sólo está in albis en la cuestión sexual, sino que también desconoce muchas cosas en los demás problemas de la vida. Empero no apresurémonos a recargarle antes de tiempo con conocimientos desproporcionados para él.

A un niño de tres años no nos tomamos la molestia de aclararle por qué hace calor o frío, por qué aumentan o disminuyen los días. Exactamente igual no le explicamos cuando tiene siete años la estructura de un motor de aeroplano, aunque se interese por este problema. Cada cosa debe conocerse a su debido tiempo y no existe peligro alguno en que ustedes le contesten:

— Todavía eres pequeño, cuando seas mayor lo sabrás.

Hay que señalar también que el niño no tiene ni puede mostrar ningún interés, especialmente afanoso, por conocer los problemas sexuales. Este interés aparecerá en él sólo en el proceso de pubertad, cuando, de ordinario, para el niño ya no existen enigmas en la vida sexual.

De aquí que no haya ninguna necesidad imperiosa de apresurarse en descifrarle el "misterio de la encarnación", aprovechándose para ello de cualquier pregunta casual que pueda hacer el pequeño. Estas preguntas no encierran aún ninguna curiosidad sexual particular y la continuación del misterio no reportará ningunas preocupaciones ni sufrimientos al niño. Si ustedes saben desviar con más o menos tacto la pregunta del niño, si salen del paso con una broma o sonrisa, el pequeño olvidará su pregunta y trasladará su atención a otro objeto. Pero si ustedes comienzan a darle explicaciones acerca de los detalles más íntimos de las relaciones entre hombre y mujer, inevitablemente mantendrán en él la curiosidad en lo concerniente a la esfera sexual, aparte de que despertarán demasiado temprano su imaginación inquieta. Lo que le dan a conocer es cosa, para él, absolutamente innecesaria e inútil, mientras que los pensamientos que en él despiertan pueden ser el comienzo de preocupaciones sexuales precoces.

No hay que temer en absoluto que el pequeño conozca el misterio de la procreación por boca de sus amigos y amigas y que lo mantenga en secreto. En este caso, el secreto no es nada alarmante. El pequeño debe hacerse a la idea de que muchos aspectos de la vida de la persona son una esfera íntima y reservada de la que no puede hablarse con todos, ni es necesario que sea del dominio de toda la sociedad. Y sólo cuando al niño ya se le ha inculcado este aspecto de la vida íntima de las

personas, cuando ya está muy habituado a saber silenciar, o sea, cuando ya es mayorcito, es cuando se le puede hablar de la vida sexual. Estas pláticas entre el padre y el hijo o entre la madre y la hija deben ser rigurosamente confidenciales, justificadas por un provecho real y directo, puesto que corresponderán a la época de la pubertad del muchacho o de la muchacha. A esta edad, las conversaciones de esta naturaleza ya no pueden ser nocivas, por razón de que tanto los padres como los hijos comprenden que atañen a un tema importante y oculto que debe ser objeto de examen por consideraciones utilitarias y que este provecho, sin perder su intimidad, será al propio tiempo también real. Estos coloquios deben abarcar tanto los problemas de higiene sexual como, sobre todo, de la moralidad sexual.

Pero, incluso reconociendo la necesidad de estas pláticas en el período de la pubertad, no es necesario, sin embargo, exagerar su significación. Propiamente dicho, será mucho mejor si estos coloquios los realiza un médico y si se organizan en la escuela. Será siempre deseable que entre padres e hijos reine un ambiente de confianza y delicadeza, una atmósfera de pudor que a veces se viola por conversaciones demasiado francas en torno a temas escabrosos.

Nos oponemos también, por otra serie de consideraciones, a tratar demasiado temprano la cuestión sexual con los niños: el examen franco y demasiado prematuro de los problemas sexuales despierta en el niño un punto de vista chabacanamente racionalista en el terreno sexual que sirve de inicio al cinismo con el que a veces la persona adulta comunica con tanta impudicia a otros sus preocupaciones sexuales más recónditas.

Estas charlas con los hijos les presentan el tema sexual bajo una forma fisiológica estrecha. Los coloquios de esta naturaleza no serán, en este caso, temas ennoblecedores de amor, es decir, lo más

sublime y socialmente valioso de la actitud para con la mujer.

¿Con qué palabras puede decirse a un pequeño que las relaciones sexuales se justifican por el amor, si sobre este último el niño no tiene aún ni la menor idea? Querámoslo o no, estas pláticas tendrán un sentido fisiológico estrecho.

Hablando, en cambio, con su hijo o hija de la vida sexual cuando ya son mayores, ustedes estarán ya en condiciones de plantear este problema en dependencia del amor y educar en ellos un profundo respeto hacia todas estas cuestiones, un respeto ciudadano, estético y humano. Nuestros jóvenes llegan a conocer, sin tapujos, qué es el amor a través de la literatura, de la experiencia de las gentes que les rodean y por sus observaciones sociales. Los padres deben apoyarse, precisamente, en estos conocimientos y representaciones del problema asimilados ya por los jóvenes.

La educación sexual debe enseñar, precisamente, a saber amar, esto es, inculcar este sentimiento grande y profundo, sentimiento embellecido por la unidad de la vida, de los anhelos y esperanzas. Pero esta educación sexual debe realizarse sin un examen demasiado franco y, en esencia, cínico, de problemas fisiológicos estrechos.

¿Cómo llevar a cabo tal educación sexual? En este terreno, el ejemplo ocupa el lugar fundamental. El verdadero amor entre el padre y la madre, su respeto, ayuda y solicitud mutuos, caricias y ternuras razonables, cuando todo esto se hace a la vista de los hijos desde el primer año de su existencia, es el factor educativo más poderoso que necesariamente despierta en ellos la atención por relaciones tan serias y bellas entre la mujer y el hombre.

La inculcación, en general, de sentimientos de afecto en el niño es el segundo factor importantísimo. Si criando al pequeño no se le enseña a querer a sus padres, hermanas y hermanos, a su escuela, a su Patria, si en su carácter han arraigado principios

de grosero egoísmo, será muy difícil pensar que pueda amar profundamente a la mujer por él elegida. Estos hombres manifiestan, muy a menudo, los sentimientos sexuales más desbocados, pero siempre inclinados a no respetar a la que les atrae, a no sentir aprecio por su vida espiritual e incluso a no interesarse por ella. Esta es la razón por la que cambian fácilmente su cariño y no están muy lejos de la lascivia ordinaria. Esto ocurre, naturalmente, no sólo con los hombres, sino también con las mujeres.

El amor incompleto es amistad y la experiencia de este amor-amistad experimentado en la niñez, la experiencia del apego prolongado a determinadas personas, el amor por la Patria inculcado desde la infancia, todo esto es el mejor método de educar una actitud altamente social para con la futura compañera. Sin esta actitud será, en general, muy difícil disciplinar y refrenar el anhelo sexual.

Por esto aconsejamos a los padres prestar atención extraordinaria a todo lo relacionado con los sentimientos del niño para con las personas y para con la sociedad. Hay que procurar que el niño tenga amigos (padres, hermanos y camaradas), que sus relaciones con éstos no sean casuales y egoístas, que los intereses de los amigos ocupen al niño. Hay que despertar lo antes posible el interés del pequeño por su aldea o ciudad, por la fábrica donde trabaja su padre y, posteriormente, por todo nuestro país y su historia, así como en torno a sus personalidades más destacadas. Para lograr esto, las conversaciones generales no bastan. Se precisa que el niño vea mucho y piense en muchas cosas, que le impresione el arte. A estos fines corresponden magníficamente la literatura, el cine y el teatro.

Esta será ya una educación positiva también en el aspecto sexual, educación de la que dimanen los rasgos y el carácter individuales necesarios al hombre colectivista, que también observará una conducta moral en el terreno sexual.

También un régimen familiar acertado influirá útilmente en esta misma dirección. El chico o la chica acostumbrados desde la infancia al orden, sin experiencia de vida disoluta e irresponsable, incorporarán después esta costumbre a su actitud para con el hombre o para con la mujer.

El régimen familiar adecuado tiene, además, otra significación más particular. La experiencia crapulosa de la vida sexual comienza, muy a menudo, por encuentros fortuitos desordenados de chicos y chicas, en la inactividad y el aburrimiento, en condiciones del pasatiempo fútil y descontrolado. Los padres deben saber a ciencia cierta con quién amiga el niño y qué intereses persiguen estos encuentros. Finalmente, el régimen familiar adecuado contribuye a que el niño se sienta físicamente bien, estado en el que nunca surge ningún anhelo sexual demasiado precoz. Acostarse y levantarse a una hora normal, no estar tumbado en la cama sin necesidad, es ya una buena vigorización moral y, por consiguiente, también sexual.

La siguiente condición importante en la educación sexual es la ocupación normal del niño con alguna obligación y trabajos. Y aunque ya lo hemos tratado en otras charlas, lo sacamos nuevamente a colación por considerar que este problema tiene también gran trascendencia en la educación sexual. Cierta cansancio normal, agradable, por la tarde, tener por las mañanas idea de los deberes y trabajos que le aguardan durante la jornada, todo esto crea premisas muy importantes para un desarrollo armónico de la imaginación y para la distribución equitativa de las fuerzas del niño durante el día. En estas condiciones, el pequeño no sentirá ninguna desazón mental ni física de vagar perezosamente, sin objeto, ni de ejercitar en demasía su imaginación, ni aspirar a encuentros y sensaciones casuales. Los niños que en los primeros años de su infancia vivieron en un régimen familiar justo y concreto, de ordinario, crecen recordando con simpatía

dicho régimen familiar, habituados a él y sus relaciones con otras personas son más ordenadas.

El mismo significado para una educación general correcta, reflejada forzosamente también en la esfera sexual, tiene el deporte. Los ejercicios deportivos bien organizados, particularmente los patines, esquís, remo y la gimnasia diaria domiciliaria, reportan un provecho tan evidente y conocido que es obvio demostrar su utilidad.

Todas las medidas y principios educativos citados no parecen estar, a primera vista, relacionados directamente con los fines que persigue la educación sexual y, sin embargo, conducen invariablemente al logro de este objetivo por razón de que son los que mejor contribuyen a educar el carácter y a organizar la experiencia mental y física de la juventud. Ellos son los medios más poderosos para la educación sexual.

La influencia directa de los padres sobre los niños y adolescentes mediante conversaciones se facilita y se hace más eficaz sólo cuando estos principios y métodos se emplean en el seno de la familia. Ahora bien, si las condiciones a que hemos hecho mención no se observan, si no se educa en el niño el apego a las personas y a la colectividad, si no están organizados el régimen familiar y el deporte, ninguna conversación, por más habilidosa y oportuna que sea, podrá ser de provecho.

Estas pláticas deberán surgir accidentalmente, jamás hacerlas a priori, aleccionando de antemano al niño, sin exigirle nada en cuanto a su conducta. Esto no es óbice para que se capten hasta los casos más íntimos de infracción de esta norma de conducta a fin de no olvidarse nada y encontrarse después ante el caso consumado.

Como pretexto para estos coloquios deben servir: conversaciones y palabrejas deslenguadas y cínicas, interés desmedido hacia los disgustos familiares ajenos, actitud sospechosa y, no del todo honesta, respecto a las parejas amorosas, amistad

descocada con muchachitas, claramente no exenta del simple interés sexual, irrespetuosidad para con la mujer, excesiva afición por vestir bien, coquetería temprana e interés por los libros que describen con demasiada crudeza las relaciones sexuales.

En edad mayor, estas conversaciones pueden revestir un carácter persuasivo y analítico del fenómeno, la exposición de soluciones más positivas del problema y el ejemplo de otros jóvenes.

En edad más joven, estos coloquios deben ser más breves y, a veces, hacerse en tonos de prohibición y reprensión claros, exigiendo ni más ni menos que un comportamiento más honesto.

Mejor efecto que las pláticas, ejercen las opiniones de los padres sobre personas ajenas, si en la conducta de éstas se observan problemas de carácter sexual. En estas manifestaciones, los padres pueden expresar con plena libertad su condena acerba y hasta su repugnancia, patentizando, de paso, que es tal la seguridad que tienen de que su hijo o hija se comportarán ejemplarmente, que ni siquiera creen necesario mencionarlos. En este caso no digan nunca: "Jamás comportaros así, esto es muy feo", mejor decírcles: "Sé que tú no lo harás, pues eres de otra forma".

LA FAMILIA Y LA EDUCACION DE LOS HIJOS*

...**Q**uisiera, en esta breve charla, hablar de los problemas principales que a todos nos preocupan y, en este sentido, en el de plantear algunas cuestiones fundamentales de la educación, nuestra plática puede ser útil fijando posiciones de partida para sus reflexiones en esta importantísima esfera. ¿Por qué? Por lo siguiente. Después de publicarse el *Poema pedagógico* comenzaron a visitarme pedagogos, jóvenes y personas de más edad, de posición social distinta, buscando nuevas normas de moral soviética que deseaban seguir en su propia vida, preguntándome qué debían hacer para ello.

En cierta ocasión, vino a consultarme un joven geólogo: "Me destinan a un trabajo científico, al Cáucaso o a Siberia. ¿Por cuál decidirme?" Yo le contesté: "Marche allí donde el trabajo sea más difícil". Eligió el Pamir y no hace mucho recibí carta suya, agradeciéndome el consejo.

* Antón Makárenko habló sobre este tema en julio de 1938 en la redacción de la revista *Obschéstvennitsa* en una reunión de los más asiduos lectores. El texto de la charla se da reducido.

Pero, después de ver la luz el *Libro para los padres*, han empezado a visitarme progenitores desafortunados. ¿Para qué tiene que verme un padre cuyos hijos son buenos? Acuden, en cambio, personas como esta madre y este padre:

— Ambos somos miembros del Partido y activistas sociales, yo soy ingeniero y ella pedagoga. Nuestro hijo era un buen muchacho, pero ahora no podemos hacer carrera de él. Dice groserías a su madre, se marcha de casa cuando le viene en gana y nos desaparecen las cosas. ¿Qué hacer? Le educamos y le atendemos como es debido, siempre tuvo tantos juguetes como quiso, le vestimos y calzamos, tiene una habitación aparte y le proporcionamos toda clase de distracciones. Ahora (tiene 15 años) no le privamos de que vaya al cine o al teatro, si desea una bicicleta se la compramos. Por nuestra parte, ya nos está viendo: personas normales de las que no puede heredar nada malo. ¿Por qué, entonces, es tan mal hijo?

— ¿Le hace usted la cama al muchacho? ¿Siempre? —pregunté a la madre.

— Siempre.

— ¿Nunca se le ha ocurrido proponerle que él mismo la hiciera?

— Probé a preguntar al padre:

— ¿Limpia usted los zapatos a su hijo?

— En efecto.

Terminé la conversación, diciéndoles:

— Que sigan bien y no vayan a ver a nadie. Siéntense en cualquier banco solitario del jardín y traten de recordar qué hicieron con su hijo, preguntense quién tiene la culpa de que el muchacho sea así y encontrarán la respuesta y los procedimientos para corregirle.

Efectivamente, si le limpian el calzado y la madre le hace todas las mañanas la cama ¿qué clase de hijo van a tener?

El segundo tomo del *Libro para los padres* lo dedicaré a esta cuestión: ¿Por qué gentes con

sentido común, que pueden trabajar y estudiar bien, que incluso han recibido instrucción superior y, por consiguiente, de mentalidad y capacidades normales, activistas sociales que pueden dirigir instituciones enteras, un departamento, una fábrica o cualquier otra empresa, que saben mantener relaciones normales de camaradería, amistad y cualesquiera otras con diferentes personas, por qué estos ciudadanos, cuando chocan con su propio hijo, se transforman en personas incapaces de comprender cosas tan sencillas? Pues porque en este caso se ofuscan, olvidan la experiencia de la vida, aquella forma de razonar y la propia sabiduría que acumularon en el transcurso de toda su vida. Ante sus hijos se convierten en una especie de personas "anormales", incapaces de orientarse hasta en los problemas más simples. ¿Por qué? La única causa de ello es el cariño por su propio hijo. El amor es el sentimiento más sublime que, en general hace milagros, que engendra personas nuevas, que crea grandiosos valores humanos...

Si tuviéramos que definir más exactamente nuestra conclusión diríamos sencilla y abiertamente: el cariño, como la quina y la comida, exige cierta dosificación. Nadie puede jactarse de que ha comido opíparamente después de engullir 10 kilogramos de pan. El cariño exige también dosificarlo, necesita medirse.

Cualquiera que sea el aspecto de la educación que tratemos, siempre iremos a parar a este problema, al de la medida y, si lo queremos expresar con más exactitud, diremos al del justo medio, palabra que nos suena desagradablemente. ¿Qué es el justo medio, qué es un hombre mediocre? Muchos pedagogos que viven y piensan de manera tan "admirable", siempre me señalaron esto como un error mío: si usted recomienda encontrar el justo medio, educará una persona mediocre: ni maligna ni buena, ni inteligente ni obtusa, ni lo uno ni lo otro. Estas objeciones no me

turbaron. Comencé a comprobar si estaba o no en lo cierto, si en efecto no educaría a mediocridades y, puesto que afirmaba que en mi método pedagógico debería existir un justo medio, ¿no saldrían de mi mano educadora personas mediocres, no interesantes, aburridas, aptas para vivir cómodamente, pero incapaces de crear algo grande y experimentar elevados y verdaderos sentimientos espirituales humanos? Comprobé esto en la práctica. Mis treinta y dos años de labor profesoral y pedagógica y los últimos ocho años pasados en la comuna de trabajo Dzerzhinski me han afirmado en la conclusión de que este método es justo y aplicable a la educación familiar.

La palabra "medio" puede ser sustituida por otro término, mas como principio, esto hay que tenerlo en cuenta para la educación de los niños. Debemos crear un hombre de verdad, capaz de realizar una hazaña grandiosa y empresas sublimes, con nobles sentimientos, que pueda, de una parte, ser el héroe de nuestra época y, de otra, no ser en modo alguno un "papanatas" ni un hombre que puede desprenderse de todo y quedarse sin nada, jactándose de que es generoso. Incluso en nuestro ideal, al que nadie puede objetar nada, existe el principio de cierta línea media, de cierta medida, de cierta dosis. Comprendí entonces por qué la palabra "medio" no me preocupaba. Será justo, naturalmente, si decimos que el "justo medio" es una mezcla de blanco y negro, pues mezclando ambos colores se obtiene una pintura gris. Este justo medio parece ser fatal. Pero si ustedes no van a la caza de palabras, sino que piensan sencillamente en la persona, verán inmediatamente qué hombre consideramos el mejor, el más ideal, como deben ser también nuestros hijos; si seguimos invariables la línea trazada, si no nos dejamos arrastrar por ninguna "filosofía" palabarrera superflua, siempre podremos decir cómo deberán ser nuestros hijos. Cada cual estará en condiciones de

expresar: quiero que mi hijo esté capacitado para realizar cualquier hazaña, que sea un hombre de verdad y de grandeza de alma, con grandes pasiones, afanes y deseos, pero, simultáneamente, no quiero que sea un manirroto que reparta todo a diestro y siniestro porque es muy generoso, quedando en la miseria él, su mujer y sus hijos y que por esta misma bondad dilapide hasta su riqueza espiritual.

La felicidad humana que ha conquistado nuestra gran revolución proletaria y que irá aumentando año tras año, es una dicha que debe ser patrimonio de todos, a la que yo, particularmente, tengo también mi derecho. Yo quiero ser héroe y realizar proezas, dar al Estado y a la sociedad cuanto más mejor y, al propio tiempo, quiero ser un hombre feliz. Así deben ser nuestros hijos. Dar todo cuanto son cuando esto sea necesario, sin pensarlo, sin detenerse a reflexionar si su acto les reportará felicidad o dolor, pero, de otra parte, procurar que sean dichosos.

Lamento no haberlo comprobado plenamente, pero veo que los mejores hijos son aquellos cuyos padres son felices... Con la particularidad de que la felicidad de estos padres no se debe por que dispongan de un apartamento con gas, cuarto de baño y todas las demás comodidades. Esto no es así. Yo veo muchas personas que tienen un piso de cinco habitaciones, gas, agua caliente y fría, dos domésticas y, sin embargo, no han tenido suerte con los hijos. Unas veces ha sido la mujer quien ha abandonado al marido, otras, es el marido quien dejó a su esposa, o las cosas no marchan bien en el trabajo, o se ambiciona una sexta habitación, o una villa campestre particular. En cambio, encuentro muchas personas felices que carecen de muchas cosas. Esto lo veo en mi propia vida y, sin embargo, soy un hombre muy dichoso cuya felicidad no ha dependido de ningunos bienes materiales. Recuerden sus épocas más venturosas, cuando les parecía

que carecían de esto y lo otro, pero la conexión espiritual y la fortaleza de alma les impulsaba hacia adelante.

La posibilidad plena de esta felicidad pura, su necesidad y obligatoriedad, ha sido conquistada por nuestra revolución y garantizada por el régimen soviético. En la unidad de nuestro pueblo y en la fidelidad al Partido reside la dicha de nuestros ciudadanos. Hay que ser honrados, ser militantes del Partido en todos los pensamientos y actos, ya que el accesorio necesario para la dicha es la seguridad de que se vive correctamente, de que no se llevan ocultos ni la bajeza, ni la granujería, la astucia ni el afán de echar zancadillas ni ninguna otra mala intención. La felicidad de este hombre franco y honrado no sólo proporciona un gran beneficio a él mismo, sino, ante todo, a sus hijos. Permítanme por ello decirles: si quieren que sus hijos salgan buenos, sean ustedes felices. Háganse pedazos, si es preciso, utilicen todo su saber, sus capacidades, atraigan a sus amigos y conocidos, pero sean felices, con una auténtica dicha humana. A veces ocurre que la persona ansía la felicidad y se aferra a ciertos pilares, sobre la base de los cuales cree que más tarde construirá su dicha. Yo mismo cometí en cierta ocasión este error. Me pareció que si me hacía con esto, aunque aún no era la felicidad, más tarde podría construirla con aquel material. Nada semejante ocurrió. Estos no son más que pilares para los cimientos, sobre los que después se erige el palacio de la felicidad, sillares que, con mucha frecuencia, al correr del tiempo, se desploman y no son más que origen de desgracia.

No es difícil imaginarse que los padres dichosos, felices por su actividad social, por su cultura, por su vida, que saben administrar esta dicha, de estos padres siempre saldrán buenos hijos, pues saben educarlos bien.

En esto radica la formulación a la que hice mención desde el mismo comienzo: también en

nuestra labor pedagógica debe existir un justo medio situado entre nuestro gran trabajo entregado a la sociedad y nuestra felicidad, es decir, lo que recibimos de la sociedad. Cualquiera que sea el método de educación familiar por ustedes adoptado hay que encontrar la justa medida, razón por la que debemos inculcar el sentido de esta medida.

Tomemos la cuestión más difícil (pues veo que para las personas esto se considera lo más arduo), el problema de la disciplina. La severidad y la caricia son lo más difícil...

En la mayoría de los casos, las gentes no saben atemperar la caricia y la severidad, cosa absolutamente necesaria en la educación. Muy a menudo vemos que las personas entienden estos problemas, pero piensan: es justo que la severidad tenga un límite, que la caricia se adapte a unas normas, pero esto será necesario cuando el niño tenga seis o siete años, hasta esta edad, podemos pasarnos sin normas. En la práctica, las bases fundamentales de la educación residen hasta los cinco años, y lo que ustedes hayan hecho hasta esta edad constituye el 90% de todo el proceso educativo, después, la educación de la persona continúa, prosigue su formación, pero, en general, ustedes comienzan ya a recoger los frutos, mientras que las flores que cuidaron duraron hasta los cinco años. De aquí que hasta los cinco años el problema trascendental sea el de medir la severidad y la caricia. A menudo permiten al niño toda clase de caprichos y que pase el día gritando; otras veces le prohíben incluso llorar. Hay pequeños que no están quietos un momento, agarran cuanto se ofrece al alcance de su mano, importunan con preguntas y no hay manera de que nos dejen tranquilos. Los terceros deben hacer todo lo que se les ordena, como un muñeco, aunque esto es poco frecuente.

En los tres casos podrán ver que faltan normas de severidad y caricia. Claro está que lo mismo a los

cinco, seis y siete años, debe existir siempre esta norma, este justo medio, cierta armonía en la distribución de la severidad y la caricia.

En este aspecto se me objetaba: usted habla acerca de la medida en que se debe ser severo, pero al niño se le puede también educar sin ninguna severidad. Si ustedes hacen todo juiciosa y cariñosamente vivirán toda la vida así y nunca tendrán que ser rigurosos con el niño.

Yo no entiendo por severidad ninguna clase de ira ni de gritos histéricos. Ni mucho menos. La severidad solamente es buena cuando no tiene ningunos indicios de histeria.

En mi práctica me enseñé a ser severo utilizando un tono muy cariñoso. Yo podía expresar con absoluta amabilidad, cordialidad y tranquilidad palabras ante las que palidecían mis colonos. La severidad no supone que obligatoriamente haya que gritar o gruñir. Esto sobra. En cambio, su tranquilidad, su seguridad, su firme decisión expresadas cariñosamente, ejercen mayor impresión. "Fuera de aquí", esto impresiona; mas también surte efecto y, quizás mayor, si se dice "tenga la bondad de salir".

La primera regla es la adecuada para cierta norma, especialmente en lo que se refiere al grado de su ingerencia en la vida del niño. Esta es una cuestión de suma importancia que, con frecuencia, se resuelve en la familia inadecuadamente. ¿Cuáles deben ser la independencia y la libertad que hay que conceder al niño, en qué medida hay que "llevarle de la mano", hasta qué punto y qué se le puede permitir, qué prohibirle y qué dejarle a su libre albedrío?

El pequeño se encuentra en la calle y ustedes le gritan: no corras ni vayas a tal o cual sitio. ¿Hasta qué grado esto es justo? Si nos imaginamos una libertad desmesurada para el pequeño, esto será de malos resultados. Mas si el niño debe preguntar todo lo que debe hacer, si siempre debe acudir a

ustedes para pedir permiso y comportarse como ustedes mandan, al pequeño no le quedará ningún horizonte para su iniciativa, para su ingeniosidad y riesgo propio. Esto también está mal.

He pronunciado la palabra "riesgo". El niño de siete a ocho años debe también, a veces, correr riesgo y ustedes deben tener conciencia de este riesgo, hasta permitirlo, en cierta medida, para que el muchacho sea audaz y no se acostumbre a hacerlo todo, encubriéndose con la responsabilidad de los padres: mamá ha dicho, papá ha dicho, ellos lo saben todo, son un pozo de ciencia y yo me conduciré como ellos digan. Con tal ingerencia extrema por parte de ustedes, el hijo no se hará un hombre de verdad. En algunos casos saldrá de él un hombre falto de voluntad, incapaz de tomar cualquier decisión ni de emprender ningún riesgo y empresa y, otras veces, lo contrario, se subordinará y acatará la presión paternal hasta un cierto límite; pero como en él hay fuerzas que bullen y exigen salida, llega un momento en que, por fin, se abren paso violentamente, terminando la cosa con un escándalo familiar "Era un chico excelente, mas después no sabemos qué le ha ocurrido" —dirán ustedes. En realidad, esto le ocurría siempre, cuando obedecía y les escuchaba, pero las fuerzas que la naturaleza depositó en él, en desarrollo a medida del crecimiento y del estudio, se pusieron en acción y el chico empezó, primero, por resistirse calladamente y, después, a las claras...

Es frecuente también otro extremo, cuando consideran que los niños deben manifestar plena iniciativa y comportarse como mejor les parezca sin prestar atención a cómo viven y qué hacen, dejándoles que se acostumbren a una vida descontrolada, a pensar y resolver por cuenta propia. Muchos son los que piensan que, en este caso, en el muchacho se fomenta una gran fuerza de voluntad. Precisamente todo lo contrario. En tales circunstancias no se desarrolla ninguna fuerza de voluntad,

puesto que la verdadera gran voluntad no tiene nada que ver con saber desear o conseguir algo, sino en saber renunciar a algo cuando así es necesario. La fuerza de voluntad no es simplemente un deseo y su satisfacción, sino que es el deseo y el refreno, el deseo y la renuncia simultáneos. Si su hijo se ejercita solamente en satisfacer sus deseos y no practica el saber contenérselo, nunca tendrá gran fuerza de voluntad. Sin freno no puede haber máquina y sin freno no puede existir ninguna voluntad.

Mis comuneros conocían bien este problema. "¿Por qué no te contuviste, sabiendo que no debías hacerlo?" —les preguntaba yo. Y les exigía, al mismo tiempo: "¿Por qué te conformaste, por qué no te decidiste y esperaste a que yo te lo dijera?" También aquí el muchacho es culpable.

Hay que acostumbrar a los niños a que sepan contenerse, aunque, claro está, esto no es tan sencillo como parece. En mi libro yo trataré este problema detalladamente.

Paralelamente, hay que inculcarles una aptitud extraordinariamente importante, no muy difícil de lograr: la capacidad de saber orientarse, manifestada repetidamente en toda una serie de nimiedades y pequeños detalles. Mientras su niño es pequeño acostúmbrenle a orientarse. El siempre dice algo. En este momento entra algún extraño o que no lo es del todo, pero, al fin y al cabo, un elemento complementario de su sociedad, de su círculo familiar: visitante, huésped, la tía o la abuela. Los niños deben saber qué se debe decir y qué hay que callar en estos momentos (no se debe hablar, por ejemplo, acerca de la vejez en presencia de personas de edad, pues no les agradará. Primero hay que escuchar a la persona y después hablar uno mismo, etc.). El que los niños sepan apreciar en qué situación se encuentran y apreciarlo momentáneamente, es una cualidad de extraordinaria importancia que se les debe inculcar y que no representa

dificultades. Basta que ustedes detengan su atención en dos o tres casos y hablen con el hijo o la hija para que su observación ejerza un influjo beneficioso. La capacidad de saber discernir es muy útil y agradable tanto para los que le rodean como para el que la domina y aplica.

En la comuna esto era para mí más difícil que en la familia, pues la colectividad constaba de muchos chicos y la situación era mucho más compleja. Siempre entre personas: tratábamos con los nuestros y con los ajenos, con ingenieros, obreros, constructores; la comuna era siempre visitada por personas aisladas y por delegaciones, etc. Y no obstante, conseguí en este aspecto resultados bastante óptimos, que en la familia pueden lograrse con mucha más rapidez. El saber intuir en torno a sí el cambio de situación se manifiesta por doquier: cuando el pequeño atraviesa la calle debe saber por dónde lo hacen los peatones y la dirección de los coches; igualmente, en el trabajo, debe saber dónde se encuentran los sitios más peligrosos y los más seguros. Esta capacidad de orientación le ayuda a elegir dónde debe poner en juego su audacia y fuerza de voluntad y dónde es necesario refrenarse. Todo esto lo expongo hoy a grosso modo, pero en la práctica, la orientación hay que irla perfilando gradualmente, precisándola cuando está relacionada con la vida.

Tomemos este ejemplo. Sus hijos les aman y desean patentizar este cariño. También esta expresión de cariño se rige por la misma ley de la acción y del freno. Qué desagradable es ver a dos jovencitas (a ellas les ocurre con más frecuencia) amigas que una estudia en el octavo grado de una escuela y la otra en el mismo grado de otra; no se vieron más que dos veces en su vida, en la casa de campo y, sin embargo, al encontrarse de nuevo, se besan y suspiran de mutuo cariño. ¿Acaso piensan que en realidad se quieren? Muy a menudo esto es un sentimiento imaginario, un juego con los

sentimientos que, a veces, llega a tomar esta forma habitual de cinismo cariñoso, de expresión insincera de los sentimientos.

Ustedes conocen familias con hijos y saben cómo éstos expresan su cariño por los padres. En algunas familias, esto es un constante besuqueo y palabras cariñosas, una manifestación incesante de sentimientos, hasta tal extremo que hace sospechar de si tras estas expresiones externas se ocultan un cariño verdadero o son un juego acostumbrado.

En otras familias puede observarse un tono frío, como si todos vivieran separados. Llega el chico, se dirige fríamente al padre o a la madre y se marcha a sus asuntos como si no existiese ningún cariño paternal. Y sólo en casos raros, y agradables, podrán ver cómo en estas relaciones, exteriormente reservadas, fulgura una mirada cariñosa que se apaga momentáneamente. Este es un hijo de verdad que ama al padre y a la madre. El saber educar, de una parte, un sentimiento de cariño sincero, auténtico, que salga del corazón y, de otra, saber contener las manifestaciones de cariño para que éste no se sustituya por una forma exterior, no se cambie por besuqueos, es una cualidad de extraordinaria transcendencia. Sobre la base de esta actitud cariñosa para con el padre y la madre se puede educar una magnífica persona.

Los comuneros me querían como se puede querer a un padre, pero, al propio tiempo, conseguí que no existiesen ningunas palabras melosas ni contactos de ternura. El cariño no sufría lo más mínimo por esto. Los comuneros se acostumbraron a manifestar su cariño en forma natural, sencilla y mesurada. Esto no es sólo importante porque educa al hombre exteriormente, sino que lo es también porque conserva la fuerza del movimiento sincero, sirve de base a la moderación, necesaria en cualquier caso de la vida.

En este aspecto, abordamos de nuevo el principio fundamental: la norma, el sentido de la medida.

Esta misma apreciación de la medida se manifiesta también en una esfera tan compleja y difícil como la de las relaciones prácticas, materiales. Recientemente vinieron a verme las mujeres de una casa en la que había ocurrido un drama. Amigaban dos familias, ambas con niños. Del chico Yura (estudiaba en el séptimo grado), sospechaban que se había llevado algo de su casa sin pedirlo, un objeto o dinero. Los amigos conocían el hecho.

Cierto día, a estos amigos les desapareció un estuche de dibujo. Yura los visitaba con frecuencia y le consideraban como uno de la familia. En la casa no había ningún extraño, excepto este chico, que hubiera podido llevarse el estuche de dibujo. Sospecharon de él. Pues bien, estas dos familias, muy cultas, plenamente responsables de sus actos, de pronto, inesperadamente para ellas mismas, se enfrascaron en un proceso de investigación: necesitaban a toda costa establecer si Yura había o no robado el estuche de dibujo. Tres meses estuvieron envueltas en este asunto. Ciento que no recurrieron a un perro policía ni a ninguna ayuda ajena, pero sí, en cambio, comprobaron, interrogaron, buscaron y encontraron ciertos testigos, realizaron conversaciones secretas y no pararon hasta que Yura enfermó. Por último, comenzaron a exigirle:

— Di la verdad, no te castigaremos.

El padre se golpeaba el pecho con los puños:

— ¡Compadéceme, quiero saber si mi hijo es ladrón o no!

El chico les importaba ya un bledo. El padre se transformó en el objeto principal, al que había que librar de sufrimientos.

Acudieron a mí:

— ¿Qué seguir haciendo? ¡Así no podemos vivir!...

Les pedí que me trajeran al chico. Yo no siempre adivino por la mirada quién ha robado o no, pero, le dije:

— Tú no has hurtado nada. Tú no te has llevado el estuche de dibujo y no permitas que te pregunten más acerca de este objeto.

Con los padres hablé particularmente:

— Dejen ya de hablar de esto. Falta el estuche de dibujo, ha desaparecido, no importa quien lo haya robado. A ustedes les tortura el que su hijo sea o no ladrón. Se imaginan que están leyendo una novela policiaca y quieren conocer el final, quién es el ladrón. Desechen esta curiosidad. Se trata de la vida de su hijo. Ya antes el chico había hurtado algo y, ahora, bien pudiera ser que fuera él quien se lo ha llevado. El tiene esta tendencia, edúquenle, pero den al olvido este caso y cesen de torturarse ustedes y al chico.

Hay casos en los que, precisamente, adquiere extraordinaria importancia el advertir que el niño ha hurtado algo; si ustedes pueden demostrarlo y sienten que no deben callar, díganlo. Pero si ustedes no tienen más que sospechas, si no tienen la certidumbre de que ha robado, defiéndanle contra todas las sospechas ajenas. Pero sean más vigilantes y presten más atención a su hijo.

En la comuna de trabajo, una jovencita, arrancada por mí de la prostitución, realmente robó. Adiviné que era la ladrona y que así lo creían todos los muchachos, ella se turbaba. La última palabra debía decirla yo. Sabía que estaba tan acostumbrada a robar y que para ella esto era tan corriente que si la hubiéramos dicho: cómo no te da vergüenza, se habría quedado tan tranquila. Por esto, en el consejo de jefes, y éstas eran personas muy serias, dije:

— ¿Por qué la acosan? Estoy convencido de que no es ella la ladrona, ustedes no pueden demostrarlo.

Por más que gritaron, mi opinión prevaleció. La dejaron en paz.

¿Y qué piensan ustedes? Al principio, esta muchacha estaba preocupada a más no poder, me

miraba seriamente, desconcertada, pues tampoco era tonta. Para ella la cosa ofrecía dudas: ¿cómo había yo podido creerla tan ciegamente, cómo podía ser?, ¿fingía yo o la creía a pies juntillas? Aparte de que cuando necesitaba resolver alguna tarea de responsabilidad se la encomendaba a ella.

Así pasó un mes. La confianza que yo había depositado en ella no la dejaba vivir. Hasta que vino a mí llorando:

— No sé cómo agradecerse, cuando todos me acusaban, sólo usted me defendió. Todos pensaban que yo era la ladrona, sólo usted no lo creyó.

No tuve más remedio que decirle:

— Tú eres la autora del hurto, tú y no otro, lo sé perfectamente ahora y lo sabía entonces. Ya no robarás más. No se lo diré a nadie, tú no has robado, entre nosotros no "ha existido" tal conversación.

Ni que decir tiene que después de esto jamás volvió a hurtar.

Estos métodos, también reales, arrancan del sentido que se tiene de la medida y deben encontrar aplicación en la familia. No siempre se debe abusar en la familia de la verdad. A los niños hay que decirles siempre la verdad, ley en general justa, pero en algunos casos hay que mentirles. Cuando ustedes saben que es un raterillo y no están seguros de ello, ocúltenlo. Al revés, cuando están convencidos y tienen pruebas de ello, recurran a la confianza en él depositada. Esto no es más que tener sentido de la medida. Allí donde la cosa atañe a la personalidad del niño, ustedes no pueden expresar desmedidamente lo que sienten, su indignación, lo que piensan.

Hay que educar a los niños para que no roben, esto es lo más fácil. Mucho más difícil es formar un carácter: audacia, moderación, dominio de sí mismo y saber superar los obstáculos. Hacer que respeten los objetos (no llevárselos) es lo más sencillo. Si en la familia reina un orden constante y

el padre y la madre saben el sitio de cada cosa, jamás faltará nada en su hogar. Pero si ustedes mismos desconocen donde se encuentran los objetos, si abandonaron el dinero en el armario o en el aparador, o dejaron el monedero debajo de la almohada y se olvidan de ello, sus hijos pueden empezar a robar. Y puesto que en su familia todo anda manga por hombro, está claro que también el niño advierte este desorden. Ve que todo el sistema de prendas y objetos no ocupa la atención central de ustedes, terminando por convencerse de que si toma cualquier fruslería de este caótico sistema, ustedes no lo advertirán.

El primer hurto infantil no puede calificarse de robo, sino como que lo "tomó sin permiso". Después, si se repite, se hace ya costumbre, se transforma en robo. Si su hijo sabe exactamente qué puede tomar sin necesidad de permiso y qué es lo que debe previamente pedir, esto quiere decir que el niño no robará nunca. Cualquier fruslería, cualquier bollo, resto de comida o del agasajo a los invitados que quedó en el aparador sin guardarlo bajo llave y que nadie le prohíbe tomarlo, si el niño se lo lleva a escondidas, sin permiso, será ya robar. Mas si en la casa hay la costumbre de que los niños no tomen este bollo por cuenta propia, esto es una buena costumbre. No estará mal si inclusive no les piden permiso, limitándose, sencillamente, a decirse. En este caso la cosa no llegará al hurto.

Si ustedes le prohíben todo y el pequeño pide el bollo, sabiendo que se lo pueden dar o negar, también esta línea de conducta, a veces, llevará al robo. Si ustedes le permiten tomar cualquier cosa y sacarla de casa o, todo lo contrario, cuando no puede tocar nada, carece de toda libertad y para todo se necesita consentimiento, en uno y en otro caso puede fomentarse el robo.

Además de lo expuesto tiene mucha importancia que en la casa reinen el orden y la limpieza, que no haya polvo, que no se vean tirados por ningún

sitio prendas u objetos innecesarios y deteriorados. Todo esto es de una significación extraordinaria, mucho más trascendental de lo que parece. Si en casa hay infinidad de cosas que molestan, pero que da lástima desprenderse de ellas, porque tienen algún valor o recuerden algo, razón por la que asoman también retazos de viejos vestidos y algún tapiz que está allí porque ustedes no saben qué hacer con él, todo esto no hace más que fomentar el desorden, la falta de responsabilidad por las cosas. Si, por el contrario, en su hogar sólo hay los objetos verdaderamente necesarios, útiles para algo y agradables, si no asoman por ningún sitio retazos viejos, raídos y usados, muy difícilmente se fomentará la afición al hurto. Este espíritu de responsabilidad, expresado en su atención por las cosas que ustedes han colocado o desechado cuando ya no son necesarias, esta responsabilidad por los objetos hay que inculcársela al niño bajo la forma de respeto por las cosas y como inmunidad contra el hurto.

He hablado de lo más fundamental, de lo que yo considero importante en nuestro trabajo educativo: el sentido de la medida en el cariño y en la rigurosidad, en la caricia y en la severidad, en su actitud para con las cosas y los bienes. Este es uno de los principios fundamentales en los que yo hago hincapié.

Remarco que con esta clase de educación es como pueden educarse personas de gran serenidad, incapaces de quejarse o llorar, pero sí de realizar una gran hazaña, porque esta educación forjará en ellas su fuerza de voluntad.

RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS

Pregunta. Todos tenemos problemas palpitantes y a todos nos interesa hablar con Antón Makárenko.

Yo tengo dos hijos. Las condiciones en que los educo son iguales, pero los chicos son distintos. Uno siente indiferencia por el dinero, el otro, en cambio, en cuanto ve dinero no puede contenerse de tomarlo. No hay cerradura que valga. La familia trabaja, los padres viven unidos. Pero, si por un casual, queda confitura, obligatoriamente se la zampará. Si dejamos en el monedero 30 ó 40 rublos, se llevará hasta el último kopek.

El muchacho es bueno. A los extraños no les coge nada, les da cuanto tiene. No sabemos cómo abordarle. El padre se indigna cuando le hablas de esto. El chico tiene dieciséis años y con el desarrollo físico, de uno de dieciocho. El hijo mayor es komsomol, al pequeño no le interesa esta organización juvenil. Es un guapo mozo y las chicas le gustan. No quiere estudiar y lo hizo mal desde la primera clase. Pasa de un grado a otro con nota de "aprobado". Odia el trabajo, pero mete la mano en todo.

— ¿Quieres o no estudiar?

— Sí.

— ¿Por qué, entonces, no estudias?

La callada por respuesta.

— Si no quieres estudiar, vete a trabajar. ¿Puede saberse qué quieres lograr en la vida?

— No lo sé.

Le gusta el fútbol. Regresa a casa a las tres de la madrugada.

— ¿Dónde has estado?

— Donde estuve ya no estoy.

Con los extraños no es grosero, pero sí lo es con la familia. Y por si fuera poco, este afán de hurtar.

¿Qué hacer con él? El padre dice que no se ha llevado nada, yo afirmo lo contrario. El padre pone en juego esta confianza que, por ahora, no da ningún resultado.

Ahora ha pasado al noveno grado escolar.

Respuesta. ¿Por qué han fracasado en la educación del hijo menor?

Es imposible contestar a priori a esta pregunta. Si hubiese conocido al chico, hubiera podido hablar y aconsejarle, pero, ignorando su situación familiar y sus fallas, errores de tono y de otra naturaleza, sin saber quiénes son sus amistades, cuál es su modo de vida, no puedo asumir la responsabilidad de darles ningún consejo.

Pero, en general, puedo decir que los hechos son desconsoladores. En el *Libro para los padres* me esfuerzo por hablar de un solo tema: cómo hay que educar justamente. Pero ni en el *Libro* ni hoy he intentado hablar de cómo se debe reeducar. Para la familia esto es algo extraordinariamente difícil. Para reeducar a un niño hay que cambiar todo el tono de la colectividad en la que él vive; su hijo sería en la comuna el chico más dócil por cuanto es instruido, normal y bien parecido, en cambio, en su familia, ustedes han perdido verdaderamente la cabeza, no saben qué hacer con él. Dan bandazos probando diferentes medios. No obstante, tengo la seguridad de que si me invitan a su casa y platicamos, llegaremos a un resultado. Son muchas las casas que frecuento en calidad de pedagogo asesor. Esto también es importante para mí, pues amplió la esfera de mis investigaciones. Por lo demás, les ruego no sentir cortedad: ustedes recaban mi concurso y yo les presto cierta colaboración; nos ayudamos mutuamente.

Pregunta. Tengo una niña de seis años. Quisiera educarla como una chica audaz y buena, mas pese a todos mis esfuerzos, y de que siempre evité atemorizarla, a pesar de todo, la chica crece cobardona, medrosa. Cuando se acuesta a dormir siempre pregunta: "¿Qué soñaré hoy?" Como si temiese a las pesadillas. Cuando éstas le asaltan, se despierta sobresaltada.

¿Cómo inculcar valentía a la niña? He hecho cuanto he podido sin resultado alguno.

Respuesta. Usted pregunta cómo luchar contra la cobardía de la niña.

En este caso no tiene por qué temer nada. En las niñas de seis años es muy frecuente la excesiva receptibilidad y el nerviosismo. Mientras tenga seis o siete años la niña será poco atrevida, pero en cuanto llegue a los once, será un diablillo irrefrenable.

¿Hay en su familia o en la vecindad personas que cuenten aventuras terroríficas? ¿Qué es lo que ella teme?

No puedo figurarme este tipo de miedo. ¿Tal vez sea juego de la imaginación? A veces, esto se debe a un exceso de imaginación.

En este aspecto, el médico ayudará más. Usted no aporta ningunos datos que puedan determinar la conducta de la niña. Sin conocerla sería poco serio, por mi parte, hablar de ella. Permítame visitarle y, aún mejor, consulte al neuropatólogo.

Pregunta. ¿Qué hacer en este caso? En casa dialogamos con el chico acerca de lo que se puede y de lo que no se debe hacer. Le inculcamos buenas costumbres. Le dejamos reunirse con los demás chicos, es decir, no le prohibimos que ande entre ellos a pesar de que sabemos que trata con chicos diferentes, que puede aprender a blasfemar y que los chicos hablan también de raterías. Pero tampoco podemos prohibirle que se junte a ellos, pues entonces tendríamos que tenerle encerrado en casa, vigilado constantemente y privado de toda distracción. Tememos dejarle salir a la calle porque de los chicos de nuestro patio pueden esperarse toda clase de disgustos.

Respuesta. La pregunta es ardua: cómo preservar al niño de influencias nocivas extrañas. En cierta ocasión visitó nuestra Unión Soviética un político francés de renombre. También estuvo en nuestra comuna que, por cierto, le gustó mucho. No pudo contener las lágrimas cuando la orquesta de los comuneros interpretó a Beethoven. No se podía imaginar que estos antiguos "chicos del

arroyo" pudieran ejecutar música de Beethoven. Decidió conocerlos más de cerca.

— Todo está bien —dijo—, pero no estoy de acuerdo con una cosa: ¿cómo permiten que chicos buenos, normales, se eduquen junto a los que fueron raterillos y pequeños golfillos?

Le contesté en pocas palabras:

— ¿Y en la vida? ¿Acaso las buenas personas no viven junto a las malas?

No podemos preparar niños que sólo puedan vivir en una sociedad de personas ideales. Un chico educado así se apagaría en cuanto entrase en contacto con la sociedad. Su muchacho debe acostumbrarse a vivir en una sociedad integrada por personas de las más distintas cualidades. Debe saber también adaptarse a las gentes y resistirse a ellas y cuanto más dispares sean las condiciones de vida que le rodeen, tanto mejor para él. Aislarle y privarle de contacto con el mundo exterior puede causarle gran daño. Estará tan acostumbrado a la incubadora familiar que cualquiera le podrá engañar y burlar. Hay que educarle en un espíritu de resistencia. Para esto existe un procedimiento inmejorable: el tono reinante en su familia. Si en su hogar este tono es verdaderamente bueno, si usted tiene autoridad y si el chico cree que su madre es la más bella, la más justa, la más ordenada, la más alegre y, al mismo tiempo, la más seria, no habrá necesidad de convencerle porque usted es para él el ser más sublime, cuya autoridad es lo principal. Pero si usted comienza a rogarle y a tratar de persuadirle, él pensará: resulta que tú no eres ese ser sublime que me creía puesto que tratas de convencerme. Háblele con absoluta sencillez: "Tú debes saber que esto no puede hacerse". Y si a pesar de todo se comporta mal, exíjale: "Explica por qué lo has hecho". Que sea él quien explique su conducta y no usted. Cuando usted ordena no debe quedar la menor duda: "no se puede" ya será el primer paso de su hijo para aprender a resistirse.

Si el chico con el que su hijo juega es malo, no prohíba a su hijo jugar con él. Acérquese a este pequeño para saber en qué es malo y cómo y cuándo se manifiesta este defecto. No traten de persuadirle, sino de impresionarle con su seguridad, su serenidad, que su hijo vea que ustedes no tiemblan por que él pueda hacerse igualmente malo. Aquí no sólo deben entrar en juego la razón y el corazón, sino también de tener vista, de saber ayudar a su hijo y a los niños ajenos, si es necesario. Y su hijo marchará seguro arrastrado por el ascendiente de su madre, las influencias nocivas ya no serán temibles, las superará fácilmente.

Pregunta. Mi hijo estudia en el cuarto grado. Tiene una actitud ideal para con los padres. Hasta cuando enferma, no se permite llamar por la noche a su madre:

— Tú estás cansada, yo me levantaré.

El niño es disciplinado, hasta el extremo de que en la escuela, el maestro sienta periódicamente en su pupitre a los niños rebeldes. Hasta ahora no me he opuesto. Pero en el niño se está desarrollando cierto rasgo desagradable. Viene a casa y dice:

— Hoy, mi "pupilo" ha recibido ya sobresaliente.

Posiblemente le cambiarán de sitio y sentarán a mi lado a Petrov o a Ivanov, que también hay que hacerlos avanzar.

Ignoro hasta qué punto esto es útil o perjudicial para él ni sé cómo explicarle que, a pesar de todo, le falta mucho para ser maestro y que es un chico como los demás.

Otro caso. Conocía una familia que tenía un chico. Le conozco desde que tenía año y medio. Crecía un buen muchacho, de costumbres excelentes. El padre era artista y la madre atendía a los quehaceres de casa. Cuando el chico tenía doce años, falleció el padre. Durante cierto tiempo, continuó siendo un buen muchacho. La hermana era linda; mientras fue pequeña el hermano la

quería mucho. Ahora, él no tiene duelo ni de la madre ni de la hermana. ¿Cómo ha podido ocurrir que, después de la muerte del padre, de un buen chico haya salido, de pronto, un mozalbete grosero y descarado de dieciséis años? La madre quería a cegar a sus hijos, les daba lo último, incluso ahora, ella misma se lo quita de la boca para que el hijo coma.

Respuesta. Si la madre renuncia a todo y da al hijo hasta su propio pan está cometiendo el mayor delito imaginable. El hijo es quien debe alimentar a su madre, desprenderse de todo para su madre. En la familia de la que usted me habla, la madre tiene que comenzar a luchar, pero será una difícil lucha.

Soy partidario de que los niños cedan su asiento en los tranvías a los mayores. Es una cosa justa y, sin embargo, hay que discutir a menudo con los padres de ello. Soy un partidario convencido de que todo lo mejor que hay en la familia deben recibirlo, antes que nadie, los padres. Si se tiene un corte de seda hay que confeccionar un vestido a la madre. Si hay cien rublos disponibles y se plantea quién debe hacer una excursión por el canal *Volga-Moscú*, los padres o los hijos, lo más acertado es que vayan primero los padres y después los hijos. Esto no significa que ustedes dejen de preocuparse de los hijos. Ustedes deben hacerlo, pero de forma que ellos estén convencidos de que, en primer lugar, hay que preocuparse de los padres.

A veces, he tenido ocasión de escuchar razonamientos de esta naturaleza. Es komsomola y estudia en sobresaliente, dice a la madre cuando se trata de decidir a quién confeccionar un vestido nuevo:

— ¿Qué necesitas tú ya? Tienes treinta y ocho años, ¿cuánto puedes vivir aún? ¡Yo, en cambio, soy joven y tengo toda la vida por delante!

Yo no tengo hijas, pero vivió conmigo y eduqué a una sobrina. Si mi esposa tenía cuatro vestidos y la sobrina dos, yo insistía en que mi mujer se hiciera un quinto vestido y que la chica esperase al tercero.

Yo propondría a las jovencitas de hasta dieciséis años que sólo se hicieran vestidos de percal¹. Cuando terminen el décimo grado escolar ya recibirán un vestido sencillo de seda. Como norma, deben tener dos o tres vestidos de percal y, mejor aún, si ellas mismas se los confeccionan, planchan y reforman a su gusto. Pero si a la amiguita le han hecho un vestido elegante y por eso también yo lo necesito, esto ya no está bien. Hay que lograr que la hija esté contenta con su vestido de percal y de que ceda a la madre la primacía en el vestir.

En lo que a su hijo se refiere, al chico “pedagogo”, como aquí toma parte la escuela y el maestro, ¿qué puedo yo hacer? Allí saben su cometido, son personas competentes.

Yo mismo encomendaba a mis comuneros que ayudasen a los más débiles. Pero esto hay que instrumentarlo de otra forma. Otro debe ser el enfoque. Esto es, yo nunca decía que tú eres mejor y el otro peor, sino así:

— Como no has cumplido con tu deber, te encomiendo un trabajo complementario: preocúpate de este muchacho que va atrasado, tienes que sacar obligatoriamente buenos resultados de él, pues, de lo contrario, responderás de ello.

Plantéándole así el problema de prestar ayuda al camarada, él no se creará un pedagogo y cumplirá la tarea encomendada.

Lo malo de su caso es que en la clase no encargan a otros chicos de lo mismo que hace su hijo. Si unos ayudaran a otros, nadie se creería un “Séneca”. Todo esto depende del estilo del trabajo del maestro. En este caso no se puede inventar una ley general. Será perjudicial, muy perjudicial, si su hijo se envanece. Creo que deben decirle: “El maestro está algo equivocado, pues a ti mismo hace falta ayudarte un poco”.

¹ Al propio tiempo que no recomendaba hacer a las muchachitas vestidos caros, Antón Makárenko insistía, sin embargo, en que los vestidos fueran lo más lindos posible.

LA EDUCACION EN LA FAMILIA Y EN LA ESCUELA *

La educación de los niños en la familia y en la escuela es un tema tan extenso que de él puede hablarse varias tardes sin agotarlo por completo. En una velada sólo podremos tratar de algunos problemas principales. Posiblemente yo no sea un especialista respecto a lo fundamental. Pueden preguntarme por qué. Ustedes mismos lo verán. Les relataré en pocas palabras mi vida.

Soy maestro de escuela desde los diecisiete años. Los primeros dieciséis de mi carrera los ejercí en una escuela de ferroviarios. Soy hijo de obrero y fui maestro en la misma fábrica donde trabajaba mi padre. Era aún en tiempos del viejo régimen, en la vieja escuela.

Primero fui maestro y, después, director de una escuela fabril para los hijos de los trabajadores de un poblado obrero. Yo mismo pertenecía a la colectividad laboral, era miembro de una familia obrera. Mis discípulos y mis padres constituían una pequeña sociedad obrera fabril única.

* Antón Makárenko expuso este tema el 8 de febrero de 1939 en la Casa del Maestro, del distrito Frunze de Moscú.

Por consiguiente, yo disponía de grandes posibilidades. Ustedes en Moscú tendrán menos, puesto que agrupan a los niños por el principio de enclavamiento territorial.

Sus padres no están ligados a una colectividad obrera única. Es posible que ustedes tengan menos facilidades que yo para tratar con las familias. Pero, en cambio, ustedes disponen de un factor tan magnífico como lo es el Poder soviético, condición de la que yo carecía en aquel tiempo, época de la vieja Rusia autocrática.

Después de la revolución, el destino me separó de la familia. Trabajé dieciséis años con chicos huérfanos, sin familia. Me veía muy poco con los padres.

Cierto que en los últimos años me acerqué de nuevo a la familia, pero mi trabajo fundamental durante el Poder soviético se circunscribió a instituciones en las que vivían educandos que, "en principio", no reconocían a la familia.

Me ocurrió un caso célebre en circunstancias muy interesantes.

Comisionado por una organización cinematográfica, vino a verme un cameraman para filmar la comuna Dzerzhinski, en Járkov. Era un viejecito vivaracho, de los que saben ver todo, encontrar todo, muy inteligente y muy dispuesto.

La comuna le entusiasmó, le gustó todo. En el momento en que yo concordaba algunos problemas con él en mi despacho, de improviso, entró un camarada de aspecto bastante distinguido, denotaba que acababa de llegar del tren, lleno de polvo y me dijo:

— Vengo de Melitópol. He sabido que en su comuna vive mi hijo Vasia Stoliarov.

— Sí, en efecto.

— Pues bien, yo soy su padre. Se escapó de casa y le he estado buscando medio año. He sabido que se encontraba aquí y he venido a por él.

Veo que el hombre está emocionado, le tiembla la voz.

— Muy bien, por favor, llamen a Vasia.

Entró Vasia, un chico de unos catorce años que llevaba medio año en la comuna. De uniforme, gallardo, sabiendo presentarse y mirar como corresponde, entró en el despacho y preguntó:

— ¿Me han llamado?

— Sí, ha llegado tu padre.

— ¿Mi padre?

Ni que decir tiene que desapareció toda la etiqueta: se abrazaron, se besaron con un cariño extraordinario: se veía que el padre quería al chico y éste al padre, etc.

Terminaron los abrazos y los besos. El chico arregló su compostura, y el padre me dijo:

— ¿Entonces, deja que me lo lleve a casa?

— No tengo nada en contra, el hijo es quien decide. Lo que él diga se hará. Si quiere marcharse con usted, puede hacerlo.

Y aquí llegó lo bueno. Este mismo rapaz que acababa de sollozar de alegría, se ruborizó, se puso serio, fijó en mí su mirada, movió negativamente la cabeza y soltó:

— No me marchó.

— ¿Por qué, se trata de tu padre?

— Es igual, no me voy.

El padre palideció.

— ¿Cómo que no te vienes?

— Pues como lo oye.

— ¿Por qué?

— No me marchó y está dicho todo.

— Pero, ¿por qué no quieres irte? Este es tu padre.

— No quiero y basta.

El padre comenzó a indignarse:

— Quiéraslo o no te vienes conmigo.

Pero aquí se mezclaron ya en la conversación mis jefes de destacamentos:

— Usted no puede llevarse a nadie de aquí, es

un comunero dzerzhiniano; lo único que usted puede hacer es rogarle, si él quiere, se marchará, y si no, se quedará.

El padre dejóse caer en una butaca, histérico. Nos inquietamos, tratamos de tranquilizarle, le dimos agua. Cuando se calmó un poco nos dijo:

— Llamen a Vasia.

— No, ahora ya no le llamo.

— Sólo quiero despedirme de él.

Envié a mi enlace advirtiéndole:

— Pregunte si Vasia quiere despedirse de su padre.

Entró Vasia. Nuevamente comenzaron los sollozos, los abrazos y los besos. Cuando acabó todo, Vasia preguntó:

— ¿Puedo retirarme?

— Sí.

El chico se marchó y yo estuve aún dos horas hablando con el padre, observándole. Sentado en la butaca suspiraba, sollozaba, se calmaba y emprendía de nuevo a llorar. Hasta que se marchó sin Vasia.

Pero lo más “dramático” de toda esta historia fue que mi cameraman se entusiasmó extraordinariamente presenciando esta escena y, como hombre insensible al dolor ajeno, mientras el padre y el hijo sollozaban, se besaban y abrazaban, se las apañó para filmar estos momentos expresando así su gran satisfacción:

— Casos como éste se dan una vez en la vida a mis colegas operadores de cine.

En este punto, quiero ahondar en el problema de la familia y de la educación familiar.

...Hay familias buenas y malas. No puede afirmarse que la familia eduque como es debido, como tampoco podemos decir que la familia puede educar como quiera. Debemos estructurar una educación familiar a la que sirva como principio organizativo la escuela, como representante de la

educación estatal. La escuela debe orientar a la familia.

Cabe preguntar ¿cómo dirigir? ¿Llamar a los padres para decirles: "Tomen medidas"?, esto no es dirección.

Citar a los padres, abrirse de brazos y lamentarse: "¡Ay! ¿Cómo, lo hacen tal mal?", esto tampoco resuelve nada.

¿Qué puede ayudar, entonces, y cómo se puede ayudar? A un mal padre, es decir, a un padre que no sabe educar, siempre se le puede enseñar, de la misma forma que se puede enseñar al pedagogo.

Por cierto, camaradas, que muchos padres, igual que los pedagogos, no saben hablar con el niño. Hay que asegurar el tono de voz, cosa a la que por desgracia tampoco le prestan atención en las escuelas normales de maestros y en los institutos pedagógicos. Yo tendría obligatoriamente en cada instituto y escuela pedagógicos un buen especialista que supiese elegir el tono de voz. Esto es muy importante.

A mí mismo, al principio de mi carrera, no me salía muy bien que digamos. Me devanaba los sesos pensando cómo lograrlo, hasta que decidí recurrir a un actor de experiencia.

— Necesita acostumbrarse a dominar cierta voz.

— ¿Cómo, educar la voz? ¿Es que voy a cantar, acaso?

— No se trata de cantar, sino de hablar.

Ensayé con él durante cierto tiempo hasta que comprendí qué gran cosa es disponer de una voz adecuada, cuán trascendental es hablar en el tono que corresponde. Incluso una expresión tan simple como "Puedes retirarte", frase sencilla de dos palabras, puede decirse de 50 maneras, con la particularidad de que cada una de ellas puede expresarse con un acento que equivalga a una gota de veneno, si es que se necesita que lo sienta alguien.

Esto es una cosa muy complicada. Si ustedes no dominan su voz, naturalmente, les será difícil. No estaría mal que los dirigentes supieran modular sus voces. Hay padres y pedagogos que se permiten el "lujo" de que su tono de voz refleje su estado de ánimo. Esto es completamente inadmisible. Ustedes pueden estar no importa de qué humor, pero su voz debe ser verdadera, buena, firme.

El estado de ánimo no tiene ninguna relación con su voz. ¿Por qué han de saber ustedes de qué talante estoy ahora? Puede ser que esté apesadumbrado o que sienta una gran alegría, lo que no es óbice para que yo hable de manera que todos me escuchen. Cada padre y cada pedagogo, antes de hablar con el niño, deben sobreponerse de forma que su estado de ánimo no se manifieste. Y no crean que esto es muy difícil.

Después de vivir tres años en el bosque rodeados de bandidos, ¿cuál podía ser nuestro estado de ánimo? ¿Qué libertad de expresión podía yo dar a mi estado de ánimo? Me acostumbré a dominarme, cerciorándome de que esto es muy fácil. Lo que hace falta es que la fisonomía de ustedes, sus ojos y su voz sean, en algunos casos, autónomos. El pedagogo está obligado a tener un rostro de "parada". Y sería deseable que también los padres lo tuviesen.

Supongamos que han recibido una carta desagradable, incluso de una persona amada. ¿Es que por culpa de esta desdichada carta debe echarse a perder todo un mes de trabajo pedagógico, quizás de una persona querida que bien pudiera ser no vale nada y que, incluso, haya hecho bien en escribir tal carta?

El saber dar a su voz el tono y la mímica adecuados, ponerse en pie y sentarse, todo esto es trascendentalísimo para el pedagogo. Cada minucia tiene un gran significado y a los padres hay que acostumbrarles a estas nimiedades.

No hace mucho me decía un padre:

— Soy comunista, obrero. Tengo un hijo que no me obedece. Me escucha como el que oye llover. Le hablo por segunda y tercera vez y no me hace caso. ¿Qué puedo hacer con él?

Senté a este padre a mi vera y empecé a dialogar con él.

— Vamos a ver, muéstreme cómo habla con su hijo.

— Pues, así.

— Pruebe a hacerlo de esta manera.

— No puedo.

— Repítalo.

Ensayé con él media hora hasta que aprendió a ordenar. Todo residía en el tono de voz.

La ayuda a los padres por parte de la escuela sólo es posible cuando esta última representa toda una colectividad única que sabe lo que exige de sus discípulos y que presenta con firmeza estas exigencias.

Este es uno de los medios para ayudar a los padres. Pero existen asimismo otros. Hay que estudiar la vida familiar, averiguar las causas que determinan el mal carácter. No voy a enumerar aquí todos los procedimientos de ayuda a la familia.

...Paso a la siguiente cuestión. Yo planteo la tesis de que la verdadera familia debe ser una buena colectividad administradora. También el niño debe ser desde su más tierna infancia un miembro de esta colectividad administradora. Debe saber de dónde proceden los medios de subsistencia de la familia, qué se compra, por qué se puede comprar esto, mientras lo otro no se debe, etc.

Al niño hay que acostumbrarle a participar en la vida económica de la colectividad, y cuanto antes mejor, desde los cinco años. Debe sentir responsabilidad por los bienes de su colectividad. Pero no responder de manera formal, naturalmente, sino mediante las comodidades de su vida y las de la familia. Si la familia se administra mal, también a él

le irá mal en la vida. Merece la pena de ocuparse de este problema.

Y, finalmente, camaradas, una última cuestión, posiblemente la más ardua que atañe a la felicidad.

De ordinario, se oye decir: como madre y como padre damos todo al niño, lo sacrificamos todo por él, hasta la propia felicidad.

Este es el regalo más horrible que pueden hacer los padres a su hijito. Es un regalo tan monstruoso que si quieren emponzoñar la vida de su niño podemos recomendarles que le den a beber en gran dosis su propia felicidad y le intoxicarán.

El problema debe plantearse así: jamás sacrificarse por nada, por el contrario, que sea el niño quien lo haga por sus padres.

Ustedes saben que algunas jovencitas hablan así a sus madres:

— Tú ya has pasado la vida, mientras que yo no he visto aun nada.

A veces, tales palabras se dicen a una madre que no tiene más que treinta años.

— Tú ya has gozado de la vida, yo no, por esto todo debe ser para mí y nada para ti.

Mejor sería que la jovencita pensase:

— Tengo toda la vida por delante, en tanto que a ti, mamá, te queda menos.

Por esto escribiré sin rodeos en el cuarto tomo del *Libro para los padres*: los vestidos nuevos deben ser, en primer lugar, para las madres.

Los hijos dejarán de ofenderse si ustedes les educan en el afán de hacer felices a sus padres. Que los hijos piensen, en primer lugar, en la dicha paternal, sin importarles lo que piensan los padres. Ustedes son personas mayores y saben lo que hacen.

Si ustedes tienen dinero sobrante y dudan a quién comprar un vestido, a la madre o a la hija, yo me pronuncio por que sólo sea a la madre.

El padre y la madre deben hacer ver que tienen derecho a la felicidad antes que sus hijos. No tiene

ningún sentido para las madres ni para las hijas, y más aún para el Estado, educar consumidores de la dicha materna. Lo más horrible es educar los hijos a costa del bienestar de sus progenitores.

En nuestra comuna gastábamos 200.000 rublos en excursiones y 40.000 en entradas para el teatro. No escatimábamos dinero para ello. En cambio, cuando confeccionábamos trajes, nos guiábamos por esta regla: a los pequeños les arreglaban los trajes de los mayores. Los pequeños sabían que no se les harían trajes nuevos, que sólo podían contar con trajes reformados. Verdad es que podíamos esperar a que los chicos mayores usaran sus trajes totalmente y, después, tirarlos. Pero no lo hacíamos así, los mayores vestían durante cierto tiempo su ropa y después se arreglaba para los menores.

¿Qué van ustedes a darle a una jovencita de 17 a 18 años si a los catorce ya la vistieron de crespón?

¿Para qué hace falta esto? ¿Qué ambiciones tendrá más adelante esta muchachita? A medida que pase el tiempo comenzará a pensar así: tengo un solo vestido, mientras que tú, es decir, la madre, tienes tres.

Hay que inculcar en los hijos la preocupación por los padres, educar en ellos el deseo sencillo y natural de renunciar a la satisfacción propia, en tanto no se hayan satisfecho las del padre o la madre.

Y aquí, camaradas, puedo terminar.

¿Quizás tienen aún preguntas?

Desde la localidad: "¿Sigue existiendo la comuna Dzerzhinski, quién la dirige y qué ligazón tiene usted ahora con esta comuna?"

La comuna Dzerzhinski subsistió aún dos años después de marcharme yo, luego fue cerrada. ¿Por qué? Porque los mayores marcharon a los institutos y la fábrica allí creada se transfirió al correspondiente departamento de ramo. Todos los comuneros salieron de allí hechos unos hombres, pero sigo manteniendo relaciones con mis comuneros.

...Debo decir que esta ligazón comienza a causarme molestias, pues son muchos. A ellos todavía los recuerdo, pero no puedo acordarme con quién se casaron y quién cuántos hijos tiene. Y el caso es que de esto tengo que hablar en las cartas.

Sepan, camaradas, que un día a la semana tengo que dedicarlo a la correspondencia. Esto me molesta bastante, aunque, a decir verdad, no tengo por qué ofenderme, pues excepto a mí, ellos no tienen a nadie. ¿A quién van a dirigirse? Pero, a veces, paso grandes apuros por el gran número de cartas.

Cuando alguno de mis antiguos pupilos viene a Moscú, por ejemplo, desde en tren viene directamente a mi casa y, algunas veces, para todo un mes. Se presenta con toda franqueza: "Antón Semiónovich, vengo a pasar con usted un mes". Esto me aterroriza, pues me da lástima de mi esposa. Ella no puede convertirse en posadera. No es que me disguste tener que dar de comer a mis huéspedes, no es éste el quid, sino que aumentan los quehaceres domésticos.

— Muy bien, ya que has venido, quédate. Galia, tenemos huésped.

— ¿Quién es?

— Vítia Bogdanóvich.

— Salud, Vítia.

A los dos días comienzan las conversaciones:

— Será mejor que me vaya a un hotel.

— ¿Qué falta te hace? Vive aquí.

A los tres días nuevas palabras:

— Tendré que marcharme a Leningrado.

— ¿Qué es lo que tienes hacer allí? Mejor es que te quedes con nosotros.

Y cuando se marcha, la separación es igualmente dolorosa:

— Si te trasladaras a Moscú, podrías trabajar en la ciudad y alojarte en mi casa.

En su mayoría han salido buenos muchachos. Y aunque estas relaciones me causan trastornos, para

mí son fuente de gran alegría y de verdadera satisfacción. Aunque, no puedo ocultar, que alguno de ellos se perdió de vista.

Con motivo de haber sido condecorado, recibí un radiograma de la isla Wrángel firmado por "Mitka Zheveli". Ustedes le conocen a través del *Poema pedagógico*.

Hoy también he recibido una carta de felicitación que firma el "Ingeniero condecorado Orisenko (Gud)".

Desde la sala: "¿Qué piensa usted respecto a las medidas físicas de influencia?"

Sigo siendo enemigo de los métodos físicos de coerción. En general, yo no admito el castigo físico como método. No conozco ni una sola familia donde el castigo corporal haya sido provechoso.

Bien es verdad que no me refiero a los casos en que la madre da un par de azotes a un niño de dos o tres años. El pequeño no comprende nada, y la madre no es tanto lo que le castiga como la irritación que manifiesta. Pero golpear a un chico de 12 ó 13 años significa reconocer su plena impotencia ante él. Esto quiere decir que pueden hasta romperse con él, para siempre, las buenas relaciones.

En la comuna Dzerzhinski los muchachos no se peleaban nunca. Recuerdo este episodio. Regresábamos en barco de Batumi a Crimea. Ocupábamos toda la cubierta superior. Eramos muy queridos por todos. Ibamos bien vestidos, teníamos una magnífica banda de música y dábamos conciertos. Tanto al resto de los pasajeros como a la tripulación del barco, les teníamos encantados. Y de pronto, una mañana, después del desayuno, frente al mismo Yalta, un comunero de los mayores golpeó en la cabeza a su camarada más joven con una lata de conserva. El caso era para nosotros completamente insólito. Yo quedé trastornado. ¿Qué hacer? Oí que tocaban la llamada general.

— ¿Por qué?

— El jefe que está de servicio así lo ha ordenado.

— ¿Con qué objeto?

— De todas maneras usted ordenará reunir a todos.

— De acuerdo.

Nos reunimos, pero ¿qué hacer? Se propone lo siguiente: desembarcar al agresor en Yalta y separarnos de él para siempre.

Veo que nadie está en contra.

Tomo la palabra:

— ¿Bromean o hablan en serio? ¿Acaso esto es posible? Ha golpeado a otro, ha delinquido, pero no se puede arrojar a una persona de la comuna.

— No merece la pena hablar más de ello, votemos.

— Aguarden —digo.

En este momento el presidente de la reunión me interrumpe:

— Hay la propuesta de retirar la palabra a Antón Semiónovich.

¿Y qué piensan ustedes? Pues que me prohibieron hablar. Me dirijo a la reunión:

— Nos encontramos de excursión, soy el jefe y puedo arrestar por cinco horas a toda la asamblea general, aquí no están en la comuna, donde yo dialogo con ustedes. ¿Cómo pueden prohibirme hablar?

— Bueno, hable.

Pero el caso es que no había nada que decir. Se sometió la propuesta a votación y se aceptó por unanimidad. Y a renglón seguido se presenta otra proposición: quien se atreva a acompañarle puede quedarse también allí.

Una delegación de pasajeros y de la tripulación nos pidió que se perdonase al chico.

— No, sabemos lo que hacemos —les contestaron.

Cuando llegamos a Yalta ni un solo comunero bajó del barco. Todos esperaban impacientes

arribar a Yalta, querían visitar la ciudad, recorrerla, pues bien ni un comunero abandonó el barco. El jefe de servicio dijo secamente al culpable:

— Vete.

Y éste se marchó.

Cuando llegamos a Járkov vemos que nos está esperando en la plaza. Nuestros chicos cargan sus bártulos. El anda de un lado para otro, hasta que el jefe de guardia le dice:

— Márchate de la plaza. No montaremos mientras tú estés aquí.

Y se marchó. Al cabo de tres días se me presentó en la comuna. El centinela de puerta le dice:

— No pasas.

— Tú dejas a todos entrar.

— Dejo a todos, pero no a ti.

— Avisa, entonces, a Antón Semiónovich.

— No tengo que avisar a nadie.

A pesar de todo me llamaron.

— ¿Qué es lo que quieres?

— Convoque asamblea general.

— Perfectamente.

Estuvo en mi despacho hasta el fin de la tarde, en que se reunió la asamblea general. Abro la reunión. Todos nos miran y callan. Pregunto quién quiere tomar la palabra. Nadie. Les ruego que digan algo. Sonríen. Ahora, pienso, es seguro que le dejarán quedarse. Pido que se ponga a votación. El presidente anuncia: "Quién esté de acuerdo con la propuesta de Antón Semiónovich que levante el brazo". Ni una sola mano se levanta. "¿Quién está en contra?" Todos.

Al día siguiente volvió de nuevo.

— No es posible que me castiguen con tanta crueldad. Convoque otra vez asamblea general, pues quiero que me lo aclaren.

Se reúne por la tarde la asamblea general.

— Exige que se le dé una explicación.

— Está bien. Habla, Alexéiev.

Alexéiev toma la palabra.

— En el barco, en presencia de toda la Unión Soviética, pues has de saber que a bordo iban representantes de todas las ciudades, ante toda la tripulación, por una tontería, golpeaste a un camarada en la cabeza. Esto no se puede perdonar y jamás te lo perdonaremos. Cuando nosotros nos vayamos, vendrán otros chicos que tampoco tendrán duelo de ti.

Y abandonó para siempre la comuna. Muchos de los antiguos muchachos ya habían salido de ella y habían llegado bastantes nuevos. Mas estos últimos decían siempre: "Hay que hacer lo mismo que se hizo con Zviáguints". Jamás habían visto a Zviáguints, pero conocían el hecho.

Ya ven, camaradas, cómo los comuneros entendían los golpes. En mi espíritu pedagógico les censuraba su crueldad, pero, en mi fuero interno, humano, les daba la razón.

Esta acción, claro está, es una crueldad, mas una crueldad provocada. Es natural que en la colectividad se prohíban los malos tratos. Personalmente, yo soy adversario irreconciliable de los métodos físicos de influencia.

Desde la sala: "En su comuna había jóvenes de ambos sexos de diecisiete y dieciocho años. ¿Cuáles eran sus relaciones?"

La pregunta es muy difícil de contestar. Tendría que hablar mucho tiempo. Esto figura en mi libro. Pero de todos modos, procuraré decirlo en pocas palabras. El amor no se puede prohibir, naturalmente, pero tampoco se puede permitir enamorarse y casarse a los dieciocho años, pues este matrimonio no proporcionará ninguna felicidad. Entre nosotros desempeñaba un gran papel la unidad de la colectividad y la confianza hacia mí. Yo podía reunir a las muchachas y darles una charla acerca del comportamiento de una joven de su edad. Después, reunía también a los muchachos. A estos últimos, no tanto les enseñaba, como les exigía sin rodeos: en primer lugar tenéis que

responder de esto y lo otro, comportarse de tal o cual manera.

Me apoyaban las organizaciones del Komsomol y del Partido y, claro está, la organización pioneril. También contaba con la ayuda de la asamblea general.

Sólo por esto todo marchaba bien en este problema: no hubo ninguna tragedia ni drama. Conocíamos, por ejemplo, que Krávchenko amaba a Donia y que ésta le correspondía. Siempre andaban y paseaban juntos, mas en ello no había nada reprochable. Cumplieron el plazo de su permanencia en la comuna, ambos ingresaron en un instituto y solamente después, al cabo de tres años, se casaron. Antes de hacerlo vinieron a la comuna y expusieron al consejo de jefes que querían unirse en matrimonio. Los muchachos les aplaudieron diciéndoles: a tiempo os casáis, habéis aguantado cinco años de amor.

Desde la sala: "¿De dónde le proviene a usted este conocimiento de la mentalidad de los niños de edad preescolar?"

Yo no tengo hijos naturales, pero tengo hijos adoptivos. En la comuna había un jardín de infancia para los niños de los empleados. Yo lo organicé y lo dirigí. Conozco bien y amo profundamente a muchos niños de edad preescolar. Mi experiencia no es muy grande, pero, de todas maneras, alguna tengo.

ACERCA DE MI EXPERIENCIA *

Es poco probable que en lo que pueda decirles encuentren algo de valor para ustedes. Creo que también puede aprenderse de ustedes, igual que de mí y de todos los demás camaradas. Ustedes mismos tienen experiencia de trabajo magnífica y disponen de excelentes instituciones.

Pienso que de lo que voy a contarles, únicamente podrán sacar provecho exclusivamente desde el punto de vista de acicate para su actividad, de empujón, que incluso sirva para vencer su resistencia, ya que mi experiencia es bastante original y tiene poco de común con la suya. Posiblemente yo tuve más suerte que ustedes.

Por esto les ruego no entender mis palabras como receta, como una ley, ni como conclusiones. Pese a que trabajé 16 años seguidos en una casa de niños, no puedo afirmar que haya llegado a ciertas conclusiones definitivas. Todavía me encuentro en

* Antón Makárenko dio esta conferencia en el Instituto Científico-Práctico de Escuelas Especiales y Casas Infantiles el 20 de octubre de 1938.

un proceso de afianzamiento igual que, probablemente, se encuentran también ustedes.

En la solución de muchos problemas tendré que recurrir, probablemente, a su ayuda o a la ayuda de otros camaradas.

Por esto mismo, lo que voy a decirles no son conclusiones; éstas podrán ser expuestas en un gran trabajo, en una monografía, en obras respaldadas con un análisis marxista. Carezco de deducciones acabadas en cuanto a la educación, razón por la que les ruego permítanme dialogar con ustedes, como entre camaradas, acerca de las hipótesis intuitivas que me embargan, ya que lo que voy a decirles es más intuición que conclusiones.

Comprendo perfectamente que mis ideas se determinan por mi experiencia pedagógica, que es posible otra experiencia y que si yo la hubiera probado pudiera ser que pensara de otra manera.

Mi experiencia es muy corta. Dirigí ocho años la colonia Gorki para menores infractores de la ley y otros ocho, la comuna de trabajo Dzerzhinski. Esta última ya no era un establecimiento correccional para infractores de la ley. En los primeros tiempos recibía niños vagabundos ordinarios, mas en los últimos cuatro años me traían exclusivamente niños de familias cuyo mal no residía en la mala situación material, sino, exclusivamente, en el aspecto pedagógico, en el modo de vida.

¿Qué categoría de estas tres es la más difícil de educar: los infractores de la ley, los vagabundos o los niños que tienen familia? Es difícil decirlo y, sin embargo, pienso que los más difíciles de todos son los niños que tienen familia. Por lo menos, por su carácter taimado, por su aspecto externo y por su espíritu de resistencia, estos niños son en mi experiencia los más difíciles.

Mas cuando llegó esta época, yo estaba ya mejor pertrechado con los recursos de mi maestría y, lo fundamental, que disponía de una colectividad de

chicos con una tradición y una historia de dieciséis años.

Sólo por esto fue para mí más fácil educar a los niños que tenían familia que mi labor con mis primeros educandos, los infractores de la ley, con los que, a la sazón, aún no sabía yo trabajar.

Sobre la base de mi práctica con estas tres categorías, en los últimos años de mi función llegué a la conclusión, para mí la más importante, deducción que hasta hoy me suena un tanto paradójicamente, puesto que afirma la inexistencia absoluta de niños difíciles de educar. Pero hay más, esta afirmación no tiene para mí, en modo alguno, el carácter de simple negación.

En general, quisiera decirles que la distancia entre la norma moral social y las deformaciones morales sociales es muy pequeña, casi insignificante.

De aquí que me asalte otra deducción, en la que no estoy seguro, de que la llamada reforma, el enderezamiento del carácter, no deba operarse evolutivamente, durante mucho tiempo.

Estoy llegando al convencimiento de que puesto la distancia entre las costumbres antisociales, entre cierta experiencia de carácter inaceptable para nuestra sociedad y la experiencia normal es muy insignificante, es por lo que esta distancia hay que salvarla lo más rápidamente posible.

Yo digo esto, a pesar de no estar muy seguro de que dicha conclusión haya que formularla, precisamente, con tales palabras. No estoy muy convencido de que esta teoría sea posible, pero sí estoy persuadido de mi experiencia.

En los últimos 5 años, trabajando en la comuna Dzerzhinski, donde había muchos caracteres destacables y difíciles, ya no tropecé con procesos evolutivos del carácter. Asistí a la evolución que se opera en sentido ordinario, por el que siempre entendemos crecimiento y desarrollo: el chico estudia en el III, IV grado y después pasa al V. Se

amplían sus horizontes y adquiere más conocimientos y hábitos. Pasa a trabajar a la fábrica, eleva su calificación y adquiere costumbres de carácter social.

Pero aquí se trata de un crecimiento ordinario y no de cierta evolución, desde un carácter estropeado y deformado hasta llegar a un carácter normal.

Esto no quiere decir, en absoluto, que no exista ninguna diferencia entre un carácter deformado y la norma, mas sí significa que el enderezamiento del carácter es mucho mejor realizarlo mediante un método por una explosión, si así lo quieren.

Por explosión yo no entiendo, en modo alguno, colocar dinamita al pie de la persona, encender la mecha y salir corriendo sin esperar a que la persona vuele hecha pedazos.

Yo tengo en cuenta una influencia instantánea, que revolucione todos los deseos de la persona, todos sus afanes.

Me asombró tanto la expresión externa de estos cambios que pasé a ocuparme de la metodología de estas explosiones y evoluciones respecto al carácter deformado convenciéndome paulatinamente de que el método de las explosiones —y no encuentro otra palabra para denominarlo— puede ser tenido en cuenta por los pedagogos como uno de los métodos acertados. Posiblemente ustedes podrán encontrar otro vocablo pedagógico más adecuado para definir este método, yo lo he buscado sin resultado.

Les hablaré de las impresiones que me obligaron no sólo a pensar así, sino también a proseguir mi trabajo con este método.

En 1931 yo debía completar mi comuna, donde había 150 educandos con 150 nuevos chicos, muchos de los cuales debería recibirlos en el transcurso de dos semanas.

Disponía, a la sazón, de una organización inmejorable de comuneros. De las 150 personas

que la integraban 90 eran komsomoles de 14 a 18 años de edad y los restantes pioneros.

Todos estaban estrechamente unidos, muy compenetrados, tenían una disciplina muy perfecta, concreta, briosa, trabajaban magníficamente y estaban orgullosos de su comuna y de su disciplina. Se les podía encomendar tareas de bastante responsabilidad, incluso físicamente difíciles y psicológicamente arduas.

Pues bien, vean qué método utilicé para causar mayor impresión a los nuevos pupilos.

Claro está que este procedimiento era múltiple y residía también en la propia preparación del local: dormitorios, puestos de trabajo, clase escolar, en la preparación del aspecto externo con flores, espejos, etc.

La comuna disfrutaba de gran desahogo, pues vivía a base de la autogestión financiera.

Reclutábamos a los chicos capturándolos en los trenes rápidos que pasaban por Járkov. A base de estos polizones completábamos nuestro contingente, al que teníamos derecho. Los trenes rápidos Moscú—Mineralnie Vodi, Moscú—Sochi y Moscú—Kislovodsk nos proporcionaban siempre candidatos a mi comuna.

Todos estos trenes rápidos pasan de noche por Járkov y los chiquillos los recogíamos también por la noche.

Siete u ocho comuneros, a uno de los cuales se le nombraba jefe eventual, para una noche, salían de la comuna en busca de estos chicos. Este jefe eventual respondía siempre por el trabajo del destacamento, presentando el parte cuando terminaba la misión.

En el transcurso de dos a tres horas, este destacamento provisional hacía una redada de vagabundos que viajaban escondidos en los techos, en los retretes y debajo de los vagones. Ellos sabían cazar a estos "pasajeros", yo jamás habría dado con ellos.

Los funcionarios del Ministerio del Interior me cedieron un local en la estación y allí celebrábamos el primer mitin.

Este mitin no tenía como fin persuadir a los vagabundos de que fueran a la comuna, sino que revestía otra forma. Nuestros comuneros se dirigían a los golfillos con estas palabras: "Queridos camaradas, nuestra comuna tiene gran necesidad de mano de obra. Estamos construyendo una fábrica nueva y les pedimos que nos ayuden".

Y los vagabundos se convencían de que así era.

Después les decían: "El que no acepte puede seguir su viaje en un tren rápido".

Y, a renglón seguido, comenzaba el método de asombro, al que yo quiero denominar método de explosión.

De ordinario, los muchachos accedían a ayudarnos en nuestra construcción y se quedaban a pernoctar en aquella habitación. Al día siguiente, a las 12 de la mañana, la comuna en pleno con la banda de música, muy buena y con más de 60 instrumentos brillantes, la bandera al frente, en uniformes de parada con cuellos de piqué, con el porte más lucido, monogramas, etc., formaba en una fila frente a la estación. Cuando los reclutados salían a la plaza, cruzándose los vuelos de sus caftanes y descaltos, y se tropezaban de manos a boca con la formación, la orquesta rompía a tocar. Los recibíamos con música y saludos como a nuestros mejores camaradas.

Luego, formábamos en columna con los komso-moles a la cabeza, después las muchachas seguidas de estos vagabundos, cerrando la formación una sección más de comuneros.

Este grupo desfilaba con toda solemnidad, en columna de ocho en fondo.

El público lloraba enternecido, aunque nosotros lo hacíamos por pura fórmula y no por suscitar sentimentalismo.

En cuanto llegaban a la comuna, los metíamos al baño, saliendo de allí rapados, lavados y vestidos con los mismos trajes de fiesta y cuellos blancos que los demás.

A continuación, se traía en una carretilla su vestimenta anterior, se regaba con bencina y se quemaba solemnemente.

Acudía la pareja que estaba de servicio en el patio, barría las cenizas y las echaban a un cubo.

A muchos de mis empleados esto les parecía una broma, pese a que, en realidad, el acto producía una conmovedora impresión, si no simbólica, por lo menos material.

De todos estos vagabundos recogidos por mí de los trenes, sólo dos o tres se descarriaron.

Jamás olvidarán estos chicos su recibimiento en la estación, la hoguera con sus harapos, los nuevos dormitorios, el trato diferente, la nueva disciplina.

Les he citado uno de los ejemplos de este método denominado por mí método de explosión¹.

Este método prosigue y se desarrolla en todo mi sistema y está basado, en primer lugar, en la propia colectividad.

Es lamentable que en ninguno de nuestros libros se describa qué es una colectividad y, sobre todo, qué es una colectividad educativa infantil.

De esto hay que escribir, hay que investigar más extensamente esta colectividad.

El primer rasgo distintivo de la colectividad es que no es una muchedumbre, sino un órgano operante, estructurado con arreglo a un fin y capaz de actuar.

¹ Este procedimiento pedagógico provocó grandes discusiones entre los pedagogos. Apreciando el "método de explosiones" hay que tener en cuenta que Antón Makárenko habla de este método como aplicable a la reeducación. Cuando la educación está adecuadamente organizada, desaparece, como regla, la necesidad de "reformular" y "rehacer" el carácter. La esfera de aplicación del "método de explosiones" se reduce correspondientemente.

Su organización la permitía transformarse en organismo social; seguía siendo siempre colectividad sin convertirse jamás en muchedumbre. Quizá esto sea lo más difícil en nuestra labor pedagógica. Por lo demás, nunca encontré colectividades iguales a la que yo tuve. Y no crean que lo digo por vanagloriarme, sino que me limito sencillamente a sentar un hecho.

La creación de esta colectividad no se debió solamente a mí. De esto habría que hablar mucho y no sé si podré abarcar todo.

Pero la propia organización de la colectividad debe comenzarse resolviendo el problema de la colectividad primaria. Yo he pensado mucho en esta cuestión, se me ocurrieron muchos y diferentes procedimientos para organizar la colectividad llegando a las siguientes conclusiones.

La colectividad primaria, es decir, la que ya no debe subdividirse en colectividades más pequeñas, ni grupos, no puede tener menos de 7 ni más de 15 personas. Yo no sé por qué esto es así, nunca lo tuve en cuenta. Lo que sí sé es que si la colectividad primaria tiene menos de 7 personas comienza a transformarse en una colectividad de amistad, en un grupito cerrado de amigos y amigotes.

Por otra parte, la colectividad primaria con más de 15 personas tiende siempre a dividirse en dos, siempre existe en ella una línea divisoria.

Yo considero solamente colectividad primaria, ideal, la colectividad que siente simultáneamente su unidad, compenetración, fortaleza, y que al mismo tiempo siente que no es una compañía de amigos que se han puesto de acuerdo, sino un fenómeno de orden social, una colectividad, una organización que tiene ciertas obligaciones, un cierto deber y cierta responsabilidad. Todo esto puede explicarse en el papel, en pocas palabras es difícil hacerlo.

Especialmente me ocupé de la persona que debía dirigir y responder de esta colectividad primaria.

Todos los 16 años de mi trabajo los empleé en dilucidar este difícilísimo problema, hasta que llegué a convencerme de que al frente de la colectividad primaria debería encontrarse, obligatoriamente, un jefe único, una sola persona que a pesar de su autoridad como jefe unipersonal no sería un dictador, pero que al mismo tiempo sería el plenipotenciario de esta colectividad.

Posteriormente, me fue también importante otra circunstancia: la duración de esta colectividad primaria.

Conseguí mantener tal colectividad primaria, sin cambios, durante 7 u 8 años. Diez o quince chicas o chicos conservaron su calidad de colectividad primaria durante 7-8 años, operándose en ella cambios que no pasaron del 25%: de doce personas, en el transcurso de 8 años, cambiaron solamente tres: tres causaron baja y otros tantos ingresaron.

Yo presentí de antemano y vi en la práctica que se obtenía una colectividad muy interesante, interesante en el sentido de que se la podía calificar de maravilla por el carácter del movimiento, por el carácter de su desarrollo, por el carácter del tono, tono de seguridad, de brío, de tendencia a conservar la colectividad primaria. Esta colectividad tenía el poder unipersonal del jefe y, después, del responsable del equipo de trabajo.

Al principio, predominaba la tendencia de poner al frente de esta colectividad primaria al chico o chica más capaces, más "pillos", de más fuerza de voluntad, en una palabra, un atamán capaz de tener a todos metidos en un puño: de mandar, insistir y presionar.

En el transcurso de 16 años pude observar cómo esta tendencia de elegir como jefe a la personalidad más fuerte, capaz de mandar, fue cambiando paulatinamente hasta que, por último, a la cabeza de esta colectividad primaria, del destacamento (por lo común a esta colectividad la llamábamos destacamento) se colocaba al responsable de turno

que no se distinguía lo más mínimo de cualquier otro educando.

Durante estos 16 años, casi inadvertido para mí y poco menos que independiente de mis fines educativos, se fue operando este cambio, sucediéndose los responsables al frente del destacamento.

En los últimos años mi dicha pedagógica llegó hasta el punto de que podía designar a cualquier comunero como responsable de cualquiera colectividad con la seguridad de que la dirigiría brillantemente.

En estos momentos no puedo describirles detalladamente el carácter de esta interesante magistratura infantil, de esta personalidad infantil elegible, no sólo capaz de jugar a responsable, sino, en realidad, de dirigir y llevar tras de sí a la colectividad sin que para ello tuviera que ser ni la más fuerte, ni la más talentosa, ni la de más voluntad y sí solamente algo que la diferenciaba de todos los restantes: delegación y responsabilidad; a primera vista, una diferenciación puramente formal.

En 1933, por encargo del Gobierno de Ucrania, comisioné a casi un centenar de comuneros para un trabajo muy pesado, difícil, nervioso y especial, que mis muchachos realizaron durante varios meses en condiciones difícilísimas, fuera de la comuna.

Yo no podía tomar de la colectividad a los mejores comuneros, pues ordinariamente eran alumnos del noveno y décimo grado y, además, eran los contramaestres más calificados, aparte de que como vivíamos de nuestra propia autogestión financiera yo estaba interesado en la mano de obra. Estos contramaestres calificados eran jefes de los talleres de nuestra fábrica.

Elegí a los de capacidad media, designando de entre ellos a los jefes y los distribuí en brigadas. Yo me arriesgaba, pues no marché con ellos ni envié a ninguno de los mayores, excepto un administrador que se preocupaba de su alimentación.

Debo decir que cumplieron magníficamente con su trabajo y, especialmente, los nuevos jefes, nombrados literalmente por orden alfabético. Todos ellos comprendieron como es debido hasta qué límites llegaban sus poderes y hasta dónde su responsabilidad.

Para educar este sentido de la medida, de límites de los poderes y de una responsabilidad consciente se necesita, naturalmente, mucho tiempo. Pienso que en uno o dos años no hay colectividad que pueda lograrlo.

Se necesitan de 4 a 5 años para educar esta magistratura interesante, normal, en una colectividad infantil.

Esto exige una gran labor, una gran tensión.

Esta misma relación lógica no sólo preside la organización de las colectividades primarias, sino también la organización de las subordinaciones sociales dentro de una gran colectividad.

El destacamento fue para mí esta colectividad primaria.

Al principio, organicé los destacamentos ateniéndome al principio de agrupar en un destacamento a los que estudiaban y trabajaban juntos.

Más tarde, resolví que a los pequeños debía separárselos de los mayores. Después, llegué a la conclusión de que esto era perjudicial, hasta que, posteriormente, en cada destacamento de este tipo había chicos pequeños y jóvenes de 17 a 18 años.

Decidí que esta colectividad, la más parecida a la familia, sería la más conveniente en el aspecto educativo. En ella reinaba la solicitud por los menores, el respeto a los mayores y los diapasones más cariñosos de relaciones camaraderiles.

En esta colectividad, los pequeños no estarían confinados en un grupo aparte que se cuece en su propia salsa, y los mayores jamás se dedicarían a contar anécdotas escabrosas puesto que estaban obligados a cuidar de los pequeños.

Un problema muy importante fue el de los

plenipotenciarios provisionales. A primera vista parece un problema simple, mas en la selección constante, invariable y diaria de tareas, en la distribución de éstas por personas y en la costumbre de dar cuenta rigurosa del cumplimiento de las misiones más breves, yo preparé gran número de valiosos cuadros entre mis comuneros.

Finalmente, en este mismo orden de lógica colectivista, adquirió para mí particular interés la autogestión general de una gran colectividad.

Durante los 16 años de mi labor fueron designados jefes que respondían del destacamento. Existió también el consejo de jefes.

Este órgano mío de dirección siempre provocó objeciones, no sólo por parte de los pedagogos y del profesorado, sino también de parte de periodistas y escritores. Todos consideraban que esto tenía un matiz cuartelario, una disciplina mecánica.

Por desgracia, pocos eran los que se preocupaban de investigar la esencia de este fenómeno.

Como órgano de dirección, el consejo de jefes era, en este aspecto, de extraordinaria conveniencia.

Como en la colonia yo tenía 28 destacamentos, debía existir un número igual de jefes.

Yo no era partidario de que se confeccionase un plan de trabajo para el consejo de jefes. Y por mucho que me presionaran las organizaciones superiores, jamás les presenté un solo plan de trabajo del consejo de jefes. Este era un órgano de dirección que debía trabajar en consonancia a las tareas y temas que surgían cada día y que no se podían prever en el plan.

En los últimos 8-10 años, ésta fue una institución de gran movilidad a la que yo podía convocar en el transcurso de 2 minutos para solucionar cualquier cuestión de emergencia.

Para reunir a los jefes bastaban tres toques cortos de corneta por una sola vez y prohibiéndose repetir la señal al objeto de que ninguno de los jefes

se hiciese el remolón, para que se presentasen inmediatamente en el consejo.

Oyendo la llamada de la corneta, el jefe, no importa donde se encontrase: en clase, en el trabajo o en el baño, esto no hacía al caso, debía arreglarse su atuendo y acudir presuroso al consejo de jefes.

Al comienzo, esto costaba trabajo, mas después, se hizo habitual, convirtiéndose en un verdadero reflejo del espíritu colectivista.

Y si alguno de mis adjuntos convocaba el consejo de jefes, yo, oyendo la llamada, acudía a la carrera, como un caballo.

Era un reflejo condicionado que me incitaba a apresurarme y cumplir con mi deber.

Entre nosotros regía esta interesante ley: sólo se podía hablar durante un minuto. Al que hablaba más de un minuto se le consideraba "charlatán" y dejaban de escucharle.

A veces, nos teníamos que reunir durante los 5 ó 10 minutos de recreo entre clases.

Un ingenioso presidente del consejo de jefes que consiguió no supimos dónde un reloj de arena para un minuto, afirmaba que mientras caía un granito de arena se podía decir una palabra y como el reloj contenía 2.000 granitos esto equivalía a otras tantas palabras. ¿Acaso —decía—, se necesita soltar más de 2.000 palabras al minuto? También esta reglamentación se hizo necesaria.

En la comuna teníamos escuela completa de 10 grados con todas las cualidades que les son inherentes. Disponíamos, además, de una fábrica en la que todos trabajaban cuatro horas diarias. Por lo tanto, había que trabajar 4 horas en la fábrica y 5 horas en la escuela, en total, 9 horas.

Y aunque jamás tuvimos mujeres para la limpieza, cada mañana se sacaba brillo a los suelos. En nuestra residencia era imposible que hubiese polvo, pues había días en que nos visitaban tres y cuatro delegaciones. Todo debía brillar como una patena.

Además, celebrábamos conferencias de producción, reuniones de komsomoles, de pioneros, de educación física, etc. No podíamos perder ni un solo minuto. Puede ser que otros se encuentren en mejores condiciones y no necesiten un reglamento que especifique todo al minuto.

Cuando reuníamos al consejo de jefes, parte de éstos podía estar ausente o seguir trabajando en una máquina que realizaba una labor de importancia. Por esto se hizo costumbre, y se convirtió incluso en ley, que si el jefe no podía, acudía su ayudante y si éste también faltaba le sustituía cualquier miembro del destacamento.

Ordinariamente, en cada destacamento sabían quién debía presentarse si se llamaba a reunión. Gradualmente nos fuimos haciendo a la costumbre de que, cuando se convocaba el consejo de jefes, nunca preguntábamos si estaba presente Ivanov o Petrov, sino que preguntábamos si estaban representados el 1°, 2°, 3° ó 4° destacamentos. Esto era lo que importaba.

Poco a poco, el consejo de jefes se hizo consejo de destacamentos. No nos interesaba quién había acudido en representación del destacamento, nos interesaba que fuera una persona con el título de comunero.

Si en el consejo se discutía un problema de importancia, exigíamos que el jefe acudiese ineludiblemente, puesto que él no se elegía por el destacamento, sino por la asamblea general de la comuna.

Llegamos precisamente a esta fórmula: que el consejo de jefes, no sólo en la comuna, sino también en cada destacamento, se le considerase consejo de delegados, para que no sólo fueran delegados de un destacamento determinado, sino de toda la comuna. Este consejo era superior al destacamento.

El consejo de jefes me ayudó en mi labor durante 16 años, por lo que hoy siento gratitud y

un respeto grande y serio hacia este órgano que fue cambiando gradualmente, pero, persistiendo siempre en él un tono, una personalidad, un movimiento.

Quisiera fijar su atención en lo siguiente.

Los adultos nos consideramos inteligentes a más no poder, siempre sabemos mucho, entendemos y comprendemos todo. Por esto, cuando llegamos a una nueva institución y nos entregan un nuevo trabajo, intentamos siempre deshacer todo lo existente, hacer todo de otra manera.

Precisamente, por esto, es por lo que nuestra joven pedagogía soviética, que no cuenta aún con 20 años de existencia, adolece de una rápida fluctuación de formas, de una horrorosa inconstancia y falta de tradiciones.

Solamente al final del décimosexto año de mi trabajo comprendí a qué se debía esto. Las tradiciones, es decir, la experiencia de las generaciones mayores que salieron de la comuna 4, 5 y 6 años atrás, que algo habían hecho y algo habían resuelto, hay que estimarlas hasta el punto de que esta experiencia de las generaciones precedentes no se puedan tan fácilmente cambiar.

En resumidas cuentas, en la comuna había tantas normas interesantes, originales y concisas que cualquiera que estuviese de servicio podía dirigir la comuna sin ningún esfuerzo.

...Paso a tratar de la disciplina.

Si ustedes han leído mi libro *Poema pedagógico*, recordarán que yo comencé por el problema de la disciplina. Empecé por golpear a un educando mío.

En *Poema pedagógico* todo esto está descrito de forma más o menos extensa, por lo que me asombré cuando sobre mí llovieron las acusaciones de que recomendaba las palizas.

Precisamente, en *Poema pedagógico*, esto no se ve por parte alguna. Por el contrario, este acontecimiento tuvo para mí un carácter lamentable y no en el sentido de que yo llegase hasta desesperación tan

extrema, sino en el sentido de que no fui yo quien encontré la salida, sino Zadórov, el chico por mí golpeado.

El supo hallar en sí una fuerza y entereza colosales para comprender hasta qué grado de frenesí yo había llegado y me tendió su mano.

El éxito de este episodio no dimanaba de mi método sino que se encontraba en dependencia del objeto humano casual sobre el que empleé mi influencia física. No todo el mundo tropieza con una persona que después de golpearla le tiende su mano y dice: voy a ayudarte, y realmente lo hace. Yo tuve esa suerte y entonces así lo comprendí².

En mi práctica yo no pude basarme en esta clase de disciplina, en la violencia. Yo llegé a una disciplina cuya forma verdadera quise exponer en mi última novela *Banderas en las torres*.

En esta novela se habla de una disciplina férrea, severa y sólida capaz de llevar al idilio. Esto sólo es posible en el País soviético. Esta disciplina es muy difícil conseguirla, para lograrla se exige gran espíritu creador, alteza de miras y tener personalidad. En esta empresa tienen que asociar su propia personalidad.

Esto es difícil, además, porque los éxitos se logran muy lentamente, poco a poco, siendo casi imposible advertir su progreso. En este aspecto hay que saber prever mejor el futuro, ver más de lo que hoy tenemos delante.

Comprendemos perfectamente la finalidad de tal disciplina. Esta será la plena unificación de una

² En su *Poema pedagógico*, cuando Antón Makárenko explica lo sucedido con Zadórov, escribe lo siguiente: "En toda esta historia ellos no ven los golpes sino la ira del estallido humano, comprenden muy bien que igualmente podía no haber pegado a Zadórov, que podía haberle devuelto como incorregible a la comisión, que podía ocasionarles muchos disgustos graves. Pero yo no hice eso y procedí de una manera peligrosa para mí, aunque humana y no formal. Y, por lo visto, la colonia, a pesar de todo, les hace falta. La cosa es bastante complicada. Además, ellos ven que nosotros trabajamos mucho para su servicio".

conciencia profunda con una norma muy rigurosa y, al parecer, hasta mecánica.

Yo no me imagino una buena disciplina si en ella no hay más que conciencia. Esta disciplina no puede existir, pues siempre tenderá a transformarse en rigorismo. Será razonadora, se plantearán constantemente problemas relacionados con una u otra acción, será una continua duplicidad de cómo obrar: así o de otra forma.

La disciplina que quiere apoyarse solamente en la conciencia, se hace siempre razonadora. Cambiará las normas en cualquier colectividad y siempre, al fin y a la postre, representará una cadena de discusiones, de problemas y presiones.

Pero, de otra parte, la disciplina basada en una norma mecánica, en un dogma, en una orden, tenderá siempre a transformarse en obediencia ciega, en subordinación mecánica a la persona que dirige.

Esta no es nuestra disciplina. Nuestra disciplina es la conjugación de la plena conciencia, de la claridad, de la absoluta comprensión, general para todos, y de la forma externa de comportarse, absolutamente exacta, forma que no admite discusiones, divergencias, objeciones, demoras y charlatanería. Esta armonía de dos ideas en la disciplina es lo más difícil. Esta armonía, mi colectividad no sólo la consiguió gracias a mí, sino también a muchas circunstancias felices y a muchas personas.

¿Cómo se operó la unificación de esta conciencia con una forma disciplinaria exacta?

Aquí coincidieron muchos procedimientos. En definitiva, todos los procedimientos, todos los métodos conducían precisamente a este fin. En este caso, la disciplina no era la condición para un buen trabajo. Entre nosotros hay la costumbre de creer de que para lograr un buen trabajo se requiere una disciplina semejante como condición sine qua non. No hace mucho que he llegado a comprender que la verdadera disciplina no puede servir de condi-

ción para el trabajo, que sólo puede ser el resultado de todo el trabajo y de todos los métodos. La disciplina ni es un método ni puede serlo. En cuanto se empieza a entender la disciplina como método, obligatoriamente se transforma en una maldición. La disciplina sólo puede ser el resultado final de toda una labor.

La disciplina es la imagen de la colectividad, su voz, su belleza, su movilidad, su mímica y su convicción. Todo lo que hay en la colectividad, en definitiva, adopta la forma de disciplina.

La disciplina es un fenómeno profundamente político, es lo que puede llamarse estado interno del ciudadano de la Unión Soviética. Ahora lo comprendo perfectamente.

Puedo asegurarles que durante 16 años no pude en forma alguna comprender cómo atrapar esta cola, dónde encontrar esta fórmula que me ayudase a desentrañar y comprender todo.

De aquí que no pueda hablarse de la disciplina como de un medio educativo. Yo puedo hablar de la disciplina como el resultado de la educación³. Este resultado de la educación no sólo se manifiesta en que alguien dispuso esto o lo otro y en que alguien escuchó una u otra cosa. Este resultado se manifiesta incluso en que la persona debe saber cómo comportarse aún quedándose a solas.

Mis comuneros decían: vamos a enjuiciar tu disciplina no por el hecho de cómo te has conducido a la vista de otros, ni tampoco partiendo de cómo has cumplido lo ordenado o el trabajo encomendado, sino de cómo has actuado sin saber que otros sabían cómo lo has hecho.

Pasas por un suelo de parqué y ves, por ejemplo, que hay un papel sucio. Nadie te observa ni tú ves a nadie, aquí lo importante es saber si tú recoges ese papel o no. Si lo levantas y lo echas a la

³ Posteriormente, Antón Makárenko cambió esta fórmula, liquidando la contraposición demasiado categórica de la discipli-

papelera y nadie ve que lo haces, esto quiere decir que en ti anida la disciplina.

Esta última forma de disciplina se manifestaba particularmente en la figura del jefe de brigada o del jefe de destacamento que estaban de servicio.

De ordinario, solía ser responsable de una brigada de chicos o de chicas no el muchacho mayor, puesto que los komsomoles más viejos, los miembros más meritorios del buró, realizaban un trabajo de más responsabilidad: redactor del periódico, jefe de taller, jefe del buró de diseño, organizador del Komsomol o secretario de esta organización, mientras que el responsable de una brigada o el jefe de un destacamento eran un chico o una chica de 15 a 17 años de edad.

Por lo común, éstos no tenían derecho a castigar ni disponían de otros derechos especiales en la comuna, pero el responsable de brigada que estaba de servicio gobernaba durante el día la comuna.

En nuestra comuna ya no había educadores, los suprimí todos el año 1930. Pasaron sencillamente a la escuela como maestros. Liquidamos la plantilla de educadores. Todos los ocho años la colectividad vivió sin un solo educador.

El responsable de brigada que estaba de guardia respondía de todo lo que pasaba en la comuna desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche, o desde esta hora hasta por la mañana: por la exactitud y el orden del horario, de la buena limpieza, de la atención para con los invitados, de la buena comida durante una excursión y de todo lo relacionado con ella, así como de cualquier trabajo complementario. Por la noche tenía derecho a dormir.

Sólo a él la asamblea general le facultó para ordenar. Paulatinamente, este derecho llegó a ser

na como resultado a la disciplina como medio. El afirmaba: "La disciplina no es, ante todo, un medio de educación, sino el resultado, transformándose sólo después en medio". (Mis observaciones pedagógicas.)

una tradición muy compleja de la que todos se enorgullecían y que observaban a rajatabla.

Este chiquillo de quince años podía posteriormente, sin pestañear, decir al komsomol de más edad, al miembro más meritorio de la comuna: toma una bayeta y recoge ese charco del suelo.

Por lo común, no tenía derecho a repetir sus órdenes, fuese quien fuese el que las escuchaba debía responder: "Comprendido, camarada responsable de brigada".

Si después de limpiar el agua del suelo no había dicho: "Comprendido, camarada responsable de brigada", la orden se consideraba incumplida.

Con este jefe de guardia no se podía hablar sentado, sino de pie y estirado.

No se le podía contradecir. Se podía discutir conmigo, con cualquier jefe o responsable de brigada, pero con el jefe de servicio no, pues aducían que tenía muchos asuntos que resolver y si cada cual iba a discutir con él, el pobre, se agotaría.

Incluso en los casos en que el responsable de brigada que estaba de servicio resolvía desacertadamente tal o cual problema, se decía al interesado: cumple lo ordenado y olvídate de que esto es injusto.

Yo no tenía derecho a comprobar la veracidad del parte de novedades que me presentaba el responsable de brigada que estaba de guardia, el cual se limitaba a informar que en este u otro destacamento hoy había ocurrido tal o cual cosa. El parte lo daba en presencia de todos, quienes debían estar en pie y haciendo el saludo.

Si yo dudaba de algo, no podía decir: di que venga a verme este comunero, yo le preguntaré. Esto hubiera sido una ofensa gravísima.

Llegó a ser tradicional: después, al día siguiente, aquel del que se había informado podía decir que el de servicio había "mentido", pero sin que yo lo escuchase, pues por conversaciones de esta índole

los arrestaba. Aun en el caso de que hubiese "mentido" nadie se atrevía a decirlo, pues era nuestro plenipotenciario al que nos subordinábamos y obedecíamos.

Al día siguiente podían decir que era débil y lo destituíamos, pero, en el momento de dar el parte, no se le podía hacer objeción alguna, librándonos así de interminables enredos.

Particular trascendencia tenía que el parte de novedades del comunero de servicio no se comprobaba. El responsable de guardia me informaba resueltamente al final de la jornada lo que habían hecho todos y, no recuerdo, que ninguno me haya mentido, pues no podía hacerlo.

Si este comunero de servicio me hubiese encontrado durante el paseo y me hubiera dicho alguna cosa de alguien, yo podría comprobarlo en una reunión. Mas si me lo decía en presencia de todos, la comprobación estaba de más. Los comuneros habrían objetado: "No se lo ha dicho al oído a Antón Semiónovich, ni estaban sentados en el jardín, le ha informado en presencia de todos, ha sido un parte de novedades con el saludo reglamentario, ¿cómo podía mentir? En tales circunstancias no puede mentirse".

Los comuneros estaban convencidos de que toda la situación, todo el orden por el que se regía el que estaba de servicio, le impedían faltar a la verdad.

Era una ley moral que no necesitaba comprobarse.

Tal es el cuadro que ofrecía lo que puede denominarse disciplina.

¿Qué métodos debían conducir a este resultado? La estructuración de la colectividad como organización determinada y la maestría pedagógica.

Esta última no es, ni mucho menos, una cosa huera. En los institutos pedagógicos esta maestría no se ve por ninguna parte, pues la desconocen por completo. Nos encontramos en situación en la que

cualquiera tiene derecho a llamar artesana a esta maestría, y está en lo cierto.

Yo también me torturé mucho con este problema y, con mayor motivo, porque jamás me consideré un educador de talento y, a decir verdad, tampoco considero que lo soy ahora, pues de lo contrario no habría tenido que trabajar tanto, equivocarme y sufrir.

Sigo creyendo profundamente que más bien soy un pedagogo corriente, de capacidad media, que es lo que más se asemeja a la verdad. Sin embargo, he llegado a dominar la maestría pedagógica, cosa de mucha importancia.

La maestría del educador no es un arte especial que exija talento, pero sí es una especialidad que hay que enseñar, de la misma forma que se enseña al médico su maestría, como hay que enseñar al músico. Cualquier persona normal puede hacerse médico y curar a la gente y lo mismo puede decirse del músico. Uno es mejor, otro puede ser peor. Esto dependerá de la calidad del instrumento, de los estudios, etc. En cambio, el pedagogo no dispone de esta posibilidad de enseñarse.

¿Qué es, pues, esta maestría? Yo me inclino a separar el proceso educativo del proceso de instrucción, aunque sé que cada especialista pedagogo estará en contra de ello. Sin embargo, considero que el proceso de educación puede ser apartado lógicamente, como puede encontrarse aparte la maestría del educador.

Se puede y es necesario desarrollar el golpe de vista, simplemente en su aspecto físico. Esto es necesario para el educador. Hay que saber leer en el rostro de la persona, en la carita del niño y esta facultad descifradora puede ser descrita inclusive en un cursillo especial. No tiene nada de particular ni de místico el que por la expresión del rostro se pueda conocer qué siente en su fuero interno la persona.

La maestría pedagógica reside también en la

inflexión de la voz del educador y en saber dominar su mímica.

Hoy, en mi presencia, su estimado director habló con un chico. No todo el mundo puede hablar así. No quiero ser un adulator, diciendo que se trata de un gran talento, pero que sí demostró maestría. Hablaba enfadado con el chico y éste advertía la ira, la indignación, porque así era necesario en este caso. Para mí, en cambio, era un ejemplo de maestría, vi cómo el director dominaba perfectamente la mímica.

Es imposible que exista un pedagogo que no sepa dominarse. Hay que evitar a toda costa que nuestros nervios sean un instrumento pedagógico, que podamos educar a los niños subordinándonos al imperio del corazón, siguiendo el dictado tormentoso de nuestra alma, pues nosotros somos también personas y si en otra cualquier especialidad se puede prescindir de los sufrimientos espirituales, en nuestra profesión tenemos obligación de deshacerlos de ellos.

Pero al discípulo hay que demostrarle, a veces, nuestra tortura interna, y para esto hay que ser un actor.

No se trata simplemente de una actuación escénica, externa. Existe cierta correa de transmisión que debe unir a esta representación la magnífica personalidad de ustedes. No se trata de representar un papel muerto ni ninguna clase de tecnicismo, sino del verdadero reflejo de los procesos que se operan en nuestro interior, procesos que al alumno se le transmiten en forma de ira, indignación, etc.

Yo sólo llegué a dominar verdaderamente este arte cuando aprendí a decir "ven aquí" con 15 ó 20 inflexiones de voz, cuando aprendí a dar 20 expresiones a mi rostro, a mi figura, a mi voz. Solamente entonces perdí el temor de que alguien no acudiese a mi llamada o no sintiese lo que era preciso.

En el educador, esta maestría se expresa a cada paso. Y no se manifiesta en modo alguno cuando se trata de una pareja, cuando estamos frente a frente yo, el educador, y tú, mi discípulo. La situación de pareja no es tan importante como lo que nos rodea.

Nuestra actitud como educadores tiene significación, incluso, cuando nadie nos observa. Y esto no es mística.

Puedo encontrarme a solas en mi despacho. Todos los comuneros están en el trabajo o en la escuela. Estoy disgustado con alguien, tengo que hacer algo. Pues bien, adopto determinada expresión en mi rostro que se refleja en todos los demás. Entra uno en mi despacho, me mira y se lo susurra a otro, incluso de pasada, y las cosas se ponen en su lugar.

Esto no quiere decir que del estado de ánimo de una persona dependa el humor de todos los niños, mas sí significa que hay que saber dominarse.

Si en este mismo despacho van ustedes a llorar y sollozar, esto también llegará a conocimiento de todos y producirá determinada impresión.

Esta percepción se manifiesta en todas las nimiedades: si nos afeitamos o si lustramos nuestro calzado diariamente.

El educador que saca del bolsillo un pañuelo sucio y arrugado ya no es un educador. Mejor es que se marche a un rincón y se suene allí, sin que nadie lo vea.

Pero esta maestría tiene significación para organizar ciertos movimientos metodológicos especiales.

Yo practiqué con mucha frecuencia, por ejemplo, estos procedimientos. Podía llamar al infractor y echarle una reprimenda.

Sin embargo, lo que hacía era escribirle una nota, pidiéndole que viniese sin falta a verme al final del día, sólo que a las 11 de la noche. No tenía intención de decirle nada de particular, pero él andaba preocupado hasta las 11 de la noche, en

espera de la conversación conmigo. El mismo se decía muchas cosas, otras se las sugerían los compañeros y, al presentarse ante mí, venía ya preparado. Como nada me quedaba por hacer, todo se reducía a decirle: "Bueno, vete". Y en aquel muchacho o muchacha se desarrollaba infaliblemente algún proceso interno.

Me imaginó que en un centro docente pedagógico hay que hacer ciertos ejercicios. Todos nosotros somos estudiantes: usted, usted, etc.

Me dicen: "Usted, camarada Makárenko, va a realizar ahora un ejercicio práctico. Supongamos que un chiquillo ha robado tres rublos. Hable con él. Nosotros vamos a escuchar cómo usted lo hace y después discutiremos cómo sabe usted hablarle: bien o mal".

Entre nosotros estos ejercicios no se llevan a cabo, a pesar de que es muy difícil saber hablar con un chico del que se sospecha que ha robado, sin conocer aún si ha sido él o no. En este caso, naturalmente, no sólo se necesita maestría en asegurar la mirada o la voz, sino también lógica.

...Siempre me entrené para adquirir esta maestría con mis colegas, camaradas y colaboradores. Nos reuníamos, discutíamos esta cuestión, pero no tomábamos nota de nada.

Existe un método importante más, el juego. Pienso que, en cierta manera, es erróneo considerar el juego como una de las ocupaciones del niño. Durante la infancia, el juego es una norma de conducta, y el niño debe jugar siempre, hasta cuando se ocupa de algo serio. También los adultos tenemos tendencia a jugar. ¿Por qué a una le gusta un cuello de encaje y a otra uno liso? ¿Por qué se encapricha en ponerse un vestido de crespón y no uno de percal? ¿Por qué se siente el deseo de vestir uniforme? Pienso que cada uno de nosotros, sentiría gran placer en ponerse el uniforme de coronel. ¿Por qué atrae el uniforme? Pues porque en esto hay cierto juego.

¿Por qué colocamos en la biblioteca bonitos libros con lomos dorados encima y otros, peores, los ponemos debajo? Pues porque jugamos a las personas intelectuales, cultas, que tienen bibliotecas.

El niño siente pasión por el juego y hay que satisfacerla.

No sólo hay que proporcionarle tiempo para que juegue, sino también saturar su vida con esta afición, pues toda su vida es un juego.

En nuestra comuna teníamos una fábrica equipada magníficamente en la que producíamos las cámaras fotográficas "Leika" con precisión de hasta un micrón y, a pesar de todo, esto era un juego.

Muchos pedagogos veían en mí un original porque jugaba a dar el parte de novedades.

Había que jugar con los chicos, estar en posición de firmes, después ya se los podía regañar. El jefe que a la hora exacta me daba el parte, jugaba a las mil maravillas y yo con él. Yo respondía por todos ellos y ellos pensaban que respondían...

En algunos casos hay que propiciar este juego.

Recuerdo que nos disponíamos a emprender una excursión. Había que decidir, si marchar a Leningrado o a Crimea. La mayoría, y yo con ella, éramos partidarios de ir a Crimea. No obstante, empecé a discutir con ellos apasionadamente, diciéndoles: "¿Qué van a ver en Crimea? Solamente sol y poderse revolver en la arena. ¿Y en Leningrado? La fábrica Putílov, el Palacio de Invierno..." los muchachos siguieron discutiendo desafortunadamente conmigo. Después, levantaron todos el brazo sin quitarme ojo. Jugué con ellos como quise: ellos en el papel de vencedores y, yo, en el de vencido.

Tres días más tarde se decían unos a otros: "El caso es que Antón Semiónovich estaba fingiendo, pues también quería ir a Crimea". Ellos también jugaron y lo comprendían perfectamente.

Ahora, voy a tratar del riesgo pedagógico, aspecto tampoco resuelto. ¿Se puede o no arriesgar?

Hace unos dos años, cierto pedagogo preguntaba en una revista pedagógica lo siguiente: ¿qué hacer con el chico que comete fechorías en la escuela?

Respuesta: con este niño hay que hablar. El pedagogo debe dirigirse a él con voz tranquila, sin levantar el tono, para que el discípulo comprenda que el maestro no habla con él porque esté irritado, sino porque tal es su deber...

Como pedagogos ideales ustedes deben hablar con voz serena, pero entonces no obtendrán ningún resultado. El chico se marchará siendo el mismo sinvergüenza que vino.

Yo me he permitido el riesgo y en cuanto lo hice, en torno a mí se congregaron todas las brujas macbethovianas: a ver, ¿cómo te arriesgas?, a ver, ¿cómo te arriesgas? Dije con voz fuerte: "¿De qué se trata?!"

Y todo nos salió a pedir de boca.

En Leningrado, cuando hablé del riesgo, me entregaron esta notita: Usted habla del riesgo y en nuestra escuela ocurrió este caso: un chico que le habían puesto mala nota se ahorcó. Así, pues, según usted, ¿se deben tener en cuenta fallas inevitables?

Me extrañó mucho. Esto no va contra mí —les dije—, sino contra ustedes. El muchacho no se ahorcó como resultado de cualquier acción arriesgada del pedagogo. Si esto es un riesgo no pongan notas malas, pues, de lo contrario, se van a colgar todos. Pensar que hay que temer poner mala nota porque ello encierra algún riesgo, en verdad, esto es una simpleza.

El poner una nota mala al alumno no es una acción aventurada, como no lo es tampoco acariciarle la cabeza, ni hablarle con voz serena.

Bien pudiera ser que este desgraciado chico, mimado por estas incesantes acciones carentes de

riesgo, sintiese tentación por el suicidio. Cualquiera persona a la que se hable durante varios años seguidos con voz igual sentirá deseos de ahorcarse. Si todos los pedagogos hablasen con los niños con voz monótona yo no sé a qué estado de ánimo podrían llevarlos.

Por fortuna, no todos hablan con voz tranquila. Algunos arriesgan, ponen malas notas y, lo principal, que exigen. Y sólo por esto la vida es animada.

Este tema del riesgo debe ser examinado en la práctica pedagógica.

Yo, como pedagogo, me río, me alegro, bromeo y me enfado sin el menor recato.

Si quiero bromear, bromeo, y si quiero pinchar suavemente a la persona, también lo hago.

Este riesgo no es peligroso. Yo lo he corrido más que otros pedagogos.

A veces, por ejemplo, la asamblea general tomaba este acuerdo: expulsar a uno de la comuna. Y por mucho que luchase y amenazase para impedirlo los comuneros me miraban sin quitarme ojo, pero, después, levantaban de nuevo el brazo: expulsarlo. Y no me quedaba más remedio que acatarlo. Durante ocho años expulsé a unas diez personas. Les abría la puerta y les decía: tienes todos los caminos abiertos, vete a donde quieras, el mundo te aguarda.

Y aunque éste era un riesgo horrible, me ayudó a conseguir que reinase constantemente un tono sincero y de exigencia y que cada cual supiese que en este tono se le hablaría desde el primer día y para nadie era una sorpresa.

Pero lo particularmente asombroso es que todos estos expulsados me escribían. Recientemente recibí carta de uno que había despachado hace seis años y del que no sabía su paradero.

Me escribe esto: Soy primer teniente, me he distinguido en los combates del lago Jasán y esto es lo que me ha decidido a escribirle. Si usted supiera

cuán agradecido le estoy por que entonces me expulsaron. Qué gallito me sentía con usted y con toda la colectividad. Mas cuando me expulsaron, no pude por menos de pensar: ¿será posible que sea yo tan malo que 500 personas no quieren vivir conmigo? Quise presentarme a usted y rogarle que me readmitiese, pero, después, decidí que yo mismo debía abrirme camino. Y aquí me tiene, ahora soy teniente, me he distinguido y considero que es mi deber comunicárselo a fin de que no sienta intranquilidad por haberme expulsado entonces.

Todo esto para que al cabo de seis años yo no me intranquilece. Perdí de vista a este hombre y ahora me escribe, me escribe cuando ha vencido en el lago Jasán, precisamente, en este momento, él me recordó como una de las causas que contribuyeron a su actual brillantez.

De aquí que sea difícil prever las consecuencias de cada acción.

Hay que plantear el problema del riesgo, pues el llamado tacto comienza a fastidiar, no sólo al pedagogo, sino también a los educandos.

En los tiempos en que aún discutía con el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de Ucrania, recuerdo que en una conferencia pedagógica me preguntaron: ¿Sabe usted, qué es tener tacto?

— Lo sé.

— ¿Y qué es esto?

— Supongamos que usted come con una persona y ésta le escope en el plato. Usted puede muy bien decirle: ¿Qué hace usted?, esto es una falta de tacto.

Pero también puede adoptar esta actitud: coger el plato y rompérselo, en la mismísima crisma, sin por ello correr ningún riesgo.

A veces es necesario romper este plato en la cabeza de alguien, llevar la acción personal hasta el límite lógico, sin tapujos.

¿Es que, en ocasiones, el tener tacto no equivale a eludir el sentido de responsabilidad?

Supongamos que tengo ante mí una chica o un chico con los que hay que hacer algo, pero me resisto, temiendo el riesgo, y comienzo a conducirme con tacto, a eludir con tacto el caso que se me enfrenta, a escurrir el bulto.

Puede ser que esté equivocado, pero mis resultados han sido buenos.

No conozco en mi práctica casos de reincidencia, excepto el de una jovencita a la que casé y volvió a hacerse prostituta.

Estoy seguro de que en mi experiencia he llegado hasta cierta verdad, igualmente que ustedes. Yo insisto en que el principio fundamental en nuestra labor pedagógica, en la escuela y al margen de ella, así como en el trabajo preescolar, es el de tener el máximo respeto por la persona.

Hasta a un chico de ocho años yo le llamaba camarada Komarov. En la vida ordinaria son Petia, Vasia, etc., pero, cuando yo llego a la colectividad le llamo camarada Komarov.

Debemos tener el máximo de respeto y exigencia insistente, clara y abierta para poder decir: compórtate o de tal o de cual manera.

Estos milagros están al alcance de todos.

Los padres de mis educandos me traían loco diciendo que hacía milagros.

Un día se presentaron, por ejemplo, en un automóvil unos padres con su hijo, diciéndome: "No podemos seguir viviendo con él: nos falta, exige, pide dinero, entradas para el teatro, no recoge lo que ensucia, etc. ¡Admítalo, por lo que más quieras!" Y el caso es que, cuando tuve delante al muchacho, encontré en él un rostro completamente normal, ninguna deficiencia mental, un chico sanote que estudiaba en el octavo grado escolar. ¿Qué era lo que debía hacer con él?

"Está bien —dije a los padres—. Pero que en dos años no les vea yo por aquí, que ni el olor de su bencina nos llegue aquí".

Las quejas principales que de él tenían eran que no quería limpiarse el traje, hacerse la cama, ni ir a la tienda a comprar. Pero en la comuna, los jefes le frotaron un poco con asperón y comenzó poco a poco a cambiar. Al cabo de medio año, salió por primera vez de permiso.

Los padres pensaban que habíamos hecho milagros, mas ni éstos existían ni tampoco había milagros. Lo que hacía falta era exigir de manera que al chico no le quedase la menor duda. Y el chico encuentra satisfacción en esto. Está contento de poder demostrar a sus padres de que también es capaz de trabajar. Al pedagogo se le exige seguridad de que le asiste la razón. Si están seguros de que pueden exigir hasta el fin, el niño hará siempre todo lo que sea necesario.

Les ruego una vez más disculparme si en mi narración ha habido algo que pueda parecerles ejemplar. Yo no pretendo monopolizar ninguna clase de ejemplaridad, sino que me limito, simplemente, a narrar todo lo que presencié en la vida.

DE MI EXPERIENCIA DE TRABAJO *

Camaradas, pienso que nuestra entrevista revestirá el carácter de coloquio y posiblemente ustedes dirán también algo, puesto que mi experiencia, y yo me baso en ella, se diferencia de la suya. Pero yo también soy maestro, maestro de una escuela de ferroviarios e hijo de un ferroviario, así es que, pedagógicamente, yo debo pensar como ustedes, aunque, ciertamente, yo tuve más suerte.

En 1920, el Poder soviético me puso al frente de una colonia de pequeños infractores de la ley. Acepté este cargo no porque me considerase, ni mucho menos, un gran educador. Después de la revolución trabajé en una escuela de Poltava, teniendo que pasar clase en el edificio del Consejo de Economía Provincial. Cuando entraba allí, siempre encontraba las mesas de escribir sucias, el suelo lleno de colillas y, como regla, el aire saturado de nicotina y humo. En estas condiciones era muy

difícil trabajar con los niños y pueden suponer que estaba dispuesto a escaparme no importa adonde. Así comenzó mi experiencia de trabajo en la colonia. Duró 16 años y tuve suerte. Pocas son las personas que han podido dirigir una misma colectividad durante 16 años.

Hasta que en 1935 esta experiencia acabó, no por deseo mío ni por mi culpa¹.

Todos estos años trabajé con una misma colectividad en la que, si bien es cierto, las personas cambiaban, lo hacían gradualmente, conservando las tradiciones y transmitiéndolas de una a otra generación. El trabajo en esta colectividad me llevó a ciertas conclusiones que soy partidario de extender a la escuela ordinaria. ¿Por qué abordo la cuestión desde el punto de vista de la escuela en general? Pues porque en los últimos 8 años, la comuna Dzerzhinskî del Comisariado del Pueblo del Interior de Ucrania se diferenciaba poco de la escuela ordinaria, en cuanto al carácter de su sociedad infantil.

En la comuna existía escuela media completa en la que los niños, muy de prisa, a los 3 ó 4 meses, aproximadamente, se hacían niños normales e incluso supernormales, si se considera como normal a nuestro escolar medio. Por lo mismo, yo no tengo fundamento para suponer que mi colectividad infantil era especialmente difícil. Su composición era para mí más dúctil que la de algunas escuelas. Me podía permitir tal libertad de acciones que, por ejemplo, a partir del tercer año de trabajo en la comuna pude desistir de los educadores de plantilla. La vida que hacían mis educandos no precisaba ya de una vigilancia especial.

En la escuela tenía más dificultades que ustedes, por razón de que yo recibía niños más o menos

¹ En julio de 1935, Antón Makárenko fue destinado a Kíev como ayudante de jefe del Negociado de Colonias de Trabajo del Comisariado del Pueblo del Interior de Ucrania.

* De mi experiencia de trabajo: informe presentado por Antón Makárenko en Moscú, en la conferencia de maestros de escuela del ferrocarril a Yaroslavl, el 29 de marzo de 1939.

atrasados: a los 10 ó 12 años leían y escribían malamente, o no sabían absolutamente escribir. Por esto les era mucho más difícil terminar el décimo grado a los 18 años.

Existía el viejo prejuicio intelectual de que el vagabundo es siempre capaz, un genio, cuando en realidad, en ciertos aspectos, es más débil que el niño normal, está menos preparado para el trabajo escolar sistemático. Esto era un obstáculo para hacer el curso de la escuela media. Pero los vagabundos tenían cierta cualidad que, a mí y a ellos, nos permitía vencer grandes dificultades, el que no podían contar con la ayuda de los padres, que sólo de ellos dependía todo. Y esto lo comprendían. No tardaron asimismo en cerciorarse que la escuela les abría el camino al instituto. Especialmente lo tuvieron claro cuando marcharon a estudiar los primeros comuneros y, después, venían a la comuna ya como estudiantes.

Comprendieron, entonces, los comuneros que el camino del instituto era el más rico y el más interesante. Aparte de que también les servía de incentivo saber que el instituto proporcionaba vivienda y beca.

Mis comuneros sentían más pasión por estudio que el alumno de la escuela media, pasión que les ayudaba a dominar la pereza y a superar todas las dificultades que les surgían en este camino.

La labor educativa en la comuna disponía de mejores condiciones que en las escuelas de ustedes, por razón de que los comuneros estaban en mi mano todo el día, durante 5, 6, 7 años. Entre ustedes existe esta terminología: éste es un medio educativo y éste no lo es. Con la particularidad de que ustedes no entienden como medio educativo el que conduce a un fin determinado, sino el que reporta menos escándalos, menos gritos (risas), cuando los lobos están ahitos y las ovejas íntegras. Mas los resultados que proporciona este medio no se comprueban, no se les da especial importancia.

Yo, en cambio, he considerado como medio educativo el que conduce a un fin, no importándome lo más mínimo que vaya acompañado de gritos o de escándalos. En este aspecto, yo me encontraba en condiciones más favorables y era más operante. Finalmente, la facilidad de trabajar estaba condicionada por una circunstancia más: que en la comuna existía producción.

Hubo un tiempo en que fui partidario de los "procesos laborales". Todos considerábamos que en estos procesos el niño da salida a sus instintos laboriosos. Yo también pensaba que el proceso de trabajo se precisaba para dar al niño un matiz de laboriosidad. Posteriormente, comprendí que al niño debía enseñársele cualquier trabajo productivo, conseguir una cierta calificación profesional.

Nosotros, los pedagogos, nos remontábamos teóricamente muy alto, pero, prácticamente, estábamos a ras de tierra. Creíamos que dábamos a nuestros niños una buena calificación, cuando, en realidad, ésta no le permitía más que hacer un mal taburete o preparábamos una costurera que sólo podía coser unos calzones. A mí también me invadía cierto énfasis cuando me arreglaban magníficamente unas botas, me hacían unos calzones o un mal banquillo. Después pude desembarazarme de este prejuicio pedagógico. Seguramente recordarán el prejuicio de que el proceso laboral debe estar "vinculado" al programa de estudio. Cuánto nos devanamos los sesos con este maldito problema. Los chicos hacían un taburete y teníamos que ver la forma de que esto estuviese ligado a la geografía y a las matemáticas (risas). Me llevaba el demonio cuando venía una comisión y no encontraba concordancia entre el taburete y la lengua rusa (hilaridad). Hasta que decidí mandar todo esto al cuerno y empecé a afirmar sin más miramientos que no debía existir relación alguna.

Ahora puedo argumentar esto cuando la comuna tiene una excelente fábrica, puesta en servicio

con nuestros brazos y que produce la cámara fotográfica "Leika". Una fábrica muy rica. El aparato "Leika" consta de trescientas piezas hechas con una precisión de hasta 0.001 mm. óptica exacta, complicadísimos procesos de producción, desconocidos en la vieja Rusia.

Cuando vi el trabajo de esta fábrica, y una empresa así presupone la existencia de un plan exacto, de normas de tolerancia, normas de calidad, cuando esta fábrica la regentan decenas de ingenieros, tiene oficina de diseño, etc., sólo entonces, me di cuenta de lo que significaba esta producción. Qué lastimoso me parecía después el balbuceo acerca de la coordinación del programa escolar con los procesos laborales. Resultó que el proceso de enseñanza en la escuela y la producción determinan sólidamente la personalidad del individuo por razón de que borran la divisoria que existe entre el trabajo físico y el mental, sacando en común personas altamente calificadas.

Me encontré en Járkov una jovencita que estaba terminando el instituto. Pero además tiene la 6ª categoría como pulidora de lentes, especialidad que conserva y recuerda a pesar de estudiar en el instituto. Cuando los muchachos y muchachas salían de la comuna con la instrucción media completa y la calificación de sexta y séptima categorías vi que el estudio les era provechoso. Las condiciones de la producción, de una producción seria, eran las premisas que facilitaban el trabajo pedagógico. Ahora lucharé por que en nuestra escuela soviética haya producción y, con mayor motivo, porque el trabajo de los niños en ésta abre muchos caminos para la educación.

Finalmente, un aspecto más, en modo alguno despreciable: su conveniencia. La comuna Dzerzhinski... renunció al subsidio estatal, pasando a la autoamortización. Ultimamente, no sólo cubría totalmente los gastos de la fábrica, vivienda comunal, de todos los servicios, alimentación, vestuario y

escuela, sino que además entregaba al Estado 5 millones de rublos anuales de beneficio neto. Todo esto gracias a su autogestión financiera.

Pueden imaginarse qué fuerza movilizadora había en manos de los pedagogos. Decidíamos, por ejemplo, que 500 personas fueran de excursión por el Volga y después al Cáucaso. Para el viaje se necesitaban 200 mil rublos. En vista de ello, acordábamos trabajar media hora más diaria durante un mes para obtener esta suma.

Nosotros podíamos equipar a los chicos con trajes de paño y a las muchachas con vestidos de seda y de lana. Podíamos gastar 40 mil rublos en localidades para el teatro. Y cuando esto se hace, ateniéndose a una disciplina laboral, con miras a vivir más desahogadamente y cuando toda la colectividad lucha por ello ¿qué puede compararse a esta nueva fuerza pedagógica?

Y no hablemos ya de otras pequeñas ventajas de este sistema. El salario, por ejemplo. La perfección de este último no reside en que proporciona dinero al educando, sino en que le coloca en dependencia de su propio presupuesto, en que facilita educar al futuro administrador. Cada comunero que salía de nuestro establecimiento tenía en la Caja de Ahorros 2.000 rublos.

Estoy convencido de que el fin de nuestra educación no reside sólo en educar al hombre de espíritu creador, al hombre ciudadano capacitado para participar con el máximo de eficacia en la edificación del Estado. Nosotros debemos educar también a una persona que sea obligatoriamente feliz. En el País Soviético, el dinero puede ser un excelente educador, un magnífico pedagogo. Yo puedo hablar de las cuestiones pedagógicas basándome en mi propia experiencia, para la que tenía más campo que ustedes.

Yo insisto e insistiré por que se creen en la escuela las mismas condiciones. Al principio, esto parece algo aterrador, mas en la práctica, no lo es

tanto. Si ahora pusieran bajo mi dirección una escuela, en la reunión de pedagogos expondría las ideas que me dispongo a realizar, pensando, al mismo tiempo: ¿de dónde sacar los medios necesarios? En la comuna Dzerzhinski empecé a buscar una persona que supiese comprar todo, vender todo, que supiese hacer todo. Y la encontré. Se presenta y me dice:

— Usted dispone de 200 brazos para trabajar. ¿Por qué se lamenta?

— Y ¿qué podemos hacer? —pregunto.

— ¿Sabe qué?, vamos a producir hilos —me contesta.

— ¿De dónde procurar los medios?

— ¿Para qué los necesitamos? Mediante un contrato adquiriremos devanadoras rústicas de madera.

Y así lo hicimos. Compramos los husos y comenzamos a hacer hilos. Seis años más tarde teníamos la mejor fábrica de óptica de la Unión Soviética, valorada en varios millones de rublos.

Comenzamos, pues, por los hilos y los taburetes. ¿Y cómo se hacen los taburetes? Dicen que para hacer una silla, el aprendiz debe saber confeccionar todas sus partes, que sólo así será un buen oficial. Otros, por el contrario, afirman que no: que uno se especializa en una pieza, el segundo en otra, el tercero las barniza, etc. Los últimos están en lo cierto. Mas cuando un "pedagogo consumado" vio este trabajo, palideció, le dio un síncope: ¿cómo pueden mofarse así del chico? No hace más que serrar esta pieza, qué horror. Sí, el chico no conoce más que esta pieza, pero sierra 200 piezas en el transcurso de unos minutos, él trabaja para la colectividad.

Nosotros necesitamos la división del trabajo. Actualmente no es tan necesario un oficial que sepa hacer toda la silla como un operario que sepa trabajar en la sierra circular y en la espigadora. En

mi práctica dispuse de una colectividad laboral y de un tipo de producción de esta naturaleza.

Lo que les acabo de decir no significa, en modo alguno, que no soy más que un administrador. No, seguí siendo siempre un pedagogo, continuaron interesándome los problemas de la educación, llegando a ciertas conclusiones que, quizás, estén en pugna con las convicciones teóricas en boga. Siempre me he opuesto al criterio de que la pedagogía se estructura en el estudio del niño y de los métodos de educación aislados, abstractamente ideados. Estimo que la educación es la expresión del credo político del pedagogo y que sus conocimientos tienen un carácter auxiliar. Por más que me inyecten medios metodológicos no sabré educar a un guardia blanco. Y ustedes tampoco. Esto podría hacerlo sólo el que tiene entrañas de guardia blanco.

La maestría pedagógica puede ser llevada a un grado tal de perfección, rayano con la técnica. Tengo fe en esto y me pasé toda la vida buscando pruebas a esta creencia. Insisto en que los problemas de la educación, su metodología, no pueden quedar limitados a los procedimientos de enseñar y, con mayor motivo, porque el proceso educativo no sólo se lleva a cabo en la clase, sino literalmente en cada metro cuadrado de nuestra tierra. Y lo que se precisa es que la pedagogía domine medios de influencia tan universales y poderosos que cuando nuestro educando tropiece con cualesquiera influencias nocivas, incluso las más potentes, éstas puedan ser niveladas y liquidadas por nuestra influencia. Por lo tanto, en modo alguno podemos imaginarnos que esta labor sólo pueda ejercerse en clase. El trabajo de educar dirige toda la vida del alumno.

En lo segundo que insisto es en que soy partidario de la educación activa, es decir, que quiero inculcar en la persona determinadas cualidades y hago todo, pongo todo mi intelecto y

oriento todos mis esfuerzos a la consecución de este objetivo. Yo debo encontrar los medios para lograrlo, siempre debo tener delante el fin, debo ver el ejemplo, el ideal hacia el que tiendo. No hay que temer que el "individuo gruña", que lo haga si quiere, yo seguiré decidido a lograr el fin propuesto. Esto no quiere decir en modo alguno que soy partidario de los sufrimientos, por el contrario, estoy convencido de que muchos defectos, especialmente de la disciplina, del tono y del estilo dimanen de que no concedemos importancia a una circunstancia sumamente trascendental. Esta circunstancia yo la vi mejor en mi trabajo con los vagabundos: el sistema nervioso infantil estropeado. Yo pensaba que éste era un desorganizador, el otro un ratero, el tercero un vago, cuando en la mayoría de los casos no eran más que niños con los nervios destrozados. Niños que se resisten a cada palabra nuestra, a cada movimiento, que se ponen nerviosos cuando nos acercamos a ellos. A veces, nuestras inventivas pedagógicas más refinadas son para ellos un sufrimiento nervioso.

Los hay que dicen: después de la lección el niño debe gritar (a ustedes no les sucede esto en la escuela), a veces quiere romper los cristales. Afirman que la naturaleza del niño así lo exige. Piensan que para que el niño no rompa un cristal hay que distraerle, excitar sus nervios en otra dirección: hacerle que cante, que baile o conectarle la radio.

Visito muchas escuelas y aunque mis nervios están templados como cables de acero, cuando entro en una escuela llena de ruidos, me empieza un tic nervioso al pensar que los niños se pasan diez años en la escuela.

Pero nosotros debemos tener un "espíritu pedagógico" y no descubrir nuestros sentimientos. En ocasiones, solamente nos tiemblan los labios, no dormimos por la noche o esta irritación acumulada la descargamos en casa sobre nuestros familiares. Estuvo incluso en boga el convencimiento profun-

do de que el trabajo de maestro de escuela es un trabajo de nervios y que el maestro forzosamente debe ser un neurasténico.

Durante mucho tiempo pensé en este problema. Después vi qué bienestar existe cuando reina el orden más completo: ningunos gritos, ningunas carreras. Si los chicos quieren correr, para eso tienen la explanada del patio y si quieren gritar, pues se les dice que no chillen. También deben cuidarnos a nosotros, pues los maestros de escuela somos un valor estatal y los chicos deben preservarnos.

En cuanto a las ventanas, no puede haber más que una decisión: que no se te ocurra romper el cristal, no te conectaré la radio, ni te pondré música y no permito que destroces los bienes del Estado. No te voy a distraer con nada ni te consiento que rompas nada.

Si la colectividad tiene una actitud consciente respecto a este orden, es cuando verdaderamente reinan en ella la tranquilidad y la severidad, el límite y exactitud que estipulan dónde se puede correr y dónde no, necesarios para calmar los nervios. Yo mismo no llegué a esta conclusión muy pronto que digamos. Y no obstante, ustedes podrían visitar la comuna a cualquier hora sin ver que los chicos anduviesen a empujones unos con otros, ni que rompiesen los cristales e hiciesen otras diabluras por el estilo. En una colectividad llena de bríos y plétórica de vida nadie golpea a nadie. Estoy profundamente convencido de que la tendencia del niño a correr alocado y a gritar puede ser perfectamente sometida a una tranquilidad interna. No hay que olvidar que muy a menudo puede hacerse pasar por sabiduría pedagógica lo que en realidad ofrece dudas: ¿es esto sabiduría pedagógica o puede catalogarse de sabiduría, en general?

Y ahora, este otro gran problema: en la escuela debe existir siempre una elevada exigencia. Les estoy agradecido a los comuneros porque compren-

dían el significado de la exigencia y, en muchos aspectos, también me educaron a mí.

Tomemos, digamos, la emulación... Yo exigía mucho y lo exigía asimismo toda la colectividad. La emulación se establecía sin recurrir a los compromisos por parejas, sino mediante un acuerdo general de todas las clases y destacamentos que comprendía todos los índices: ser amable, comportarse correctamente, etc. Yo llevaba el fichero y hacía el cómputo. Al mejor destacamento, vencedor en la emulación mensual, le entregaba como premio: seis entradas diarias al teatro para todo el destacamento, para los 30 que lo componían, y el derecho a limpiar los excusados.

El desarrollo de la lógica de la exigencia condujo a formas muy originales: la realización del trabajo más desagradable se encomendaba con carácter especialmente preferencial. Al 4º destacamento, que era el mejor de la comuna, le correspondió por sorteo limpiar el retrete durante un mes. Lo limpió con cloro y sosa y después lo regó con colonia. Todos sabían su gran trabajo en el retrete, la limpieza que allí reinaba. El destacamento ganó el primer puesto en limpieza. Pasó el mes y el destacamento declaró: nos encargamos nuevamente de limpiar el retrete. Al tercer mes lo repitió. Hasta que, por último, al mes siguiente, quedó en primer lugar el 3º destacamento, que no era de los malos, y anunció: basta, ahora los primeros somos nosotros y también debemos limpiar el retrete.

Ahora me río cuando lo recuerdo. Al principio, la limpieza del retrete, como las restantes obligaciones de limpieza, se encomendaban por sorteo, pasando después a distribuir las por méritos.

Camaradas, esta lógica no es una invención mía, es una lógica natural que arranca de las exigencias.

No se pueden plantear ningunas exigencias si no existe una colectividad auténticamente fusionada. Si a mí me entregaran hoy una escuela, en primer lugar haría esto: reuniría a los maestros,

diciéndoles: queridos amigos, les propongo hacer las cosas así. Y al maestro que se mostrase desconforme, por muy calificado que fuese, le diría: márchese a otra escuela. A una joven de dieciocho años, si es que estaba de acuerdo conmigo, le aconsejaría: usted carece aún de experiencia, pero su mirada brilla, veo que usted quiere trabajar, quédese y trabaje, nosotros la enseñaremos.

El disponer de una verdadera colectividad es cosa muy difícil por razón de que, esté la persona en lo cierto o no, son problemas que no deben resolverse en honor propio, no en interés personal, sino en interés de la colectividad. Observar siempre disciplina, cumplir aquello que es desagradable, pero que debe hacerse, es como entiendo yo el alto sentido de la disciplina.

Considero que los maestros de una misma escuela no sólo deben mantener buenas relaciones en la escuela, sino también ser buenos amigos.

El último apartado de mi charla atañe a la actitud que debe observarse respecto a los padres. En este aspecto, mi vieja experiencia en la escuela ferroviaria se complementa con el trabajo en la comuna. En los últimos cinco años me enviaban escolares a los que el maestro renunciaba por ser desorganizadores.

Estos niños, ni que decir tiene, eran más difíciles de educar que los vagabundos. Para estos últimos, todos los caminos conducían a la comuna, convergían en mí y en la colectividad profesoral. Para los primeros existían el papá y la mamá. Había padres que tenían automóvil, una estrella de mando, gramófono y dinero. Prueben a trabajar con un chico de ese pelaje. Esto es más difícil. Llegué a la necesidad de mantener un firme contacto con los padres.

Ustedes conocen perfectamente la norma media, vieja, estereotipada, cuando se llamaba a los padres y se les decía: vean lo que ha hecho su hijo.

No les quitaban ojo esperando que harían los padres con él, diciéndoles con expresión bondadosa: no deben pegarle, naturalmente. El padre se marchaba. Usted no decía una palabra a nadie, pero en sus sentimientos más recónditos, ocultos incluso para su esposa, pensaba: de todas maneras, no habría estado mal que hubiese dado una tunda al chico. Esto es para nosotros insoportable, como lo es cualquiera otra gazmoñería.

O bien esta otra forma de tratar con los padres. Para el maestro que regenta una clase y para el director de la escuela está claro que determinada familia no puede educar a su hijo. ¿Qué hacen en este caso el maestro de la clase y el director de la escuela? De ordinario, aunque están persuadidos de que la familia no puede educar al hijo, van a su domicilio y comienzan a enseñar a los padres cómo deben educar. Esta familia que ha estropeado a su hijo, en la mayoría de los casos no comprende sus preceptos. Reeducar a una persona es algo muy difícil. Y si se proponen que esta familia emprenda funciones pedagógicas, lo único que pueden lograr es que el chico se malee más.

Mas esto no quiere decir, en absoluto, que no se deba influir sobre la familia. En última instancia, debemos ayudarle. Y el mejor procedimiento para nuestro ascendiente sobre ella es el propio chico...

Este influjo sobre la familia puede reforzarse a través de los alumnos. Yo he trabajado en la escuela de ferroviarios en Kriúkovo. Y aunque los alumnos vivían con sus familias, organicé brigadas de alumnos, ateniéndome al principio territorial. Todos los responsables de las brigadas me daban el parte por las mañanas de lo que se hacía en los patios, de cómo se comportaban los escolares miembros de las brigadas. Mediante orden, convocaba periódicamente una revista a la que asistían, además de mí, los responsables de las clases. Cuando salía al patio, la brigada ya estaba formada. A continuación, acompañado por los miembros de

la brigada, recorría las viviendas donde residían los alumnos de mi escuela.

Brigadas como éstas, que responden a través de sus responsables ante el director de la escuela y que rinden cuentas de su gestión en las asambleas generales, son un método excelente para influencia en la familia. Pienso que el problema acerca de las formas influenciadoras sobre la familia hay que solucionarlo ateniéndose a la siguiente lógica: la escuela es una organización estatal, mientras que la familia es una organización que atiende al modo de vida, y el mejor modo de influir sobre ella es a través del propio alumno.

BREVE COMPENDIO BIBLIOGRAFICO

I. OBRAS DE ANTON MAKARENKO

a. Obras

Obras. Colegio de redacción: I. Kaírov, G. Makárenko y E. Medinski. Moscú. Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR, 1950-1952.

- T. 1. *Poema pedagógico*.
- T. 2. *Marcha del año 30*. Novela corta FD-I. En tono mayor. Novela corta. Pieza.
- T. 3. *Banderas en las torres*. Novela corta.
- T. 4. *Libro para los padres*. Conferencias sobre educación infantil. Charlas acerca de la educación familiar.
- T. 5. *Problemas generales de la teoría pedagógica*. La educación en la escuela soviética.
- T. 6. *El honor*. Novela corta.— *Un carácter de verdad*. Guión literario.— *En comisión de servicio*. Guión literario.
- T. 7. *Publicística*.—Relatos y ensayos.—Artículos sobre literatura y reseñas.—Epistolario con Máximo Gorki.

b. Obras escogidas. Recopilaciones.

Marcha del año 30. Moscú-Leningrado. GILJ, 1932.
Poema pedagógico. P. I. III. Goslitizdat, 1934-1936.
Libro para los padres. Moscú. Goslitizdat, 1937.
Banderas en las torres. Novela corta en 3 partes. Moscú. Goslitizdat, 1939.
Conferencias para los padres. Bajo la redacción de G. Makárenko y V. Kolbanovski. Editorial Pedagógica de Moscú, 1940.

Obras pedagógicas escogidas. Artículos, conferencias y charlas. Bajo la redacción general de E. Medinski y N. Svadkovski. Editorial Pedagógica de Moscú, 1947.

Conferencias sobre educación infantil. Bajo la redacción de G. Makárenko y V. Kolbanovski. Editorial Pedagógica de Moscú, 1947.

Metodología para la organización del proceso educativo. Redacción y prefacio de G. Makárenko. Editorial de las Reservas de Trabajo. Moscú, 1947.

Obras pedagógicas. Edición de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la PSFSR. Moscú-Leningrado, 1948.

Problemas de la educación escolar soviética. Bajo la redacción de G. Makárenko. Edición de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR. Moscú, 1949.

Algunas conclusiones de mi experiencia pedagógica. Bajo la redacción de G. Makárenko. Edición de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR. Moscú, 1950.

Sobre la educación comunista. Obras pedagógicas escogidas. Editorial Pedagógica de Moscú, 1952.

II. LIBROS ACERCA DE ANTON MAKARENKO

E. Medinski. *Antón Semiónovich Makárenko. Su vida y creación pedagógica*. Prefacio de Galina Makárenko. Edición de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR. Moscú-Leningrado, 1949.

A. Ter-Guevondján. *El sistema pedagógico de Antón Makárenko*. Editorial "Pravda". Moscú, 1949.

E. Balabanóvich. *Antón Makárenko. Ensayo acerca de su vida y creación*. Goskultprosvetizdat. Moscú, 1951.

Y. Lukín. *Antón Makárenko. Ensayo crítico-biográfico*. Editorial "El Escritor Soviético". Moscú, 1954.

INDICE

Pedagogo, escritor, ciudadano. Esbozo biográfico.

V. Kumarin. Pedagogo, escritor, ciudadano	5
---	---

Recuerdos acerca de Makárenko

Máximo Gorki. Del libro <i>Por la Unión de los Soviets</i>	51
Galina Makárenko. De mis recuerdos	64
<i>Semión Kalabalin.</i>	
Cómo nos educaba Antón Makárenko	77
La disciplina	87
Efim Roitenberg. La tabla de multiplicar	97
<i>Nikolái Feré.</i>	
Mi maestro	106
Gorki entre los gorkianos	122
Alexéi Zemlianski. ¿Quién es Aliosha Zirianski?	138
Klavdia Boríshkina. "¡Aquí tiene a Mariana!"	147
Kornéi Chukovski. Encuentros con Makárenko	152
Viktor Fink. Felicidad inquietante	160
Frida Vígdorova. El destino de los educandos de Antón Makárenko	166

Makárenko acerca de la educación. Charlas y artículos

Conferencias sobre educación infantil	185
La familia y la educación de los hijos	242
La educación en la familia y en la escuela	266
Acerca de mi experiencia	281
De mi experiencia de trabajo	312
Breve compendio bibliográfico	326

La creación del conocido pedagogo y escritor soviético Antón Semiónovich Makárenko despertó el reconocimiento general en la Unión Soviética y despierta un gran interés en el extranjero.

La exigencia cariñosa para con los niños, el sutil conocimiento de su psicología y la preocupación por su futuro, todo esto, permitió a A. Makárenko llegar a ser un eminente pedagogo. El resultado de sus investigaciones fue la elaboración de un sistema de educación de los niños en la colectividad.

La educación del individuo fue el tema fundamental de las obras literarias de A. Makárenko. Los lectores de habla española ya conocen los libros de A. Makárenko editados en esa lengua por una editorial moscovita *Poema pedagógico*, *Banderas en las torres* y *Libro para los padres*.

La finalidad de la obra que les ofrecemos es la de continuar conociendo a A. Makárenko, ilustrar de manera más completa y amplia la vida y actividad de este asombroso pedagogo, "el caballero de la educación".